MARK TWAIN

La tragedia de Wilson Cabezahueca

Edición de Carme Manuel



El tema del doble, la duplicidad, el disfraz, son parte de las obsesiones fabuladoras de Mark Twain y se aúnan en este relato para subrayar la ambigüedad que encierra el mismo concepto de identidad: una ficción más de la ley y de la sociedad.David Wilson, el personaje que da nombre a la obra, abogado y detective frustrado durante más de veintitrés años, vive obsesionado por una ciencia que a finales del siglo XIX era novedosa y que tenía por objetivo la creación de un archivo de huellas dactilares para identificar sin error posible a los individuos y situarlos dentro de las categorías raciales determinadas por la ley. La esclava Roxy, negra de apariencia blanca, aterrada ante la posibilidad de que su bebé, también blanco en apariencia, pueda ser vendido por el amo, cambia a su hijo por el vástago del amo con el fin de salvarlo de la muerte social que representaba el sistema esclavista.

Mark Twain

La tragedia de Wilson Cabezahueca (Ed. Sergio Sainz)

Cátedra: Letras Universales - 464

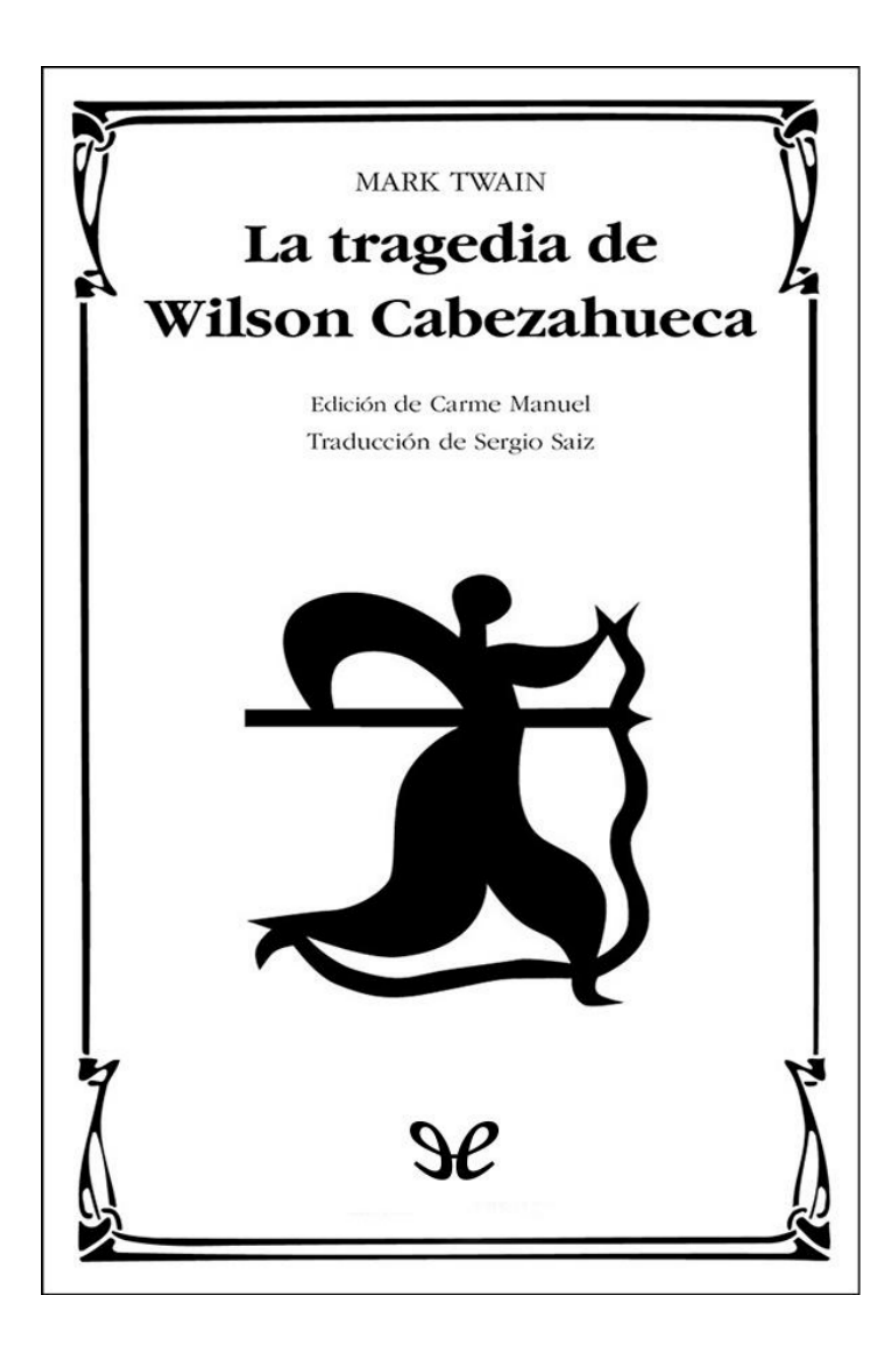
ePub r1.1

Titivillus 20-05-2024

Mark Twain, 1894
Traducción: Sergio Saiz

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1




MARK TWAIN
La tragedia de
Wilson Cabezahueca
Edición de Carme Manuel
Traducción de Sergio Saiz


~ EDICIÓN CONMEMORATIVA ~
PROYECTO SCRIPTORIUM
UNDÉCIMO ANIVERSARIO
Se puede cantar, hablar, reír, llorar y gritar en silencio… A eso se le llama Leer.
"Más libros, más libres"

Introducción

A Dani
A Nina

La conmemoración del centenario de la muerte de Mark Twain en 2010 recordó una vez más que sus obras son clásicos incuestionables del acervo literario universal. En *Por qué leer los clásicos,* Italo Calvino desgranaba las razones por las que ciertas obras literarias merecen este restringido y exclusivo calificativo y, con él, el favor de los lectores de todos los tiempos. Entre sus agudas definiciones destacaba la que decía que un clásico es aquel que no nos puede dejar indiferentes y que, además, sirve para definirnos a nosotros mismos en relación o quizá en contraste con él (17). Ese definirnos a nosotros mismos, sin embargo, no es estático y quizá sea el paso de los años —el viaje de la niñez a la adolescencia y juventud, y luego a la madurez— el que nos aboca a formas de entender lo que somos y a atisbar lo que seremos. En este sentido no extraña que la narrativa de Mark Twain sea un clásico, un pozo sin fondo en el que bucear a lo largo de los años para recuperar experiencias —vitales y lectoras— de antaño y descubrir tal vez tesoros inesperados. De esta manera, si, por una parte, las innumerables apreciaciones críticas que han ido acercándose tanto a su obra como a su vida dan fe de cómo los textos del sureño han servido para expresar la esencia de una americaneidad cambiante, por otra, el acercamiento de cada lector a su obra demuestra en carne propia cómo nosotros no leemos a Mark Twain sino que Mark Twain nos lee a nosotros.

The Tragedy of Pudd'nhead Wilson (La tragedia de

Wilson Cabezahueca) es la obra más importante dentro de la producción tardía del escritor. Sin embargo, es un libro problemático por las mismas razones que lo es *The Adventures of Huckleberry Finn*. En primer lugar, porque la composición de ambos fue azarosa y, en segundo, porque el significado de estas fabulaciones se presta a interpretaciones no sólo diversas sino antagónicas, debido al hecho de que, al tratar de entender a sus personajes principales, no podemos ni debemos pasar por alto las implicaciones en ellos de la situación racial en los Estados Unidos del siglo XIX. Esto hace que, como declara Shelley Fisher Fishkin, estas novelas sean obras controvertidas que frustran de alguna manera las expectativas de los lectores (1990, 1). No sorprende, pues, que las apreciaciones críticas sobre *Wilson Pudd'nhead* hayan ido, como veremos, desde los elogios más desmedidos hasta el rechazo más enconado.

Por otra parte, tal vez cabe preguntarse si merece la pena releer en los albores del tercer milenio una novela escrita a finales del siglo XIX. La respuesta más acertada a este interrogante la proporciona Karla F. C. Holloway, cuando manifiesta que *The Tragedy of Wilson Pudd'nhead* presagia el avance inexorable de los Estados Unidos en el campo de la ciencia con el propósito de resolver los temores que alberga la nación en torno a su identidad cultural y muestra cómo se tendrán que abordar las medidas de control y vigilancia que toman la forma de proteccionismo científico. Para Holloway, la obra de Twain es una narración extraordinariamente significativa a la hora de vaticinar «este pánico identitario que hoy en día viene expresado por la urgencia en establecer y afianzar unas tecnologías basadas en el ADN, tanto en el terreno público como privado» (269). Esto es así porque David Wilson —el personaje que da nombre a la obra, abogado y detective frustrado durante más de veintitres años—

vive obsesionado por una ciencia que a finales del XIX era novedosa y que tenía por objetivo la creación de un archivo de huellas dactilares para identificar sin error posible a los individuos y situarlos dentro de las categorías raciales determinadas por la ley. Al principio de la novela, en los años de 1830, Wilson llega al pueblo sureño de Dawson's Landing, donde la esclava Roxy, de apariencia blanca, aterrada ante la posibilidad de que su bebé —también blanco en apariencia, pero al que la sociedad ha asignado la categoría racial de negro— pueda ser vendido por el amo, lo cambia por el de este, sin que nadie se dé cuenta del intercambio debido a la sorprendente semejanza de ambos. El cambio, sin embargo, lo inspira el propio Wilson cuando, al ver a los bebés en el cochecito y comprobar que son idénticos, le pregunta: «¿Y cómo los distingues sin ropa, Roxy?». Al final, será Wilson quien descubrirá el fraude de esta mujer —clasificada por la sociedad como negra—, gracias a las huellas dactilares que él conserva de los bebés antes del cambio, determinando con toda fiabilidad la identidad de estos individuos.

El libro es, pues, importante porque, como ya apuntaba Malcolm Bradbury en 1969, por sus páginas corre la idea de que «en Estados Unidos la identidad *es* una impostura, que los valores no son creencias sino producto de la situación, y que la identidad social es en esencia una cuestión caprichosa que depende no del carácter ni de la apariencia, sino del modo arbitrario en el que se definen la naturaleza o color del individuo» (24).

De cómo Samuel Langhorne Clemens se convirtió en Mark Twain

El año 2010, en concreto el 15 de noviembre, significó la publicación del primero de los tres volúmenes de *Autobiography of Mark Twain*, a cargo de la University of California Press, preparado por Harriet Elinor Smith. El proyecto ha ordenado y dado coherencia a más de dos mil

quinientas páginas dejadas por el escritor en forma de diarios, cartas, bocetos de personajes, ensayos, reflexiones y falsos comienzos. Twain impuso una moratoria sobre la publicación de sus papeles autobiográficos, pues solía lamentarse de que los convencionalismos de la época y los prejuicios de sus lectores le constreñían a la hora de decir toda la verdad, una queja que quedaría subsanada con una autobiografía —compuesta principalmente entre 1906 y 1909— que sólo podría publicarse al cabo de cien años de su fallecimiento. En 1904, Twain manifestaba la confianza que le inspiraba la máscara de un narrador que ya no existe en este mundo:

> En esta *Autobiografía* tendré en cuenta que hablo desde la tumba. Estaré hablando literalmente desde la tumba porque estaré muerto cuando el libro salga de la imprenta. Tengo mis buenas razones para hablar desde la tumba y no estando vivito y coleando, y es que hablaré con total libertad. Cuando uno está escribiendo un libro que trata de las intimidades de la vida de uno, un libro que ha de leerse mientras se está todavía vivo, uno se retrae a la hora de decir todo lo que verdaderamente piensa. Todos los intentos por ser sincero fracasan estrepitosamente y uno reconoce que está intentando hacer algo completamente imposible para cualquier ser humano.

Al hablar de Mark Twain
(1835-1910)
entendemos tanto al escritor como al personaje literario «Mark Twain», que surge como extensión de su creador, Samuel Langhorne Clemens. Fue éste un escritor que se nutrió de la autobiografía y «Mark Twain» fue la máscara de la que se sirvió para dar expresión literaria a una intensa experiencia vital durante un periodo en la historia de los Estados Unidos en que la nación sufrió enormes cambios. Clemens nació el 30 de noviembre de 1835, en Florida (Missouri), como sexto hijo de John Marshall Clemens y Jane Lampton Clemens. Tras una época de prosperidad, la fortuna familiar empeoró y en 1839 el padre decidió que se trasladaran a vivir a Hannibal (Missouri), un próspero pueblo a orillas del Mississippi, al que Twain volvería una y otra vez en su narrativa para recrear la adolescencia pasada allí durante la década de 1840.

Su infancia se desarrolló durante los años de presidencia de Andrew Jackson. El padre, como tantos otros virginianos, había emigrado al oeste en busca de una fortuna que no logró jamás. A su muerte, en marzo de 1847, dejó a su familia en una precaria situación económica que hizo que la infancia de Samuel finalizara abruptamente y empezara una nueva etapa en su vida con una madurez prematura. El joven Sam continuó asistiendo a la escuela, pero en 1848, con tan sólo trece años, se puso a trabajar como tipógrafo en el *Missouri Courier*. En 1851 se empleó en el *Western Union* y también se convirtió en impresor itinerante y periodista en el periódico de su hermano Orion, el *Hannibal Journal*. Entre tanto, mientras componía libros y artículos letra a letra, Clemens leía y empezaba a realizar sus primeros pinitos literarios. El primer escrito suyo del que se tiene noticia es un relato humorístico titulado «The *Dandy* Frightening the Squatter», publicado en el *Carpet-Bag,* periódico semanal de Boston, el 1 de mayo de 1852. De 1853 a 1857 trabajó como impresor en Saint Louis, Nueva York, Filadelfia, Keokuk (Iowa) y Cincinnati. Edgar M. Branch considera que una de las inspiraciones principales de la narrativa de Twain se halla, además de en su experiencia personal, en los artículos de la época. Es necesario recalcar, por tanto, la importancia de los periódicos en sus primeros años de aprendizaje, así como sus empleos en las distintas imprentas y rotativos, y su labor como reportero. De hecho, «lo más probable es que Mark Twain sacara menos provecho de su propia experiencia personal y más de la lectura de artículos, reportajes y relatos periodísticos» (Branch, 584).

En 1857, a los veintiún años y desilusionado con esta profesión, convenció a Horaxe Bixby para que lo aceptara como grumete a bordo de su vapor que navegaba el Mississippi. Tras dos años de aprendizaje, en 1859 consiguió la licencia como piloto de barcos de vapor. Esta experiencia en el río resultaría crucial para su carrera literaria. De hecho, el pseudónimo que eligió, «Mark Twain» —literalmente «marca dos»—, es una expresión de la jerga de la navegación fluvial

por el Mississippi con la que el sondeador indicaba que la embarcación se encontraba en un lugar donde el agua medía doce pies de profundidad, es decir, suficiente para que pudiese seguir transitando por aquella zona. Como explica Forrest G. Robinson, los escritos de Twain durante estos años (1853-1861) son pocos y «reflejan el hecho de que todavía no se había asentado en la profesión literaria. Añadidas a su correspondencia periodística, compuso muchas cartas humorísticas en dialecto con varios pseudónimos, entre los que destaca el de "Thomas Jefferson Snodgrass"» (2002, 36).

En 1861, con el estallido de la guerra civil, abandonó su trabajo, en buena medida, como señala Justin Kaplan, «por miedo a ser obligado a punta de pistola a servir como piloto en alguna embarcación del ejército de la Unión» (1984, 38), volvió a Hannibal en junio y se alistó como voluntario en el ejército confederado, donde sirvió como alférez en los Marion Rangers. Después de dos semanas de vida militar, desertó y puso rumbo a Nevada. Este episodio lo describiría más tarde en la narración humorística «The Private History of a Campaign That Failed» (1885), aparecida en *Century Magazine*, donde el protagonista, si bien ya un adulto de veinticinco años, aparece como un joven alocado que se retira del combate, pero que, sin embargo, deja traslucir un marcado sentimiento de culpabilidad. En Nevada ejerció brevemente como secretario particular de su hermano Orion, que había sido nombrado a su vez secretario para el territorio de este estado. Allí empezó a buscar fortuna y se convirtió en especulador y minero. Los años que duró la guerra civil fueron, para el joven Clemens de veintiséis años, una época de prospecciones en busca de plata, de vida bohemia y andadura errante por el mundo del periodismo en el atractivo oeste.

Desde 1862 hasta 1865 trabajó como reportero y escritor humorístico para varios periódicos y publicaciones de Virginia City (Nevada) y San Francisco (California). Uno de los acontecimientos principales de este periodo fue su encuentro, en 1863, con Charles Farrar Browne, escritor humorístico que

escribía bajo el nombre de Artemus Ward, quien le animó a emprender la carrera de escritor. Clemens empezó a utilizar el nombre de «Mark Twain, —pseudónimo con el que señaló la invención de su nueva identidad pública. Como opina Everett Emerson—, Sam Clemens inventó a Mark Twain como parte de su técnica literaria» (143). La adopción del pseudónimo no fue un acto banal porque, como explica Robinson, el asunto se complica al utilizar el escritor este nombre ficticio también cuando se dirige a la familia y a los amigos. De hecho, en infinidad de cartas dirigidas a uno de sus más íntimos amigos, William Dean Howells, se refería a sí mismo como «Mark», aunque éste le contestaba llamándole «Mi querido Clemens», en un intento de dirigirse a él evitando la mediación ficticia que representaba el nombre (2002, 14). La cuestión, pues, es más profunda de lo que cabe pensar a primera vista, porque, para el propio Twain y sus estudiosos, la diferenciación entre «Samuel L. Clemens» y «Mark Twain» resulta problemática, al no existir en muchas ocasiones un límite reconocible entre el hombre de carne y hueso y la imagen pública que él mismo proyectó, es decir, entre las dos identidades del escritor. Como explica Susan Gillman en *Dark Twins*, a lo largo de su carrera Twain volvió una y otra vez, de manera obsesiva, a tratar el tema de la identidad humana (8).

La elección de escribir bajo pseudónimo se explica en un principio como obediencia a las convenciones de la literatura humorística del país. Twain era un admirador incondicional de maestros en este arte, tales como Petroleum V. Nasby (David Ross Locke), Josh Billings (Henry W. Shaw) y Artemus Ward (Charles Farrar Browne), quienes se habían creado unos *alter ego* cómicos, a través de los que presentaban personalidades y actitudes histriónicas. Peter Stoneley apunta que, aunque a Twain se le suele describir como uno de los escritores norteamericanos más originales, hay que tener en cuenta que poseía un talento extraordinario

para lograr sintetizar y transformar el inmenso arsenal creativo de los humoristas del sudoeste en literatura respetable e incluso moralizante (174).

De 1863 a 1865, años pasados principalmente en California, Twain sobrevivió escribiendo para dos revistas literarias —*Golden Era* y *Californian*, esta última dirigida por Bret Harte— y como reportero para el *Morning Call*, un periódico de San Francisco. Fue durante esta época cuando tuvo problemas al mostrarse muy crítico con las actuaciones de la policía de la ciudad por el maltrato que recibían los inmigrantes chinos. El 4 de agosto de 1868 publicó en el *New York Tribune* el artículo «The Treaty with China», un ejemplo de sus ideas contra el imperialismo y el racismo antiasiático, que demuestra que los temas de raza, clase y política no estuvieron ausentes de su práctica periodística. Martin Zehr explica cómo nada de lo que había escrito Twain anterior a 1868 podía haber preparado a sus lectores para las profundas e inequívocas simpatías hacia los inmigrantes chinos que expresa en «The Treaty with China» (2). Es éste un texto que demuestra cómo «desde finales de la década de 1868, el autor siente un interés por las dificultades de los chinos, tanto como inmigrantes a los Estados Unidos tras la fiebre del oro de California, como en su condición de víctimas de las democracias imperialistas occidentales que ejercieron su poder militar en las provincias costeras chinas durante la última parte del siglo XIX» (6). En mayo de 1870 publicaría «Disgraceful Persecution of a Boy», donde daba rienda suelta a su indignación por el maltrato de los chinos en California. Este texto satírico, basado en un hecho real, cuenta cómo un muchacho norteamericano de buena familia, de camino a la iglesia, apedrea a un hombre chino. Como explica Andrew Hoffman, tanto su actitud crítica contra los políticos que traicionaban la confianza pública como su defensa de las minorías oprimidas significaban elementos fundamentales que nutrían su interpretación de la realidad (290).

En 1865 publicó el relato «Jim Smiley and His Jumping Frog» en el *Saturday Press* de Nueva York, narración que le otorgaría notoriedad nacional y que se enmarca dentro de la

tradición humorística del sudoeste. Una de las técnicas más características de este tipo de humor, que Twain explotó magistralmente en sus apariciones en público, fue el recurso a la inexpresividad, es decir, la recitación de manera solemne de absurdos y exageraciones increíbles, sin dejar que el rostro ni el tono de voz traslucieran ninguna intencionalidad cómica. Otro elemento importante de su arte fue la utilización del «tall tale» sureño, una forma de hipérbole irónica, de chiste exagerado. Twain se esforzó con este tipo de narraciones por encarnar públicamente en esta época al hombre jacksoniano de la frontera, curtido por los principios democráticos nacionales, que daba voz al espacio marginado del oeste.

En marzo de 1866 empezó a trabajar como corresponsal del *Sacramento Daily Union* en Hawai. El viaje dio origen a una serie de artículos humorísticos y a un ciclo de conferencias de igual tema y tono. Para Amy Kaplan, esta estancia tuvo, sin embargo, grandes repercusiones en la carrera literaria del autor, pues funcionó como una especie de inconsciente de la identidad nacional que se erigía sobre el imperialismo. Hawai se transformó en el lugar no sólo de la nostalgia imperialista, sino también del olvido necesario, crucial a la hora de recrear la nación (238). Lo que era imperativo, tanto para Twain como para Estados Unidos, era obviar la íntima conexión que existía entre la esclavitud y la expansión norteamericanas a la hora de consolidar una identidad nacional tras la guerra civil (239). Para Kaplan, «la americaneidad de Twain fue construida a partir de los materiales de su primer contacto con la expansión internacional de la nación, empezando con su viaje a Hawai en 1866 como reportero», pues allí descubrió la perversa relación que unía esclavitud con colonialismo y que él utilizó para «explorar un pasado propio escindido y para reinventarse a sí mismo como figura de consolidación nacional» (237).

A su vuelta a San Francisco en agosto de aquel mismo año, comenzó su carrera como conferenciante, para, a principios de enero de 1867, desplazarse a Nueva York como corresponsal del *Alta California*. Fue entonces cuando, al trasladarse al este tras pasar seis años en ciudades del oeste, Clemens, a sus treinta y un años, se dio cuenta de que el tipo de narrativa que

había estado escribiendo no gustaría al público de la costa este. De esta manera, cuando realizó una selección de sus relatos ubicados en la California de la época —*The Celebrated Jumping Frog of Calaveras County and Other Sketches*—, eliminó de sus páginas las referencias al juego, al alcohol y al sexo (Emerson, 144). En junio de ese mismo 1867 zarpó con el buque *Quaker City* hacia Europa y Tierra Santa, en calidad de corresponsal del *Alta California*, tras haber convencido a los responsables del periódico de las ventajas que se derivarían de sus reportajes. Este viaje, que duraría cinco meses, había sido anunciado como un gran crucero cultural de lujo por enclaves estratégicos de la civilización europea y de Oriente Medio, y había sido organizado por la iglesia de Brooklyn en la que era ministro Henry Ward Beecher, el hermano de Harriet Beecher Stowe, la célebre autora de *La cabaña del tío Tom*. Los viajeros pertenecían a la clase alta norteamericana, conservadora y de profundas creencias religiosas, que Twain había satirizado en sus escritos anteriores. Entre los pasajeros con los que entabló amistad destaca en primer lugar la Sra. Mary Mason Fairbanks, a quien durante los treinta y dos años siguientes llamaría «Madre» y quien se convertiría en una de sus mentoras literarias. Esta dama, doce años mayor que Twain, era la esposa de un director de periódico de Cleveland. Según el escritor, «era la dama más refinada, inteligente y culta de todo el barco», y quien le instruyó respecto a la redacción de las cartas que debía mandar como artículos a su periódico. En segundo lugar, Twain conoció a Charles Jervis Langdon, hijo del magnate del carbón Jervis Langdon, quien le mostró la foto de su hermana Olivia, joven de la que Twain se quedó prendado al instante.

A su regreso en noviembre trabajó como conferenciante y periodista para varias publicaciones. Respecto a sus actuaciones como conferenciante o presentador de sus propias obras, Louis J. Budd manifiesta que Twain, ante el público, intentaba «aparecer con un aire desmañado, sin ningún arte» (1985,

130). Ahora bien, esta espontaneidad y naturalidad le costaban grandes esfuerzos y por ellos pagaba un precio bien alto, puesto que le obligaban a analizar con frialdad sus actuaciones. Para una conciencia como la suya, que despreciaba la hipocresía, el remordimiento era mayor si triunfaba su naturalidad, es decir, sus dotes como farsante. Cuanto mejor manejaba las pausas dramáticas o tartamudeaba buscando una palabra, es decir, cuanto más éxito tenía a la hora de hacer creíble al Mark Twain que el público tenía delante, más culpable se sentía de obtener el aplauso (1985, 130-131).

En 1869 publicó *The Innocents Abroad, or The New (Los inocentes en el extranjero)*
Pilgrims' Progress
, su primera gran obra, recopilación de su experiencia viajera al Viejo Continente, que se convirtió en un éxito de ventas. Como explica William
W.
Stowe, Twain, como otros muchos escritores del siglo XIX, escribió libros de viajes porque encontró en este tipo de literatura «un género literario respetable y con relativamente pocas exigencias que "ofrecía a los principiantes una forma ya establecida, un tema atrayente y la oportunidad de adoptar, como escritores, un papel respetable"» (11). Ahora bien, Twain no sólo subvierte aquí el género tradicional de la literatura de viajes a Europa, sino que su aportación primordial es la de un nuevo personaje: el narrador Mark Twain, mordaz y escéptico, que se aleja del estereotipo del estadounidense inocente y deslumbrado por la historia europea, para dar una nueva perspectiva al mundo sacrosanto que contempla. Estos nuevos turistas viajan a Europa para «devorar ese Viejo Mundo y así reafirmar la respetabilidad de su clase y raza» (Cosco, 145), pero gracias al humor y a la sátira el narrador contrasta los valores morales del norteamericano de clase media, sustentados en sus creencias democráticas con los imperantes en la tradición e historia cultural, religiosa y artística de los lugares que visita. Como explica Justin Kaplan, Twain representa a estos nuevos peregrinos como «inocentes

vándalos», que son a la vez provincianos, chauvinistas, vulgares, materialistas y escépticos, pero también crédulos y dóciles a la hora de responder ante una cultura europea que no comprenden (42).

En lo que atañe a su vida personal, tras dos años de cortejo, Twain contrajo finalmente matrimonio con Livy —nombre familiar de Olivia— Langdon en 1870. Conviene que nos detengamos a lo largo de unas líneas en este personaje, capital para entender la personalidad y carrera de Twain. Los Langdon constituían una aristocracia provinciana de antiguos abolicionistas. Eran los auténticos pilares de la comunidad y de la Primera Iglesia Congregacionalista de Elmira, cuyo pastor era Thomas K. Beecher, hermano de Henry Ward Beecher y de Harriet Beecher Stowe. Finalizaban así sus años de penuria y comenzaba su vida dentro de un nuevo orden social. Acerca de las consecuencias de su matrimonio con Livy en relación con su trayectoria literaria, las opiniones de los críticos han estado tajantemente divididas en dos bandos opuestos. Uno agrupado en torno a Van Wyck Brooks, autor de *The Ordeal of Mark Twain* (1920), quien inició la tesis de que la intransigente estrechez victoriana de Livy arruinó a su marido, le hizo desdichado como hombre y frustró sus iniciativas como escritor. La otra facción fue encabezada por Bernard DeVoto, quien en *Mark America Twain's* (1932) se opuso a la opinión de Brooks y sostenía que no existía ningún indicio de fractura entre el Mark Twain anterior y el Mark Twain posterior al matrimonio, si bien también pensaba que las mujeres que rodearon al escritor fueron las que sepultaron con sus escrúpulos victorianos el genio creativo del autor.

Es evidente que a lo largo de toda su vida Twain se vio influenciado e incluso buscó la aprobación de las mujeres, desde su madre pasando por la señora Mary Mason Fairbanks —un personaje primordial para entender la trayectoria profesional de un primerizo Mark Twain, a quien consultaba

tanto en cuestiones profesionales como personales—, su esposa e hijas, y acabando por la que sería su secretaria personal, Isabel Lyon. Incluso persiguió el asentimiento de un numeroso grupo de niñitas preadolescentes a las que llamó *angelfish*, con las que mantuvo una copiosa correspondencia en los años finales de su vida y que de manera un tanto inquietante «coleccionó» en lo que denominó su «aquarium» (como estudia Cooley). Dentro de esta línea de reconocimiento se empezaron a publicar una serie de estudios en los que se investigaban las consecuencias derivadas de la relación y encuentro de Mark Twain con los espacios femeninos desde una perspectiva más ponderada. En 1966, James
M.
Cox contradecía también a los críticos que censuraban a Olivia Clemens y lamentaban la influencia que supuestamente habría ejercido sobre la libertad artística de su esposo. Cox defiende cómo Twain hizo de su mujer y de la señora Fairbanks lectoras críticas de su obra y explica que «sus acusaciones humorísticas y su fingida estupidez en cuestiones de gusto literario tuvieron como consecuencia trasladar la responsabilidad de sus deficiencias y fracasos a otros, especialmente a su esposa» (53). De esta manera, Twain «consiguió dejar para la posteridad la imagen de sí mismo como escritor coartado por la sociedad» (64).

El estudio de Peter Stoneley *Mark Twain and the Feminine Aesthetic* (1992) es asimismo representativo de esta nueva posición crítica al considerar que, «a pesar de que se le relacione con el mundo picaresco de la adolescencia masculina, Twain volvió a lo largo de su carrera a las cuestiones planteadas por el papel y la naturaleza de la estética femenina» (8). Stoneley baraja tanto las obras como la biografía del escritor, hace hincapié en las mujeres de su círculo familiar, así como en algunas figuras femeninas históricas que interesaron al sureño (Eva, Juana de Arco), con el objetivo de dibujar «la imagen de un hombre que públicamente era antimonárquico, pero en privado antidemocrático; que apoyó la causa de los afroamericanos, pero desde la imagen racista de seres indefensos; que

argumentó a favor del sufragio femenino, pero desde la óptica de la pureza femenina burguesa; que acumuló incontables críticas contra su sociedad, pero que públicamente se regocijó con los lujos que le aportaba la estabilidad conservadora de la misma» (159).

Por su parte, Shelley Fisher Fishkin, en «Mark Twain and Women (1995), —explica que las mujeres—, lejos de aparecer como influencias dañinas en la obra de Twain, fueron piezas claves en todo su proceso creativo durante sus años más productivos y triunfantes como escritor» (54). También en 1995 Laura E. Skandera-Trombley, en *Mark Twain in the Company of Women*, trataba de entender a Twain, «a través de las mujeres de la vida de Clemens», poniendo de relieve que fue «un autor tan dependiente de la relación e influencia femenina que sin ellas se habría perdido lo sublime de sus novelas» (xvi). Más que descubrir nuevos datos, la investigadora reinterpreta la biografía desde un punto de vista feminista que incluso le lleva a afirmar, invirtiendo la visión tradicional de Brooks y DeVoto, que la capacidad narrativa de Clemens dependió casi tanto del «ambiente creado por su esposa e hijas como de su habilidad como escritor» (4). La costumbre de leerles al final del día lo que había escrito no sólo le permitía calibrar las reacciones de un potencial público lector, sino también corregir, suprimir, añadir, es decir, ir retocando la obra al tiempo que la iba componiendo en un proceso que estrechaba las relaciones de lo que Skandera-Trombley denomina el «charmed circle» (26). De hecho, para esta investigadora la censura de Livy no recortó sus alas creativas, sino todo lo contrario: las impulsó al proporcionarle una perspectiva diferente que le permitió «crear personajes que trascendieran los tradicionales estereotipos femeninos y masculinos» (61). Por otra parte, tras investigar el mundo que rodeó a Olivia Langdon en la localidad de Elmira y su participación en los movimientos reformistas de la época

relacionados con el apoyo a las curas de agua, el abolicionismo, el antialcoholismo, el sufragio femenino, la educación, etc., Skandera-Trombley considera que Livy fue capaz de hacer que estas tendencias influyeran también en Twain, como demuestra la postura del autor con respecto a los derechos de las mujeres y el sufragio, que fue cambiando desde la oposición hasta la convencida defensa.

La imagen de una Livy castradora de la impulsividad genial del escritor, manipuladora de sus aparentes tendencias hipocondríacas (Hill, 34-35), o víctima de la idealización femenina del patriarcal Twain, se ha ido transformando, pues, para dar paso a la de una compañera de vida culta y extraordinariamente receptiva a las ambiciones literarias del incontrolable sureño. En 1996, Susan K. Harris analizaba los años de noviazgo de la pareja a través del epistolario amoroso que intercambiaron y llegaba a la conclusión de que ambos eran lectores voraces y de que Livy, lejos de ser una victoriana al uso, era una mujer culta, muy leída y con un gran interés por la literatura, la historia y la ciencia, y que compartió con Twain unos valores culturales que fortalecieron su relación tanto desde el punto de vista personal como intelectual.

El empeño de estas estudiosas por desterrar la imagen de Livy como sombra trasera de la vida de Twain y situarla como presencia de primera fila no explica, sin embargo, la complejidad que subyacía en la relación matrimonial de los Clemens. La enorme complicidad intelectual que existía entre ellos fue expresada por el propio escritor, tras el fallecimiento de Livy, al decir que sin ella se hallaba «indefenso» por lo que a cuestiones literarias se refería, porque se había quedado sin «editor-no censor» (Kaplan, 439). Sin embargo, sus sentimientos no se

detenían en este mero lamento. En *Mr. Clemens and Mark Twain*, la biografía de 1966 merecedora de un Premio Pulitzer, Justin Kaplan manifestaba que, en aquellos momentos, Twain sintió un gran remordimiento por haberla disuadido de sus principios religiosos: «Casi el único delito de toda mi vida que me causa amargura ahora es haber violado la santidad de su cobijo y refugio espiritual» (Kaplan, 439). Tras haber sido descrita como parte esencial del engranaje creativo del escritor, amén de perfecta esposa e inmejorable madre de sus hijos, lo que sorprende, sin embargo, es que, tras una vida en común de más de treinta años, durante su convalecencia, Livy, con el beneplácito de los médicos, hubiera decidido exiliarlo de su lado por considerarlo, según Kaplan, «la causa externa principal del estado de nervios que padecía» (439). Según el biógrafo, se comunicaban con notas y durante el otoño e invierno de 1902 Livy permaneció aislada en su habitación, si bien el 30 de diciembre se vieron unos cinco minutos, la única vez en tres meses, y en el trigésimo tercer aniversario de su boda, en febrero, volvieron a pasar juntos otros cinco minutos. Sea como fuere, Twain acertaba al decir aquello de «*casi* el único delito» que le causaba remordimiento, porque en sus últimos años de vida ese quebrantamiento sería eclipsado por otro mayor y más imperdonable, y que, como hemos de ver más adelante, poco tendría que ver con la crisis de valores de principios del siglo XX.

Otro mentor y corrector que Mark Twain encontró fue William D. Howells, director editorial de la *Atlantic Monthly* y uno de los defensores más acérrimos del realismo literario en el país. Se necesitaba algo más que la autoridad de la Sra. Fairbanks, de Livy y de Howells para acallar a alguien como Samuel L. Clemens. Ahora bien, dado su escaso sentido de autocrítica, no cabe duda de que los comentarios de estos censores fueron consejos iluminadores para él. La consecución y afianzamiento

de una reputación nacional, como Twain anhelaba y consiguió, no sólo prescribía un cierto comportamiento que se adecuase a las expectativas del público, sino también una trivialización en el tratamiento radical de temas controvertidos para la sociedad de finales del siglo XIX.

Después de un breve periodo como socio propietario y coeditor del *Express* de Buffalo y del nacimiento de su primer hijo, Langdon, en noviembre de 1871 la familia Clemens se trasladó a Hartford, Connecticut, desde donde Twain inició sus giras de conferencias. Nook Farm, el barrio residencial que se autoconsideraba reducto aristocrático de aquella ciudad, recibió a Clemens con los brazos abiertos, puesto que éste inmediatamente se adaptó al estilo de vida de esta comunidad elitista. Fue entonces cuando intentó adoptar una nueva identidad: la del hombre de negocios de éxito. Una de sus ambiciones primordiales fue la de pertenecer con pleno derecho al nuevo mundo del capitalismo del este, aunque para ello era consciente de que tenía que superar los inconvenientes que ser sureño implicaba en aquel mundo.

En 1872 nació su hija Susy (Olivia Susan), pero falleció su primogénito. Se publicó *Roughing It (Vida dura)*, obra que trata de las peripecias del joven Clemens en el oeste y que reafirmó su popularidad como el mejor autor humorista del país. Este libro es una especie de texto autobiográfico que funciona como historia de sucesivos aprendizajes, en la que el escritor, a través de sus cambios desde prospector, reportero y conferenciante, traza su proceso de búsqueda de sí mismo. Durante este mismo año realizó su primer viaje a Inglaterra, donde fue objeto de admiración sin distinción de clases. Para Clemens, la Inglaterra de esa época simbolizaba la estabilidad, la continuidad, la cultura sólida y homogénea, un gobierno formado por personalidades responsables plenamente dedicadas a su tarea, mientras que los Estados Unidos eran víctima de corrupción y falta de moralidad en la administración, de constantes manipulaciones del sufragio, abusos del poder legislativo y fraudes judiciales.

En 1873 salió a la luz *The Gilded Age (La edad dorada)*, obra coescrita con Charles Dudley Warner, que es una crítica

feroz de la situación política del país. El título daría nombre a estos años de postguerra de corrupción y especulación. Asimismo, viajó con su familia a Europa para una segunda gira de conferencias por Inglaterra. En 1874 nació su segunda hija, Clara, y acabó de construir una fastuosa mansión en Hartford. En ese año, Howells aceptó para su publicación en la *Atlantic Monthly* «A True Story, Repeated Word for Word as I Heard It», un relato extraordinariamente conmovedor en el que Aunt Rachel, la tía Rachel, una madre esclava, cuenta cómo ha ido perdiendo a sus hijos por culpa de la esclavitud y cómo, al final, durante la guerra civil, llega a reencontrarse con uno de ellos. Tras esta primera aparición de un relato suyo en una de las revistas literarias más célebres del país, Twain escribió para la misma una serie de siete artículos titulada «Old Times on the Mississippi», que aparecieron en 1875 y que más tarde fueron incorporados como capítulos iniciales en *Life on the Mississippi* (1883), libro en el que describe sus años como aprendiz de piloto en el río. Comenzaba aquí uno de los virajes fundamentales en la producción del escritor: la recuperación de su niñez, adolescencia y primeros años de juventud, desde la experiencia de la madurez, y la transformación de su autobiografía en materia de ficción. El tema central de estos capítulos era el desarrollo desde la inocencia hasta el conocimiento y, aunque de manera humorística, el aprendizaje del significado de la responsabilidad de una profesión. Su descripción del saber qué es y qué significa el río corre paralela a la de qué es el dominio del arte literario. El río es un libro que sólo admite ser leído por aquellos iniciados en el desciframiento de sus signos, de manera que el aprendizaje del piloto simboliza el del escritor que ha de aprender a ver lo que esconde la superficie de las cosas. Lo que Twain se proponía buscar era un estilo que fuese imaginativo y al mismo tiempo realista, pero sin la artificiosidad de las convenciones que escondía la escritura elegante.

Su exploración también le llevaría al descubrimiento de la infancia y de la visión de la vida en esos primeros años, en dos de los textos que siguieron: *The Adventures of Tom Sawyer* (1876) y *The Adventures of Huckleberry Finn* (1884),

considerados sus obras maestras. Borges manifestó que existe un hecho indiscutible respecto al escritor y es que «Mark Twain sólo es imaginable en América». No cabe duda de la certeza de la apreciación borgiana, aunque cabría matizar que la identidad y la obra de Twain se nutren y enraízan firmemente en la topología del sur del país. Ahora bien, al parecer lo que el escritor se propuso desde un principio es que el público no lo identificase como sureño. Cuando Samuel Langhorne Clemens, oriundo de Missouri, surgió dentro de la escena literaria de postguerra apareció revestido con el atuendo de humorista del lejano oeste, como representante del pragmatismo de la frontera opuesto a las formas convencionales de la sociedad burguesa victoriana del este y como sujeto alejado de las maneras refinadas de la cultura aristocrática del sur. Sin embargo, Clemens no conoció el espíritu fronterizo de Nevada hasta bien cumplidos los veintiséis años y, si bien no volvió a vivir en el sur después de 1861, sus mejores obras están emplazadas en la región que le vio nacer y crecer.

No es pura coincidencia que estos libros apareciesen en un momento en que el sur se había convertido en uno los espacios más celebrados literariamente. Pero es que, además, esos veintiséis años de vida sureña son los que formaron su gusto literario, los que vislumbraron sus primeros experimentos narrativos y, sobre todo, los que le permitieron aprender el arte de contar historias de hombres para quienes esto era pasatiempo predilecto. Hannibal, el pueblo a orillas del Mississippi donde Twain pasó su infancia y adolescencia, fue la fuente principal de inspiración para sus grandes obras, si bien a este respecto su actitud —como típico sureño de posguerra— fue ambivalente y contradictoria. En *Life on the Mississippi*, la región aparece asociada con la inocencia, y en *The Adventures of Tom Sawyer* St. Petersburg es un lugar idílico en el que las fantasías infantiles se tornan realidad. Pero en *The Adventures of Huckleberry Finn* la recreación desde la memoria de Hannibal se reviste de elementos de violencia, crueldad e hipocresía que enturbian la visión arcádica de esa infancia recuperada. Esto es así porque esta obra marca un cambio

decisivo en la trayectoria literaria de Twain. Si por una parte es su mayor logro como escritor humorístico, por otra inicia el tono de profundo pesimismo que envolverá sus obras posteriores. El viaje de Huck y Jim en la balsa no es tanto un viaje hacia la libertad cuanto una huida de la tiranía. Y es que en Hannibal fue donde Clemens palpó la esclavitud, no sólo porque su familia poseía algunos esclavos, sino porque la civilización y cultura sobre las que se cimentó buena parte de su vida adulta se aferraban a la tradición del sur. Como explica Shelley Fisher Fishkin, a pesar de que los escritos de Twain sobre la cuestión racial son complejos y ambiguos, es insostenible concluir que Twain creía en una jerarquía racial natural, en la inferioridad biológica de los negros, o en la de cualquier otra raza no caucásica. Como hijo de la cultura esclavista, Twain creció creyendo que el color de la piel legitimaba para el disfrute de unos derechos fundamentales, pero empezó a cuestionar estas creencias durante la década de 1880 en la época en que escribió *The Adventures of Huckleberry Finn* (Fishkin, 1993,
122-125).
Fishkin ha demostrado que la voz que se ha llegado a aceptar como la voz vernácula de la literatura estadounidense —la voz con la que Twain cautivó la imaginación nacional en *Huckleberry Finn* y que encumbraría a Hemingway, Faulkner y a otros muchos escritores del siglo XX— es en gran medida una voz negra. Según esta investigadora, en *Huck*, más que en ninguna otra obra, Twain hizo que las voces afroamericanas jugaran un papel principal en la creación de su arte. Su consideración por el afroamericano como individuo y no como mero estereotipo fue lo que le llevó a crear el personaje de Jim en *Huckleberry Finn*, una obra magistral por su enconada defensa de la libertad y por la condena inexorable que realiza de la injusticia racial de la Norteamérica de posguerra.

Humorista histriónico, sin una educación académica de la que poder vanagloriarse, Twain se mostró muy ambiguo en su relación con los popes literarios de la Nueva Inglaterra de la época, como dejó patente en el discurso que pronunció el 17 de diciembre de 1877 en honor del septuagésimo cumpleaños

de John Greenleaf Whittier, acto organizado por su amigo y entonces director de la *Atlantic Monthly*, Howells. El sureño relató la historia del desafortunado encuentro entre un minero del oeste con tres aprovechados que se hacen pasar por Ralph Waldo Emerson, Oliver Wendell Holmes y Henry Wadsworth Longfellow. Como cuenta Forrest
G.
Robinson, «el discurso divirtió a muy pocos de los presentes» (2002, 45). A pesar de que los autores, que estaban presentes, no se ofendieron, el tono agresivo de la historia de Twain no pasó desapercibido para los reunidos que no respondieron como cabía esperar, motivo por el que el conferenciante se sintió destrozado ya que sus palabras no habían hecho la gracia que él esperaba. El remordimiento y la humillación que sintió por su inconsciencia no le abandonaron nunca, si bien al mismo tiempo pensaba que el discurso tenía humor y no era vulgar. Esta aparente contradicción es propia de Twain y característica de tantas actitudes suyas ante la vida y la literatura.

Entre 1878 y 1880 viajó de nuevo con su familia por Europa, concretamente por Alemania, Suiza e Italia. En 1880 nació su tercera hija, Jean, y publicó *A Tramp Abroad (Un vagabundo en el extranjero)*, donde Twain narra las aventuras e impresiones de su periplo, especialmente la parte recorrida a pie, desde la Selva Negra hasta los Alpes. En 1881 apareció *The Prince and the Pauper (El príncipe y el mendigo)*, novela costumbrista que le valió grandes elogios y que se inspira en la popularidad de los libros para niños y en la curiosidad de la época por la Inglaterra monárquica. Como explica Albert
E.
Stone, se diferencia de su producción anterior porque no fue escrita para «ganar "pasta", sino para hacer felices a sus amigos y a su familia». Twain estaba también preocupado por satisfacer a esa parte del público estadounidense a la que no había llegado, es decir, a los lectores «acomodados que reverenciaban "la sobriedad de carácter", "la consistencia de valores" y "las virtudes tradicionales" por encima del humor chocarrero» con el que se solía asociar el nombre del escritor.

De esta manera, *The Prince and the Pauper* fue su pasaporte literario hacia la respetabilidad (95-96).

Es en este año también cuando empezó a invertir capital en uno de los proyectos más importantes de su larga carrera como entusiasta de la última tecnología y que acabaría arruinándole económicamente: la máquina de composición tipográfica de James W. Paige. Como explica Forrest G. Robinson, es difícil exagerar la importancia del dinero dentro de la visión existencial de Clemens, pues el ansia que sentía iba más allá de lo que se puede considerar normal, ya que inspiraba en él un apetito insaciable, ocasionado en buena parte por haber vivido en su infancia en la pobreza y también por el vértigo que le producía la ambición de lo material (2002, 42).

El 5 de noviembre de 1884 inició una gira de lecturas con el escritor sureño George Washington Cable, que se prolongó durante cuatro meses, periodo en el que apareció *The Adventures of Huckleberry Finn* y, en 1885, su editorial, la Charles L. Webster and Company, publicó los dos volúmenes de *Personal Memoirs* de Ulysses S. Grant, expresidente de los Estados Unidos (1869-1879), que fueron un gran éxito de ventas y le reportaron enormes beneficios económicos. En 1885, cuando cumplió cincuenta años, había alcanzado la gloria y felicidad mayores de su vida, tanto en el plano personal y familiar, como en el económico y literario.

En 1889 vio la luz *A Connecticut Yankee in King Court (Un yanqui en la corte del rey Arturo)* *Arthur's*

, obra que dramatiza el absurdo de la historia humana en la que los hombres están regidos por la herencia y el entorno, mientras que los conceptos del libre albedrío y el progreso no son más que ilusiones perentorias. Twain es uno de los escritores que mejor ejemplifica las contradicciones de su tiempo, y en ese sentido es representativo de su época. Si, por una parte, Samuel
L.
Clemens mostró una ingente confianza, energía y capacidad para embarcarse en todo tipo de aventuras comerciales y proyectos tecnológicos que la última mitad del siglo XIX empezaba a descubrir, por otra, Mark Twain no se abstuvo de mostrar con igual fuerza el escepticismo, desilusión e incluso desesperación que ese mismo progreso le causaba. Y esa dicotomía aparece plenamente representada en esta novela, una obra que empieza burlándose y satirizando el pasado medieval, y acaba cuestionando la superioridad del presente moderno e industrializado.

De junio de 1891 a 1895 la familia Clemens residió en Alemania, Italia y Francia con algunas estancias ocasionales en los Estados Unidos y numerosos viajes por parte del escritor con el objetivo de hacer frente a su situación económica. En 1894 se publicó como libro *The Tragedy of Wilson Pudd'nhead*
, la obra que el lector tiene en sus manos, una novela crítica del racismo, que investiga la naturaleza de la esclavitud y sus efectos sobre la conciencia humana, y que en realidad es «otro acto de reparación, una exposición de la corrupción moral del blanco por culpa de la esclavitud del negro» (Sundquist, 1988, 100). Twain escribió la novela en un momento en que sus proyectos comerciales se estaban desmoronando y su visión de la vida teñiría de un cariz irremediablemente pesimista el contenido de sus últimas obras, en lo que algunos críticos detectan como paso del tono de parodia sarcástica a la misantropía abierta y a la desesperanza. ¿Cómo probar la pertenencia a una determinada raza cuando no existe ningún signo aparente de distinción? Ése era el tema que Twain había tratado ya en *A Connecticut Yankee* y retomó en *The Tragedy*

of Wilson Pudd'nhead, su particular crónica contra el extremismo racial en la ley, en la ciencia, en la literatura y hasta en la manera en que se había definido en la Constitución. El racismo no sólo había vuelto invisible a la población afroamericana, sino que había definido el color no por leyes ópticas sino por una serie de tendenciosas teorías genéticas (Sundquist, 1988, 103). Son la imitación, el aprendizaje, la práctica y la costumbre los que crean la categoría de «nigger» en esta obra, la de «esclavo» en *A Connecticut Yankee* y la de todos los modos jerárquicos supuestamente naturales o de origen divino. *Wilson Pudd'nhead* es, pues, una novela que recoge la crisis moral de Twain en cuanto al problema racial para ahondar en nuevos matices éticos, en un momento en que los derechos civiles y políticos de la población afroamericana se estaban viendo aniquilados por las leyes de segregación.

El fracaso de la máquina de composición tipográfica de Paige le ocasionó la bancarrota y se vio obligado, para atajar el descalabro económico, a iniciar una gira mundial de conferencias durante 1895 y 1896, que le llevaría desde la India hasta Australia. Antes de su regreso a Estados Unidos, en agosto de 1896, falleció de meningitis Susy, su hija predilecta. Siguió un periodo de aflicción intensa en el que Clemens se culpabilizó por su muerte. Este sentimiento de culpa no era nuevo. La continua justificación que describía la vida de Twain arrancaba de otros episodios anteriores, en concreto la muerte de su hermano Henry y de su hijo Langdon. Aparecieron entonces *Personal Recollections of Joan of Arc* —la obra que Twain consideró la mejor de toda su producción literaria— y *Tom Sawyer, Detective*.

En 1897 apareció *Following the Equator*, resultado de su gira de conferencias alrededor del mundo, en un periodo de autorreflexión e introspección dominado por un furioso pesimismo que obedecía a dos hechos: en primer lugar, a las desgracias personales (el fallecimiento de su hija Susy en

1896); y en segundo, a su participación en la desilusión y en la crisis de conciencia finisecular que se abatieron sobre buen número de intelectuales. El libro es fundamentalmente una crónica de las calamidades que el imperialismo occidental ha causado en los países del Tercer Mundo situados en la línea del ecuador.

Desde 1897 hasta 1900 la familia Clemens residió en Viena y Londres. En 1898, Twain empezó a trabajar en *The Mysterious Stranger*, que se publicaría póstumamente en 1916. En estos años finales de su vida y producción literarias, que Bernard DeVoto bautizó como «los años de desesperación» por hallarse saturados de una gran amargura, aparece una figura parecida a la de Satanás que en ocasiones toma la forma de un extranjero que intenta reformar a la gente y la sociedad que le rodea. Los críticos han clasificado la aparición de este personaje de cuatro maneras diferentes en obras que forman parte de un grupo de escritos que hablan de la naturaleza, el destino y la moralidad humanos. En ellas Twain observa cómo se desmoronan los ideales sobre los que se asientan las virtudes republicanas del país, víctimas de la cobardía, corrupción y maldad de la humanidad. Según Stanley Brodwin, en «Mark Twain's Masks» (1973, 207-208), en primer lugar, Satanás, como tentador tradicional y origen de la mentira, surge en «The Man That Corrupted Hadleyburg» (1899), un relato en el que la ciudad es un lugar donde la inocencia y la virtud no son más que enmascaramientos de la hipocresía y la crueldad. En segundo lugar, en «That Day in Eden (A Passage from Satan's Diary)» y «Eve Speaks» (1900), Satanás es un comentarista que se compadece de la tragedia que representa la caída del hombre, aunque no logra hacer entender a Adán y Eva cómo se habrían podido salvar. En tercer lugar, en *Letters from the Earth* (obra publicada póstumamente, en 1962 por DeVoto), Satanás se convierte en un interrogador sarcástico de la conducta divina, al escribir cartas a los arcángeles Gabriel y

Miguel en las que reflexiona sobre lo absurdo del ser humano, un experimento de Dios. En cuarto lugar, esta figura de Satanás aparece también en *The Mysterious Stranger*. Twain trabajó en esta novela desde 1897 hasta 1908 y de ella existen al menos cuatro versiones en tres manuscritos, todas ellas emplazadas tanto en el Hannibal de preguerra, o en la Austria de 1702 o 1490, ambas épocas consideradas como el Medievo por el escritor, en las que se ocupa del sentido moral y de la «maldita raza humana». Satanás actúa aquí como fuerza de una inocencia amoral revestida con los poderes creativos divinos. El primer manuscrito es conocido con el título de *The Chronicle of Young Satan* y la acción se sitúa en Austria; la segunda, titulada *Schoolhouse Hill* y emplazada en Norteamérica, cuenta las aventuras de Huckleberry Finn y Tom Sawyer con Satanás, que aquí aparece con el nombre de «No. 44, New Series 864 962»; la tercera versión, llamada *No. 44, the Mysterious Stranger: Being an Ancient Tale Found in a Jug and Freely Translated from the Jug*, vuelve a la Austria medieval y cuenta cómo desaparece el personaje No. 44 delante de una imprenta y sus denuedos por demostrar la inutilidad de la existencia humana. La publicación que en 1916 realizó de la obra Albert Bigelow Paine no se considera completa porque está integrada por el primer manuscrito y una versión modificada del tercero, y no sería hasta 1969 cuando la University of California Press publicó una edición de los tres manuscritos con el título de *No. 44, the Mysterious Stranger*, que refleja fidedignamente la idea de Twain. En 1906 y de manera anónima apareció *What is Man?*, un diálogo entre un joven y un anciano en el que se barajan ideas tales como el destino o libre albedrío.

En 1900, Twain regresó a Estados Unidos y fue recibido con los honores de héroe nacional. Se instaló en Nueva York, donde juntamente con Howells participó en la campaña antiimperialista. «Soy antiimperialista», declaró a un periodista del *Herald* de Nueva York el 16 de octubre de 1900, nada más pisar el país. Hunt Hawkins explica que estas convicciones —que se habían ido arraigando con enorme fuerza en el

escritor durante su viaje de conferencias alrededor del mundo— se vieron acrecentadas por la lectura del Tratado de París por el que España cedía las Filipinas a los Estados Unidos y por su amistad con Howells, miembro de la Liga Antiimperialista (148). Durante los seis años siguientes Twain escribió una serie de artículos sobre la guerra de Cuba, la de los boers, la rebelión de los *boxers* y la situación del Congo. En 1901 recibió el título de Doctor en Literatura de la Universidad de Yale y publicó «To the Person Sitting in Darkness», una despiadada invectiva contra las supuestas ventajas de la civilización. En 1904 publicaría «King Leopold's Soliloquy», un ataque contra la opresión del Congo por parte del poder belga colonial. Ambos artículos eran una muestra más del talante antiimperialista del escritor y de su capacidad como crítico social a principios del siglo XX.

En 1903 viajó con su familia a Italia, donde el 5 de junio de 1904 falleció su esposa Livy. Consciente de su papel como personaje histórico, Twain nombró biógrafo y albacea literario a Albert Bigelow Paine, a quien empezó a dictar su autobiografía. Con la desaparición de Livy, comienza, según la crítica más tradicional, la última etapa existencial y literaria del escritor. La biografía de Samuel Clemens/Mark Twain continúa siendo objeto de investigación, análisis y revisión, iniciados desde antes incluso de la muerte del propio escritor. Si Samuel Johnson contó con James Boswell, Twain contó, aunque sólo durante unos pocos años al final de su vida, con Albert Bigelow Paine, quien en 1912, dos años después del fallecimiento del escritor, publicó una monumental obra en tres volúmenes —una hagiografía para muchos— titulada *Mark Twain: A Biography. The Personal and Literary Life of Samuel Langhorne Clemens*.

Como era de esperar, los biógrafos —empezando por el fiel Paine— han contado también muy buenas historias sobre el escritor y las personas que vivieron a su alrededor. De entre aquellas que formaron parte de su círculo familiar y más íntimo, y que han recibido muy distintos tratamientos, destacan, como se ha visto con anterioridad, su esposa, Olivia

Langdon, y la mujer que le acompañó en sus últimos años de vida, Isabel Van Kleek Lyon, una figura que en la inmensa mayoría de las biografías pasaba, hasta hace bien poco, como presencia fantasmal, pues raras veces se adentra la investigación en tratar de elucidar el auténtico papel que representó. De hecho, en 2010, año del centenario del fallecimiento de Twain, se publicaron dos libros que intentan esclarecer lo que en las últimas décadas ha pasado a ser el centro de la atención de la crítica biográfica: los hechos que se sucedieron desde la muerte de Livy hasta la del propio escritor.

El primero de estos dos estudios se titula *Mark Twain, Man in White: The Grand Adventure of His Final Years* (2010). Su autor, Michael Shelden, se adentra en el periodo de 1906 a 1910 con el propósito de poner en entredicho la imagen del Twain amargado tras la desaparición de Livy. Shelden descubre y pinta la figura de un hombre lleno de energía, abierto, con ganas de vivir y repleto de humor; alguien que ha sabido sobreponerse a la desaparición de sus seres más queridos y disfruta de la compañía de todo tipo de amistades. De hecho, el famoso traje blanco que vistió el escritor durante estos últimos años es interpretado como símbolo de cómo el sureño se desprendió de la pena que le oprimía desde hacía una década. El segundo libro, *Mark Other Woman: The Hidden Story of His Final Years* *Twain's* (2010) de Laura E. Skandera-Trombley, es un estudio que pretende reivindicar la hasta ahora, según la autora, estigmatizada figura de Isabel Lyon.

Estos años finales del escritor suelen aparecer etiquetados, como se ha mencionado con anterioridad, con el calificativo de «periodo negro», y son los que han sido objeto de mayor atención y más dispares reinterpretaciones recientemente. La razón de esta atención y discrepancias viene motivada porque todavía existían manuscritos, publicaciones en periódicos, cartas privadas, etc.

, que no habían pasado por el ojo crítico de los investigadores. La visión más ortodoxa pintaba un retrato desolador del autor, quien, tras los fallecimientos de su esposa e hija Susy, se había sumido en un pesimismo y nihilismo profundos, a los que se añadió el distanciamiento que supuestamente impusieron las otras dos hijas, Jean y Clara. Son éstos los años en los que, además, surgía en primer plano una nueva presencia femenina en este escenario: Isabel Lyon, la mujer que vivió en la casa de Twain durante seis años y hacia quien experimentó un radical vuelco sentimental, desde el amor reverente hasta el odio más recalcitrante.

En 1902, Twain la describió como «espigada, pequeña y de buena presencia, de treinta y nueve años según el almanaque, aunque de diecisiete a tenor de cómo se viste y se comporta». Ella adoraba al admirado autor y lo llamaba «El Rey», apelativo que a él le encantaba. Lyon había sido secretaria personal de Livy, pero, tras la desaparición de ésta en 1904, empezó a encargarse de supervisar las finanzas de Twain, de cuidarlo en la enfermedad, de vigilar a sus hijas, de leer y proporcionar sugerencias a los textos que iba componiendo, de escribir al dictado sus memorias y de cuidar del hogar. En una palabra, Lyon se transformó en una nueva Livy. En 1966 Justin Kaplan ya adelantaba la opinión de que «en Clara y Jean, y más tarde en su secretaria privada, Clemens buscó un reemplazo simbólico para Livy, de la misma manera que ésta había reemplazado a Mary Fairbanks» (439).

Para entender lo que, a partir de 1902, es a todas luces una enmarañada historia de amores y odios, de trepidantes encuentros y desencuentros, de traicioneras conspiraciones de villanos contra inocentes ancianos, es decir, un fenomenal culebrón que rompería cuotas de pantalla en cualquier *reality show* de nuestros días, conviene recordar el descubrimiento en 1970 de un documento inédito hasta aquella fecha: el manuscrito

Ashcroft-Lyon.

El 25 de junio de ese año, el *New York Times* publicaba un artículo, firmado por George Gent, en el que se informaba del descubrimiento de una carta de Mark Twain en la que acusaba

a su secretaria, Isabel Lyon, y a su ayudante financiero, el inglés Ralph W. Ashcroft, de robo. La carta, en realidad un manuscrito de 492 páginas, iba dirigida a William Dean Howells, el amigo íntimo de Twain, y estaba fechada en el otoño de 1909, si bien había sido redactada entre mayo y octubre de aquel año. Había sido hallada en una caja de zapatos entre los papeles de Edward E. Loomis, cuya esposa, Julia Langdon, era sobrina de la mujer de Twain, y había sido comprada por 25 000 dólares por la Biblioteca Pública de Nueva York para la Berg Collection of English and American Literature.

En esta carta, que nunca fue enviada, Twain contaba al amigo Howells cómo Ashcroft y Lyon le habían desposeído de miles de dólares. El escritor había contratado a Ashcroft en 1907, cuando había sido nombrado doctor *honoris causa* por la Universidad de Oxford, y, con el tiempo, había autorizado a él y a Lyon para firmar cheques en su nombre. Los desleales empleados habían planeado casarse y, conscientes de los riesgos que corrían y del peligro de la denuncia de Twain, se marcharon a Inglaterra para evitar la justicia. En 1909, el mismo *New York Times* se había hecho eco de la traición, pero también había publicado la noticia de que las diferencias entre los litigantes se habían solucionado ante los tribunales. Twain, sin embargo, había escrito al director del periódico para desmentir la veracidad de aquella resolución y acusar al rotativo de falsedad. Por otra parte, en la carta a Howells, Twain reconoce y se culpa de su ramplona credulidad y añade un apartado titulado «To the Unborn Reader», una especie de mensaje para la posteridad en el que exhortaba a la persona que algún día leyera sus palabras a preservar aquel escrito.

El libro de Skandera-Trombley *Mark Other Woman: The Hidden Story of His Final Years*
Twain's
no es el primero, sin embargo, que se ocupa de estudiar la relación entre Lyon y Twain teniendo en cuenta el manuscrito Ashcroft-Lyon.

De hecho, a partir de su descubrimiento, el texto ha recibido dos interpretaciones: la de los críticos que minimizan su importancia como documento explicativo del drama final del escritor y defienden la actuación del tándem Ralph W. Ashcroft/Isabel Lyon; y la de aquellos que lo utilizan como prueba fehaciente del comportamiento conspiratorio de la pareja. En una palabra, el campo se halla dividido en estos momentos entre los amigos y los enemigos de Isabel y Ralph.

En 1973 Hamlin Hill era el primero que se acercaba a la figura de la secretaria con ojos benévolos para destacar su papel de víctima propiciatoria de las intrigas urdidas por las hijas del escritor y de la tiranía del mismo. La actitud inaugurada por este crítico es la que prevaleció hasta el momento en que Karen Lystra publicó *Dangerous Intimacy* en 2004, un volumen que, además de poder leerse con la avidez de una novela de misterio, es el estudio más ecuánime, contenido y mejor documentado sobre estos últimos años de la vida del escritor aparecido hasta la fecha. Lystra parte de presupuestos novedosos. Contrariamente a Hill, rechaza la versión de los hechos desde el punto de vista de Ashcroft y Lyon, y sitúa su ojo crítico desde el punto de mira de Jean Clemens, la hija epiléptica de Twain, a la que Lyon mantuvo apartada del padre con la intención de eliminar las barreras emocionales que se pudieran interponer entre ella misma y el escritor. En segundo lugar, cuestiona las afirmaciones que vierte Lyon en su diario, que Skandera-Trombley acepta sin rechistar en 2010 en *Mark Other Woman* *Twain's*, en torno a las dos ocasiones en que Jean atacó a Katy Leary, la sirvienta de toda la vida de los Clemens, y justifica la aparente violencia en aras de la actitud que prevalecía en la época ante los espasmos epilépticos. Jean, más que agresora, fue víctima de una enfermedad, en aquel entonces maldita y moralmente dañina, que condenaba al ostracismo a los que la padecían. Ni las cartas ni la biografía oral de Katy Leary corroboran para nada la maledicencia de los críticos que, como

Skandera-Trombley, se hacen eco de la agresividad casi asesina de Jean. Lystra investiga, además, la manera fraudulenta en que Lyon y Ashcroft consiguieron poderes notariales para efectuar operaciones y transacciones financieras en nombre de Twain.

Pero lo más destacado quizás de su investigación es la lectura detallada que realiza, por una parte, de los diarios de la propia Jean Clemens y, por otra, del manuscrito Ashcroft-Lyon, una lectura que obliga a modificar sustancialmente algunas de las apreciaciones de estudiosos anteriores. Si para Hill el manuscrito era prueba de la senilidad que aquejaba al autor, para Skandera-Trombley es un intento de reconciliarse con sus hijas, pues, al desbancar a Lyon, Clemens trató de probar a Clara y a Jean que seguía queriéndolas (181). Para Lystra, por su parte, es un escrito valioso que evidencia la serenidad y sensatez de Clemens y, además, es un signo de la penitencia que tuvo que cumplir ante los remordimientos que le reconcomieron al darse cuenta de que había alejado a su propia hija de su lado por culpa de su egoísmo y de las malintencionadas tretas de Lyon.

Mientras que Michael Shelden, apoyándose en Lystra, dibuja a Lyon como una sibilina manipuladora de la vida y asuntos del presunto viudo desconsolado, Skandera-Trombley, sin apenas tener en cuenta las aportaciones de Lystra presentadas seis años antes de la publicación de su estudio, la presenta como víctima inocente de la furia desbocada del egocéntrico Clemens. Contrariamente a los críticos anteriores que los habían pasado por alto, Skandera-Trombley rescata los diarios de Isabel Lyon y los utiliza como fuente principal de sus disquisiciones. Ahora bien, aunque ella es la primera en señalar que Lyon revisó y corrigió estos diarios con posterioridad, la convierte en la única narradora veraz de la misteriosa trama que compone su ascensión y caída en la casa Clemens. En la versión que

Skandera-Trombley
pergeña de lo sucedido, la confidente y secretaria, conocedora de las miserias familiares, es víctima del encono del escritor y de sus dos hijas, al haberse transformado ella en una pieza peligrosa que amenazaba la poca estabilidad familiar y la bonanza económica de las hijas como herederas del genio. Desde esta perspectiva, serían ellas quienes lo forzaron a poner a Lyon y a Ashcroft de patitas en la calle y sería Clara Clemens, en concreto, la responsable del destino de ambos, y especialmente de Lyon, a manos de los investigadores de Twain. Éstos, a las órdenes de la heredera Clara, la condenaron a la invisibilidad dentro de la narrativa biográfica sobre el escritor, debido, según argumenta
Skandera-Trombley,
a su presunta pertenencia a la clase obrera y a su condición de mujer. Isabel Lyon era, de acuerdo con
Skandera-Trombley,
una mujer inteligente y dispuesta a mejorar su posición en la vida. La distinta procedencia de ella y de las hijas de Clemens sería, pues, lo que a la larga precipitó el traumático despido y le valió ser eliminada de la historia. La investigadora desacredita sin paliativos el manuscrito
Ashcroft-Lyon,
manifestando que es una escandalosa fabulación del autor y no documento fehaciente de los hechos acontecidos, lo que, unido al hecho de que Clara viviera hasta la década de 1960 y vigilara lo que se escribía sobre su padre, hizo que fuera imposible adentrarse en la otra cara de la moneda del asunto, tal y como Lyon la ilustró con sus diarios.

El retrato que Karen Lystra dibuja de Lyon y Ashcroft no puede ser más dispar del de
Skandera-Trombley,
y es a la postre quizás el que mejor se adecúa a los sentimientos expresados por los dos escritos que Twain compuso a corazón abierto: el manuscrito y «The Death of Jean», el último texto que escribió y con el que se cerraría su vida literaria. Publicado en la revista
Harper's

un año después de su fallecimiento, gracias a Albert Bigelow Paine, y compuesto durante los días posteriores a la muerte de su hija Jean (acaecida en la mañana de la Nochebuena de 1909, tras ahogarse en la bañera como consecuencia de un ataque epiléptico), es, además de elegía, cruda exhibición del alma de un hombre que se sofoca en el remordimiento.

Para Lystra, Lyon y Ashcroft, dos sinvergüenzas sin escrúpulos, embelesaron a un Twain entrado en años, pero que todavía mantenía unas ganas inconmensurables de vivir, y ejercieron sobre él un hechizo que ella explica desde la psicología y que diagnostica como síndrome de indefensión aprendida (230), un estado en el que el sujeto llega a estar dominado por las pautas de conducta y de pensamiento dictadas por la persona que le cuida. Afortunadamente, Twain logró librarse del embrujo, como prueba el hecho de que el manuscrito sea, entre otras cosas, «la confesión de que él había abandonado a su propia hija» (Lystra, 220).

Victor
A.
Doyno manifiesta con contundencia que Sam Clemens actuó como un padre «extraordinariamente entregado, sensible y atento (35). —Sin embargo—, The Death of Jean» deja patente que en su interior Twain, el padre que había permitido que su hija hubiera sido «durante mucho tiempo una exiliada de su propio hogar», todavía no se había perdonado a sí mismo y que sentía que «al perderla, me he arruinado y mi vida es una amargura…» (Lystra, 252).

Cuatro meses después de la muerte de Jean, el 21 de abril de 1910, murió Twain. La influencia de Mark Twain en la literatura coetánea y posterior sería incalculable. Nada menos que había revolucionado la retórica anquilosada del lenguaje victoriano, y la había sustituido por la frescura y vitalidad de un lirismo vernáculo que hunde sus raíces en las tradiciones más originales de la cultura y civilización nacionales.

«La tragedia de Wilson Cabezahueca»

La composición de la novela: «una cesárea literaria»

Durante la década de 1890, la ficción que triunfaba en los Estados Unidos sobre temas sureños giraba indefectiblemente sobre la idealización de la Causa perdida de los confederados y sobre el mito romántico del Viejo sur de preguerra. En 1888, el escritor norteño Albion W. Tourgée, en una entrevista concedida al *New York Tribune*, adelantaba ya la idea de cómo el sur había sido capaz de tergiversar políticamente el veredicto de Appomattox, porque, «excepto por el resultado en la lucha física, no cabe duda de que los sureños han sido realmente los vencedores de la guerra». El triunfo sureño se reflejaba asimismo en el campo literario hasta el punto de que «un extranjero interesado por nuestra literatura actual, que no tuviera conocimientos previos de nuestra historia, llegaría a la conclusión de que es en el sur donde se asienta el imperio intelectual de nuestra América y de que el africano es nuestro elemento romántico principal». Además, Tourgée sostenía que no sólo los temas sureños gozaban de la preferencia del público lector por encima de los procedentes de otras latitudes del país, sino que «nuestra literatura se ha convertido en una literatura al estilo sureño y con unas simpatías claramente confederadas[1]». Éste es el contexto literario en el que apareció *The Tragedy of Wilson Pudd'nhead*, una situación que lleva a entender la obra no como parte de esta corriente literaria de reconciliación nacional sino como «un sombrío contraste respecto a los ideales democráticos sobre los que los Estados Unidos habían sido fundados» (Budd, 1987, 391).

Esta novela de Twain cuenta varias historias. En primer lugar, relata la llegada de David Wilson, un abogado del norte, a la pequeña población sureña de Dawson's Landing hacia 1830; cómo un comentario desafortunado lo ridiculiza ante los aldeanos y cómo habrán de transcurrir veintitres años para que, tras resolver un misterioso asesinato

gracias a lo que bien pueden denominarse las últimas tecnologías al servicio de la determinación de la identidad de los individuos, sea acogido triunfalmente como hijo predilecto de aquella comunidad. En segundo lugar, cuenta cómo una madre esclava, desesperada ante la posibilidad de que el capricho del amo le haga vender a su bebé y la separe de él para siempre, es capaz del máximo sacrificio: renunciar a su propio vástago con el fin de salvarlo de la muerte social que representaba el sistema esclavista. Valiéndose de una estratagema legendaria, esta madre de apariencia blanca, pero definida por la ley como negra, cambia a su bebé por el del amo, con lo que el niño blanco pasa a ser negro y el negro blanco. Su ardid, sin embargo, lejos de poder compararse con lo que ocurría con la novela de *El príncipe y el mendigo*, no dará los resultados esperados, pues su hijo, criado como blanco, acabará siendo un personaje inmoral, jugador, bebedor y asesino. Horrorizado al descubrir sus verdaderos orígenes, será al final castigado devolviéndosele la identidad de negro pero también la de esclavo. En tercer lugar y a manera de resumen, esta fabulación trata de mostrar cómo las obsesiones de Twain —el tema del doble, la duplicidad, el disfraz— se aúnan en un relato para subrayar la ambigüedad que encierra el mismo concepto de identidad: una ficción más de la ley y de la sociedad. Para el escritor, la Norteamérica de finales del siglo XIX se ha convertido en un mundo repleto de paradojas, en una especie de pesadilla gótica, en la que «nadie, tanto en sentido literal como figurado, puede estar seguro de si es blanco o negro» (Bradbury, 24). Esto significa, en opinión de Earl F. Briden, que los personajes principales de la novela se hallan esclavizados «por unas ficciones sociales que los identifican como blancos o negros, como tontos, asesinos o sensatos, y de las que nunca pueden llegar a liberarse totalmente». Impuestas nada más nacer, estas ficciones acaban, por la fuerza de la simplificación que conllevan, eliminando al individuo, puesto que el que se le sean impuestas es el primer paso para que aprenda a asimilarlas, lo que a su vez significa perpetuarlas

(171).

The Tragedy of Pudd'nhead Wilson no es una novela que Mark Twain escribiera a la primera y de un solo tirón, sino que deriva de una primera narración denominada *Those Extraordinary Twins*. El proceso de metamorfosis que sufrió esta última hasta llegar a convertirse en *The Tragedy of Wilson*
Pudd'nhead
duró más de dos años y durante ellos Twain cortó, reescribió y reelaboró el original de tal manera que lo que había empezado siendo «una farsa literaria basada en un espectáculo de feria protagonizado por unos siameses se convirtió en una "tragedia" racial sobre el sur de preguerra» (Gillman, 1989, 54).

Durante esa época, el escritor estaba atravesando unos momentos de enormes dificultades económicas. Era entonces cuando se hallaba enfrascado en la aventura de la máquina de tipografía de James
W.
Paige y veía cómo su inversión le estaba llevando al descalabro económico. En 1891, la familia Clemens cerró la casa de Hartford, colocó a sus criados en otras residencias y se trasladó a Europa en un intento por salvarse de la ruina que les amenazaba. En 1894 llegó la bancarrota, en la que sucumbió asimismo la editorial que el escritor había fundado, la Charles
L.
Webster and Company. A Twain le obsesionaba proteger su imagen pública y, para algunos críticos, *The Prince and the Pauper* y *Personal Recollections of Joan of Arc* fueron obras escritas con el fin de defender su respetabilidad. Estas circunstancias explican que los títulos que compuso durante esta década de 1890, *The Tragedy of Wilson*
Pudd'nhead
incluido, englobaran entre sus temas lo que para algún estudioso son unas preocupaciones que giran en torno a la aceptación social, el mérito individual y la valía social (Quirk, 213).

La tortuosa génesis de *Wilson Pudd'nhead* —que para su propio autor era en esencia una «novela de intriga sobre un asesinato» (Moss, 53)— obedece, en parte, al intento de hacer de ella una obra popular y de gran potencial comercial, con el fin de que le ayudara a subsanar las maltrechas finanzas. Justin Kaplan, al hablar sobre la relación entre dinero y literatura, manifiesta que es difícil imaginarse a otro escritor más obsesionado por el aspecto material del dinero que Twain y que, aunque albergaba enormes reticencias a la hora de describir escenas sexuales o adentrarse en lo emocional, no sintió ningún escrúpulo para componer «una especie de pornografía del dólar» (96). De igual manera piensa Forrest G. Robinson, quien explica que Twain «escribió con el ojo puesto principalmente en el provecho económico» y que a partir de la cincuentena «pensaba en sí mismo como negociante en primer lugar y como escritor en segundo» (2002, 42). Esta nueva concepción de sí mismo ayuda a entender su pronta disposición a componer obras dramáticas como *Ah Sin* (en colaboración con Bret Harte) o a convertir algunas obras narrativas suyas en teatro, como ocurrió con *Colonel Sellers* (una adaptación de *The Gilded Age*) y con las dramatizaciones de *Tom Sawyer*, de *The Prince and the Pauper* y de la misma *The Tragedy of Wilson Pudd'nhead* —estrenada ésta en abril de 1895 y protagonizada por Frank Mayo hasta junio de 1896, momento de su muerte—, todas ellas «pura y llanamente empresas comerciales» (Quirk, 2002, 42). «A Sam le fascinaba la promesa que encerraba el teatro a la hora de conseguir dinero rápido», explica Andrew Hoffman (309)[2].

Volviendo al proceso de composición de *The Tragedy of Wilson Pudd'nhead*, baste tener en cuenta por ahora los siguientes hechos:

1. El manuscrito original del que se deriva la novela —denominado manuscrito Morgan y conocido también con el título de *Those Extraordinary Twins*— se halla depositado en la Biblioteca Morgan y en él se encuentran fusionados los argumentos de lo que más tarde serían dos textos diferentes: *The Tragedy of Wilson*
Pudd'nhead
y *The Comedy of Those Extraordinary Twins*. Twain empezaría a trabajar en él, según Robert Moss (45), en julio de 1892 en Bad Nauheim (Alemania).

2. *The Tragedy of Pudd'nhead Wilson* vio la luz por primera vez en forma de folletín en la revista *Century Magazine*, de diciembre de 1893 a junio de 1894, entregas que se publicaron acompañadas de seis ilustraciones de Louis Loeb (1866-1909)[3].

3. En noviembre de 1894, la editorial American
Publish-ing
Company, bajo la dirección de Frank Bliss, publicó en forma de libro y en un solo volumen los dos textos diferentes con el título de *The Tragedy of Wilson and The Comedy of Those Extraordinary Twins*
Pudd'nhead
. Cada texto apareció precedido por un prólogo. El libro contenía 432 ilustraciones realizadas por Frank
M.
Senior y
C. H.
Warren, dibujos que ornamentaban los márgenes de cada página con el propósito de alargar la extensión de las dos narraciones[4].

Those Extraordinary Twins no era el primer texto en el que Twain mostraba su curiosidad por las vicisitudes de los gemelos y la idea de dos identidades forzosamente unidas pero irreconciliables[5]. La primera obra que había escrito sobre el tema había sido un relato corto en torno a los famosos siameses Chang y Eng Bunker, titulado «Personal Habits of the

Siamese Twins», publicado en *Monthly Packard's* en agosto de 1869 y recogido en 1875 en la colección *Sketches New and Old* con el título de «The Siamese Twins». De manera diferente a los siameses que aparecen en *Those Extraordinary Twins*, Chang y Eng constituían dos cuerpos independientes pero unidos por una parte. Nacidos el 11 de mayo de 1811 en Siam, la actual Tailandia, se hallaban ensamblados por el esternón y un cartílago, y compartían el hígado. Llegaron a Estados Unidos el 16 de agosto de 1829 tras haber sido descubiertos en las orillas del río Mekong por un comerciante escocés llamado Robert Hunter quien colaboraría con Abel Coffin para contratarlos y exhibirlos en el país, si bien al cabo de un tiempo fueron ellos mismos quienes empezaron a gestionar sus actuaciones para al final de sus carreras colaborar con el famoso empresario teatral y de espectáculos P. T. Barnum. Inteligentes y astutos, Chang y Eng se instalaron en la parte oriental de Carolina del Norte, se convirtieron al cristianismo, adoptaron el apellido Bunker, compraron una plantación con esclavos y el 13 de abril de 1843 se casaron con las hermanas Yates —Chang con Adelaide y Eng con Sarah Anne—, con quienes tuvieron diez y doce hijos, respectivamente. Con el fin de establecer una convivencia cómoda y feliz decidieron pasar tres días consecutivos en cada una de las dos casas que poseían. Chang y Eng se presentaban ante el público con el nombre de «Los gemelos siameses» y con este apelativo de «siameses» pasaron a designarse desde entonces este tipo de gemelos fusionados por alguna parte del cuerpo. Su final fue desgraciado porque Chang se dio a la bebida y sufrió un derrame cerebral que no afectó en principio a Eng. Chang padeció entonces una bronquitis que le llevó a una neumonía y murió, debido a un aneurisma, el 17 de enero de 1874. Al despertarse Eng y darse cuenta de que Chang estaba muerto, cuenta la historia que falleció de desesperación y miedo[6].

«Personal Habits of the Siamese Twins» trata de cómo dos individuos moralmente diferentes pueden coexistir dentro de

un cuerpo que comparten. Para Malcolm Bradbury, Twain analiza la situación desde la perspectiva de la división de su propia naturaleza, de la interiorización en carne propia de su guerra civil, de la diferencia entre los valores de la clase media y los de la baja, entre la América del norte industrializada y la del sur agrícola (17)[7]. La narración culmina en una escena en que uno de los siameses toma *whisky* y el otro agua y azúcar, y acaban los dos borrachos. Ahora bien, según Cynthia Wu, el relato es un ejemplo de cómo la imagen de los siameses —una figura de la diferencia anatómica pero también racial— funcionó en los discursos decimonónicos sobre los Estados Unidos, la unidad nacional y la construcción de un estado imperialista en los años de la posguerra en que el país iniciaba el proceso de reconstrucción y crecimiento industrial y tecnológico. Aunque el texto habla de una política de reconciliación en tiempos de agitación civil, muestra una ambivalencia sobre esa misma unidad nacional que intenta defender y una preocupación sobre la incapacidad de la nación para contener la diferencia racial (en este caso, asiática), social y de género (30). Para Wu, «Personal Habits of the Siamese Twins» reconoce la existencia de una lucha entre el norte y el sur tras la guerra civil y revela los sentimientos ambivalentes hacia el fenómeno de la inmigración asiática a Estados Unidos, al tiempo que relaciona la reconcilación regional en la costa atlántica con la exploración laboral de los asiáticos en la costa de California (38): «La conversión de la anatomía de Chang y Eng, dos individuos que cohabitan en un solo cuerpo, en metáfora que describe la lucha de varios grupos dentro de una sola nación ejemplifica la aparente paradoja que era la unidad nacional con la que muchos norteamericanos blancos se debatieron durante la última parte del siglo XIX» (Wu, 39).

El tema del doble y de los gemelos volvería a ocupar a Twain como demuestra la composición de *Those Extraordinary Twins*, un texto inspirado, según cuenta él mismo en la introducción a *The Comedy of Those Extraordinary Twins*, de 1894, por la contemplación de unos siameses dicefálicos, es decir, un solo cuerpo con dos cabezas: «Había visto la foto de un "monstruo" o "monstruos" italiano o

italianos, que estaba o estaban de gira por algunas de nuestras ciudades. Se trataba de un cuerpo con dos cabezas, cuatro brazos y un único par de piernas» (cit. Wiggins, 1951, 355) [8]. Twain se refería a los hermanos Giovanni Baptista y Giacomo Tocci, unos jóvenes italianos, nacidos en Locana (Turín), el 4 de julio de 1877, la pareja de gemelos dicéfalos más famosa de todos los tiempos (Bondeson, 173). La madre, Maria Luigia Mezzanrosa, contaba diecinueve años en el momento del parto y el padre, Giovanni Tocci, treinta y dos. A los cuatro meses de su nacimiento y tras reponerse el progenitor de la conmoción, decidió convertir a los bebés en número de feria con el que ganarse el pan, puesto que eran una atracción única.

Como explica Jan Bondeson, las criaturas fueron examinadas por varios profesores de la Academia de Medicina de Turín, quienes decretaron que poseían dos corazones, dos estómagos y pulmones diferenciados, que latían, digerían y respiraban a ritmos no sincronizados. En mayo de 1878, los Tocci fueron mostrados en París, y se inició así un largo periplo de exhibiciones por toda Europa que se prolongaría hasta finales de la década de 1880. Apremiados por la certeza de que los niños no vivirían mucho tiempo y, por lo tanto, empujados a sacar de ellos el máximo provecho económico, los padres los pasearon por las ciudades más importantes de Italia, Francia, Suiza, Polonia, Austria, Alemania y, tal vez, Inglaterra. Cuando en 1881 aparecieron ante el público vienés fueron anunciados con el nombre de «La maravilla más extraordinaria de la naturaleza» y aclamados por el público. Con tres años y cuatro meses, los hermanos Tocci hablaban ya italiano, aunque Giovanni Baptista parecía más despierto y espabilado que su hermano Giacomo, al que se describía como «un poco alelado», dictamen que, sin embargo, fue rebatido por el empresario de espectáculos
H. W.
Otto en 1886, quien consideró perfectamente normales a los dos. Estos siameses se hallaban unidos a partir de la sexta vértebra del tórax y tenían dos corazones y los demás órganos separados, además de dos brazos cada uno. Sin embargo, a partir de la sexta vértebra compartían órganos y miembros:

aparato digestivo, piernas y genitales. Tenían también grandes dificultades a la hora de caminar porque cada uno controlaba una pierna y, al parecer, no podían coordinarse bien. En vez de caminar sobre las dos piernas, se desplazaban arrastrándose con los cuatro brazos, como una araña. Por otra parte, aunque se solían llevar bien, también se peleaban e incluso llegaban en ocasiones a los puños para zanjar sus diferencias.

En el invierno de 1891 llegaron a Estados Unidos con el propósito de realizar una gira y fueron promocionados con el nombre de «El muchacho de las dos cabezas», «Los maravillosos gemelos unidos» e incluso «El mayor fenómeno humano vivo que haya existido jamás», en apariciones que les reportaron unas ganancias no inferiores a los mil dólares a la semana (Bondeson, 178). En Filadelfia fueron examinados por el doctor Robert P. Harris, un célebre tocólogo y pediatra, que publicó un artículo sobre ellos en el *American Journal of Obstretrics*. El contrato original para la gira estadounidense era de un año, pero la demanda del público fue tan extraordinaria que se quedaron cuatro más. En 1897, a la edad de veintiún años, los Tocci decidieron retirarse tras haber amasado una importante fortuna. Regresaron a Italia, se compraron una villa en Venecia y se casaron con dos mujeres que fueron vilipendiadas por la sociedad de la época, al compartir los gemelos los genitales. Algunas fuentes aseguran que fallecieron en 1940[9].

En un principio se pensaba que Twain los habría conocido al verlos en un anuncio de un circo porque así parece sugerirlo la ilustración que realizó F. M. Senior y que adorna las obras completas, aunque a todas luces la escena fue fruto de la imaginación del dibujante. Según Wiggins, al estar Twain en Europa y regresar durante sólo dos semanas en junio de 1892 a Nueva York, no pudo verlos en persona, pero sí es posible que contemplara las imágenes que acompañaron un breve artículo aparecido en *Scientific American* —una de las revistas especializadas en este campo más punteras del momento— en diciembre de 1891, puesto

que solía recibir este tipo de publicaciones durante su estancia en Europa. «Las sorprendentes similitudes» entre la descripción que presenta el artículo y las que Twain realiza en la narración parecen corroborar la opinión de Wiggins (1951, 356)[10].

La composición de *Those Extraordinary Twins* —el manuscrito Morgan y, recordemos, el texto del que se derivará *The Tragedy of Wilson Pudd'nhead* — puede fecharse algún tiempo después de 1891, es decir, durante la primera mitad de 1892, puesto que en una carta escrita el 10 de agosto de ese año a Fred Hall, el director de la editorial Charles L. Webster and Company, Twain le comunica que ha dejado de escribir esta obra para dedicarse a *Tom Sawyer Abroad*. Existen algunas notas —unos meros apuntes, según Wigger— entre los papeles de Twain que bien podrían pertenecer a este periodo y que indican que Twain estaba ya elucubrando lo que en un futuro sería *The Tragedy of Wilson Pudd'nhead* (1957, 93).

Por otra parte, la curiosidad que Twain sentía por la ciencia y las innovaciones tecnológicas explica que en *The Tragedy of Wilson Pudd'nhead* y *The Comedy of Those Extraordinary Twins* se hiciera eco también de una de las novedades del momento: las huellas dactilares. Según Anne P. Wigger, el sureño ya había recogido este avance en *Life on the Mississippi* en 1883[11]. En el momento de la composición de ambos textos, en 1892, había aparecido, sin embargo, un libro fundamental sobre el tema. El 10 de noviembre de 1892, Twain escribió a Chatto & Windus, sus editores ingleses, diciéndoles lo siguiente: «Acabo de recibir las *Huellas dactilares* y les estoy muy agradecido por este inmenso favor que me han hecho. Les aseguro que es un libro que sin ninguna

duda devoraré» (cit. Wigger, 1957, 518). No cabe duda de que se trataba de la obra de *Sir* Francis Galton *Finger Prints (Huellas dactilares)*, aparecida en aquel momento en Londres, puesto que Twain escribía la palabra (*Fingerprints*) en la carta en mayúsculas como si fuera el título del libro. Las semejanzas entre las teorías de Galton y el entretenimiento del abogado David Wilson en la novela, manifiesta Wigger, confirman que Twain confió en el volumen de Galton no ya porque le proporcionó muchos detalles concretos para adornar la narración, sino porque la información que halló en él le permitió crear un fondo científico sobre el que construir y desarrollar el argumento. Ronald R. Thomas opina que *The Tragedy of Wilson Pudd'nhead* es «la primera novela postgaltoniana», ya que Twain emplea el método de Galton con la exactitud con que se empezó a utilizar con posterioridad por todo el mundo como método para aplicar la ley y documentar la identidad de los individuos (240) [12] .

El 24 de noviembre de 1892, Twain escribía otra vez a Fred Hall para comunicarle que tenía ya redactado un texto de unas 43 000 palabras y que cuando estuviera acabado tendría casi el doble. Unos días más tarde, el 12 de diciembre, le manifestaba en otra carta:

> Hace dos noches que he puesto punto y final a *Those Extraordinary Twins*. He llegado a unas 60 u 80 000 palabras, más o menos. La tercera parte, que es la última, me encanta, pero hoy mismo quiero empezar a cambiar y reescribir las dos primeras. Se me ha ocurrido un nuevo plan en el que dos personajes secundarios de ahora se convertirán en protagonistas principales; otro principal de ahora acabará en la basura, y los gemelos se situarán en un segundo plano aunque no exentos de cierta importancia. El personaje de menos relevancia ahora se transformará en el protagonista principal y titularé la historia con su nombre: *Wilson Pudd'nhead* (cit. Wigger, 1957, 95).

Para Wigger, esta carta muestra cómo Pudd’nhead Wilson surge como personaje principal tras leer Twain el libro de Galton y relacionarlo con el tema de las huellas dactilares. El escritor había completado ya la revisión de dos tercios de la historia hacia el 2 de enero de 1893, la fecha que recoge en «A Whisper to the Reader» —el prólogo que en 1894 precede a *The Tragedy of Wilson—* *Pudd’nhead*, y ese mismo día escribió a su amigo Laurence Hutton, diciéndole que había acabado un libro y que escribirlo no le había supuesto mucho trabajo, pero que revisarlo había acabado casi matándolo. Sin embargo, esta fecha del 2 de enero de 1893 es únicamente indicativa de una primera revisión y no de la corrección definitiva, en la que de este primer manuscrito (*Those Extraordinary Twins*) separaría las dos obras finales —*The Tragedy of Wilson* *Pudd’nhead* y *The Comedy of Those Extraordinary Twins*—, gracias a lo que Twain denominó «una operación de cesárea literaria [13] ».

Esta versión del 2 de enero de 1893 es la que se corresponde con la que aparece en el manuscrito de la Biblioteca Morgan y engloba los dos temas que aquí aparecen unidos, pero que luego Twain separaría: el del misterio de las huellas dactilares y la historia de los siameses. Como defendió Wigger en 1957, el manuscrito Morgan «contiene en esencia el mismo argumento que la versión publicada en 1894 con el título *The Tragedy of and The Comedy of Those Extraordinary Twins* *Pudd’nhead*, pero ambos argumentos aparecen fusionados dentro de la misma historia» (Wigger, 1957, 95).

Cuando Twain regresó a Nueva York, el 22 de marzo de 1893, es muy probable que discutiera los cambios que había introducido con su editor Fred Hall y se llevara el manuscrito de vuelta a Florencia el 13 de mayo. Entre mayo y julio, en la ciudad italiana, acabaría la última y definitiva revisión

—gracias a lo que él denominaría «una operación de cesárea literaria»—, pues el 30 de julio en una carta a Hall le comunica lo siguiente:

> ¡Esta vez *Pudd'nhead Wilson* es una realidad!… He despegado a los siameses de un tajo y los he convertido en dos gemelos diferenciados; los he apartado de la vista y ahora no son más que meras sombras, sin casi importancia, con lo que su historia se ha desvanecido del libro. La tía Betsy Hale también se ha esfumado del todo sin dejar ni rastro; la tía Patsy Cooper y su hija Rowena también han casi desaparecido, aunque todavía dan unos pasitos por el escenario. La historia se centra principalmente en el asesinato y juicio… Por lo tanto, ahora hay tres personas bien arriba, desde el principio hasta el final. Únicamente tres: Pudd'nhead, «Tom». Driscoll y su madre negra Roxana… Cuando empecé la reconstrucción final de la historia, ésta tenía 81 500 palabras, pero se ha quedado reducida a tan sólo 58 000. He hecho desaparecer por la fuerza todo aquello que retardaba la marcha de la narración, incluso la descripción del vapor que surcaba el Mississippi (cit. Wigger, 1957, 96-97).

El 9 de agosto (de 1893), Twain volvió a enviar el manuscrito —ahora titulado *The Tragedy of Wilson Pudd'nhead* y separado de lo que luego sería *The Comedy of Those Extraordinary Twins*— a Nueva York y la obra apareció, como habíamos ya comentado, como folletín por entregas en *Century Magazine* de diciembre de 1893 a junio de 1894. La comparación entre el manuscrito Morgan y *The Tragedy of Wilson Pudd'nhead* indica que, más que reescribir, lo que hizo Twain fue aplicar la goma de borrar y el lápiz de tachar, piensa Wigger (1957, 97). El grueso de la revisión que Twain llevó a cabo, con el fin de ultimar el texto de *The Tragedy of Wilson Pudd'nhead* y hacerlo independiente de la otra historia, tal y como aparecía en el manuscrito Morgan, fue realizado, según el mismo

Wigger, entre el 11 de noviembre y el 10 de diciembre de 1893 (ese mismo diciembre saldría la primera entrega en *Century*).

Ahora bien, el proceso no acabó ahí. El 4 de agosto de 1894, un año después de la revisión definitiva que dio lugar a *The Tragedy of Wilson Pudd’nhead*, Twain escribía a su esposa Livy diciéndole que había recogido las «sobras» que había cortado de la novela publicada en *Century*, y que a la editorial le habían gustado y que estaba dispuesta a ofrecerle 1500 dólares por el material. Al final, Twain vendió estos retazos que acabarían siendo *The Comedy of Those Extraordinary Twins* a la American Publishing Company por la misma cantidad, pero con la condición de que tanto lo que se había publicado en *Century*, es decir *The Tragedy of Wilson Pudd’nhead*, como estas «sobras» salieran en un solo volumen, libro que apareció en noviembre de ese mismo 1894. Para algunos críticos como George E. Toles, lejos de ser un mero acto de aprovechamiento de material e intento de ganancia económica, la decisión de publicar *The Comedy of Those Extraordinary Twins* en el mismo volumen, como si fuera un largo apéndice burlesco a *The Tragedy of Wilson Pudd’nhead* es, sin embargo, «un ejemplo extremo de la propensión de Twain de limpiar o reducir al máximo el oscurantismo que rezumaba la novela» (63).

The Comedy of Those Extraordinary Twins aparecía ahora por primera vez con una introducción en la que Twain explicaba el proceso de composición que había seguido. Él lo denominaba, como se ha visto, «una operación de cesárea literaria» y la había practicado al primer manuscrito original —manuscrito Morgan— con el fin de extraer de él *The Tragedy of Wilson Pudd’nhead*

. La comedia de los gemelos extraordinarios trataba de cómo los siameses dicefálicos Capello, Luigi y Angelo, comparten un mismo cuerpo y una identidad común, aunque tienen dos voluntades y caracteres opuestos. Mientras Angelo es religioso, abstemio y liberal, Luigi es librepensador, borrachín y conservador. Los dos acuerdan dividir una vida que irremediablemente comparten dejando que uno u otro posean el control durante días diferentes. Ambos tratan de obedecer las reglas que se han autoimpuesto, ya que son conscientes de que la alternancia de poder les confiere una autoridad intermitente. Esta manera de actuar, si bien es la única solución al problema que viven, se ve complicada por el hecho de que sus temperamentos y caracteres son totalmente diferentes. Mientras que Angelo —el angélico— se muestra tolerante y generoso hacia su hermano, Luigi —más parecido a Lucifer— se deleita martirizando y considerando a su gemelo un intruso. Cuando se les acusa de haber propinado una patada a Tom Driscoll, el jurado es incapaz de acordar quién es el culpable, y cuando uno es elegido concejal, el pueblo se opone porque los dos se han de personar en el consejo municipal, con lo que acaban por linchar al que consideran culpable de la humillación de Tom, lo que, como es lógico, deriva en la muerte de los dos, puesto que la vida de uno depende de la del otro y sus destinos se hallan irremediablemente unidos [14] . En *The Tragedy of Wilson Pudd'nhead* Twain separa a estos siameses y los convierte en simples hermanos gemelos, excepto en aquellos momentos en que se le olvida corregir ciertos detalles del manuscrito original que delatan los orígenes de los Capello como siameses.

No cabe duda de que la situación económica de Twain a finales de la década de 1880 y a lo largo de la de 1890 explica su perentoria necesidad de conseguir capital y aprovechar todo aquello que escribía para paliar el déficit financiero que acosaba a la familia. De hecho, como explica Wigger, el manuscrito Morgan nunca se publicó tal y como se conserva en la biblioteca Morgan, porque Twain no logró encontrar comprador, hecho que le impulsó a trocearlo en dos para

hacerlo más vendible y comercial.

Son muchos los críticos que han destacado la notable e imperdonable negligencia de Twain a la hora de repasar la versión final de *The Tragedy of Wilson Pudd'nhead*, es decir, la desidia con que practicó la extracción de esta novela del manuscrito original [15]. De hecho, Robert A. Wiggins declara que, al realizar esta «cesárea literaria», más que «cirujano» lo que Twain demostró ser fue un burdo «matarife» (1963, 184). Como ya se ha visto, en el manuscrito original Morgan los gemelos son siameses y en *The Tragedy of Wilson Pudd'nhead* son meros gemelos, pero el escritor no siempre recordó los pormenores que acompañaban la nueva identidad de estos hermanos Capello. Entre los innumerables detalles que no suprimió y que pasaron del primer texto a *The Tragedy of Wilson Pudd'nhead* se encuentra, por ejemplo, el hecho de que los gemelos aparezcan todavía descritos en esta segunda obra como «monstruos de feria», un atributo que no se entiende porque en la novela los italianos son dos personas distintas y no gemelos dicefálicos [16].

Por otra parte, al hacer desaparecer todo el material relativo a estos siameses y el tono de farsa inicial, *The Tragedy of Wilson Pudd'nhead* se convirtió en un texto más irónico —«una historia seria con ciertos tonos cómicos», según Wiggins (1963, 182)—, aunque al mismo tiempo Twain «tropezó con la que sería la principal flaqueza del texto»: la pérdida de la profundidad del análisis, que había introducido en el original, de las consecuencias de la esclavitud (Wigger, 1957, 99). En este orden de cosas, la diferencia más marcada es la caracterización de Tom Driscoll, el negro que pasa por blanco. Los comentarios contenidos en

las notas sobre la esclavitud se amplían en la versión del manuscrito de Morgan y dejan patente que la villanía del personaje se debe exclusivamente a la esclavitud. Tom intenta, además, vengarse de los blancos y trata de averiguar quién es su padre con la intención de matarle. Según Wigger, en la versión publicada en 1894 esta parte de la trama desapareció y también el material relativo a la influencia de la herencia esclavista, siendo esta omisión «una desaparición que nubla la caracterización de Tom. —De ahí que sea esencial reconocer que a Tom—, como representante intencionado de la devastación moral que surge con la esclavitud, no se le puede considerar ruin simplemente porque por sus venas corra sangre negra, puesto que esto sería pasar por alto el propósito principal del libro: examinar desde un punto de vista irónico la esclavitud» (1957, 96). En el manuscrito Morgan se hace patente la idea de que el sistema esclavista es el único culpable de la conducta de Tom a lo largo de la narración; de que el comportamiento de Percy Driscoll, el amo de la esclava Roxy, es contradictorio por su bondad hacia los de su propia raza y su crueldad hacia los esclavos. Esta crueldad se manifiesta especialmente cuando, en un viaje que realiza para cobrar una deuda y ve frustados sus deseos por la situación de penuria que sufre su deudor, no vacila en vender a un esclavo durante el viaje por resultarle una carga. Es éste un hecho, según los críticos, que parece rememorar un incidente protagonizado por John Marshall Clemens, el padre de Twain, quien se comportó de la misma manera que Percy Driscoll, es decir, con generosidad hacia los blancos e indiferencia hacia los negros.

Ahora bien, los entresijos de la elaboración de la novela no finalizan ahí. En 1968, Arlin Turner era el primero en señalar que la composición de *The Tragedy of Wilson Pudd'nhead* había tenido lugar en tres fases, y que, en realidad, la novela había sido compuesta al revés, es decir, que los primeros capítulos habían sido los últimos que Twain había escrito, motivo que explicaría los fallos de coordinación por «las incongruencias que de este proceso se derivan en la novela» (Cohen, 57)[17]. Para Wigger, sin embargo, la revisión que

Twain realizó del manuscrito Morgan para extraer *The Tragedy of Wilson Pudd'nhead* y en la que suprimió el tono de farsa y las digresiones que éste contenía es todo un logro porque de ella surgió «una obra vigorosa», ya que esta novela «representa, de muchas maneras, la culminación de los intereses y preocupaciones que habían ocupado desde hacía mucho tiempo la imaginación de Twain» (Wigger, 1957, 102). Para Cynthia Wu, la fascinación de Twain por el tema del doble y de los gemelos —tal y como aparece en «Personal Habits of the Siamese Twins», *The Tragedy of Wilson Pudd'nhead* y *The Comedy of Those Extraordinary Twins*— trasluce la inquietud del escritor por la inseparabilidad de la propia identidad de la del otro, es decir, por cómo puede reconciliarse la diferencia, o bien a base de violencia, o bien mediante la negociación (38). Por su parte, Susan Gillman explica las formas en que la ansiedad sobre la ambigüedad e impostura raciales se articula a través de emparejamientos y dobles blanco/negro en la ficción de Twain (1987). El tema del doble es, pues, una estrategia que aparece en la obra de Twain, y en especial en *The Tragedy of Wilson Pudd'nhead*, para hablar de la oposición racial entre blancos y negros, con el fin de demostrar la indisolubilidad de la unidad que forman unos y otros en la Norteamérica de finales del siglo XIX.

La apreciación crítica

La historia crítica en torno a *Wilson Pudd'nhead* no puede ser más sorprendente, porque las interpretaciones de las que ha sido objeto la novela, y que se suceden desde el mismo momento de su publicación, son no ya diversas, sino profundamente antagónicas. Una de las primeras recensiones

se debe a la escritora sureña Martha CcCulloch Williams —colaboradora de revistas como *Monthly*
Harper’s
, autora de varias novelas y quien a principios del siglo XX se convertiría en una reputada especialista en el campo de la gastronomía sureña con su *Dishes & Beverages of the Old South*—. Williams escribió una respuesta airada tras la publicación de las dos primeras entregas (ocho capítulos) de la novela en la revista *Century*, en la que, entre otras cosas, decía lo siguiente: «Un título más apropiado sería “El declive y caída de Mark Twain”, porque […] no cabe ninguna duda de que esta novela por entregas es tremendamente banal». La escritora acusaba a Twain de haberse unido a «la pandilla» de escritores liderada por George Washington Cable, el autor de *The Grandissime*, de realizar una descripción errónea del auténtico caballero sureño, de exhibir su típico sarcasmo malintencionado, de tergiversar el verdadero carácter de las relaciones entre blancos y negros en la región, de dibujar el retrato de una Roxy pusilánime tras el cambio de los bebés, tan alejado de la verdadera idiosincrasia de las *mammies* negras sureñas,
etc.
Por otra parte, las descripciones eran «totalmente inciertas» y no tenían ninguna correspondencia en la vida real sureña. La escritora se sentía dolida porque, a pesar de que en tiempos difíciles lo único que habían hecho los sureños era comprar los libros del señor Clemens y ponerlo sobre un pedestal como auténtico príncipe de los humoristas, no acababa de comprender por qué le encantaba vilipendiarlos como lo hacía en este libro. Williams acababa declarando que la novela no era sino una falsificación de las condiciones históricas en las que vivía su región. En otro tenor bien distinto, el reputado escritor
noruego-americano
Hjalmar Hjorth Boyesen manifestaba que, a pesar de lo melodramático del argumento, Twain lo había enaltecido hasta las alturas de lo literario. Para Boyesen, la novela era una

descripción realista hasta en los mínimos detalles, especialmente en la de los habitantes de aquel pueblo de Missouri que aparecían retratados con todos sus prejuicios e ignorancia, tan creíbles que la ilusión era casi perfecta. De igual modo destacaba la recreación del dialecto negro, un elemento más que hacía de la novela una obra tan interesante como *Tom Sawyer* o *Roughing It*.

The Tragedy of Pudd'nhead Wilson, sin embargo, pasaría bastante desapercibida ante los ojos de los lectores hasta agosto de 1955, momento en que, en *The New Republic*, el crítico norteamericano Leslie Fiedler declaró que la novela era «el libro más extraordinario de la literatura norteamericana» (130), una manifestación que no puede sino recordar la realizada por Ernest Hemingway en *Green Hills of Africa* (1935): «Toda la literatura moderna norteamericana procede de un libro de Mark Twain titulado *Huckleberry Finn*». En ese mismo año de 1955,
F. R.
Leavis, el influyente crítico británico, en la introducción que acompañaba a una nueva edición de la novela, afirmaba que era «la obra maestra de un gran escritor» y «un clásico por mérito propio» (9). Por el contrario, en 1957, Richard Chase en *The American Novel and Its Tradition* —un estudio que sentaba cátedra a la hora de distinguir la ficción europea de la norteamericana por la preferencia de la primera por el realismo y de la segunda por el *romance*— criticaba la obra, declarando que las relaciones establecidas entre los personajes no se adecuaban a la moralidad que se defendía en el texto (155).

Fue a partir de esta década cuando la novela, según Louis
J.
Budd, uno de los críticos más sagaces de Twain, se convirtió en pieza ejemplar de esa especie de miniindustria que surgió alrededor de los departamentos de literatura que intentaban consolidar y extender el listado de obras canónicas estadounidenses. Este proceso continuó *in crescendo* y a principios de la década de los 80 Hershel Parker publicó una

serie de estudios sobre la obra y llegaba a la conclusión de que el libro, además de ejemplo sobresaliente de texto «defectuoso», era «ilegible». Este dictamen sería cuestionado por un gran congreso organizado por la Universidad de California en 1987, que beatificó, en opinión de Budd, la novela (1987, 386). En 1990 Susan Gillman y Forrest G. Robinson prepararon un volumen de artículos que marcó un hito dentro de la crítica de la obra al analizarla desde la perspectiva racial y la de género. Dejando a un lado la búsqueda de una estructura coherente —lo que la generación anterior de estudiosos, formados en la escuela de la Nueva Crítica, había considerado primordial—, en la introducción, los responsables de esta recopilación perfilaban sus intenciones a partir del punto crítico en que Hershel Parker había descrito la novela e interpretaban «la incoherencia de la narración de Twain no como un fallo estético sino como síntoma político» (vii), como irrupción en el texto del inconsciente político del siglo XIX en cuanto a la identidad racial, y, para ello, situaban la novela dentro de su contexto histórico. En 1960, en su *Love and Death in the American Novel*, Leslie Fiedler ya había adelantado, sin embargo, que *Wilson Pudd'nhead* era la obra de Twain «más gótica» (403), ya que su mítico final sugiere que «todos los hijos del Sur, tanto si en el censo aparecen como descendientes de padre blanco o de negro, son, como mínimo, productos de un mestizaje espiritual que se explica, además de por cualquier otro mal, por el de la esclavitud» (405). Veamos, pues, en qué consistía precisamente ese paisaje gótico norteamericano del finales de siglo XIX.

Los Estados Unidos de finales del siglo XIX

Eric J. Sundquist explica cómo *Wilson Pudd'nhead*

—un «drama carnavalesco sobre el tema del doble y la mascarada» (1988, 102)— es una novela cuya interpretación ha de pasar necesariamente por analizar la manera en que responde a los discursos sobre la inmigración, la raza y la asimilación a finales del siglo XIX. Este crítico analiza cómo la cuestión de la segregación, tanto en sus manifestaciones teóricas como en su realidad cotidiana, se convirtió en una experiencia que definía la vida de muchos estadounidenses, por lo que representaba como consecuencia de la guerra civil y como adelanto de lo que serían las relaciones raciales en el siglo XX. Sundquist estudia *Wilson Pudd'nhead* como ficción que retoma la crisis moral de Twain en cuanto al problema racial desde donde la había dejado en *Huckleberry Finn* hasta un «nuevo y tormentoso nivel de conciencia, análogo a la creciente destrucción de los derechos civiles y políticos de la población afroamericana con la plena implantación de las leyes segregacionistas» (1993, 12).

Desde el punto de vista de la política interior norteamericana que actúa como trasfondo de la obra, se suceden una serie de hitos históricos entre los que destacan la gran tragedia de la masacre de Wounded Knee —la última gran confrontación entre los indios lakota y el ejército federal, en septiembre de 1890—, las huelgas laborales de Homestead (1893) y Pullman (1894), el recrudecimiento de las leyes de inmigración, el cierre oficial de la frontera y la depresión económica de 1893, que duraría hasta 1897. En el panorama concreto de las relaciones raciales, el último tercio del siglo XIX fue testigo del deterioro paulatino de la situación de la población negra. El final de la Reconstrucción les había dejado sin ningún tipo de protección contra los ataques de grupos paramilitares como el Ku Klux Klan, que continuaron manipulando la mítica amenaza de la «dominación negra» como justificación para todo tipo de desmanes y violencias. Los demócratas se hicieron con el control del Congreso y el número de afroamericanos con derecho al voto fue disminuyendo con el paso de los años hasta que la mayoría de los estados sureños, empezando por Mississippi, logró

arrebatarles el sufragio con nuevas constituciones. El hecho más sobresaliente, sin embargo, fue la decisión de la Corte Suprema en el caso *Plessy contra Ferguson*, por la que se mantuvo la constitucionalidad de la segregación racial —la doctrina de «separados pero iguales»— en 1896[18]. Fue entonces cuando, si no se implantaron, sí que se ratificaron legalmente una serie de leyes discriminatorias, denominadas «Jim Crow», cuyo objetivo principal era la separación entre las razas en lugares públicos y la eliminación del derecho a voto de los afroamericanos, leyes que sólo empezarían a desmantelarse a partir de 1954, cuando se revocó la ley segregacionista en el sistema educativo público con la decisión de Brown contra la Junta de Educación. Mientras tanto, las oportunidades educativas sufrieron enormes restricciones, ya que las escuelas negras fueron discriminadas en el reparto de los fondos públicos frente a las blancas. Los negros sureños, excluidos a la hora de participar en el proceso de nueva industrialización de la región, se vieron forzados a subsistir como pequeños granjeros o miserables arrendatarios en medio de una agricultura cada vez más depauperada. En el norte, por otra parte, los nuevos sindicatos les negaron la afiliación, al tiempo que se les obligaba a competir con las grandes oleadas de inmigrantes que se fueron asentando en las urbes norteamericanas industrializadas durante esta década y principios del siglo XX. Las nuevas formas de hostilidad y resistencia a las que tuvieron que enfrentarse fueron el disturbio racial y el fenómeno de los linchamientos que alcanzó proporciones desorbitadas entre 1893 y 1904. Obligados a aceptar el sistema de segregación y reducidos a una mera cifra al ser despojados del voto, los afroamericanos se quedaron sin ninguna seguridad económica que les permitiera hacer frente al hostigamiento político y social. De esta manera, la situación de crisis social, política y económica del país a finales de siglo encontró en la población negra el chivo expiatorio contra el que descargar todo tipo de frustraciones, con la aceptación del norte de la ideología sureña de la plantación (Sundquist, 1988, 104). El beneplácito, además, llegó desde diversas procedencias, con anterioridad

contrarias a manifestar abiertamente su hostilidad ante los afroamericanos: los tribunales federales, los liberales norteños interesados en la reconciliación con el sur, los conservadores sureños que abandonaron la política racial moderada en su lucha contra la facción populista, los mismos populistas, defraudados por su antigua alianza con ciertos sectores de la población negra, y las tendencias gubernamentales nacionales que impulsaron una política de expansión y agresión.

Resulta crucial recalcar, además, que esta desigualdad política encontró justificación en el campo de la ciencia, concretamente en las teorías del eugenismo de finales del siglo XIX, cuyos presupuestos se convirtieron en hegemónicos y prácticamente universales. El eugenismo es la doctrina que defiende la mejora cualitativa de la población desde el punto de vista biológico y no cultural. En Estados Unidos se desarrolló unido al darwinismo social y se erigió en una de las justificaciones pseudocientíficas más relevantes a la hora de proclamar la desigualdad biológica entre las razas con el fin de legitimar la desigualdad política. Los eugenistas norteamericanos defendían que para que las razas progresaran y mejoraran desde el punto de vista económico, educativo y moral lo tenían que hacer también desde el biológico; y de ahí la necesidad de la segregación entre blancos y negros, y la condena, entre otras cosas, de los matrimonios mixtos, es decir, del mestizaje, puesto que así se justificaba el distanciamiento a la hora de la reproducción.

Twain parece querer cuestionar lo que, según los paradigmas eugenicistas, era la degeneración de los individuos birraciales, una degeneración que demostraba las diferencias básicas entre las razas y proporcionaba pruebas fehacientes de que eran distintas y debían mantenerse separadas. Brook Thomas estudia las teorías científicas y sociales de finales del siglo XIX que arropan el contexto intelectual en el que se desarrolló el análisis de la cuestión herencia frente a educación, y concluye que Twain elige con gran acidez a David Wilson, el protagonista de *The Tragedy of Wilson Pudd'nhead*, como muestra de uno de los tipos emergentes que utilizarán

la ciencia, la retórica y la ley para justificar y apuntalar el racismo que se desarrollará durante todo el siglo XX. Y a pesar de que para Thomas Twain también es partícipe de esta complicidad, este crítico señala que tanto el escritor como David Wilson, lejos de funcionar como agentes libres que controlan los términos de la acción, son elementos a través de los que el determinismo del destino cumple la desagradable misión de perpetuar una tragedia cultural (1989, 780).

Para otros críticos, sin embargo, Twain condena las teorías eugenicistas y, como ocurre con otros autores de principios del siglo XX, lo hace sirviéndose del personaje del mulato, ya que esta figura «pasó a ser fundamental a la hora de desafiar las proclamas eugenicistas sobre las diferencias entre razas y la inferioridad de las de color, puesto que, si se demostraba que el mulato o mestizo no poseía ningún rasgo degenerativo, también se podría argumentar la falsedad de las diferencias que separaban una y otra raza» (Smith, 53). Por otra parte, el uso que Twain hace del motivo folclórico del intercambio de recién nacidos de distintas castas sociales —aquí, de razas definidas por la ley— está encaminado, en primer lugar, a desvelar las contradicciones del darwinismo social que proclamaba desde la ciencia la existencia incuestionable de una raza y sangre puras como conceptos mitológicos; en segundo, a exponer la falsedad de la entonces segregación social *de facto* y del racismo; y, en tercer lugar, a demostrar que, tras las proclamas que advertían de los peligros de la degeneración de un grupo social por el mestizaje, sólo se ocultaban unos intereses sociales, económicos y políticos. De ahí que el falso Tom Driscoll de la novela —negro, según el dictamen de la ley, pero que pasa por blanco sin levantar la mínima sospecha— sea ejemplo incuestionable de cómo el concepto de raza es una construcción retórica, «una ficción» que hace posible que al nacer él sea negro, que su madre le haga usurpar el puesto del amo blanco y se convierta automáticamente en blanco, y que al final de la novela, tras descubrirse el subterfugio de la madre, vuelva a ser otra vez negro y esclavo. De esta manera, en *The Tragedy of Wilson Pudd'nhead*

, «las ficciones sociales asumen no la apariencia sino el poder de ser realidades inalterables». Al escribir esta obra, Twain «descubrió inconscientemente cómo la ficción atrapa la realidad» y «expuso la sumisión humana a las categorías culturales y a las circunstancias históricas» (Gillman & Patten, 455).

Una crítica al racismo de finales del siglo XIX

Pudd'nhead Wilson se propone analizar la ficcionalidad de la ley. La pregunta que la obra plantea es la de cómo fijar la identidad racial de un individuo cuando no existen rasgos visibles ni tangibles que la determinen. «¿Y cómo los distingues sin ropa, Roxy?», pregunta en el capítulo 2 de la novela David Wilson a la madre negra que, por lo que la apariencia respecta, es tan blanca como cualquiera, pero que una dieciseisava parte de sangre negra la convierte en esclava, de la misma manera que su hijo, con una treintaidosava parte de sangre negra, es esclavo y «por ficción legal y derecho consuetudinario, negro». La sátira de Twain va dirigida no sólo contra las teorías eugenecistas sino también contra la clasificación racial norteamericana. Según las leyes norteamericanas, una gota de sangre negra, es decir, cualquier posibilidad de contar con un ancestro negro, por lejano que fuera, obligaba a que un individuo fuera catalogado automáticamente como negro y, por tanto, sujeto a las leyes segregacionistas. De ahí que la novela se convierta en una crónica del extremismo racial norteamericano tanto en el campo legal como en el científico.

Hacia 1890 el racismo estaba haciendo desaparecer del espacio político nacional a los afroamericanos y estaba definiendo el color no por leyes ópticas (por un supuesto color de la piel), sino por una serie de pretenciosas teorías genéticas que se remontaban a los presuntos orígenes ancestrales del individuo. Twain se debate aquí —y para muchos críticos no llega nunca a ninguna conclusión convincente— entre dos cuestiones fundamentales a la hora de determinar la identidad del sujeto: la herencia genética y el entorno (*nature nurture*

vs.
). Y se debate porque su actitud no parece mostrar coherencia a lo largo de la novela, ya que, en ocasiones, los personajes se mueven únicamente impulsados por los rasgos que han heredado —por la sangre—, mientras que en otras es únicamente la imitación, el aprendizaje, la crianza y las costumbres lo que les otorga unas características identitarias. ¿A quién se puede llamar o identificar como «negro» en la Norteamérica de la novela y, por extensión, en la de finales del siglo XIX? Y, por la misma regla de tres, ¿cómo asegurar que la pureza racial para los blancos es tal? Ésa es la cuestión.

Para dar cuenta de estos interrogantes, y como ya lo había hecho en *Huckleberry Finn*, Twain situará la historia en el sur esclavista de preguerra con el fin de analizar las consecuencias devastadoras de la esclavitud en la moralidad de los habitantes del poblado de
Dawson's
Landing, unas consecuencias que los condenan a una ceguera crónica que les impide percibir la verdad y los impulsa a confiar en un mundo de apariencias que ellos mismos alimentan y donde la identidad está construida sobre la base de nombres, títulos e incluso vestimenta, es decir, de señales externas fácilmente manipulables (Gillman, 1989, 75).

Ahora bien, como se ha apuntado con anterioridad, las ambigüedades e incluso flagrantes contradicciones contenidas en la trama de *Wilson*
Pudd'nhead
—lo que Shelley Fisher Fishkin denomina su «estructura esquizofrénica» (1990, 1)— han causado lo que podría denominarse una auténtica segregación interpretativa, porque, por una parte, un nutrido número de estudiosos ha detectado en la novela la visión más racista de Twain, mientras que otro grupo, igualmente considerable y de gran peso investigador, ha destacado todo lo contrario, es decir, el cuestionamiento que realiza de la confianza norteamericana finisecular ante la ciencia y las nuevas tecnologías genéticas. Entre los momentos que los críticos han distinguido para justificar el racismo del libro destacan los siguientes pasajes: al final del capítulo 4, tras

haber confesado Wilson que no es capaz de distinguir a los bebés y refiriéndose al temor que Roxy manifiesta ante la toma de las huellas dactilares de las criaturas, dice que «La gota de sangre negra que lleva en las venas la hace muy supersticiosa»; en el capítulo 14, Roxy, horrorizada ante la cobardía de Tom, que se ha negado a enfrentarse con Luigi, el hombre que lo ha humillado públicamente, echa la culpa de su vileza a la sangre negra que corre por sus venas: «Es el negro que llevas dentro. Eso es lo que te pasa. Treinta y una partes de ti son blancas y sólo una es negra, y ese ridículo cacho es tu *alma*»; en el capítulo 10, tras enterarse Tom de sus verdaderos orígenes, el comentario que proporciona el narrador omnisciente para aclarar el estado anímico de este personaje se limita a la explicación de que «it was the nigger in him», frase que se repite seis veces en dos párrafos diferentes. Ahora bien, si por otra parte se quiere aducir que la novela no es racista, puede recurrirse a explicaciones como que la palabra «nigger» aparece entrecomillada, que los personajes piensan así porque han sido adoctrinados por la sociedad en la que viven, que se trata de un relato irónico,
etc.

Según Shelley Fisher Fishkin, una de las estudiosas principales del escritor, «la literatura de Twain sobre el tema racial continúa siendo compleja y ambigua», si bien algunos textos inéditos que escribió durante la década de 1890 contradicen de lleno la opinión de que creía en la existencia de una jerarquía racial natural y aceptaba la premisa de la inferioridad biológica de los negros (1993,
125-126).
De hecho, David Lionel Smith subraya la coexistencia de dos actitudes en el propio Clemens/Twain y manifiesta que «para los críticos que quieran interpretar la ficción de Mark Twain estudiando sus cartas, discursos y prosa de no ficción y busquen pistas que expliquen qué actitud tenía Samuel Clemens respecto al tema racial, existen muchas pruebas en él de un liberalismo excepcional y también de actitudes muy racistas» (122). En su persona conviven, pues, los dos extremos, ya que al tiempo que derrochaba generosidad

sufragando los estudios de derecho en la Universidad de Yale a Warner McGuinn, un estudiante afroamericano, proclamaba a los cuatro vientos su pasión por los espectáculos de *minstrel*, es decir, por aquellas representaciones teatrales en las que los blancos, disfrazados de negros, interpretaban canciones y bailes imitando a los afroamericanos de forma cómica [19]. Su ficción, sin embargo, es otro cantar, puesto que «las irreconciliables inconsistencias que impregnan obras como *The Adventures of Huckleberry Finn* y *Wilson Pudd'nhead* garantizan que los críticos, ya sean blancos o negros, continúen interpretando las implicaciones raciales que contienen de maneras contradictorias» (121). Para Smith, estas incoherencias no son fallos autoriales, sino reflexiones correctas sobre una realidad social irreductiblemente heterogénea, y el hecho de que tanto una novela como otra se opongan a cualquier intento crítico de reducirlas a una mera simplicidad forma parte de su grandeza y perdurabilidad (122-123).

En realidad, la interpretación que ofrecía uno de los escritores negros más destacados del siglo XX hacia mitad de siglo es muestra de cómo la novela podía ser leída desde una perspectiva liberadora y antirracista. En 1959, Langston Hughes, el gran poeta afroamericano del Renacimiento de Harlem, calificaba *The Tragedy of Wilson Pudd'nhead* de «novelita irónica» y no de «novela de misterio», porque desde el principio el lector sabe quién ha cometido el asesinato (vii). El protagonista, para Hughes, no es Wilson, que sólo se convierte en centro novelístico al final, sino un joven que es blanco, pero en realidad es negro, heredero de una fortuna sin que legítimamente le corresponda serlo, que vive como libre cuando legalmente es esclavo, y que cuando se entera de la verdad se precipita hacia la ruina «no porque este descubrimiento lo destruya», sino debido «a las debilidades comunes que comparten tanto blancos como negros, esclavos o libres» (viii). Para Hughes, la novela es un estudio de cómo el entorno hace al hombre, y entre los temas que toca destacan el

de «la identidad confundida» (vii), el de la esclavitud y el del absurdo de las diferencias establecidas por el hombre, ya sean de clase social como de raza (viii). De hecho, continúa el poeta, Twain «no tiene pelos en la lengua a la hora de describir las nefastas consecuencias de la esclavitud en el comportamiento de blancos y negros, e incluso en el de los niños» (x). El *fatum* no tiene en cuenta el color y es precisamente esta manera de tratar la cuestión racial lo que hace que Twain se adelante a William Faulkner (xii). Para el poeta afroamericano, el escritor presenta a los personajes negros «como seres humanos», una presentación que lo eleva por encima de otros escritores sureños del momento como Joel Chandler Harris y Thomas Nelson Page, puesto que, en un periodo en el que los personajes de color aparecían como esclavos ignorantes y felices, y los negros libres como miserables rufianes, los de esta novela «no se integran en ninguna de estas categorías», lo que es «un homenaje a la sensatez de su autor. —Además—, el que no los dibuje ni como héroes ni como villanos es un tributo a su comprensión del carácter humano». (xi) **[20]**.

Los protagonistas de la novela

Justin Kaplan explica cómo durante los años que vivió en Europa Twain fue dejando que el río de los recuerdos le arrastrara cada vez más hacia el interior del pasado y hacia el corazón de las tinieblas norteamericano, y cómo sería precisamente en *The Tragedy of Wilson Pudd'nhead* donde lanzaría por última vez una profunda mirada satírica a la Norteamérica que conocía (369). En la novela, Twain vuelve a Hannibal, al lugar de su niñez, pero que ahora ya no es el St. Petersburg de *Huckleberry Finn*, sino Dawson's Landing, un pueblo imaginario, en apariencia idílico, pero que encierra una sombría historia de injusticia, esclavitud e inmobilismo, es decir, coincidente con lo que Kaplan considera

que es la visión más pesimista que Twain albergaba respecto a la cuestión racial (192). De la misma manera opina Malcolm Bradbury, quien a su vez señala cómo la distancia geográfica a la hora de componer la historia se materializa en el instrumento literario de la ironía, ahora enraizada con mayor profundidad y firmeza que en *Huckleberry Finn*, y de ahí que esta novela, más que una ficción que pudiera acompañar a *Huckleberry Finn*, sea su reverso (12).

Dawson's Landing es un pueblo tranquilo, a orillas de un río cuyas aguas únicamente llevan hacia las profundidades de un Sur imaginado únicamente como infierno, tanto para los inocentes como para los culpables, puesto que en él la esclavitud —«la serpiente metafórica» (Brodwin, «Blackness», 1973, 169)— destruye cualquier posibilidad de jardín edénico. Las imágenes de felicidad con las que el narrador describe al principio la localidad se encuentran, pues, matizadas por lo que George E. Toles denomina «imágenes encubridoras» que van extendiéndose a lo largo del pasaje, dando la impresión de que detrás de lo descrito premonitoriamente se agazapa una especie de conspiración colectiva (61). Aquí, además, sólo existen dos tipos de individuos: los blancos libres y los negros esclavos. Ahora bien, entre los primeros se pueden distinguir a su vez dos grupos: la clase social dirigente, integrada por los ciudadanos más respetables —abogados y especuladores, todos ellos poseedores de esclavos—, cuyos orígenes «aristocráticos» se remontan a las primeras familias que poblaron la colonia de Virginia en el siglo XVII; y el populacho que comulga con los mismos valores sociales, políticos y culturales de esta elite. Estos valores feudales —obsoletos en el mundo en rápida transformación que limita con Dawson's Landing— son, asimismo, aceptados en parte por los negros —como manifiesta la esclava Roxy cuando se muestra superior ante otro negro, Jasper, y ante su propio hijo, reclamando ser descendiente de un imaginario linaje de Pocahontas y John Smith— y serán adoptados sin cuestionamiento alguno por los

extranjeros como David Wilson o los gemelos italianos, lo que convierte este territorio en un espacio donde no hay lugar para la disidencia.

La acción comienza hacia 1830, con la llegada de David Wilson, y sigue con las primeras recogidas de huellas dactilares que éste lleva a cabo entre los aldeanos y el cambio de los bebés por parte de Roxy, sucesos que ocupan los cuatro primeros capítulos. A continuación, y tras un salto temporal hasta el verano de 1853, se producen unos hechos que sobresaltan a la comunidad. Tom Driscoll —el negro que pasa por blanco y que ahora se ha convertido en un jugador empedernido, obligado a robar para saldar las muchas deudas que le acosan— descubre a través de su propia madre, la negra y exesclava Roxy, su verdadera identidad. Es entonces cuando llegan al pueblo dos gemelos italianos, unos prodigiosos músicos, y con ellos el encanto de la exótica Europa. Tom, receloso de estos extranjeros, los insulta en público y uno de ellos, Luigi, le propina una patada. El joven reacciona exigiendo venganza y un juicio, lo que viola el código del honor caballeresco sureño y avergüenza a su tío, el juez Driscoll, quien se verá obligado a batirse en duelo con el gemelo para limpiar el mancillado honor familiar. La villanía de Tom culmina cuando asesina a su tío, que era a la vez su padre adoptivo, e intenta culpar de la fechoría a los gemelos. En el juicio final, Wilson descubrirá, gracias a las huellas dactilares que conserva desde su llegada a Dawson's Landing, que Tom es el verdadero asesino y que además es el hijo de Roxy y, por tanto, negro y esclavo. Será un acto en el que, como opina Evan Carton, «la biología se pone al servicio de la convención social» (92).

La frase «río abajo» —expresión que, según Leslie Fiedler, proporciona una especie de contrapunto musical a la novela— marca el fracasado intento de Roxy por labrarse una nueva vida y servirá de broche final a la narración, cuando el gobernador perdone la vida a Tom pero lo condene a ser vendido a una de las plantaciones situadas en territorios sureños más meridionales. Este fluir del río que Twain tanto

amaba señala aquí hacia una sola cosa: el infierno sureño, «el irrefrenable horror de una esclavitud brutal y sin conciencia». Esto es así porque el Mississippi, lejos de ser el símbolo del sueño hacia la libertad, representa ahora el paso hacia la cautividad y la muerte espiritual (Fiedler, 1960, 404). Esta desesperanza de Twain va unida a la que empezaba a sentir por entonces por la democracia, y hace que no exista en la novela ningún personaje, ya sea rico o pobre, blanco o negro, que reciba de una manera incuestionable sus más sinceras simpatías, puesto que la voz del narrador omnisciente de esta narración, a diferencia de la voz en primera persona de Huck, es la de alguien trajinado por la experiencia y de quien sólo cabe esperar un cinismo templado por la sátira.

Como ya se ha comentado con anterioridad y en más de una ocasión, son muchos los críticos que han señalado las tensiones irresolubles que jalonan la novela. El mismo título del libro resulta ya problemático. *The Tragedy of Wilson Pudd'nhead* hace que nos preguntemos a qué tragedia se está haciendo referencia, contra qué destino, contra qué *fatum* se verá enfrentado de manera inevitable un protagonista que con el calificativo de *pudd'nhead* (cabezahueca) queda ya ridiculizado en sus pretensiones dramáticas. En un principio parece ser que la «tragedia» de quien debería ser el protagonista es el largo lapsus temporal que se sucede entre la llegada al pueblo, con su casi inmediata exclusión social, y su aceptación final en las últimas páginas de la obra. Durante las dos décadas que transcurren Wilson era un personaje a quien los lugareños habían condenado al ostracismo y a la burla, y serán ellos mismos los encargados de restituirle con su aclamación final un lugar dentro del espacio comunitario. Sin embargo, ¿es ésta realmente la tragedia del abogado que llega de un norte supuestamente defensor de un liberalismo antiesclavista? La respuesta dista de estar clara por las muchas dificultades que surgen a la hora de intentar trazar un desarrollo coherente de esta figura.

David Wilson es un personaje cuyo antecedente principal es

Hank Morgan, el protagonista de *Un yanqui en la corte del rey Arturo*. Se trata del extranjero, del individuo que desconoce en un principio la sociedad a la que llega, si bien es portador de conocimientos tecnológicos que lo sitúan por encima de los aldeanos, y que le confieren el papel de transformador de esa misma comunidad. Como explican críticos como Derek Parker Royal, Wilson es un personaje con el que Twain «explora el lado más oscuro del poder» y destaca por ser «uno de los extranjeros más misteriosos y manipuladores que el escritor concibió» (416). Para algunos críticos, las trabas a la hora de analizarlo se derivan de la defectuosa composición de la novela. Philip Cohen explica, por ejemplo, que Twain «creó un carácter complejo a principios de la novela —parte redactada por Twain, recordemos, al final— que no encaja con la manera en que es presentado en el resto de la misma» (59), y esto hace que el lector se pregunte si es que el escritor decidió «sacrificar la profundidad del personaje a favor del clímax melodramático final del juicio, o que simplemente el personaje dejó de interesarle» (59). Para Leland Krauth y Derek Parker Royal, desde el principio hasta la conclusión de la novela, Wilson representa la unión de dos identidades contrarias simbolizadas por su actuación en el arranque de la narración y su protagonismo en el juicio final, que lo convierten, en palabras de Parker Royal, en una «figura con una doble personalidad, un gemelo monstruoso, cuyas perversas características no aparecen expresadas a través de ningún comportamiento violento o raro, sino que se esconden sutilmente tras una enigmática actitud» (418).

Al empezar la novela y nada más poner pie en el pueblo, Wilson se presenta como un personaje inocente. Es entonces cuando realizará un comentario que resultará funesto porque lo estigmatizará para el resto de su existencia hasta el día del juicio con el que se cierra la narración. En presencia de unos lugareños y ante los incesantes y molestos ladridos de un perro, este extranjero manifiesta que desearía ser propietario de la mitad del can para poder así matar esa parte de la que sería único dueño. Lo que en apariencia es un absurdo es en realidad un comentario indirecto e irónico sobre la comunidad

en la que acaba de recalar. De manera encubierta sus palabras se mofan de una sociedad que divide a blancos y negros, esclavos y libres, una humanidad que es absolutamente indivisible. Evan Carton relaciona el perro con el cuerpo político de la ley en el contexto de la América de preguerra y argumenta que si es así, en ese cuerpo, en el que la mitad de sus miembros son de la otra mitad, los propietarios no pueden disponer de sus posesiones sin que se destruyan a sí mismos (84). Más aún, Wilson critica «el pensamiento esencialista que construye dichas divisiones y que las institucionaliza en la ciencia, en la ley y en las costumbres sociales» (Krauth, 210). Su comentario es un ataque que lanza a las ficciones legales y al derecho consuetudinario bajo los que vive la comunidad, y que lo señala a él como antagonista crítico de dicha sociedad, hecho reconocido por la gente cuando lo bautizan para el resto de su vida con el calificativo de «pudd'nhead». Como explica Fishkin, Twain utiliza a los personajes que transforma en «pudd'nhead» para mostrar el absurdo de las creencias sociales (1990, 15) [21].

Un elemento importante que corrobora esta actitud crítica inicial del abogado norteño es lo que en la novela se denomina «Almanaque de Pudd'nhead Wilson», es decir los aforismos que actúan de presentación a los distintos capítulos, y que curiosamente Twain volvería a utilizar para iniciar los setenta capítulos de *Following the Equator* (1897), donde aparecen como comentarios mordaces, directos e indirectos de lo que observa el viajero, de su visión del imperialismo occidental en los países situados en la línea del ecuador [22]. De la misma manera, podría pensarse que en *The Tragedy of Wilson Pudd'nhead* Twain también se vale de estos aforismos para exhibir con más claridad su deseo por instruir, ya que el nombre de la población se inspira en su maestro Dawson, y así convertirse él

en «el nuevo maestro Dawson de Dawson’s Landing» (Kreuth, 212).

«La ironía no estaba hecha para esta gente; la visión mental que tenían de las cosas la excluía» (capítulo 5), declara el narrador al referirse a la incomprensión de los convecinos ante las meditaciones que Wilson anota en lo que llama su Almanaque y que su amigo el juez les enseña sin obtener ninguna respuesta[23]. Ahora bien, el contraste entre el contenido de este almanaque —repleto de comentarios punzantes sobre una nación atrapada en sus propias contradicciones— y el comportamiento de Wilson ayudan a ver cómo este personaje hace gala de una personalidad escindida. Leland Krauth manifiesta que, «a pesar de que se le atribuyen, el caso es que estos epigramas no parecen proceder de este personaje» (210), sino que da la impresión de que sea el autor explícito, Twain, quien los firme[24]. Esto es así porque resulta complicado casar el tono y el contenido de lo que expresan con las actuaciones de Wilson a lo largo de la novela (Krauth, 210-211).

Las verdades a las que aluden estos aforismos van desde lo trillado («Nada necesita mayor reforma que los hábitos de los demás»), lo banal («Lo sabemos todo de las costumbres de la hormiga, así como también de las de la abeja. Sin embargo, poco conocemos de la ostra. Parece obvio que no hemos encontrado el momento adecuado para estudiar la ostra»), pasando por lo alegre («Esforcémonos en vivir de tal manera que, cuando muramos, hasta la funeraria lo sienta»), hasta lo amargo («¿Por qué reímos ante un nacimiento y lloramos en un funeral? Será porque en ninguno de los dos casos nos ha tocado a nosotros»). Según Krauth, resultan memorables «en la forma de ver el lado oscuro de la vida, la naturaleza humana, el orden cósmico», pero no pueden relacionarse con nada de lo que hace o dice Wilson en toda la novela, pues su manera de actuar contraviene el significado que revelan algunas de estas reflexiones más pesimistas. De ahí que nos encontremos ante un personaje que en realidad se desdobla no en dos, sino en tres personalidades muy diferentes: la del principio —como

personaje antagonista de la sociedad a la que llega—, la del final —como figura apologista de la sociedad en la que se encuentra marginado— y la transtextual de los epigramas (Kreuth, 211).

Al final de la novela, Wilson aparece en el juicio y utiliza la ciencia y la ley —precisamente los constructos arbitrarios que su comentario inicial parecía haber despreciado—, para restablecer el orden social que quería desmantelar cuando llegó al pueblo. Malcolm Bradbury destaca cómo, en este final novelístico, «no existe ningún orden moral que se tenga que restablecer, únicamente una serie de hechos que se han de determinar por medios racionales a nivel legal. Esta conclusión sólo trae buena suerte a Wilson, el redentor tecnológico gracias al cual puede restaurarse en un cierto sentido el orden» (24). Para Stephen Railton, la tragedia a la que hace referencia el título de la novela gira en torno a la cuestión de que «ser alguien» en democracia consiste en ver cómo los cabezahuecas y los héroes son aclamados y logran la popularidad (520). Con esta conclusión, para muchos críticos, Wilson funciona como un defensor del *statu quo* al dar una respuesta que no admite réplica a la pregunta que él mismo realiza a Roxy en el capítulo 2: «¿Y cómo los distingues sin ropa, Roxy?». Pertrechado con la irrefutabilidad de unos métodos científicos, el abogado declara con toda la teatralidad que reviste la que será su actuación definitiva ante sus vecinos que uno de los individuos es «blanco y libre» mientras que el otro es «negro y esclavo». Como explica Railton, Tom y Chambers son los mismos de siempre, pero ahora Wilson es capaz de ver lo que no es visible excepto desde el punto de vista de la ideología, es decir, que ahora puede hablar desde el interior de los prejuicios de este pueblo esclavista, lo que significa que es capaz de ir más allá de las apariencias y distinguir la negritud de Tom y asociarlo con la esclavitud y la blancura de Chambers y asociar a éste con la libertad. Éste es el momento en el que la condena pública que él mismo llevaba a sus espaldas y que ha arrastrado durante dos décadas se desvanece para siempre y, de esta manera, «como valedor de las creencias e ilusiones de la comunidad, el que antes había sido

considerado un intruso se convierte definitivamente en uno más de ellos» (526).

Más hiriente si cabe es el comentario que realiza respecto a los motivos que pudieron llevar a Roxy a intercambiar los bebés y que pone en entredicho, una vez más, la ironía del abogado. Tras el despliegue de la pirotecnia retórica de la que hace gala en esta última escena, manifiesta: «Obedeciendo a un propósito que desconocemos, pero probablemente egoísta, alguien cambió a esos niños de sus cunas». Es aquí donde Wilson revela su más profunda ceguera (Weinstein, 190), y donde, según Railton, los lectores han de mostrarle su más férreo rechazo, porque de todos es sabido «lo que Wilson *no* está contando» y lo que está reprimiendo: los motivos que han llevado a Roxy a cometer dicha acción, motivos expuestos con todo lujo de detalles en el capítulo 3 de la novela (529). Es esta contradicción —el crítico social convertido ahora en apologista patrio sureño— lo que turba al lector y lo que hace que sienta, según Carolyn Porter, «un vértigo moral» (136), que se convierte al mismo tiempo en la «verdadera tragedia» de Pudd'nhead Wilson, un protagonista que no es héroe en una novela donde el mundo no puede redimirse de sus pecados. Al final Pudd'nhead Wilson se convierte «en el más cabezahueca entre los cabezahuecas, un símbolo trágico de los efectos esclavizantes de la opinión pública sobre el individuo» (Briden, 177).

El falso Tom Driscoll se convierte en víctima del error más grave de David Wilson, quien en su ceguera no ve el auténtico significado del destino de este individuo. Esto es así porque Wilson sólo es capaz de percibir una verdad de la conclusión a la que llega: que las huellas dactilares son la marca incuestionable de la identidad del asesino. Sin embargo, la primera verdad es que su pasatiempo acaba sirviendo para reforzar la ficción colectiva que declara que «Tom» es legalmente «negro» y, por lo tanto, una propiedad vendible. La verdad irónica que se esconde tras esto y que él no percibe es que los acreedores de Percy Driscoll argumentan entonces que «Tom» es una propiedad que por ley les pertenece a ellos,

puesto que, si se les hubiera sido entregado, habrían vendido al individuo y éste no habría podido asesinar al juez Driscoll. De ahí que no sea él quien ha cometido el asesinato, puesto que la culpa se encuentra en los errores del inventario de propiedades. El narrador apunta con amarga ironía que la argumentación es razonable y que el inventario es entonces el culpable de asesinato. Nadie llega a entender que este inventario es sólo un símbolo de los valores sociales, capaz en su expresión legalista de reducir a un ser humano a un dato, a un artículo de catálogo. Wilson, sin embargo, acepta el veredicto porque sus veintitrés años en el pueblo esclavista de Dawson's Landing lo han convencido y preparado para aceptar sus ficciones legales (Briden, 177-178). Es decir, que «la identidad como esclavo de Tom tiene más peso que su actuación como criminal», ya que las huellas dactilares no sólo sirven para identificar al individuo sino que también son capaces de determinar la categoría racial a la que por ley pertenece (Cole, 237).

Para Derek Parker Royal, es precisamente el entretenimiento de las huellas dactilares, en apariencia completamente inocente, «lo que ayuda a legitimar una cultura de injusticia y opresión» (417). Como explica Simon A. Cole, estas huellas cumplen una triple función: solucionan los crímenes, determinan la identidad de los individuos y controlan la identidad racial que fija la ley (237). Más aún, como opina Sandra Gunning, «la utilización que realiza Wilson de la ciencia de la impresión dactilar para determinar la frontera entre blancos y negros (y por lo tanto, libres y esclavos) lo describe como un nuevo tipo de norteamericano que combina la inocencia yanqui con la ideología sureña del control y la exclusión racial. Como muchos norteños tras la guerra, Pudd'nhead Wilson se convierte en participante consciente y deseoso, más que en víctima, de la actividad justiciera de los blancos

sureños» (55), lo que explica el título de la novela como «su tragedia». Un título que, además, resalta «la incapacidad del hombre blanco de cambiar o de actuar contrariamente a los dictámenes que impone la sociedad racista sureña» (Koy, 99) **[25]**.

Esto es así porque, como explica Cole, tanto Francis Galton como Mark Twain se habrían sorprendido si las huellas dactilares y la raza no hubieran tenido relación, ya que para ellos las dos cuestiones se hallaban estrechamente ligadas. Galton —fundador de las teorías eugenésicas, padre intelectual del racismo biológico y pionero en la identificación de individuos a través de las huellas dactilares— lo veía todo en términos raciales. Cuando en su *Finger Prints* (1892) —el libro que, recordemos, Twain había devorado— declara que estas huellas son el dato antropológico más importante, se estaba refiriendo a que serían la clave para desentrañar los códigos genéticos de la herencia. De esta manera, Twain une las huellas y la cuestión racial en la novela no como estrategia argumental, sino para «poner sobre el tapete cuestiones cruciales sobre la raza, la identidad y el determinismo biológico» (Cole, 228). Lejos de pensar que las huellas dactilares son marcas identitarias objetivas desligadas del concepto de raza, se encuentran ligadas a la categoría de raza, por lo que *The Tragedy of Wilson Pudd'nhead* es una novela sobre el determinismo biológico, una idea que Galton y sus seguidores eugenistas habían empezado a expresar y seguir, y que Twain quiso criticar (Cole, 236).

Otro candidato a protagonista de la tragedia que se desarrolla en la novela es asimismo el falso Tom Driscoll, un individuo por cuyas venas corre una treintaidosava parte de sangre negra y que vivirá como blanco hasta que, enfrentado a la revelación de sus auténticos orígenes, experimentará lo que Malcolm Bradbury denomina «una historia de desposesión» (25). Como ocurre con David Wilson, Tom es un personaje que tampoco está coherentemente descrito, y cuya actuación hace dificultosa la tarea de interpretación. Lo más sencillo, y tal vez esperable, hubiera sido que Twain dibujara una imagen

benévola de este negro «blanco», pero lo que hace es justo lo contrario. Tom no se deja atrapar por el victimismo racial y, lejos de ser un juguete en manos de la sociedad y del destino inexorable del usurpador que no sabe de su fraude, es un individuo deleznable, sin valores ni moral, capaz de vender literalmente hasta a su madre. La cuestión, sin embargo, es tratar de entender lo que le lleva a esa actitud, a ese carácter.

Para muchos críticos, las discrepancias en su descripción se deben al hecho de que Twain no tiene en cuenta las diferentes intenciones que le va atribuyendo a lo largo de la novela. Esto puede explicarse considerando el proceso de composición del texto, que, recordemos, se realizó en tres fases, o que los diez primeros capítulos fueron en realidad los últimos que escribió Twain y que no revisó ni los capítulos de la mitad ni del final. Estos capítulos iniciales son, sin embargo, los más críticos y subversivos, y de ahí que la intencionalidad implícita en esta primera parte desaparezca tras el capítulo 10. De hecho, el Tom que surge en los capítulos de la mitad de la novela es un personaje cruel y con poca profundidad psicológica, que se convierte en una figura melodramática plana y sin recovecos. Si se acepta que el Tom más complejo es el que aparece al principio, que es en realidad lo que Twain escribió al final, entonces podemos argumentar, como apunta Philip Cohen, que el escritor en vez de perder interés por el falso Tom lo que experimentó fue una renovada preocupación crítica al tratar de completar la novela
(61-62).
Esto es así porque Twain escribió el capítulo 9 —donde Tom se entera de que es negro— y el 10 —donde reacciona dramáticamente ante la noticia— al final del proceso de composición. Es ahí donde Tom muestra una grandeza trágica que se desvanecerá de un plumazo del resto de la novela. En el comienzo del capítulo 10 se nos ofrecen sus reflexiones:

> ¿Por qué unos son negros y otros blancos? ¿Qué delito cometió el primer negro antes de ser creado para que se le castigase desde el momento de nacer? ¿Por qué existe esa terrible diferencia entre negros y blancos?… ¡Qué duro me parece hoy el destino del negro! Y, sin embargo, hasta la noche pasada jamás reparé en nada de esto.

Para Stephen Railton, en estas declaraciones ha desaparecido la importancia de los antepasados blancos que presuntamente posee Tom o la referencia a la esclavitud como condicionamiento social. En su lugar, «los pensamientos de Tom que aparecen publicados, al sugerir que la diferencia racial se remonta a algún tipo de pecado original en el momento de la creación, dan credibilidad a la idea de que "blanco y libre, negro y esclavo" son categorías de orden divino (537). —Twain también enfatiza el desagrado creciente que le causa su tío—: Él es blanco y yo soy su mercancía, su propiedad. Me podría vender en cualquier momento como haría con un perro» (capítulo 10). Un malestar que irá creciendo hasta que decida asesinarlo en un intento por salvarse de la ruina. Es entonces cuando Tom se convierte en lo que Susan Gillman denomina «el mulato vengativo» (2003, 125), en contraposición con el mulato trágico, personaje crucial del melodrama racial del siglo XIX. Un vengador que —como señalan algunos críticos respaldados por la versión primera de la novela que no se publicó— es en realidad un parricida encubierto puesto que el hecho de que fuera un hermano del juez Driscoll el presunto amo del hijo de Roxy no es más que una estratagema de Twain que debe leerse entre líneas.

Ahora bien, lo que ocurre es que este «potencial trágico» desaparece en el capítulo 11, a partir del cual a Tom ya no le preocupa ser mulato, ni saber cuál es su verdadera identidad, realizando un acto que Railton denomina «de represión» de sus orígenes (535). Como explica Cohen, después de haber encumbrado al personaje hasta las alturas en el capítulo 10, luego Twain lo arrastra por el fango cómico de las escenas del partido proalcohólico. Tom pierde toda profundidad psicológica en el resto de la novela, de manera que la complejidad que exhibe en el capítulo 10 no tiene absolutamente nada que ver con la ruindad del personaje de cartón piedra en el que se convierte al final (Cohen, 61).

Pero hay algo más que debe tenerse en cuenta y es que el tono y los comentarios de y sobre Tom que existen en este capítulo 10 proceden de lo que se encuentra en el manuscrito

Morgan. En el capítulo X del manuscrito Morgan, Tom reflexiona sobre su destino al percatarse de que puede ser vendido como un objeto por llevar una treintaidosava parte de sangre negra. El narrador, sirviéndose del estilo indirecto libre, manifiesta:

> En sus cavilaciones por parajes solitarios, buscó dentro de sí mismo las razones de algunas cosas, y con esfuerzo y sufrimiento llegó a las respuestas: ¿Acaso era un cobarde? ¿Era el «negro» que llevaba dentro? ¿La *sangre* negra que le corría por las venas? Sí, aquella sangre negra se había ido corrompiendo y su valentía original se había degradado en cobardía por culpa de las muchas décadas pasadas y de las generaciones que habían sido obligadas a soportar insultos y humillaciones en circunstancias que no permitían la réplica, y que habían sido acalladas y obligadas a la dócil obediencia [«aceptación», palabra tachada] como único refugio y defensa.
>
> ¿De dónde procedía lo que en él era nobleza y lo que era vileza? La nobleza venía de cualquiera de las dos sangres y no era monopolio de ningún color; sin embargo, la vileza procedía de la sangre blanca que llevaba dentro, sangre que se hallaba pervertida por los efectos embrutecedores de la larga herencia dejada por la esclavitud, y por los hábitos adquiridos por la violencia que el detentar un poder irresponsable siempre engendra y perpetúa, además de por las leyes de la naturaleza humana. Así pensaba (cit. Fishkin, 1993, 122-123) **[26]**.

En la versión publicada Twain suprimió este fragmento que manifiesta claramente que los negros no son inferiores por naturaleza, sino que su situación se debe a los efectos ignominiosos de la herencia de la esclavitud. ¿Por qué cortó Twain este material? La respuesta es tema de especulación. Para Shelley Fisher Fishkin, el que escribiera estos párrafos, aunque los eliminara de la versión final, indica que, mientras escribía el libro, el razonamiento de Twain era bastante más diferente y complejo, y que incluso iba más lejos de lo que algunos otros escritores críticos con el racismo —incluido Cable— declaraban, porque rechazaba de plano cualquier tipo de jerarquía basada en el color de la piel (1993, 122). Por su parte, Philip Cohen opina que tal vez pensara que estas líneas levantarían demasiada polémica, puesto que instan al lector a

comprender y sentir simpatía por el trágico destino de un personaje que es ladrón y asesino al mismo tiempo. Ahora bien, sea cuál sea la razón, concluye este crítico, el error de Twain a la hora de reescribir, como debería haber hecho, las partes de la mitad y del final de la novela «destruyó la posibilidad de que Tom se convirtiera en el personaje más complejo e importante (63). —Para Stephen Railton, si Twain hubiera dejado estos párrafos—, a los lectores les habría sido más difícil entender las manifestaciones de Wilson en el juicio final cuando declara sin duda alguna la absoluta distinción existente entre blancos y negros» (536).

Twain explora con el personaje del falso Tom Driscoll una de las cuestiones principales que recorren la novela: la idea de la herencia genética frente a la del entorno, es decir, el interrogante sobre qué forja el carácter del individuo. El capítulo 5 se abre con el aforismo: «Training is *everything*». (La formación lo es todo). Ahora bien, si por una parte existen muchos detalles en la obra que parecen corroborar la afirmación de que el ambiente y la educación lo son todo —la manera en que es mimado Tom frente a la dureza del trato que recibe Chambers, por ejemplo—, en otros momentos surgen comentarios que parecen inclinar la balanza hacia la idea de la herencia y de la maldad debida al innatismo asociado a la idea de la sangre. El hecho de que Tom, el personaje con una treintaidosava parte de sangre negra, sea un individuo inmoral y su doble blanco sea todo lo contrario es uno de los puntos más conflictivos sobre los que los críticos se han dividido, porque en la novela los argumentos a favor y en contra de ambos puntos de vista existen y aparecen con gran inconsistencia[27].

La explicación más clara a la maldad de Tom aparece, pues, precisamente dentro del fragmento existente en el manuscrito Morgan que Twain decidió suprimir a la hora de publicar la novela: «la vileza procedía de la sangre blanca que llevaba dentro, sangre que se hallaba pervertida por los efectos embrutecedores de la larga herencia dejada por la esclavitud. —Como explica Fishkin—, si la herencia contribuye de alguna manera en la creación de ese monstruo que es Tom, entonces

lo que lo ha corrompido es la sangre blanca y no la negra» (1990, 16).

Por otra parte, la educación, el entorno, es lo que parece enseñar a Chambers —el niño blanco que es criado como negro— docilidad, sacrificio, a esperar las desigualdades y la injusticia en el trato; mientras que es esa misma educación la que prepara a Tom —un niño negro que es criado como blanco— hacia la arrogancia, la inmoralidad y la disipación. En realidad, como explica Adrienne Bond, en una sociedad jerarquizada, la imagen del individuo está formada en gran medida por el papel que la sociedad le asigna (67). De ahí que Fishkin opine que «la novela no defiende el argumento de que un niño negro educado como blanco será igual de bueno que un blanco, sino que defiende que un negro educado como blanco será tan malo como cualquier otro blanco». De esta manera, ya nos fijemos en el tema de la herencia como en el de la educación, según Twain, la raza de los amos contenía dentro de sí las semillas de su propia autodestrucción (1990, 17).

Para Malcolm Bradbury, Tom «es la figura más negra del sistema esclavista», porque representa la autoridad y dominio del amo desposeído de cualquier traza de compasión y el poder sin honor […]; es él, como persona blanca, quien concentra el más absoluto horror de la esclavitud» (36). De la misma manera, para James Cox, Tom es en realidad un personaje que simboliza la vuelta de una culpabilidad blanca que ha sido reprimida y la violencia que ejerce en la novela es la expresión y respuesta a la violencia perpetrada a generaciones de mujeres negras esclavas: «el origen de la fuerza de Tom se fundamenta en la lujuria de la que fue creado» (1966, 229). Catherine O'Connell también manifiesta que la maldad de Tom es consecuencia no de la «sangre negra» que corre por sus venas sino de la paternidad blanca existente en el linaje del que desciende después de cinco generaciones (121). Una paternidad que, invisible en el texto, oculta la historia de abuso sexual de la esclava.

Emory Elliott aduce, por su parte, otra posibilidad que

matiza la opinión de Fishkin y la de los críticos que piensan que la villanía de Tom es causada por su sangre blanca. Elliott se refiere a la manera con que Roxy —la mujer por cuya venas corre un dieciseisavo de sangre negra— lo educa. Si ésta no hubiera cambiado a los bebés, habría criado a Tom como esclavo y, aún teniendo en cuenta la maldad innata de la criatura, se habría convertido en algo diferente. Por su propio bien y supervivencia, su madre habría controlado su agresividad y carácter díscolo con medidas disciplinarias adecuadas que lo habrían domado y preparado para poder nadar entre las aguas negras de la esclavitud. Sin embargo, en vez de firmeza y mano dura que reprimiera los peores instintos de Tom, Roxy se muestra permisiva como lo habría hecho ante el auténtico hijo del amo. En una palabra, los mimos excesivos de Roxy no ponen freno a los impulsos de un individuo que acabará sucumbiendo a ellos (113), pues como explica el narrador, «Roxy era una sufrida madraza» (capítulo 4). Por otra parte, Twain muestra con gran ironía cómo el fraude que lleva a cabo esta mujer se revuelve contra ella y acaba atrapándola en una verdad que, en realidad, es una ficción creada por ella misma, de igual manera que la impostura sobre la que se fundamenta la esclavitud permite que los hijos de padre blanco sean negros y esclavos. De esta manera, además de madre consentidora, Roxy, merced a esta ficción de su propia manufactura, se convierte en la esclava de un amo que es su propio hijo, hasta el punto de que el engaño destinado a los demás se va transformando asimismo en autoengaño: «A causa de la farsa que había inventado, el pequeño se había convertido en su amo y señor, [...] comenzó a creerse la ilusoria verdad que había preparado minuciosamente para los demás» (capítulo 3). Este hecho la convierte en «víctima de su propia patraña» (capítulo 3). Según Elliott, este fragmento presenta un «mordaz análisis del proceso gradual por el que Roxy, sin querer, crea un monstruo que no sólo se revuelve contra ella, sino que tampoco es capaz ni se siente interesado en llevar hasta las últimas consecuencias la revolución potencial que ella ha iniciado con su acto subversivo» (113).

Roxy es, desde este punto de vista, la iniciadora de una

«revolución potencial» que, aunque reprimida, la convierte en protagonista del drama. La madre negra es, pues, «la figura más trágica ya que es la primera autoengañada al tratar de escapar a su destino a través de su hijo, si bien acabará enfrentándose a él con la actitud religiosa y racial del amo» (Brodwin, «Blackness», 1973, 174). Casi todos los críticos coinciden a la hora de destacar la importancia del personaje. En 1937 el escritor afroamericano Sterling Brown opinaba que, a pesar de sus defectos, esta madre negra es capaz de realizar grandes sacrificios y, si Twain se hubiera preocupado en perfilarla con más profundidad, *The Tragedy of Wilson Pudd'nhead* habría sido mucho mejor novela (68). En 1952, Edward Wagenknecht manifestaba que era Roxy quien se hacía con la historia y quien le daba sentido al hacer Twain de ella un retrato creíble del mestizaje (121). En 1960, Leslie Fiedler declaraba que el personaje desafiaba cualquier estereotipo que se esperara de una negra, porque no era una figura dulce y maternal, sino una mulata hermosa, apasionada y compleja, que se distinguía de las imágenes acartonadas, tanto virtuosas como pérfidas, que pululaban por la ficción norteamericana (1960, 404).

Por lo que respecta a la opinión de las investigadoras de Twain, en 1969 Barbara A. Chellis declaraba que, a pesar de que es una *mammy* vuelta del revés, ya que no siente ningún escrúpulo a la hora de esclavizar al niño blanco, «la admiramos» porque «no sólo aparece como ser humano con sus limitaciones, sino que también tiene agallas» (103). En 1985, Susan K. Harris señalaba que Roxy es una de las «malas» más famosas del escritor, junto con Laura Hawkins de *The Gilded Age*, es decir, un personaje capaz de desafiar las doctrinas decimonónicas que proclamaban que las mujeres, más que tomar las riendas de la acción y mostrarse vengativas, debían ser compasivas y perdonar las injusticias (157). En 1990, Carolyn Porter manifestaba que Roxana deja al descubierto no

sólo la falsedad que reviste la oposición entre la figura de la *mammy* buena y de la pérfida Jezabel, sino que también cuestiona estas mismas categorías como representaciones posibles de la vida de la esclava (124). En el mismo tenor, Myra Jehlen destacaba la gran transcendencia con que la reviste Twain, ya que la autoridad que despliega ante los niños se extiende a la novela y la convierte en una especie de autora de la misma, puesto que «logra alcanzar la categoría más importante que se le puede otorgar a un personaje de ficción, ya que es, junto con el narrador, la única que sabe lo que ocurre y que puede identificar correctamente a los protagonistas» (43). Para Sandra Gunning, Roxy es la generadora del caos puesto que cuestiona la certeza que muestran los blancos de pertenecer a la raza caucásica, ya que su hijo pasa por hombre blanco durante más de veinte años, en un momento en que la histeria norteamericana contra el mestizaje estaba alcanzando su punto más álgido (55).

Roxy o Roxana es, pues, un personaje femenino excepcional tanto dentro de la propia ficción de Twain como en el seno de la de su época. En el momento en que comienza la novela, esta esclava de piel tan clara que bien podría confundirse con una blanca ha dejado atrás su supuesto pasado como objeto sexual y se ha convertido en una madre coraje, obsesionada únicamente por el futuro que aguarda a su hijo, negro y esclavo, según dicta la ley esclavista sureña que proclama que el hijo de esclava nace esclavo. Ante la posibilidad, nada remota ni descabellada, de que el amo pueda venderlo y separarlo de ella, Roxy urde un plan que deja entrever la profunda desesperación de la madre negra —y que preconiza el de otros personajes femeninos dentro de la tradición afroamericana como el de Sethe en *Beloved* de Toni Morrison—, dispuesta a cualquier sacrificio de amor maternal con tal de salvar a su hijo del horror de la esclavitud (Fishkin, 1995, 61). Shelley Fisher Fishkin explica cómo este personaje bien puede inspirarse en otro que ya había aparecido en la ficción de Twain. Se trata de la tía Rachel, la protagonista del impresionante relato «A True Story, Repeated Word for Word as I Heard It». («Una historia verdadera, relatada palabra por

palabra tal y como me la contaron»). En esta fabulación —publicada en 1874 en la *Atlantic Monthly*—, tras la breve presentación del narrador, sólo se oye la voz en dialecto negro de la tía Rachel, en un monólogo dramático repleto de turbadora sinceridad que, sin aspavientos lingüísticos ni narrativos, deja al descubierto la opresión racial de la afroamericana. La tía Rachel es el personaje predecesor de Roxy, quien, entre otras cosas, comparte con ella el físico imponente, el orgullo por descender de la clase aristocrática sureña y, sobre todo, el sufrimiento ante la separación de sus hijos (Fishkin, 1993, 196).

Susan
K.
Harris también compara a la tía Rachel con Roxy y apunta que, si bien la primera es ejemplo de «negra buena» (162), Roxy no se define como madre, sino que su evolución va de pícara —un personaje obligado a sortear con el ingenio los infortunios que le depara la vida— a estafadora, pues su actuación novelística empieza con un acto que, sin dejar de estar justificado, resulta imperdonable (163). Antes de cambiar a los bebés, esta madre es un personaje que corresponde al manido estereotipo de la negra ferviente metodista, pero ignorante: le encanta la ropa fastuosa, malinterpreta la historia del predicador, expresa desdén por los negros vulgares y se enorgullece de su sangre blanca. Tras el juicio al final, volverá a encajar con esta imagen, ya que, derrotada, sólo encontrará resignación y solaz en su iglesia. El acto de creación, casi divino, del inicio —capítulo 3—, será destruido juntamente con la represión de su historia en la plantación y de su huida de la crueldad de los amos blancos —en el capítulo 18—, momento éste en el que Roxy hace gala de lo que Susan Gillman llama «la cólera expresada en dialecto negro» (2003, 125), que es la manera más acertada con que Twain se acercó desde la narrativa al problema racial en Estados Unidos. Aunque legalmente Roxy no es castigada, «espiritualmente es penalizada al oscurecérsele el horizonte y quedarse sin voluntad», de tal manera que Twain rescata a esta figura rebelde de lo que son las consecuencias de su apostasía (Harris, 165), tal vez porque,

dados los términos planteados en la novela, «aplaudir el heroísmo de Roxy como madre negra esclava conlleva irremediablemente aplaudir la desaparición de la América blanca» (Gunning, 59).

En realidad, la acción criminal de Roxy se resume en el hecho de que es la creadora de la ficción más importante de la novela: la de otorgarle a su hijo una nueva identidad gracias a, en principio, un simple cambio de ropa. Los niños nacen el 1 de febrero de 1830 y Roxy los cambiará la noche del 4 de septiembre de ese mismo año, si bien el 1 de julio es cuando Wilson les toma las huellas dactilares. Según Nancy Fredricks, cuando Roxy intercambia la vestimenta de los dos bebés, «subvierte el orden simbólico y revela la arbitrariedad de lo que se supone es natural» (491). Los blancos lo han hecho, se dice a sí misma; son ellos los que le enseñan que la ley, por naturaleza, distribuye de forma aleatoria sus ventajas y desventajas. Más aún, la acción de Roxy refleja especularmente la de la supresión de la paternidad que existe dentro de la novela, es decir, los excesos del sur patriarcal blanco con la mujer negra esclava. Al cambiar a los niños Roxy está imitando a sus amos blancos y «reproduciendo la eliminación legal y social del padre, requisito previo necesario para la reproducción bajo el sistema esclavista» (O'Connell, 121-122).

A este respecto, Cindy Weinstein explica cómo Twain en la novela «imagina un mundo en el que las relaciones biológicas son creadas y descreadas a través de actos de habla» (185). La transformación performativa que ejecuta Roxy al cambiar la identidad de los bebés imita «las operaciones retóricas de la esclavitud», puesto que de la misma manera que la ley esclavista determinaba que los hijos de padre blanco y madre esclava fueran esclavos y convertían —«por ficción legal y derecho consuetudinario» (capítulo 1)— a una persona en una cosa, Roxy, como una especie de Dios omnipotente, cambia los destinos de los niños provocando la adopción legal de nuevas identidades, tan espurias, sin embargo, como las adjudicadas en un principio por la ley.

De hecho, Roxy actúa como réplica negra a la aristocracia blanca de
Dawson’s
Landing, en especial de Percy Northumberland Driscoll, su amo y muy probablemente padre biológico de su hijo, como sugiere Lawrence Howe al explicar que Mark Twain había planeado una relación de amo/padre y esclavo/hijo para este personaje y Tom en un primer manuscrito (500). Driscoll detenta un poder tan absoluto sobre sus esclavos que es capaz de otorgarles la vida y condenarlos a muerte, vendiéndolos río abajo, o lo que es lo mismo, sentenciándolos al infierno, hecho por el que se comporta como un ser supremo. Así, al final del capítulo 2, tras oír la confesión de sus esclavos y mostrarse magnánimo y no venderlos río abajo sino en la vecindad, el narrador con profunda ironía manifiesta:

> Los culpables se echaron a sus pies, besándolos como muestra de gratitud y diciéndole que nunca olvidarían su bondad y que rezarían por él hasta el fin de sus días. Y eran sinceros, ya que, para ellos, aquel hombre, cual divinidad, había cerrado con su poderosa mano las puertas del mismísimo infierno. El señor Driscoll era consciente de que había sido indulgente y estaba satisfecho de su magnanimidad. Es por esta razón por lo que quiso dejar constancia del incidente en su diario para que su hijo, años más tarde, pudiera leer sobre lo acontecido y, de esta manera, se viera inducido a realizar actos de semejante benevolencia y humanidad (capítulo 2).

Pero Roxy, como su amo —condenado a la muerte por su soberbia y ceguera—, acabará también devorada por su propia ficción. Una ficción que, si bien al principio está dirigida a ser consumida por todos menos por ella, al convertirse en realidad, es asimilada por ella misma como verdad. De hecho, condenará a su hijo por ser negro en varias ocasiones («Es el negro que llevas dentro) —(capítulos 10 y 14). Como explica Stanley Brodwin—, la auténtica tragedia del negro es que acabe condenando a los de su propia raza, debido al “blanqueo” al que han sido sometidas su mente y alma. Ésta es la razón por la que en ocasiones asume el punto de vista del esclavista y se desprecia a sí mismo por ser esclavo y negro. Es

el final del proceso de degradación dentro de la psicología del esclavo» («Blackness, —1973, 174). He ahí la ironía. Como explica Malcolm Bradbury—, si la vida social es en un sentido ficción e impostura, en otro es un compromiso absoluto y vinculante, pues es la única realidad que existe más allá de nosotros mismos» (38).

Este acto de destrucción del orden establecido por parte de Roxy, sin embargo, acarreará tanto a un bebé como al otro una serie de consecuencias trágicas, ya que «conlleva la violación de esa misma humanidad que pretende ensalzar por encima de todo» (Griffith, 210). La madre negra crea con su ficción a Tom, pero también crea a Chambers: dos individuos escindidos entre ficción y realidad. De esta manera, al caos y contradicción finales se suma el destino de quien a lo largo de la novela aparece como Chambers, es decir, el «negro» que, según la ley será en realidad blanco. Con el cambio inicial instigado por Roxy, Chambers queda condenado a representar como identidad propia la fantasía del negro dócil que, según Sandra Gunning, «no parece que nunca hubiera existido en la lectura que Twain hizo de la historia racial norteamericana» (62). En el final novelístico de dimensiones casi épicas, el impostor Tom es «vendido río abajo». Wilson se encarga de restaurar el orden social y racial, alterados por la maquinación de Roxy, en que los blancos son siempre blancos y libres, y los negros son negros y esclavos. Sin embargo, esta determinación legal no funciona en el caso de Chambers, ahora convertido en el verdadero Tom Driscoll, puesto que no puede encajar y abrazar su nueva identidad como hombre blanco y libre con la misma facilidad que en el caso del hasta entonces falso Tom. De hecho, cuando Chambers se entera de que en realidad es blanco, se siente aterrorizado. Vulgar, ordinario, sin refinamientos, no se atreve a ocupar el lugar que ahora le corresponde en el mundo blanco. Ni el dinero, ni la vestimenta (de forma diferente como ha ocurrido con Tom a lo largo de la novela) pueden enmascarar, por mucho que su piel sea «auténticamente blanca», su «negritud» cultural. De esta manera, el «verdadero». Tom acaba en un limbo identitario, porque la ficción de la esclavitud le ha robado su verdadera

identidad y lo ha convertido en un individuo que habita una tierra de nadie, un exiliado que no es negro porque así lo determina la ley, si bien tampoco es blanco porque los años vividos como esclavo lo han transformado en negro: «El pobre muchacho no soportaba el terror que le suponía estar en los salones donde se reunían los blancos, y en el único lugar donde se sentía verdaderamente cómodo era en la cocina. Sentarse en el banco de la familia en la iglesia era una tortura para él, pero tampoco podía colocarse nunca más en el reconfortante refugio que le proporcionaba el "rincón de los negros" dentro del templo» (capítulo de conclusión).

El final parece no dejar lugar a dudas porque, «al final los dos acaban siendo negros: uno desde el punto de vista legal, el otro desde el cultural» (Porter, 161). Lo que en última instancia cuenta en *The Tragedy of Wilson Pudd'nhead* no es el color de la piel, sino las leyes y códigos que regulan y determinan la identidad racial dentro del mundo económico de la esclavitud y, por extensión, dentro de la Norteamérica segregacionista de finales del XIX. La obra muestra que, contrariamente a las novelas en las que un negro se hace pasar por blanco y que culminan con la gestión que de la identidad realiza el propio individuo, aquí lo más crucial «no es el destino de un determinado sujeto sino los mandatos estructurales que regulan su identidad racial dentro de la economía esclavista» (Newlyn, 52).

Twain, sin embargo, incluso va más lejos porque al final demuestra el fracaso que resulta si se interpretan las características corporales como un análogo de la raza, es decir, si se lee la raza como inscrita en el cuerpo, lo que Andrea K. Newlyn denomina «epistemología visual» (50). Ahora bien, esto no es óbice para que Twain eluda totalmente la forma de identificación racial tradicional en la literatura de la época: la utilización del dialecto negro por parte de los personajes marcados por la raza. Desde el instante en que un personaje habla con el dialecto asociado con los esclavos, su identidad queda marcada por ese lenguaje. De esta manera, en el

momento en que Roxy cambia a los bebés y el nuevo Chambers aprende a hablar como negro en la novela, resulta imposible que se le vuelva a describir como blanco y no negro. De hecho, a pesar de que Tom se convierte en esclavo al final, nunca habla dialecto negro, nunca se convierte culturalmente en negro. Por el contrario, la incapacidad de Chambers por desprenderse del dialecto que lo marca como negro lo inhabilita para funcionar como blanco al final de la novela y, más que subrayar la lógica de inscripción racial en el cuerpo (Newlyn, 50), lo que hace es añadir un punto más de ironía, si cabe, al cuadro maniqueo y apocalíptico que Wilson elabora como conclusión incuestionable.

Al panorama desolador final de *The Tragedy of Wilson Pudd'nhead* hay que añadirle un elemento desestabilizador más que pone en solfa el orden aparente de la realidad sureña y, por extensión, norteamericana, puesto que Twain no sólo cuestiona la idea de raza como constructo social, sino también la idea de género. De esta manera, como explica Peter Stoneley, el escritor deja constancia de las preocupaciones de los intelectuales de la época, analizando no sólo el determinismo implícito en el tema de la herencia y el entorno, sino también «la amenaza que implicaba la desviación de los modelos tradicionales referidos al comportamiento de hombres y mujeres» (Stoneley, 148). De ahí que, además de cambiar de raza, cambien también de sexo y que con ello enreden la verdad y compliquen la ficción con la que se construye la identidad. Según Laura Skandera-Trombley, a Twain le fascinaba el travestismo y en los relatos en que trata el tema «cuestiona las construcciones sociales del género, la distribución de poder dentro de la sociedad patriarcal y las categorías raciales determinadas por la sociedad» (1997, 82). Desde relatos como «A Medieval Romance», que empezó a escribir en 1868, pasando por *The Adventures of Huckleberry Finn* (1885) y *Personal Recollections of Joan of Arc* (1896), es en *The Tragedy of Wilson Pudd'nhead*

donde, según esta investigadora, la intersección de género y raza se manifiesta con mayor viveza[28]. En realidad, tras la plácida apariencia de orden social, en Dawson's Landing la figura que predomina es la del travesti (1997, 88). Tom se disfraza de hombre blanco con barba, de joven blanca, de vieja blanca, de joven negra (con velo) y de vagabundo. Para Skandera-Trombley, «la manera en que Tom desdibuja la categoría de clase social, género y raza es indicativa de una crisis epistemológica que existe en la novela y que Twain deja deliberadamente sin resolver» (1997, 89). Roxana, por su parte, también se disfraza de hombre cuando intenta escapar de la esclavitud a la que la ha condenado su propio hijo, pero, como su piel es blanca, ha de pintársela de negro para que encaje con el dialecto negro que habla. Para Susan Gillman, cuando Tom y Roxana se visten de negros y de mujer, combinan las categorías raciales y de género. Esta combinación, buscada expresamente por Twain en la novela, significa entonces que «si lo masculino y lo femenino pueden intercambiarse, de la misma manera que lo negro y lo blanco, entonces las diferencias de género son también una construcción cultural» (1989, 79). Como el mismo Twain dice respecto a la negritud, la cuestión de ser mujer u hombre se convierte en «una ficción legal y del derecho consuetudinario[29]».

La crítica de Twain a esta ficcionalidad de la ley, y en especial de la política racial de finales del siglo XIX, se extiende también al marco de la inmigración, y en concreto a la inmigración italiana con los gemelos Capello. En el momento en que Twain empezó a componer *Those Extraordinary Twins*, la imagen de los italianos estaba sufriendo una transformación similar a la que había sufrido la de los chinos o asiáticos hacia 1840. Si con anterioridad los italianos habían sido relacionados con la nobleza europea, a medida que, tras la guerra civil, fueron llegando al noreste industrializado sucesivas oleadas de inmigrantes, éstos fueron adquiriendo connotaciones de miseria, enfermedad y suciedad.

Muchos críticos no ven qué razón de ser tienen los gemelos Capello en *The Tragedy of Wilson Pudd'nhead*. Para Robert A. Wiggins, su presencia es más que irrelevante para el tema principal del libro y su comportamiento mera distracción. Sus personalidades exóticas son una nota discordante en el paisaje de Dawson's Landing y la única justificación de su existencia que les encuentra es que «Twain los utiliza de manera satírica para realzar el provincialismo y la simpleza de la mentalidad pueblerina» (1963, 184). Otros críticos, como Nancy Fredricks, piensan que son el emblema de la continuidad y discontinuidad, de la identidad y la diferencia, que existe en el texto y que evita que el libro tenga un final concluyente (499).

Ahora bien, entre los investigadores que, por el contrario, han señalado la importancia de que los gemelos sean italianos destacan Eric Sundquist, Louis J. Budd, Joseph P. Cosco y Tom Quirk[30]. Al parecer, por mucho que Twain separara *The Tragedy of Wilson Pudd'nhead* de *The Comedy of Those Extraordinary Twins* —gracias a la «cesárea literaria» que practicó— y cambiara a los siameses dicefálicos, dejándolos en meros gemelos, «no logró librarse de la realidad que representaba la presencia italiana en la Norteamérica de la década de 1890» (Cosco, 144). Como se ha visto con anterioridad, durante la década de 1890, además de intensificarse el odio racial y legitimarse como medida política la segregación racial, se sucedió una escalada en las restricciones y ataques contra los italianos y otros inmigrantes procedentes del sur y este europeos. Joseph P.

Cosco argumenta que los gemelos Capello representan las diversas actitudes que Estados Unidos mostraba hacia Italia y una serie de polaridades emergentes en aquel momento dentro de la retórica nacionalista, tales como la de los italianos del norte en contraste con la de los italianos del sur, la de los inmigrantes italianos asentados en el país en contraste con la de los recién llegados, o la de una Italia romántica, idealizada y suspendida en el tiempo en contraste con la de las oleadas de italianos contemporáneos que parecían inundar al país
(144-145).
De ahí que fueran muchas las voces que se alzaron contra la plaga de indeseables que amenazaba con colapsar la demografía angloprotestante norteamericana.

Los críticos han relacionado a los gemelos Capello de la novela con los once italianos que fueron linchados en Nueva Orleans en marzo de 1891, por sospecharse que habían asesinado al jefe de policía de la ciudad[31]. En marzo de 1891, un jurado de Nueva Orleans no condenó a un grupo de inmigrantes italianos acusados de matar a un jefe policial, por lo que los ciudadanos, enfurecidos ante la decisión judicial, lincharon a once hombres —diez fueron asesinados en sus celdas y uno fue arrastrado hasta la calle, colgado y tiroteado. De hecho, entre los portavoces más furibundos contra las oleadas de inmigración de aquellos años destaca Henry Cabot Lodge —un importante dirigente republicano y destacado ensayista—, de quien apareció en *North American Review* en enero de 1891 un artículo titulado «Lynch Law and Unrestricted Immigration», que trataba el tema del linchamiento de los once italianos en Nueva Orleans y culpaba del acto a la turba y a la política nacional de acogida de extranjeros. Cosco explica que, entre los inmigrantes a los que se veía como menos blancos y más cercanos a los negros se encontraban los italianos y los judíos (154). Cabe asimismo señalar que los italianos ocupaban el primer lugar y se les equiparaba con los negros a la hora de ser merecedores del linchamiento, a pesar de que se les diferenciaba porque a los primeros se les imaginaba como animales y seres no humanos, y a los segundos, como una amenaza para el trabajador, la

sociedad y la idiosincrasia norteamericanos (Cosco, 155).

La opinión pública nacional e internacional protestó por el linchamiento de los once italianos y el gobierno italiano se mostró indignado. Los periódicos norteamericanos no condenaron la acción ya que coincidían en que Italia se desprendía de sus elementos más reprobables mandándolos a Norteamérica. El gobierno italiano exigió indemnizaciones para las familias de los asesinados e incluso se llegó hablar de guerra. Las frecuentes visitas de Twain desde Europa hasta Estados Unidos, su amistad con el escritor de Nueva Orleans y defensor de los derechos raciales George W. Cable, y su propio rechazo a los actos de violencia racial tal y como había dejado patente en algunos escritos anteriores, e incluso la recopilación de material con el fin de componer un libro sobre los linchamientos, explican la sensibilidad de Twain ante el problema[32]. El escritor, residente en Italia en el momento del incidente de Nueva Orleans, debió enterarse del conflicto internacional que estuvo a punto de estallar (Cosco, 157). De hecho en *The Tragedy of Wilson Pudd'nhead* a los gemelos se les amenaza con el linchamiento y en *The Comedy of Those Extraordinary Twins* son realmente linchados. Para Cosco, «no es una coincidencia que imaginara que podían linchar a sus gemelos italianos cuando en aquella misma época los ciudadanos de Nueva Orleans ya habían puesto en práctica tal procedimiento punitivo contra once inmigrantes italianos» (157).

Tom Driscoll retoma este punto de vista y manifiesta que Angelo y Luigi son el elemento foráneo en Dawson's Landing no sólo por su apariencia «extraña» sino porque son italianos. Twain se encontraba, por aquel entonces en 1892, en Roma, Venecia y Florencia, y es muy posible que se enterara del caso. En realidad, se encontraba trabajando en el manuscrito original —donde los Capello son siameses— y Luigi aparece descrito con todas las características típicas de los italianos. En la historia de estos siameses, la gente de

Dawson’s Landing propone que, ante el problema de quién da la patada letal de los dos, se cuelgue a uno de ellos, sin tener en cuenta que el otro morirá irremediablemente. «La moraleja de la historia/comedia» es clara, manifiesta Tom Quirk: «no se puede prescindir de los elementos “perniciosos” de una comunidad sin eliminar a los buenos» (212). Los sentimientos de histeria proanglosajona y anti-inmigración de la década de 1890, trágicamente representados en los linchamientos de Nueva Orleans, promovían el gobierno de la mayoría descontrolada y la aparición de un patriotismo exacerbado y peligroso. La historia de los siameses de *Those Extraordinary Twins* es una comedia, pues, porque destruye los escrúpulos convencionales y las actitudes tradicionales de una manera disparatada. Cuando Wilson llega a Dawson’s Landing, recordemos que dice: «Ojalá fuera mía la mitad de ese perro porque mataría esa mitad» (capítulo 1). Evan Carton explica que, si ese «perro» simboliza el cuerpo político y la mitad de sus miembros es propiedad de la otra mitad, se colige que los propietarios no pueden disponer de sus propias posesiones sin destruirse a sí mismos (84). De ahí que no se pueda linchar a un siamés sin acabar irremediablemente con la vida del otro, de la misma manera que la mitad de la población estadounidense, que era blanca, no podía sobrevivir a la destrucción de la otra mitad, la negra.

***

El segundo aforismo de los dos que inician el último capítulo del libro, y que pertenece al almanaque de Wilson, dice lo siguiente: «12 de octubre. El Descubrimiento. Fue maravilloso descubrir América, pero habría sido mejor aún pasar de largo». Para Leslie Fiedler, como para gran número de críticos, el broche al que recurre Twain para este capítulo de conclusiones no encaja dentro del tono de la historia

detectivesca, porque esta depende precisamente de «la fe de los lectores en el hecho del descubrimiento[33]». Sin embargo, estas palabras son más que apropiadas para «una novela que se ha tildado de antiamericanista por su rechazo a todos los clichés e ideales de inocencia y de nuevas fronteras» (Fiedler, 1960, 409). Y pueden leerse, además, como «una declaración sobre metafísica e historia, puesto que la tragedia del descubrimiento de América fue lo que hizo posible que Dios tuviera un Nuevo Mundo para conquistar y la humanidad una nueva oportunidad y un campo más amplio para reflejar la perversidad de los Cielos» (Griffith, 225).

Las reacciones de los lectores ante esta «conclusión» han sido muy variadas. Desde las que aplauden la justicia poética que prescribe que el villano (Tom) sea castigado y el bueno (Chambers) premiado en este acto de catarsis colectiva, hasta las que únicamente pueden sentir consternación por el caos moral que desencadena. Y esta estupefacción se debe a que, en primer lugar, se pasan por alto las verdaderas razones por las que Roxy intercambió a los bebés, quedando su acción en el más oscuro de los misterios; en segundo, al hecho de que Tom haya suplantado la identidad de Chambers y éste la de Tom durante más de veinte años, como señala Catherine O'Connell, y esto «no sirva de catalizador para que los ciudadanos de Dawson's Landing reflexionen sobre el esencialismo en que se fundamentan las categorías raciales que los regulan» (115); y en tercer lugar, a que el sistema de injusticia racial por el que se rigen hace imposible que se castigue en realidad al asesino, ya que en su condición de esclavo, y por lo tanto de propiedad, se le vende río abajo, de la misma manera que si no hubiera cometido el crimen, condena que cuenta con el refrendo de toda la sociedad.

Para los estudiosos de Twain, *The Tragedy of Wilson Pudd'nhead* acaba siendo «una comedia del caos moral» (Bradbury, 42); una fabulación en la que la vida resulta ser «un absurdo sin propósito» en el que hombres y mujeres representan sin

rechistar los papeles que se les han asignado (Gerber, 29); la escenificación de un vacío moral que es realmente una «tragedia», porque Twain nos muestra «un mundo con bastante sonido y furia que acaba no significando absolutamente nada» (Griffith, 212); una historia, en fin, que, como gran parte de la narrativa que en aquellos años estaba componiendo, trata del «fracaso, traición y condena —de la inocencia perdida—, a pesar de que pueda dar la ilusión de que la capacidad del hombre es capaz de vencer al destino de la condenada raza humana, —es decir, un estudio teleológico modelado sobre el mito de la caída del hombre (Brodwin—, Blackness», 1973, 167).

En la escena final del juicio —que en realidad se erige como el gran «juicio final»— a Tom se le restituye la identidad de negro que le corresponde desde el punto de vista social y se le vende río abajo. No importa que haya asesinado ni tampoco las implicaciones morales de sus acciones ya porque, como explica Malcolm Bradbury, la vida del negro esclavo, al ser en sí misma una ficción social, está exenta de cualquier juicio moral ya que el castigo que encierra es anterior a cualquier crimen que pudiera cometer el joven (27). Y de ahí que, dentro de la diégesis novelística, lo que hace que algo sea o no moral no es la verdad sino el hecho de que exista una prueba legal de ello. Al final lo único que cuenta es que se reordene el caos causado por la acción de Roxy, que se restaure el orden violado por la negra para que el mundo no cambie y siga siendo el de siempre. Y para ello sólo cabe la ironía, el absurdo, el esperpento amargo que Twain dibuja.

Al analizar la voz que surge en sus escritos autobiográficos —una buena parte publicados en 2010— Michael Kiskis opina que Twain pensaba que la sinuosidad autorial se veía contrarrestada y vencida por la habilidad que el lector poseía para buscar y encontrar la verdad que se oculta entre líneas (98). En una entrevista en el londinense *Times* el 23 de mayo de 1899, Twain manifestaba lo siguiente: «Uno no puede decir toda la verdad sobre sí mismo, incluso si está convencido de que nadie verá jamás lo que escribe. Yo mismo me he contentado con eso y he hecho que otros se contenten también

con eso. Uno no puede desnudar su alma para mirarla porque se avergonzaría demasiado de sí mismo. Es una cosa desagradable. Por esa misma razón, me limito a retratar a otros» (cit. Kiskis, 98). Sin embargo, en esos retratos de tantos otros que trazó, el escritor también se mantuvo fiel a esta regla y dejó que los lectores descubrieran por sí mismos la verdad o no verdad que se esconde tras sus líneas.

Twain revela en esta novela la ansiedad finisecular norteamericana ante la incertidumbre de lo que es realidad y ficción, de lo que constituye verdaderamente la identidad. Desde el principio hasta el final de la obra, lo «real» y lo que es «imitación de lo real» se confunden, siendo objeto de exageraciones e imitaciones, puesto que son paradójicamente las únicas posibilidades de aprender la realidad. Los habitantes de Dawson's Landing se empecinan en refugiarse en una ilusión que toma la forma de ficción legalista y que, a su vez, determina lo que es la identidad personal y racial de cada uno de ellos. Al final, Twain parece reírse de sus protagonistas e incluso de los lectores, subrayando, una vez más, que no hay escapatoria a la ficción porque la realidad sólo se puede definir a través de la fabulación.

***

Esta edición ha sido realizada dentro del Proyecto FF12 010-17 061.

Bibliografía

Ediciones

Pudd'nhead Wilson and *Those Extraordinary Twins. Authoritative Texts, Textuals Introduction and Tables of Variants*, Sidney E. Berger (ed.), Nueva York/Londres, W. W. Norton & Company, 1980.

Estudios críticos

Alsen, Eberhard, «*Pudd'nhead Wilson* Fight for Popularity and Power», *Western American Literature*, 7 (1972), págs. 135-142.

Anderson, Frederick, «Mark Twain and the Writing of *Wilson Pudd'nhead*», en Sidney E. Berger (ed.), *Wilson Pudd'nhead* and *Those Extraordinary Twins*, Nueva York/Londres, W. W. Norton & Company, 1980, págs. 282-294.

Baender, Paul, «*Megarus ad lunam*: Flawed Texts and Verbal Icons», *Philological Quarterly*, 64.4 (otoño de 1985), págs. 439-457.

Bird, John, «Killing Half a Dog, Half a Novel: The Trouble with *Wilson*
Pudd'nhead
and *Those Extraordinary Twins», Mark Twain and Metaphor*, Columbia (Missouri), University of Missouri Press, 2007, págs. 146-161.

Bond, Adrienne, «Disorder and the Sentimental Model: A *Look* at *Wilson», Southern Literary Journal*
Pudd'nhead
, 13.2 (primavera de 1981), págs. 59-71.

Bonderson, Jan, «The Tocci Brothers, and Other Dicephali», *The Boy, and Other Medical Marvels*
Two-Headed
, Ithaca/Nueva York, Cornell University Press, 2000, págs. 160-188.

Boyesen, Hjalmar Hjorth, «Review *Wilson», Cosmopolitan*
Pudd'nhead
(18 de enero de 1895), http://etext.virginia.edu/railton/wilson/pwcosmo.html

Bradbury, Malcolm, «Introduction», *Wilson and «Those Extraordinary Twins»*
Pudd'nhead
, Mark Twain, Nueva York, Penguin Books, 1969, págs. 9-48.

Branch, Edgar
M.
, «Mark Twain: Newspaper Reading and the
Writer's
Creativity», *Fiction,*
Nineteenth-Century
37.4 (marzo de 1983), págs. 576-603.

Briden, Earl
F.
, «Idiots First, Then Juries: Legal Metaphors in Mark

Twain's
Wilson», Texas Studies in Literature and Language
Pudd'nhead
, 20.2 (verano de 1978), págs. 169-180.

Bridgman, Robert, *Traveling in Mark Twain*, Berkeley, University of California Press, 1987.

Brodwin, Stanley, «Blackness and the Adamic Myth in Mark
Twain's
Wilson», Texas Studies in Literature and Language
Pudd'nhead
, 15.1 (primavera de 1973), págs. 167-176.

—«Mark Twain's Masks of Satan: The Final Phase», *American Literature*, 45.2 (mayo de 1973), págs. 206-227.

Brooks, Van Wyck, *The Ordeal of Mark Twain*, Nueva York, Dutton, 1920.

Brown, Sterling, *The Negro in American Fiction*, Washington,
D.
C., Associates in Negro Folk Education, 1937.

Budd, Louis
J.
, «Hiding Out in Public: Mark Twain as a *Speaker*», *Studies in American Fiction*, 13.2 (otoño de 1985), págs. 129-141.

—«Mark Twain's Fingerprints in *Wilson», Études Anglaises*
Pudd'nhead
, 9.4
(octubre-diciembre
de 1987), págs. 385-399.

—*Mark Twain, Social Philosopher*, Columbia (Missouri), University of Missouri Press, 2001.

Burbridge, David, «Francis Galton on Twins, Heredity and Social Class», *The British Journal for the History of Science*, 34.3 (septiembre de 2001), págs. 323-340.

Bush, Harold
K.
Jr., «The Mythic Struggle between East and West: Mark
Twain's

Speech at
Whittier's
70th Birthday Celebration and
W. D.
Howells's
A Chance Acquaintance», American Literary Realism,
1870-1910
, 27.2 (invierno de 1995), págs. 53-73.
Calvino, Italo, *Por qué leer los clásicos*,
trad.
Aurora Bernárdez, Barcelona, Tusquets, 1992.
Caron, James
E.
, «Pudd'nhead
Wilson's
Calendar: Tall Tales and a Tragic Figure», *Fiction,*
Nineteenth-Century
36.4 (marzo de 1982), págs. 452-470.
—«The Satirist Who *Clowns*: Mark
Twain's
Performance at the Whittier Birthday Celebration», *Texas Studies in Literature and Language*, 52.4 (invierno de 2010), págs. 433-466.
Carton, Evan, *«Pudd'nhead Wilson* and the Fiction of the Law and Custom», en Eric
J.
Sundquist (
ed.
), *American Realism: New Essays*, Baltimore, John Hopkins University Press, 1982, págs. 82-94.
Chase, Richard, *The American Novel and Its Tradition*, Garden City (Nueva York), Doubleday, 1957.
Chellis, Barbara
A.
, «Those Extraordinary Twins: Negroes and Whites», *American Quarterly*, 21.1 (primavera de 1969),

págs. 100-112.

Cohen, Philip, «Aesthetic Anomalies in *Wilson», Studies in American Fiction* *Pudd'nhead* , 10.1 (primavera de 1992), págs. 55-69.

Cole, Simon A. , «Twins, Twain, Galton, Gilman: Fingerprinting, Individualization, Brotherhood, and Race in *Wilson», Configurations* *Pudd'nhead* , 15.3 (otoño de 2007), págs. 227-265.

Cooley, John (ed.), *Mark Aquarium: The Samuel Correspondance, Twain's Clemens-Angelfish 1905-1910* , Athens, University of Georgia Press, 1991.

Cosco, Joseph P. , «Mark Twain: Racism, Nativism, and the Twinning of Italianness», *Imagining Italians: The Clash or Romance and Race in American Perceptions 1880-1910* , Albany, State University of New York Press, 2003, págs. 143-170.

Cox, James M. , *Mark Twain: The Fate of Humor*, Princeton (N. J.), Princeton University Press, 1966.

—«*Pudd'nhead Wilson* Revisited», en Susan K. Gillman y Forrest G.

Robinson (eds.), *Mark Wilson»: Race, Conflict and Culture*
Twain's
«Pudd'nhead
, Durham (Carolina del Norte), Duke University Press, 1990, págs. 1-21.

Cummings, Sherwood, «Mark
Twain's
Social Darwinism», *Huntington Library Quarterly*, 20.2 (febrero de 1957), págs. 163-175.

Dempsey, Terrell, *Searching for Jim: Slavery in Sam World*
Clemens's
, Columbia (Missouri), University of Missouri Press, 2003.

DeVoto, Bernard, *Mark America*
Twain's
, Boston, Little Brown, 1935.

Doyno, Victor
A.
, «Samuel Clemens as a Family Man and Father», en Laura
Skandera-Trombley
y Michael
J.
Kiskis (eds.), *Constructing Mark Twain: New Directions in Scholarship*, Columbia/Londres, University of Missouri Press, 2001, págs. 28-49.

Elliott, Emory, «Race and Money in *Wilson*
Pudd'nhead
», en Carme Manuel y Paul
S.
Derrick (eds.), *Nor Shall Diamond Die: American Studies in Honour of Javier Coy*, València, Universitat de València, 2003, págs. 105-117.

Emerson, Everett, «The Strange Disappearance of Mark Twain», *Studies in American Fiction*, 13.2 (otoño de 1985), págs. 143-155.

Fiedler, Leslie
A.

, «As Free as Any Cretur…», en Henry Nash Smith (ed.), *Mark Twain: A Collection of Critical Essays*, Englewood Cliff (N. J.), Prentice-Hall, Inc., 1963, págs. 130-139. Originalmente publicado en *The New Republic*, 133.7/8 (15 y 22 de agosto de 1955).

—*Love and Death in the American Novel*, 1960, Nueva York, Penguin Books, 1982.

Fisher, Marvin y Elliott, Michael, «Pudd'nhead Wilson: Half a Dog Is Worse than None», *The Southern Review*, 8 (verano de 1972), págs. 533-547. Reed. en *Wilson Pudd'nhead* and *Those Extraordinary Twins. Authoritative Texts, Textuals Introduction and Tables of Variants*, Sidney E. Berger (ed.), Nueva York/Londres, W. W. Norton & Company, 1980, págs. 304-315.

Fishkin, Shelley Fisher, «Race and Culture at the Century's End: A Social Context for *Wilson», Essays in Arts and Sciences, Pudd'nhead* 19 (1990), págs. 1-27.

—*Was Huck Black?: Mark Twain and Voices African-American*, Nueva York, Oxford University Press, 1993.

—«Mark Twain and Women», en Forrest G. Robinson (

ed.
), *The Cambridge Companion to Mark Twain*, Nueva York/ Cambridge, 1995, págs. 52-73.

—«Mark Twain and Race», en Shelley Fisher Fishkin (
ed.
), *Historical Guide to Mark Twain*, Cary (Carolina del Norte), Oxford University Press, 2002, págs. 127-146.

Fredricks, Nancy, «Twain's Indelible Twins», *Literature,*
Nineteenth-Century
43.4 (marzo de 1989), págs. 484-499.

Galton, Francis, «*Short* Notes on Heredity, &
c.
, in Twins», *The Journal of the Anthropological Institute of Great Britain and Ireland*, 5 (1876), págs. 324-329.

—«The History of Twins, as a Criterion of the Relative Powers of Nature and Nurture», *The Journal of the Anthropological Institute of Great Britain and Ireland*, 5 (1876), págs. 391-406.

Gerber, John
C.
, «*Pudd'nhead Wilson* as Fabulation», *Studies in American Humour*, 2 (1975), págs. 21-31, http://sites.google.com/site/ whitmansbeard/CriticalAppraisalofPuddnheadWilson 22.
doc.

Gillman, Susan
K.
, «Racial Identity in *Wilson*
Pudd'nhead
and *Those Extraordinary Twins*», en *Dark Twins: Imposture and Identity in Mark America*
Twain's
, Chicago, The University of Chicago Press, 1989, págs. 53-95.

—«Mark Twain's Travels in the Racial Occult: *Following the Equator* and the Dream Tales», en Forrest
G.

Robinson (
ed.
), *The Cambridge Companion to Mark Twain*, Nueva York/ Cambridge, 1995, págs. 193-219.
—«Mark Twain and Fellow Occult Travelers», *Blood Talk: American Race Melodrama and the Culture of the Occult*, Chicago, Chicago University Press, 2003, págs. 117-147.
—y Patten, Robert
L.
, «Dickens: Doubles: Twain: Twins», *Fiction,*
Nineteenth-Century
39.4 (marzo de 1985), págs. 441-458.
—y Robinson, Forrest
G.
(eds.), *Mark Wilson»: Race, Conflict and Culture*
Twain's
«Pudd'nhead
, Durham (Carolina del Norte), Duke University Press, 1990.
Gold, Sarah
E.
, «Millie-Christine McKoy and the American Freak *Show*: Race, Gender, and Freedom in the Postbellum Era,
1851-1912»,
Berkeley Undergraduate Journal, 23.1 (2010), págs. 1-43, http://escholarship.org/uc/item/39g057p3.
Graham, Neilson, «Sanity, Madness and Alice», *Ariel: A Review of International English Literature*, 4.2 (1973), págs. 80-89.
Griffith, Clark, *«Pudd'nhead Wilson* as Dark Comedy», *ELH*, 43.2 (verano de 1976), págs. 209-226.
Gunning, Sandra, «Mark Twain, Charles Chesnutt, and the Politics of Literary
Anti-Racism»,
en *Race, Rape, and Lynching: The Red Record of American*
Literature
1890-1912
, Cary (Carolina del Norte), Oxford University Press, 1996,

págs. 48-76.

Harrington, Fred Harvey, «Literary Aspects of American Anti-Imperialism 1898-1902», *The New England Quarterly*, 10.4 (diciembre de 1937), págs. 650-667.

Harris, Susan K., «Mark Twain's Bad Women», *Studies in American Fiction*, 13.2 (otoño de 1985), págs. 157-168.

—*The Courship of Olivia Langdon and Mark Twain*, Nueva York, Cambridge University Press, 1996.

Hawkins, Hunt, «Mark Twain's Involvement with the Congo Reform Movement: "A Fury of Generous Indignation"», *The New England Quarterly*, 51.2 (junio de 1978), págs. 147-175.

—«Mark Twain's Anti-Imperialism», *American Literary Realism, 1870-1910*, 25.2 (invierno de 1993), págs. 31-45.

Hill, Hamlin, *Mark Twain: Fool God's*, Nueva York, Harper & Row, 1971.

Holloway, Karla F. C., «Editor's Afterword: Private Bodies/Public Texts: Literature, Science, and States of Surveillance», *Literature and Medicine*, 26.1 (primavera de 2007), págs. 269-276.

Hoffman, Andrew, *Inventing Mark Twain: The Lives of Samuel Langhorne Clemens*, Nueva York, William Morrow and Company, 1997.

Howe, Lawrence, «Race, Genealogy, and Genre in Mark

Twain's
Wilson», Literature
Pudd'nhead
Nineteenth-Century
, 46.4 (marzo de 1992), págs. 495-516.
Howells, William
D.
, *My Mark Twain: Memories*, en *Selected Writings by William Dean Howells,*
ed.
Henry Steele, Nueva York, Random House, 1950.
Hughes, Langston, «Introduction», *Wilson*
Pudd'nhead
, Mark Twain, Nueva York, Bantam, 1959, págs.
vii-xiii.
Jehlen, Myra, «The Ties that Bind: Race and Sex in *Wilson», American Literary History*
Pudd'nhead
, 2.1 (primavera de 1990), págs. 39-55.
Kaplan, Amy, «Imperial Triangles: Mark
Twain's
Foreign Affairs», *Modern Fiction Studies,* 43.1 (1997), págs. 237-248.
Kaplan, Justin, *Mr. Clemens and Mark Twain,* Nueva York, Simon & Schuster, 1966.
Kiskis, Michael
J.
, «Dead Man Talking: Mark
Twain's
Autobiographical Deception», *American Literary Realism*, 40.2 (invierno de 2008), págs. 95-113.
Koy, Christopher
E.
, «The Misunderstood Conclusion of Mark
Twain's
Wilson

Pudd'nhead
», en Pavel Drábek y Jan Chovanec (eds.), *Theory and Practice in English Studies. Proceedings from the Seventh Conference of English, American, and Canadian Studies (Literature and Cultural Studies)*,
vol.
2, Brno, Masaryk University, 2004, págs. 93-100.

Krauth, Leland, *Proper Mark Twain*, Athens/Londres, The University of Georgia Press, 1999.

Leavis,
F. R.
, «Introduction», *Wilson,*
Pudd'nhead
Mark Twain, Nueva York, Grove Press, 1955, págs. 9-31.

Lott, Eric, «*Mr*. Clemens and Jim Crow: Twain, Race, and Blackface», en Forrest
G.
Robinson (
ed.
), *The Cambridge Companion to Mark Twain*, Nueva York/ Cambridge, 1995, págs. 129-152.

Lystra, Karen, *Dangerous Intimacy: The Untold Story of Mark*
Final Years
Twain's
, Berkeley/Los Ángeles, University of California Press, 2004.

Matthews, Victoria Earle, «The Value of Race Literature: An Address», *Massachusetts Review*, 27.2 (verano de 1986), págs. 169-191.

McCoy, Sharon
D.
, «"The Trouble Begins at Eight": Mark Twain, the San Francisco Minstrels, and the Unsettling Legacy of Blackface Minstrelsy», *American Literary Realism*, 41.3 (primavera de 2009), págs. 232-248.

McHenry, Elizabeth, *Forgotten Readers. Recovering the Lost History of Literary Societies*

African-American
, Durham (Carolina del Norte), Duke University Press, 2002.
Mitchell, Lee Clark, «“De Nigger in You”: Race or Training in *Wilson», Literature*
Pudd’nhead
Nineteenth-Century
, 42.3 (diciembre de 1987), págs. 295-312.
Morris, Linda
A.
, «Beneath the Veil: Gender *Play* in *Wilson*
Pudd’nhead
», en *Gender* Play *in Mark Twain: and Transgression*
Cross-*Dressing*
, Columbia (Missouri), University of Missouri Press, 2007, págs. 59-88.
Moss, Robert, «Tracing Mark
Twain’s
Intentions: The Retreat from Issues of Race in *Wilson», American Literary Realism,*
Pudd’nhead
1870-1910
, 30.2 (invierno de 1998), págs. 43-55.
Moynihan, Sinéad, «History Repeating Itself: Passing, *Wilson*
Pudd’nhead
, and *the Daughter», Callaloo*
President’s
, 32.3 (2009), págs. 809-821.
Newlyn, Andrea
K.
, «Form and Ideology in Transracial Narratives: *Wilson*
Pudd’nhead
and *A Romance of the Republic», Narrative*, 8.1 (enero de 2000), págs. 43-65.
Ober,
K.
Patrick, *Mark Twain and Medicine: Any Mummery Will*

Cure, Columbia (Missouri), University of Missouri Press, 2003.

O'Connell, Catharine, «Resecting "Those Extraordinary Twins: *Wilson* *Pudd'nhead* and the Costs of 'Killing Half'"», *Literature* *Nineteenth-Century*, 57.1 (junio de 2002), págs. 100-124.

Paine, Albert Bigelow, *Mark Twain: A Biography. The Personal and Literary Life of Samuel Langhorne Clemens*, http://www.gutenberg.org/files/2988/2988.txt

Parker, Hershel, *Flawed Texts and Verbal Icons: Literary Authority in American Fiction*, Evanston (Illinois), Northwestern University Press, 1984.

Porter, Carolyn, «Roxana's Plot», en Susan Gillman y Forrest G. Robinson (eds.), *Mark Wilson»: Race, Conflict, and Culture* *Twain's* *«Pudd'nhead*, Durham (Carolina del Norte), Duke University Press, 1990, págs. 121-136.

Quirk, Tom, *Mark Twain and Human Nature*, Columbia (Missouri), University of Missouri Press, 2007.

Railton, Stephen, «The Tragedy of Mark Twain, by Pudd'nhead Wilson», *Literature,* *Nineteenth-Century* 56.4 (marzo de 2002), págs. 518-544.

Robinson, Forrest G., «Mark Twain, 1835-1910: A Brief Biography», en Shelley Fisher Fishkin (ed.

), *Historical Guide to Mark Twain*, Cary (Carolina del Norte), Oxford University Press, 2002, págs. 13-51.

Rogin, Michael, «Francis Galton and Mark Twain: The Natal Autograph in *Wilson*
Pudd'nhead
», en Susan Gillman y Forrest
G.
Robinson (eds.), *Mark Wilson»*
Twain's
«Pudd'nhead
, Durham (Carolina del Norte), Duke University Press, 1990, págs. 73-85.

Rosanoff, Aaron
J.
, Handy, Leva
M.
y Avis Rosanoff, Isabel, «Criminality and Delinquency in Twins», *Journal of Criminal Law and Criminology*
(1931-1951),
24.5
(enero-febrero
de 1934), págs. 923-934.

Royal, Derek Parker, «The Clinician as Enslaver: *Wilson*
Pudd'nhead
and the Rationalization of Identity», *Texas Studies in Literature and Language*, 44.4 (invierno de 2002), págs. 414-431.

Shelden, Michael, *Mark Twain Man in White: The Grand Adventure of His Final Years*, Nueva York, Random House, 2010.

Shell, Marc, «Those Extraordinary Twins», *Arizona Quarterly: A Journal of American Literature, Culture, and Theory*, 47.2 (1991), págs. 29-75.

Simms,
L.
Moody, Jr., «Albion

W. Tourgée on the Fictional Use of the *Post*-Civil War South», *Southern Studies*, XVII (invierno de 1978), págs. 400-407.

Skandera-Trombley, Laura E., *Mark Twain in the Company of Women*, Filadelfia, University of Philadelphia Press, 1994.

—«Mark Twain's *Cross*-Dressing Oeuvre», *College Literature*, 24.2 (junio de 1997), págs. 82-96.

—*Mark Twain's Other Woman: The Hidden Story of His Final Years*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 2010.

Smith, David Lionel, «Black Critics and Mark Twain», en Forrest G. Robinson (ed.), *The Cambridge Companion to Mark Twain*, Nueva York/Cambridge, 1995, págs. 116-128.

Spangler, George M., *Wilson «Pudd'nhead*: A Parable of Property», *American Literature*, 42.1 (marzo de 1970), págs. 28-37.

Stoneley, Peter, *Mark Twain and the Feminine Aesthetic*, Nueva York, Cambridge University Press, 1992.

Stowe, William W., *Going Abroad: European Travel in Nineteenth Century American Culture*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press, 1994.

Sundquist, Eric J.

, «Mark Twain and Homer Plessy», *Representations*, 24 (otoño de 1988), págs. 102-128.

—*To Wake the Nations: Race in the Making of American Literature*, Cambridge, Harvard University Press, 1993.

Thomas, Brook, «Tragedies of Race, Training, Birth, and Communities of Competent Pudd'nheads», *American Literary History*, 1.4 (invierno de 1989), págs. 754-785.

—«"Plessy v. Ferguson" and the Literary Imagination», *Cardozo Studies in Law and Literature*, 9.1 (primavera-verano de 1997), págs. 45-65.

Thomas, Ronald R., «Accusing Hands in *Wilson Pudd'nhead*», en *Detective Fiction and the Rise of Forensic Science*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, págs. 240-256.

Toles, George E., «Mark Twain and *Wilson Pudd'nhead*: A House Divided», *NOVEL: A Forum on Fiction*, 16.1 (otoño de 1982), págs. 55-75.

Turner, Arlin, «Mark Twain and the South: *Wilson Pudd'nhead*», en Sidney E. Berger (ed.), *Wilson Pudd'nhead*

and *Those Extraordinary Twins*, Nueva York/Londres, W. W.
Norton & Company, 1980, págs. 274-282. Éstas son algunas páginas del original «Mark Twain and the South: An Affair of Love and Anger», *The Southern Review*, IV (abril de 1968), págs. 493-519.

Wagenknecht, Edward, *Cavalcade of the American Novel: From the Birth of the Nation to the Middle of the Twentieth Century*, Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1952.

Weinstein, Cindy, *Family, Kinship, and Sympathy in American Literature*
Nineteenth-Century
, Nueva York, Cambridge University Press, 2004.

Weiss, Gail, «Intertwined Identities: Challenges to Bodily Autonomy», *Perspectives: International Postgraduate Journal of Philosophy*, II (otoño de 2009), págs. 22-37.

Whitley, John
S.
, «*Pudd'nhead Wilson*: Mark Twain and the Limits of Detection», *Journal of American Studies*, 21.1 (abril de 1987), págs. 55-70.

Wiggins, Robert
A.
, «The Original of Mark
Twain's
Those Extraordinary Twins», *American Literature*, 23.3 (noviembre de 1951), págs. 355-357.

—«*Pudd'nhead Wilson*: "A Literary Caeserean Operation"», *College English*, 25.3 (diciembre de 1963), págs. 182-186.

Wigger, Anne
P.
, «The Source of Fingerprint Material in Mark
Twain's
Wilson
Pudd'nhead
and *Those Extraordinary Twins», American Literature*, 28.4

(enero de 1957), págs. 517-520.

—«The Composition of Mark Twain’s *Wilson* *Pudd’nhead* and *Those Extraordinary Twins», Modern Philology*, 55.2 (noviembre de 1957), págs. 93-102.

Williams, Martha McCulloch, «In Re *Wilson», Southern Magazine* *Pudd’nhead* (febrero de 1894), http://etext.virginia.edu/railton/wilson/pwsouthn.html

Wonham, Henry B. , «Mark Twain’s Last Cakewalk: Racialized *Performance* in *No. 44, The Mysterious Stranger», American Literary Realism*, 40.3 (primavera de 2008), págs. 262-270.

—«The Minstrel and the Detective: The Functions of Ethnic Caricature in Mark Twain’s Writings of the 1890s», en Laura Skandera-Trombley y Michael J. Kiskis (eds.), *Constructing Mark Twain: New Directions in Scholarship*, Columbia/Londres, University of Missouri Press, 2001, págs. 122-138.

Woodward, C. Vann, *The Strange Career of Jim Crow*, Nueva York, Oxford University Press, 1974.

Wu, Cynthia, «The Siamese Twins in Late-Nineteenth-Century Narratives of Conflict and Reconciliation», *American*

Literature, 80.1 (marzo de 2008), págs. 29-55.

Zackodnik, Teresa, «Fixing the Color Line: The Mulatto, Southern Courts, and Racial Identity», *American Quarterly*, 53.3 (septiembre de 2001), págs. 420-451.

Zehr, Martin, «Mark Twain, "The Treaty with China", and the Chinese Connection», *Journal of Transnational American Studies*, 2.1 (2010), págs. 1-12. http://escholarship.org/uc/item/5t02n321

Zwick, Jim, *Mark Twain's Weapons of Satire: Writings on the War*
Anti-Imperialist
Philippine-American
, Syracuse, Syracuse University Press, 1992.

La tragedia de Wilson Cabezahueca

Reflexión para el lector

Quien carezca del conocimiento necesario sobre asuntos legales siempre tenderá a cometer errores a la hora de reproducir con su pluma una escena en un tribunal, por lo que ha sido mi deseo que un experto letrado, si ésta es la manera de designarlos, revisara y corrigiera minuciosamente todos aquellos capítulos relacionados con temas legales que en el presente libro aparecen antes de que fueran publicados. Dichos capítulos son ahora precisos al detalle, pues han sido redactados bajo la atenta supervisión de William Hicks, quien estudió abogacía durante un tiempo en el suroeste de Missouri hace treinta y cinco años. Después se estableció aquí en Florencia a causa de su salud y todavía echa una mano en la caballeriza de Macaroni Vermicelli a cambio de hospedaje y también para mantenerse activo, la cual se encuentra al final del callejón trasero justo al doblar la esquina al salir de la Piazza del Duomo, pasando la casa donde, encajada en la pared, se halla la piedra sobre la que se sentaba Dante hace seiscientos años para, según se cuenta, observar la construcción de la torre de la campana de Giotto hasta cansarse, mientras Beatrice pasaba por allí a comprar una porción de pastel de castaña, que también utilizaría para defenderse en caso de sufrir un asalto gibelino de camino a la escuela, en aquel viejo tenderete en el que aún hoy día se vende el mismo viejo pastel, igual de exquisito y ligero que el de antaño, dicho sea esto sin ánimo de adulación.

Hicks andaba un tanto falto de práctica, pero se puso al día para ayudarme con este libro, con lo que esos dos o tres capítulos de temática legal mencionados con anterioridad están ahora bien fundamentados. Así me lo hizo saber él mismo.

Extiendo la presente nota, a la que estampo mi firma este 2

de enero de 1893[34] en la Villa Viviani, en las colinas de la población de Settignano, a tres millas de Florencia, desde las que se divisa la vista más bella del planeta y la puesta de sol más maravillosa de sistema solar alguno, y en fe de lo cual la certifico también en la estancia más distinguida de la casa, con los bustos de los senadores Cerrenati y otras grandes personalidades de la misma familia, mirándome con complacencia del mismo modo que lo hacían con Dante, y pidiéndome en silencio que los adopte, cosa que hago gustosamente, ya que mis indoctos remotos ancestros no pueden compararse con estos togados y majestuosos personajes, constituyendo este ancestral legado de seiscientos años un extraordinario incentivo para mi persona.

MARK TWAIN

Capítulo 1

No hay personaje, por buena naturaleza que posea, que la mofa no pueda destruir, sin importar lo ramplona que ésta sea. Observemos al burro, por ejemplo. Tiene un carácter casi perfecto y puede alardear de ser un animal noble de entre los más dóciles. Sin embargo, fijaos en la burla constante que se desprende de su nombre. En vez de sentirnos halagados cuando nos llaman burros, nos sabemos ofendidos (*Almanaque de Wilson Cabezahueca*) [35].

Di la verdad o mata con un triunfo, pero haz baza [36] *(Almanaque de Wilson Cabezahueca)*.

El escenario de esta historia es la ciudad de Dawson's Landing, en la parte de Missouri que linda con el río Mississippi, a medio día de viaje de San Luis en barco de vapor, río abajo [37].

Allá por el 1830 conformaba aquella población un apretado conjunto de modestas viviendas de una o dos alturas cuyas enjalbegadas fachadas quedaban prácticamente cubiertas por una maraña de rosales trepadores, madreselva e ipomeas. Todas estas preciosas casas tenían delante pequeños jardines vallados por una cerca blanca y estaban repletos de forma exagerada de malvarrosas, caléndulas, balsaminas, amarantos y muchas otras flores que se cultivaban antaño. Además, en el alféizar de las ventanas se disponían un sinfín de jardineras de madera en las que se plantaban verdolagas y se colocaban tiestos de terracota en los que crecía una clase de geranio cuyas flores, de un rojo intenso, acentuaban el color que proporcionaban las rosas que inundaban la pared a modo de

llamarada.

Cuando en la cornisa, junto a los maceteros, había sitio para un gato, allí aparecía éste, si es que hacía buen día, completamente estirado, con la peluda panza al sol y una patita sobre el hocico. Era entonces cuando aquel hogar estaba completo y, a través de este símbolo, cuyo testimonio es indiscutible, se hacían manifiestos el solaz y la dicha que imperaban en el lugar. Un hogar sin un gato bien mimado y alimentado puede que sea una morada perfecta, pero ¿cómo se demuestra?

A lo largo de las calles, a ambos lados, en la parte que daba a la calzada de aquellas adoquinadas aceras, crecían acacias con los troncos protegidos por una carcasa de madera que proporcionaban sombra en verano y emitían una suave fragancia en primavera cuando florecían a la vez los numerosos capullos que albergaban. La calle mayor, que quedaba situada detrás del río y discurría paralela a él, constituía el único núcleo comercial de la ciudad. Ésta comprendía unas seis manzanas a lo largo, y en cada una de ellas se alzaban dos o tres tiendas con paredes de ladrillo de tres alturas que, intercaladas, sobresalían del resto de comercios pequeños. Por toda la calle se podía escuchar el chirrido de los carteles que la brisa balanceaba. El poste de rayas multicolor que en Venecia, durante el recorrido de sus canales flanqueados por palacetes, aporta ese toque aristocrático antiguo, en Dawson’s Landing indicaba el lugar donde se ubicaba la modesta barbería. En una transitada esquina se divisaba un imponente mástil sin pintar al que rodeaban de punta a punta y en espiral todo tipo de cacerolas de hojalata, sartenes y tazas, la manera particular del chatarrero (sobre todo cuando soplaba el viento) de decirle al mundo que su tienda se encontraba al servicio de todos allí mismo.

Las claras aguas del caudaloso río bañaban la fachada del pueblo. Su cuerpo principal formaba una suave pendiente y el límite posterior llegaba hasta las colinas, cuyas faldas quedaban salpicadas de casas desperdigadas por doquier. Las

montañas se erigían con cierta altura, abrazando al pueblo en forma de media luna, recubiertas de frondosos bosques desde los pies a las cimas.

Pasaban barcos de vapor de un lado a otro sin cesar cada hora, más o menos. Aquellos que hacían las líneas menores de Cairo y Memphis siempre se detenían. Los grandes buques de la de Orleans sólo paraban por el mal tiempo, o para descargar mercancía o pasajeros, y lo mismo ocurría con la numerosa flotilla de cargueros de paso. Estos últimos provenían de una docena de ríos —el Illinois, el Missouri, el Alto Mississippi, el Ohio, el Monongahela, el Tennessee, el Río Rojo, el Río Blanco, y demás—, y se dirigían a donde fuera necesario para satisfacer con sus productos las necesidades de todas las poblaciones del Mississippi, desde las heladas cascadas de San Antonio, atravesando nueve climas distintos, hasta llegar a la tórrida Nueva Orleans.

Dawson's Landing era territorio esclavista y contaba con una importante producción de cereales sostenida con mano de obra esclava, y también con una valiosa crianza de cerdos[38]. Era un lugar donde predominaba la monotonía y, en general, resultaba cómodo vivir en aquella atmósfera ciertamente conformista. No tenía más de cincuenta años y aunque crecía lentamente, sí, seguía creciendo.

Una de las personalidades más destacadas era York Leicester Driscoll, de unos cuarenta años de edad, juez del condado, quien se enorgullecía enormemente de sus ancestros virginianos[39], manteniendo fielmente la tradición en su característica hospitalidad y en sus modales afectadamente solemnes. Se trataba de un hombre justo y generoso. Su único cometido era ser un caballero, un caballero de intachable reputación, y a ello dedicaba todos sus esfuerzos. Era muy respetado y querido por toda la comunidad, y disfrutaba de una acomodada posición social que iba mejorando con el tiempo. Él y su mujer eran felices, bueno, no del todo, pues carecían de hijos. El deseo de ser agraciados con ese precioso regalo, un hijo, aumentaba con el paso de los años, si bien aquella bendición no habría de llegar nunca.

Con el matrimonio vivía la hermana viuda del juez, la

señora Rachel Pratt, quien, muy a pesar suyo, tampoco tenía hijos, cosa que la desconsolaba enormemente. Ambas mujeres, la esposa y la hermana del juez, eran personas afanosas y de lo más normales y encontraban en sus tranquilas conciencias y en la aprobación de la comunidad la recompensa a todo su trabajo. Ellas eran presbiterianas, y el juez, partidario del librepensamiento.

Pembroke Howard, abogado y soltero, de unos cuarenta años, era otro sucesor de la aristocracia virginiana con comprobada descendencia de las Primeras Familias. Era un hombre valeroso y de aspecto regio, todo un caballero según los requisitos más exigentes del fausto virginiano, un devoto presbiteriano, una autoridad en el código social de Virginia y una persona cortésmente siempre dispuesta a defender su honor si algún acto o palabra suyos hubieran sido puestos en entredicho, capaz de demostrarlo a quien fuera con un arma cualquiera, desde un punzón hasta un arma de fuego. Gozaba de gran fama entre la gente y era el amigo más preciado del juez.

También cabe mencionar al coronel Cecil Burleigh Essex, otro descendiente de las Primeras Familias de notoriedad incuestionable que, sin embargo, no es relevante para nuestra historia[40].

Percy Northumberland Driscoll, hermano del juez y cinco años más joven que él, era un hombre casado y sí que había contado con sucesores, pero habían sido atacados sin piedad por el sarampión, la difteria y la escarlatina, circunstancias que pusieron a prueba los métodos antediluvianos del médico, pero, al final, quedaron todas las cunas vacías[41]. Era un personaje prometedor con un gran instinto para las maniobras especulativas, por lo que su fortuna no dejaba de crecer. El 1 de febrero de 1830 vinieron al mundo dos varones en su hogar. Uno era de él; el otro, de una de sus esclavas, Roxana, de veinte años de edad, quien nada más dar a luz ya andaba ocupada de aquí para allá atendiendo a los dos bebés.

La señora Driscoll murió esa misma semana y Roxy tuvo que ocuparse del cuidado de las criaturas. Se las tuvo que arreglar sola, ya que el señor Driscoll pronto se refugió en sus

negocios y la dejó completamente a cargo de la situación.

Ese mismo mes de febrero Dawson’s Landing sumó un nuevo vecino. Se trataba del señor David Wilson, un joven de origen escocés. Había llegado a esta remota región desde el interior del estado de Nueva York, su tierra natal, en busca de fortuna. Tenía veinticinco años, había ido a la universidad y hacía un par de años que había terminado un seminario en una facultad de derecho del este del país.

Era un muchacho sencillo, pecoso y pelirrojo. Poseía unos ojos azules de un agradable y sutil brillo que transmitían franqueza y camaradería. Sin duda habría conquistado Dawson’s Landing, de no ser por un desafortunado comentario suyo, una observación que, enhoramala, se le ocurrió manifestar el primer día que llegó y que lo sentenciaría para siempre. Acababa de conocer a un grupo de ciudadanos cuando, fuera del alcance de la vista, se oyó a un perro aullar y gruñir de forma muy desagradable, ante lo cual el joven Wilson, casi como pensando en voz alta, manifestó:

—Ojalá fuera mía la mitad de ese perro.

—¿Y por qué? —preguntó alguien.

—Porque mataría a la mitad mía [42].

Todos lo escudriñaron con curiosidad, incluso con extrañeza, sin encontrar señal o expresión alguna en su rostro que les aclarara aquella expresión. Se apartaron de él como cuando se evita algo desconocido y se reunieron a un lado para hablar de él en privado. Uno de ellos dijo:

—Parece tonto.

—¿Parece? —contestó otro—. Lo es, diría yo.

—Dice el memo que ojalá la mitad del perro fuera suya —indicó un tercero—. ¿Qué cree que le sucedería a la otra parte si matara a su mitad? ¿Piensan que él cree que viviría?

—Bueno, debe de haber pensado que sí, a menos que sea el tipo más necio del mundo. Porque, si no lo hubiera pensado, habría querido poseer el perro entero, a sabiendas de que, si mataba a su mitad y la otra mitad moría, sería el responsable

de lo que a esa mitad le pasara del mismo modo que si hubiera matado él mismo a esa parte en vez de a la suya. ¿No les parece, señores?

—Desde luego. Si poseyera una mitad del perro en general sería así tal cual. Si poseyera un extremo del perro y otra persona poseyera el otro extremo, sería así también, particularmente en el primer caso, porque, si uno mata a una mitad de un perro en general, no hay nadie que pueda decir a quién pertenece esa parte, pero, si poseyera un extremo del perro, quizá podría acabar con su extremo y…

—No, no podría tampoco. No podría hacerlo y no ser responsable de la muerte del otro extremo, lo cual sucedería. En mi opinión, ese hombre ha perdido la cabeza.

—En mi opinión, no tiene *nada* en la cabeza.

—En fin, es un mentecato —expresó el número tres.

—Pues sí, eso es lo que es —prosiguió el número cuatro—. Es un majadero, un auténtico majadero donde los haya.

—Sí señor, un lerdo, eso es lo que creo que es —añadió el número cinco—. Y cualquiera puede pensar otra cosa, pero ése es mi sentir.

—Estoy con ustedes, caballeros —dijo el número seis—. Un tarugo, y creo que no estará de más decir que es un cabezahueca. Es más, si no es un cabezahueca, yo he perdido el juicio, entonces.

Fue así como el señor Wilson quedó marcado. El incidente se extendió rápidamente por toda la ciudad y anduvo en boca de todos. En menos de una semana, Cabezahueca reemplazó a su verdadero nombre. Con el tiempo, la gente aprendió a estimarlo, y mucho además, pero, para entonces, su apodo ya formaba parte de él, y así permaneció. La conclusión del juicio que de él se hizo el primer día es que era tonto, y nunca fue capaz de cambiar nada o hacer que aquello se olvidara. Es cierto que el apodo pronto dejó de implicar cierto sarcasmo o mala intención, pero habría de quedarse con él durante veinte largos años.

Capítulo 2

Adán era humano, y eso lo explica todo. No deseaba la manzana por sí misma, sino que la anhelaba sólo porque era algo prohibido. El error radicó en no prohibir la serpiente, ya que, en ese caso, se la habría comido (*Almanaque de Wilson Cabezahueca*).

Wilson Cabezahueca poseía algo de dinero cuando llegó, por lo que decidió comprar una casita en las afueras del pueblo, en la parte de poniente. Entre ésta y la casa del juez Driscoll se extendía un patio ajardinado con una empalizada en medio que dividía ambas propiedades a partes iguales. Wilson alquiló una pequeña oficina en el centro de la ciudad y colgó en la puerta una placa de hojalata en la que se podía leer:

DAVID WILSON
ABOGADO Y ASESOR LEGAL.
PERITAJE, COMPRAVENTA, ETC.

Desafortunadamente, su desatinado comentario había acabado ya con cualquier posibilidad de éxito, por lo menos en lo que a jurisprudencia se refería. No lo visitó ningún cliente. Pasado un tiempo, quitó el letrero y lo colocó en su propio hogar eliminando toda referencia a asuntos legales. Se ofrecía humildemente ahora como agrimensor y contable. De vez en cuando caía en sus manos algún peritaje, y también de tanto en tanto algún que otro comerciante le encargaba esclarecer sus cuentas. Con paciencia escocesa y gran determinación, decidió que lograría recuperar su reputación y llegaría a hacerse un hueco en el mundo del derecho. Lo que no se imaginaba el pobre es que le iba a costar tanto tiempo

conseguir su propósito.

Tenía mucho tiempo libre, pero nunca llegaba a aburrirse porque se entretenía con cualquier cosa que supusiera una novedad, poniéndola en práctica y estudiándola a fondo en su casa. Una de sus aficiones favoritas era la quiromancia. Tenía otra a la que nunca dio nombre, ni de la que tampoco daba explicaciones a nadie sobre su objetivo. Sólo decía que se trataba de una mera distracción. De hecho, no tardó en descubrir que sus pasatiempos consolidaban su reputación de cabezahueca, lo que le llevó a mostrarse cada vez más reacio a hablar de ellos. Su ocupación sin nombre tenía que ver con las huellas dactilares de la gente. Llevaba en el bolsillo del abrigo una cajita plana con ranuras sobre las que se disponían unas finas láminas de cristal de seis pulgadas de largo por tres de ancho. En el extremo inferior de cada tira había pegado un trocito de papel. Wilson pedía a quien le parecía que se pasara las manos por el pelo para que así se impregnaran de una película de grasa natural, y que dejara la huella del pulgar en una de las láminas, para continuar después del mismo modo con cada una de las yemas del resto de los dedos. Entonces, bajo la hilera de las marcas que quedaban, escribía un breve apunte como el siguiente:

JOHN SMITH, mano derecha

También anotaba el día, el mes y el año y, seguidamente, hacía lo propio con la otra mano en una lámina diferente, y añadía de nuevo el nombre, la fecha y las palabras «mano izquierda». Tras esto, colocaba las tiras en la cajita, que, junto al resto, formaban lo que él llamaba el «historial».

A menudo, se enfrascaba en el estudio de su colección hasta bien entrada la noche, pero lo que encontraba, si es que encontraba alguna cosa, nunca se lo revelaba a nadie. Algunas veces intentaba reproducir en papel el enrevesado y, a la vez, delicado patrón de la huella de una yema, para después aumentar su tamaño con un pantógrafo y poder examinar así el entramado de líneas curvas con mayor facilidad.

La tarde bochornosa del 1 de julio de 1830 se encontraba

concentrado en sus complicados libros de contabilidad en su estudio, que estaba orientado hacia poniente y daba a unos cuantos solares vacíos, cuando pudo escuchar una conversación que lo distrajo de su tarea. Más que hablar, lo que oía eran gritos, lo cual daba a entender que las personas que conversaban estaban a cierta distancia una de la otra.

—Eh, Roxy, ¿cómo está tu niño? —se escuchó de lejos.

—De maravilla. ¿Y tú, cómo vas? —se oyó desde más cerca.

—Bueno, tirando. No me quejo. Un día de éstos, vas a ver cómo me decido y te tiro los tejos, Roxy.

—¿No me digas? ¡Ja, ja, ja! ¡Mira lo que dice la anguililla negra! Como si no tuviera yo nada mejor que hacer que pegar la hebra con negros requemados como tú. ¿Qué pasa, que la Nancy esa de la señora Cooper te ha dado calabazas, no?

Roxy apostilló este último comentario con otra tanda de sonoras carcajadas.

—¡Lo que te pasa es que te mueres de celos, picarona! ¡Ja, ja, ja! ¡Que a mí no me engañas!

—Oh, sí, me has pillado. Mira que si sigues con ésas, Jasper, tarde o temprano acabarás muerto, porque si fueras mío te vendería río abajo por caradura. En cuanto me eche a la cara a tu amo se lo digo, vaya.

Esta cháchara trivial se prolongó durante un buen rato, ambos disfrutando del amistoso duelo de palabras, bien satisfechos de las aportaciones ingeniosas de los dos, porque para ellos era, sobre todo, eso, puro ingenio [43].

Wilson se acercó a la ventana para observar a los contendientes, ya que con tanto griterío se le hacía imposible trabajar. En uno de los solares se encontraba Jasper, un joven, negro como el carbón y de magnífica constitución, que se hallaba sentado en una carretilla bajo el sol abrasador, supuestamente trabajando, cuando estaba, en realidad, tomándose una hora de descanso antes de empezar. Delante de su porche, Wilson descubrió a Roxy con un carrito de bebé hecho a mano en el que llevaba sentados a los que eran sus dos obligaciones, uno frente al otro. Por la manera de hablar de Roxy, cualquiera hubiera pensado que era negra, pero no. Sólo una dieciseisava parte de aquella mujer lo era, y esa pequeña

fracción no se reflejaba en su piel.

De porte majestuoso, adoptaba una pose imponente y hermosa, y sus gestos destacaban por su solemnidad. Su tez era muy blanca, con ese toque rosado en las mejillas que siempre aporta una excelente salud. Poseía un rostro tremendamente expresivo, ojos marrones vidriosos y una tupida cabellera de color castaño que, recogida, quedaba oculta bajo un pañuelo a cuadros. Su semblante entero era sugerente, atractivo, incluso resultaba muy hermoso. Cuando se encontraba entre los suyos, hacía gala de una traza resuelta y de un ademán ciertamente atrevido, aunque, por supuesto, adquiría un aire sumiso y humilde siempre que se hallaba entre blancos.

En todos los aspectos, Roxy era tan blanca como cualquier otro blanco, pero esa dieciseisava porción de color negro vencía con creces a las otras quince partes restantes y la convertía en una negra. Era, pues, una esclava y, como tal, vendible. Su hijo era blanco en treinta y una partes, también era esclavo y, por ficción legal y derecho consuetudinario, negro. Tenía los ojos azules y el pelo extraordinariamente rubio, como su compañero blanco. Incluso el padre de este último, habiéndolos tratado poco, sólo los distinguía por la ropa, puesto que el bebé blanco siempre iba ataviado con delicada muselina fruncida y un fino collar de coral, mientras que el otro simplemente llevaba un basto camisón de lino que apenas le llegaba a las rodillas y, por supuesto, no iba adornado con joya alguna.

El niño blanco se llamaba Thomas à Becket Driscoll; el otro, Valet de Chambre, sin apellido, pues los esclavos no gozaban de tal privilegio. Roxana había oído aquella expresión [44] en algún sitio y, habiéndole gustado cómo sonaba, creyó que se trataba de un nombre y se lo puso a su retoño. Pronto se quedó abreviado el nombre en «Chambers», claro.

Wilson conocía a Roxy de vista y, al oír la mencionada socarrona conversación, salió al encuentro con la intención de recoger un par de muestras. Jasper se puso a trabajar con decisión casi de inmediato, percatándose de que alguien observaba su indolencia. Wilson observó a los pequeños y preguntó:

—¿Qué edad tienen, Roxy?

—Los dos la misma, señor, lo que son cinco meses. Del uno de febrero.

—Están hechos unos mozalbetes y son muy guapos los dos.

En ese momento, la mujer, pagada por el comentario, sonrió, dejando entrever unos dientes blancos, y contestó:

—Dios le bendiga, amo Wilson. Es usted la mar de considerado al decir eso porque uno de ellos es de sangre negra. Negrito de primera, como digo yo, pero eso es porque es mío, claro está.

—¿Y cómo los distingues sin ropa, Roxy?

Roxy soltó una carcajada proporcional a su tamaño y replicó:

—Bueno, yo sí que los distingo, pero me juego el cuello a que el amo Percy no podría, ni por su vida.

Wilson continuó con la conversación durante un tiempo, y pronto se hizo con las huellas de Roxy para su colección, mano derecha e izquierda, distribuidas en dos láminas. Después, las etiquetó añadiendo la fecha, para seguidamente hacer lo propio con unas muestras que también tomó de los niños.

Dos meses más tarde, el 3 de septiembre, volvió a recoger más evidencias del mismo trío. Le agradaba tener un repertorio de dos o tres modelos de huellas tomados a lo largo de la niñez, así como a intervalos de varios años.

Al día siguiente, esto es, el 4 de septiembre, ocurrió algo que turbó a Roxana profundamente. Y es que el señor Driscoll echó en falta otra pequeña cantidad de dinero, de lo que se desprende que no era la primera vez que pasaba. A decir verdad, ya había sucedido lo mismo unas tres veces más. La paciencia de Driscoll se había agotado. Era un hombre bastante compasivo con los esclavos y otros animales, y se mostraba sumamente piadoso con las faltas de los de su propia raza, pero el robo era algo que no podía tolerar. Estaba claro que había un ladrón en su casa y no cabía duda de que tenía que ser uno de sus negros. Se imponía tomar medidas con urgencia, por lo que llamó a todos los sirvientes a su presencia. Aparte de Roxy, había otros tres más: un hombre, una mujer y un muchacho de doce años de edad, entre los que no existía parentesco alguno.

El señor Dricoll comenzó diciendo:

—Ya fuisteis advertidos y no ha servido de nada. Esta vez os enseñaré una buena lección. Venderé al ladrón. ¿Quién de todos ha sido?

Ante tal amenaza, se echaron todos a temblar, puesto que aquél era un buen hogar y marcharse a uno nuevo supondría con toda seguridad ir a peor. Todos negaron haber cometido el hurto. Ninguno había robado nada o, al menos, dinero no, si bien un poco de azúcar, miel, un trozo de pastel o algo parecido que «el amo Percy no pudiera echar en falta», pero dinero no, ni tan siquiera un centavo. Sus declaraciones resultaban convincentes, pero el señor Driscoll se mantuvo firme, replicando a cada uno de ellos con un severo: «¡Di quién es el ladrón!».

Lo cierto es que todos eran culpables menos Roxana. Ella sospechaba de la culpabilidad de sus compañeros, pero no podía afirmarlo con seguridad. Eso sí, le horrorizaba pensar lo cerca que había estado de cometer semejante imprudencia. En realidad, la había salvado a tiempo una reunión de la iglesia metodista negra celebrada unos quince días antes, en cuya ocasión le «tocó la gracia» y se había comprometido de nuevo con los dictados de su fe. Al día siguiente, tras su bienaventurada experiencia, cuando aún podía sentir el cambio que le había producido aquella práctica purificadora, el amo dejó un par de dólares a la vista encima de su escritorio, provocando la tentación de Roxana que se hallaba limpiando el polvo de la estancia. Se quedó mirando el dinero y pronunció con creciente resentimiento:

—¡Maldita sea la reunión! ¡Ya podía yo haber dejado todas mis promesas para mañana!

Tras esto, se le ocurrió cubrir la tentación con un libro y, así, otro sirviente se hizo al final con el botín. Hizo aquel sacrificio sólo por decoro religioso, como algo necesario justo en ese momento, pero que de ningún modo tendría por qué sentar precedente. Nada de eso. Mantendría a raya su devota entrega durante un par de semanas y, después, se ablandaría su piedad, con lo que los próximos dos dólares que aparecieran desamparados en algún lugar pronto encontrarían compañía, y

bien sabía ella el nombre de aquella persona.

¿Era Roxana mala? ¿Peor, acaso, que los demás de su raza? No. Se encontraban en inferioridad de condiciones en la batalla de la vida y para ellos no era deshonesto combatir con cierta ventaja contra el enemigo… un poco, pero no en demasía. Siempre que se les presentaba la ocasión, hurtaban provisiones de la alacena, un dedal de latón, una pastilla de cera, un acerico, un paquetito de agujas, una cuchara de plata, un billete de un dólar, alguna pequeña prenda de ropa o cualquier otra cosa siempre que fuera de poco valor. Tan lejos estaban de considerar aquellos desquites pecaminosos que, cuando acudían a la iglesia, rezaban bien alto, aún portando consigo la mercancía en los bolsillos. El ahumadero cercano había de permanecer bien encadenado porque ni siquiera el diácono negro podría resistirse ante un jamón si la Providencia se lo mostrara en sus sueños o si lo viera colgando solitario pidiendo a gritos que lo cogieran. Ahora bien, aunque tuviera cien jamones delante de él, el diácono nunca se llevaría dos, quiero decir, no en un mismo día. Y en las noches heladas, el compasivo malhechor negro ofrecía a las frías garras de unas gallinas que descansaban plácidamente en un árbol un tablón bien calentito. De este modo, siempre había alguna soñolienta que, cloqueando agradecida, se deslizaba por la placentera madera hasta caer en un saco y, de ahí, al estómago del bellaco, seguro éste de que, arrebatando aquella menudencia de las manos de quien le despojaba día a día de su más inestimable tesoro —su libertad—, no estaba cometiendo ninguna atrocidad que Dios fuera a recriminarle el Día del Juicio Final.

—¡Que me digáis quién es el ladrón!

Era la cuarta vez que pronunciaba estas palabras, siempre con tono severo. Esta vez, además, añadió el siguiente comentario que acrecentó la sensación de gravedad:

—Os doy un minuto —y sacó su reloj—. Si tras ese plazo no habéis confesado, no sólo os venderé a todos, sino que… ¡os venderé RÍO ABAJO!

¡Era el equivalente a condenarlos a la desdicha para siempre! Ningún negro en Missouri dudaba de esto. Roxy

apenas podía sostenerse en pie mientras su rostro palidecía. Los demás, con los ojos llenos de lágrimas, se desplomaron de rodillas como si hubieran recibido un disparo y, mientras levantaban sus manos suplicantes, balbucearon todos a la vez:

—¡He sido yo!

—¡He sido yo!

—¡He sido yo! ¡Tenga clemencia, buen amo! ¡Dios es piadoso con sus pobres negros!

—Muy bien —dijo el amo mirando el reloj—. Os venderé *aquí*, aunque no lo merezcáis. Debería venderos río abajo.

Los culpables se echaron a sus pies, besándolos como muestra de gratitud y diciéndole que nunca olvidarían su bondad y que rezarían por él hasta el fin de sus días. Y eran sinceros, ya que, para ellos, aquel hombre, cual divinidad, había cerrado con su poderosa mano las puertas del mismísimo infierno.

El señor Driscoll era consciente de que había sido indulgente y estaba satisfecho de su magnanimidad. Es por esta razón por lo que quiso dejar constancia del incidente en su diario para que su hijo, años más tarde, pudiera leer sobre lo acontecido y, de esta manera, se viera inducido a realizar actos de semejante benevolencia y humanidad.

Capítulo 3

Quien haya vivido lo suficiente para conocer lo que es la vida sabrá lo agradecidos que debemos estar a Adán, el primer gran benefactor de nuestra especie. Él fue quien trajo la muerte al mundo (*Almanaque de Wilson Cabezahueca*).

Percy Driscoll durmió plácidamente la noche que decidió no enviar a sus sirvientes río abajo, pero Roxy, por el contrario, no pudo pegar ojo. Un terror inexpresable se había apoderado de ella. ¡Podrían vender a su hijo cuando creciera lo suficiente! Este pensamiento la turbaba. Si en algún momento se quedaba transpuesta, se despertaba al instante y corría hacia la cuna de su niño para ver si aún permanecía allí. Después, lo apretaba contra su pecho y vertía sobre él todo el amor que una madre puede dar acompañado de frenéticos besos, quejidos y un profundo llanto al tiempo que decía:

—¡No lo harán! ¡Oh, no lo harán! ¡Antes te mato yo misma!

Un día, mientras arropaba a su ángel en la cuna, le llamó la atención la imagen del otro bebé que, acurrucado, dormía plácidamente. Se acercó a él y allí se detuvo un buen rato mientras decía para sí:

—¿Qué es lo que ha hecho mi pobre niño que no ha tenido tu misma suerte, eh? No ha hecho nada de nada. Dios ha sido generoso contigo. ¿Por qué con él no? *A ti* nadie te puede vender río abajo. Odio a tu padre. No tiene corazón. O por lo menos con los negros no lo tiene. ¡Lo odio tanto que llegaría a matarlo! ¿Sabes?

Tras esto, se quedó pensativa. De pronto, no pudo contener sus sollozos y se apartó exclamando:

—¡Ay, tengo que matar a mi propio hijo! ¡No me queda

otra! Matar al amo no librará a mi retoño de que un día se lo lleven río abajo. ¡Ay, no me queda otra! ¡Tu pobre madre tiene que matarte para salvarte, cariño!

Cogió otra vez al bebé entre sus brazos y empezó a dedicarle todo tipo de caricias.

—Mami tiene que hacerlo. Pero ¿cómo, Dios mío? Pero no te voy a dejar solo, no, no, ea, ea, no llores mi vida. Tu mami se irá contigo. Se matará contigo. Ven con mamá, ya está, ya está, ven con mami. Nos tiraremos al río y se acabarán todas las calamidades. Después, a ver si pueden hacer algo con nosotros.

Se dirigió hacia la puerta de la estancia canturreándole a su hijo e intentando calmarlo. De repente, a medio camino, se detuvo. Había visto su traje nuevo de los domingos, una especie de retazo barato de percal de colores chillones y estampados estrafalarios. Lo observó con nostalgia, casi con resignación.

—Ni tan siquiera lo he estrenado. ¡Qué preciosidad!

Seguidamente, asintió con la cabeza, como dándose respuesta a sí misma de una idea que le rondaba en la cabeza y se dijo:

—No, no me van a sacar del río con todo el mundo mirando con estos harapos de lana que llevo puestos ahora.

Dejó al bebé y se cambió. Entonces, se miró al espejo y se quedó sorprendida de su propia belleza. Fue así como decidió acicalarse del todo para encontrarse con la muerte. Se deshizo del pañuelo que le cubría la cabeza y se arregló la brillante mata de pelo «como hacían las blancas». Se colocó unos cuantos lazos llamativos y un ramillete de horrorosas flores artificiales. Finalmente, se cubrió los hombros con un arrapiezo sedoso que, por aquel entonces, recibía el nombre de «nube», de color rojo rabioso. Ahora ya estaba lista para la tumba.

Volvió a coger al niño, pero, cuando sus ojos repararon en el corto camisón de lino gris que llevaba puesto, su corazón de madre se estremeció ante el contraste entre el aspecto desaliñado del bebé y su propia erupción[45] volcánica de infernales contrastes, y se sintió avergonzada.

—No, mi bien. Mami no va a dejar que te vayas así. Los

ángeles del cielo se quedarán igual de boquiabiertos al verte a ti también. No voy a dejar que se tapen los ojos mientras le dicen a David, Goliat y a los otros profetas: «Este niño no va vestido adecuadamente para este lugar».

Para entonces, ya le había quitado la camisola que llevaba y le estaba poniendo a la criatura uno de los níveos atuendos de Thomas à Becket, con sus vistosos lazos azules y finísimos volantes fruncidos.

—Ahora sí que vas bien —sentenció.

Acomodó a su hijo en una silla y se alejó de él para contemplarlo bien. De inmediato, quedó maravillada por el cambio que se había producido y comenzó a dar palmas, emocionada:

—¡No me lo puedo creer! Nunca me habría imaginado que fueras tan guapo. El amo Tommy no es ni la mitad de hermoso que tú, corazón mío.

Dicho esto, se acercó para observar al otro niño. Y, tras esto, volvió el rostro al suyo. Y de nuevo una vez más fijó sus ojos en el heredero. En aquel instante, su mirada se ensombreció y permaneció por un momento sumida en sus pensamientos. Parecía que había entrado en trance y, tras volver en sí, murmuró:

—Ayer mismo, cuando les estaba dando un baño, su propio padre me preguntó que cuál de los dos era su hijo.

Comenzó a deambular nerviosa de aquí para allá. Desnudó a Thomas à Becket, quitándole hasta la última prenda, y le puso la camisa de lino a él. Después, anudó el fino collar de coral al cuello de su propio vástago y colocó a los pequeños uno junto al otro. Entonces, una vez los hubo contemplado detenidamente, susurró:

—¿Quién iba a decirme a mí lo que puede hacer la ropa? Que me aspen si yo misma puedo distinguirlos, y mucho menos los distinguirá su padre [46] .

Acostó a su hijo en la elegante cuna de Tommy y declaró:

—Desde ahora tú serás el amo Tom y tengo que acostumbrarme a llamarte así, tesoro mío. Si no, meteré la pata y acabaremos mal. Hala, amo Tom, quédate tranquilito ahí. ¡Oh, gracias al Señor Todopoderoso que está en el cielo! ¡Estás

a salvo! ¡Estás a salvo! ¡Ya no habrá nadie que pueda vender a mi pequeño tesoro río abajo!

Trasladó al verdadero heredero de la casa al diminuto lecho de pino sin pintar de su hijo y, contemplando aquel adormilado bulto, manifestó un tanto inquieta:

—¡Cómo se me rompe el corazón, pequeño! ¡Ay, cómo se me rompe! Bien lo sabe Dios, pero ¿qué otra cosa puedo hacer? Tu padre lo venderá a alguien y, tarde o temprano, acabará río abajo. Y eso yo no podría soportarlo, no podría, no podría.

Se dejó caer sobre la cama y empezó en su cabeza a dar vueltas una y otra vez a lo que se disponía a hacer. De pronto, se incorporó, sintiéndose más aliviada por un nuevo pensamiento que ahora le rondaba.

—¡No es pecado! ¡Los blancos también lo han hecho! ¡No es pecado, por la gloria del Señor! ¡No lo es! ¡Ellos lo han hecho, claro que sí y, además, eran de alta alcurnia! ¡Reyes, ni más ni menos!

Se quedó pensativa. Intentaba desenmarañar los borrosos detalles de una historia que había oído alguna vez. Finalmente, se dijo:

—Ahora me acuerdo. La contó aquel viejo predicador negro el día que vino aquí de Illinois para predicar en la iglesia de los negros. Recuerdo que dijo que nadie puede salvarse a sí mismo, ni puede hacerlo su fe, ni por sus obras ni a través de ninguna otra manera. Sólo nos puede salvar la gracia divina, y es Dios quien la concede a quien él desea, santo o pecador, tanto más le da. Escoge a quien salvar y pone en su lugar a otro, haciendo a su antojo que el primero sea feliz para siempre y condenando al último a que se ase en el infierno, con Satanás [47] . El predicador mencionó que era algo similar a lo que había pasado en Inglaterra hacía mucho tiempo. La reina un día dejó a su hijo durmiendo y se fue de visita. Entonces, una de las negras que rondaba por allí que era casi blanca vio al niño, lo cogió y le puso al hijo de la reina la ropa que llevaba su bebé, dejó a su criatura donde estaba el otro y se llevó al heredero a los aposentos de los negros, y nadie nunca supo nada, y su hijo se convirtió en el rey con el tiempo y vendió al verdadero hijo de la reina río abajo cuando

tuvieron que rehacer la hacienda. Así que esto es lo que dijo el mismo predicador, y no es pecado porque los blancos también lo han hecho. Sí, lo hacen, vaya que lo hacen, y no blancos cualesquiera, no, sino gente de noble cuna. ¡Qué bien que me he acordado yo de esto [48] !.

Se levantó muy reconfortada y ciertamente feliz y se acercó de nuevo a los niños para pasar lo que quedaba de la noche «ensayando». Le dio una palmadita a su hijo y le dijo con voz sumisa:

—Duerme tranquilito, amo Tom.

Y al verdadero Tom, tras una buena palmada, le dedicó un contundente:

—¡A dormir, Chambers! ¿O es que quieres que me enfade?

Cuanto más practicaba, más se sorprendía de cómo sus formas reverentes y el respeto hacia el joven amo los iba transfiriendo poco a poco a la manera de tratar al usurpador. Del mismo modo, también era notoria la creciente tosquedad maternal y la actitud autoritaria que mostraba hacia el desdichado heredero de la antigua casa de los Driscoll.

De vez en cuando, eso sí, descansaba y se quedaba abstraída pensando en el riesgo que todo aquello suponía.

—Hoy mismo venderán a todos esos negros por robar y comprarán otros que no conocen de nada a los niños. Por esa parte estoy tranquila. Cuando los saque de paseo, en cuanto llegue a la esquina más cercana, pienso embadurnarles la cara de mermelada para que nadie note nada. Y me da igual si lo tengo que hacer durante un año entero con tal de asegurarme de que todo va bien.

»Sólo hay un hombre al que le tengo miedo, Wilson Cabezahueca. Dicen que es un cabeza de chorlito y que es tonto. Pero ése tiene bien poco de tonto. Es el hombre más listo de esta ciudad, igual que el juez Driscoll o Pem Howard. Me preocupan los puñeteros cristalitos de ese mequetrefe. Debe de ser un brujo o algo así.

»Pero no importa. Me voy a dejar caer un día de éstos por ahí y le voy a decir que sé que quiere tomar las huellas de los niños otra vez. Si no se da cuenta de que están cambiados, nadie nunca lo hará. Yo, por si acaso, me voy a agenciar una

herradura para ahuyentar el mal de ojo que me pueda echar.

Los nuevos negros, desde luego, no causaron inquietud alguna a Roxy. El amo tampoco, pues uno de sus negocios más importantes no marchaba bien, con lo que estaba tan distraído por otras cosas que apenas reparaba en los niños. Además, Roxy se afanaba en provocar la carcajada de los pequeños cuando el amo se les acercaba, de modo que sus rostros se convertían en meras cavidades con encías que recuperaban su aspecto normal tras la agitación del momento cuando ya se había marchado.

A los pocos días, el futuro de las operaciones del señor Percy se tornó tan incierto que tuvo que marcharse con su hermano el juez para ver qué se podía hacer. El asunto estaba relacionado con unas tierras, algo usual, y un pleito pendiente lo estaba complicando todo. Estuvieron fuera unas siete semanas, tiempo durante el cual Roxy había visto a Wilson y cuyo encuentro, a juicio de ésta, había resultado satisfactorio. Wilson tomó las muestras, las etiquetó con los nombres y la fecha, 1 de octubre, las puso a buen recaudo y continuó charlando con la esclava, que se mostró algo nerviosa cuando él mencionó cuánto habían cambiado los niños, ahora más rollizos y guapos, desde que tomara sus huellas un mes antes. La felicitó por ello y Roxy, no habiendo intentado ocultar sus rostros esta vez con ningún tipo de mermelada u otra sustancia, se había pasado todo el tiempo temblando de miedo por si en algún momento…

Pero no fue así. Wilson no notó nada, con lo que Roxy se marchó a casa exultante, olvidándose de sus preocupaciones para siempre.

Capítulo 4

Adán y Eva disfrutaron de muchas ventajas, pero la principal fue que eludieron el periodo de dentición (*Almanaque de Wilson Cabezahueca*).

Existe un problema con la especial disposición de la Providencia. Esto es, siempre queda la duda sobre a qué parte se pretendía beneficiar. En el caso de los niños, los osos y el profeta, los osos sacaron más provecho del episodio que el profeta, pues se quedaron con los niños [49] (*Almanaque de Wilson Cabezahueca*).

De ahora en adelante, la historia que nos ocupa debe adaptarse al cambio que Roxana provocó, de modo que el verdadero heredero pasará a llamarse «Chambers» y el pequeño esclavo usurpador «Thomas à Becket», abreviando en «Tom» de manera familiar, tal y como hacía la gente [50] .

«Tom» resultó ser un niño malo desde el principio. Lloraba por nada y expresaba violentamente su endemoniado carácter, lanzando grito tras grito y berrido tras berrido para acabar sosteniendo la respiración, esa temida especialidad del lactante, en cuya agonía la criatura lleva al límite la capacidad de sus pulmones y convulsiona retorciéndose en silencio, acompañándolo todo con patadas en un intento desesperado de coger aire mientras sus labios se tornan azules y abre la boca todo lo que puede, ofreciendo a la vista una diminuta ristra de dientes sobre el borde inferior de un arete de encías rojas. Y cuando la terrible parálisis ha durado lo suficiente como para pensar que nunca recobrará el aliento, acude una niñera a toda prisa, arroja agua al rostro del niño y ¡tachán!, su pecho se hincha de nuevo y descarga un alarido capaz de destrozar el oído de quien lo escucha, obligándole a pronunciar palabras

que lo hacen parecer cualquier cosa menos un santo.

El pequeño Tom arañaba a cualquiera que estuviera al alcance de sus uñas y golpeaba con el sonajero a quien se atreviera a acercarse a él. Chillaba para pedir agua y, una vez la conseguía, tiraba la taza al suelo y pedía bramando más. Se le concedían todo tipo de caprichos, sin importar lo que costaran dichas concesiones. Comía lo que le placía, especialmente todo aquello que después le ocasionaba dolor de estómago.

Cuando fue lo bastante mayor como para dar sus primeros pasos, decir palabras sueltas y descubrir para qué servían las manos, se convirtió en un auténtico monstruo. Roxy no encontraba descanso mientras estuviera despierto. Pedía todo lo que veía simplemente diciendo «¡quero!» (lo quiero) y, claro, era una orden. Una vez en sus manos, decía histérico, apartándolo con desprecio, «¡no quero!», «¡no quero!» y, justo cuando ya no lo tenía, comenzaba a chillar diciendo de nuevo «¡quero!» «¡quero!», por lo que Roxy tenía que correr que se las pelaba para proporcionarle el objeto de disputa antes de que le diera tiempo a tirarse al suelo y se entregara a nuevas convulsiones.

Sentía predilección por los atizadores. Esto se debía a que su «padre» había prohibido dárselos por si rompía alguna ventana o dañaba algún mueble. Pero en el momento en que Roxy se despistaba iba directo hacia el atizador y decía «¡me guta!. —Después, miraba de reojo para comprobar que Roxy no estaba atenta y—… ¡quero!». Entonces, volvía a asegurarse de que nadie lo observaba y… «¡mío!», para seguidamente acabar con un «¡ya tá!», una vez había conseguido el botín. En un instante, el pesado instrumento volaba por los aires y, al cabo de unos segundos, se oía un tremendo estruendo y un maullido, tras lo cual el gato salía disparado sobre tres patas y desaparecía de la escena. Roxy, entre tanto, llegaba siempre justo después de que una lámpara o una ventana se hubieran hecho añicos.

Tom se llevaba todos los mimos. Chambers, ninguno. A Tom le tocaban todas las exquisiteces, mientras que a Chambers le daban papilla con leche y gachas sin azúcar. En

consecuencia, Tom era un niño enfermizo, a diferencia de Chambers. Tom era, en palabras de Roxy, «melindroso» y muy arisco; Chambers era tranquilo y muy bonachón.

Con todo su sentido común y habilidad práctica para los quehaceres cotidianos, Roxy era una sufrida madraza. Era así con su hijo, e incluso mucho más. A causa de la farsa que había inventado, el pequeño se había convertido en su amo y señor. La necesidad de aparentar esa relación y de tener que perfeccionar las formas acordes con la situación la llevaron a tal grado de diligencia para lograr su objetivo que muy pronto aquel tratamiento deferente se convirtió en un hábito, llegando a ser automático e inconsciente. Le siguió más tarde una consecuencia natural: comenzó a creerse la ilusoria verdad que había preparado minuciosamente para los demás. La fingida pleitesía se tornó real, así como también ocurrió con el *a priori* falso servilismo. Su sumisión aumentaba por momentos y la simulada escisión entre supuesta-esclava y supuesto-amo fue ensanchándose hasta llegar a un verdadero abismo. En un lado de éste estaba Roxy, la víctima de su propia patraña; en el otro, su propio hijo, quien para ella ya no era un suplantador, sino su reconocido amo. Éste era su bien más preciado, su señor y dios todo en uno y, así, sumida en la más profunda devoción por él, se olvidó de quién era ella y de lo que su joven vástago había sido.

Durante la niñez, Tom golpeó y arañó a Chambers sin que se le reprendiera por ello, y Chambers pronto descubrió que, entre soportar estoicamente aquellas vejaciones o enfadarse, salía ganando apostando por la primera opción. Las pocas veces que, perdiendo los nervios, había decidido devolver los ataques recibidos, lo había pagado muy caro. Y no por Roxy porque, si alguna vez ésta había ido más allá de darle un sermón por olvidarse de «quien es el que manda aquí», no había pasado de una simple bofetada. No. Percy Driscoll era el que daba miedo. Le decía a Chambers que jamás, bajo ninguna circunstancia, debía levantarle la mano a su joven amo.

Chambers traspasó esa línea marcada en tres ocasiones, por las cuales recibió tres buenos azotes de parte de quien era su padre en realidad y no lo sabía, de modo que, a partir de entonces, aceptó con humildad las crueldades de Tom y no se le ocurrió rebelarse contra él.

Fuera de la casa, los dos muchachos siempre andaban juntos, y así pasaron la juventud. Chambers era más fuerte de lo normal para su edad y sabía pelear muy bien. Era un chico robusto porque había sido alimentado sin remilgos y había trabajado duro en las propiedades de la familia. Por otra parte, era un buen contendiente porque Tom le proporcionaba numerosas ocasiones para batirse con chicos blancos a los que odiaba y temía al mismo tiempo. Chambers era su guardaespaldas, tanto al ir como al venir de la escuela. Tenía que estar siempre presente durante el recreo para protegerlo. Se labró una reputación de tal calibre que Tom bien podría haber intercambiado sus ropas con él y «cabalgar en paz», como *Sir* Kay con la armadura de Lanzarote [51] .

Chambers también era bueno en juegos de habilidad. Tom le cedía sus canicas para que jugara al «gua» con otros y luego le arrebataba todas las que había ganado. Durante el invierno, Chambers, ataviado con la ropa vieja de Tom, con manoplas rojas agujereadas, zapatos rotos y pantalones rasgados por las rodillas y el trasero, siempre estaba a mano para remontar colina arriba el trineo del bien abrigado Tom, quien jamás le cedía su puesto. Cuando nevaba, construía muñecos y castillos bajo las directrices de Tom y hacía de paciente diana cuando éste comenzaba una guerra de bolas de nieve, sin poder devolverlas, claro. Chambers cargaba con los patines de Tom hasta el río y se los ataba allí, trotando sobre el hielo como podía detrás de su amo por si el primero requería de su ayuda en algún momento. No obstante, Tom nunca dejó que él se los probara.

En verano, el pasatiempo favorito de los chicos de Dawson's Landing era robar manzanas, melocotones y melones de las carretas de los granjeros, principalmente por el emocionante riesgo que suponía que les abrieran la cabeza con el mango del

látigo si los cogían. Tom era un reconocido adepto a estas prácticas… por procuración. Chambers era quien hacía el trabajo, recibiendo a cambio los huesos de los melocotones, el corazón de las manzanas y la corteza de los melones.

Tom siempre obligaba a Chambers a ir con él a nadar y permanecer a su lado para protegerlo. Cuando se cansaba, salía del agua y le hacía nudos a la camisa de Chambers, luego los mojaba para endurecerlos, se vestía y observaba a carcajada limpia cómo aquel pobre desnudo, tiritando, se esforzaba por deshacer los lazos con los dientes.

Tom hacía todas estas jugarretas a su humilde camarada, en parte, por perfidia innata y, en parte, porque lo odiaba por su superioridad física, valor y pericia. Tom no podía zambullirse de golpe porque esto le causaba terribles dolores de cabeza, mientras que el otro, en cambio, podía hacerlo sin problemas y, de hecho, le encantaba. Un día, Chambers despertó tanta admiración entre un grupo de chicos blancos mientras daba volteretas hacia atrás desde la popa de una canoa que hirió profundamente el orgullo de Tom, quien empujó el bote para que su contrincante, aún en el aire, se golpeara la cabeza al caer. Pero, mientras Chambers yacía inconsciente, unos cuantos enemigos de antaño de Tom creyeron que al fin había llegado su tan ansiada oportunidad, y dieron al falso heredero tal paliza que, a pesar de la ayuda de Chambers, apenas pudo arrastrarse de vuelta a casa.

En otra ocasión, bien cumplidos ya los quince, Tom intentaba lucirse en el río cuando, de repente, sufrió un calambre y empezó a gritar pidiendo socorro. Era algo habitual entre los muchachos, y en particular, si había algún forastero entre ellos, fingir que los sorprendía una rampa y pedir auxilio. Entonces, el ingenuo foráneo acudía a toda prisa mientras el farsante continuaba suplicando ayuda y luchando por no hundirse. Una vez tenía al primero lo suficientemente cerca, sustituía su expresión agonizante por una sonrisa sarcástica y se marchaba nadando tranquilamente al tiempo que el crédulo joven recibía de fondo un aluvión de burlonas carcajadas. Tom nunca antes había puesto en práctica esta broma y supusieron que lo estaba haciendo entonces, por lo que no le hicieron

caso. No obstante, Chambers se percató de que su amo estaba en un verdadero apuro y se lanzó al agua y, desgraciadamente, llegó justo a tiempo de salvarle la vida.

Y aquello fue la gota que colmó el vaso. Tom había sido capaz de aguantar otras muchas cosas, pero aparecer permanentemente ante los demás en deuda con un negro y, en particular, con ese negro entre todos los demás negros, era inadmisible. Dedicó todo tipo de improperios a Chambers por «aparentar» creer que su amo necesitaba ayuda de verdad, y le dijo que cualquier persona menos un negro estúpido como él habría comprendido que estaba bromeando sin más y lo habría dejado en paz.

Los enemigos de Tom unieron sus fuerzas en ese instante y dieron su opinión sin tapujos. Se rieron de él, lo llamaron cobarde, embustero, acusica y le dedicaron otros cumplidos, y le dijeron que, a partir de entonces, habían encontrado un nuevo nombre para Chambers que tenían la intención de propagar por todo el pueblo, «el papi negro de Tom Driscoll», en alusión a que había nacido por segunda vez y que Chambers era el responsable de su nuevo nacimiento. Tom enfureció al oír tanta pulla y se defendió:

—¡Machácales la cabeza, Chambers! ¡Machácaselas! ¿Qué haces con las manos en los bolsillos?

Por su parte, Chambers respondió:

—Pero, amo Tom, son muchos… son…

—¿Es que no me oyes?

—Por favor, amo Tom, no me obligue, son demasiados…

Entonces, Tom se abalanzó sobre él y le clavó su navaja dos o tres veces antes de que los presentes tuvieran tiempo de apartarlo y dar al perjudicado la oportunidad de escapar. Estaba herido, pero no de gravedad. Si la cuchilla hubiera sido un poco más grande, probablemente los días de Chambers habrían terminado ese mismo momento.

Tom también se había encargado con anterioridad de enseñar a Roxy cuál era su sitio. Hacía mucho tiempo que a ésta no se le ocurría dedicarle una caricia o una palabra cariñosa. Tales cosas, viniendo de una negra, las encontraba repulsivas, por lo que le había advertido que mantuviera la

distancia y que recordara en todo momento quién era. Roxy veía cómo su pequeño poco a poco dejaba de ser su hijo hasta que cesó aquella unión de antaño del todo. Sólo quedó el amo, simple y llanamente el amo, y no uno de trato amable precisamente. Sintió cómo pasaba del estado sublime de la maternidad a la profunda oscuridad de la esclavitud de siempre. El abismo entre los dos era ya incuestionable. Roxy sólo era su propiedad, algo de su conveniencia, su perro, su servil y desamparada esclava, la humilde y sumisa víctima de su carácter caprichoso y despiadada naturaleza.

La mujer no lograba en ocasiones conciliar el sueño, a pesar del cansancio que la embargaba, porque la impotencia que sentía en su interior se lo impedía al reparar en cómo era la vida con quien era en realidad el hijo de sus entrañas. No hacía sino murmurar para sí misma:

—Me ha pegado una buena sin que yo tuviera culpa de nada. Me ha pegado en toda la cara y delante de todos. Siempre me está llamando negra rastrera, descarada, siempre me está insultando, cuando lo único que hago es servirle lo mejor que sé. ¡Dios Santo! ¡Me he dejado la piel por él! ¡Yo lo he convertido en lo que es y así me lo paga!

Algunas veces, cuando se sentía especialmente ofendida por algún agravio, planeaba vengarse y se deleitaba ante la imaginaria visión de descubrirlo ante el mundo y dejarlo como un impostor y como un esclavo, que es lo que era. Sin embargo, en medio de este lisonjero consuelo, la asaltaba un miedo atroz: lo había convertido en alguien demasiado poderoso. No podía probar nada y, ¡cielos, podía acabar vendiéndola río abajo! Con todo, tales planes siempre quedaban en nada, convertidos en rabia contenida contra el destino y contra ella misma por no habérsele ocurrido buscar un testigo aquel fatídico día de septiembre, sin pensar que lo pudiera necesitar algún día en el que tuviera que calmar su corazón sediento de una justa venganza.

Aún así, en los escasos momentos en que Tom parecía tratarla con cierta amabilidad, se le curaban todas las heridas, e incluso se sentía feliz, feliz y orgullosa, puesto que aquél era su hijo, su hijo negro que ahora imperaba entre los blancos, y

lo imaginaba vengando las faltas cometidas contra su raza.

En el otoño de 1845 tuvieron lugar dos sonados funerales en Dawson’s Landing. Uno fue el del coronel Cecil Burleigh Essex; el otro, el de Percy Driscoll.

En su lecho de muerte, Driscoll emancipó a Roxy [52] y entregó a su idolatrado hijo al cuidado de su hermano el juez y su esposa. La pareja se alegró de recibirlo, y es que es fácil contentar a un matrimonio sin descendencia.

El juez Driscoll había comprado a Chambers un mes antes durante una visita personal a su hermano. Había llegado a sus oídos que Tom quería convencer a su padre para que lo vendiera río abajo y quería evitar el escándalo, ya que no estaba bien visto que se tratara de esa manera a los criados de una familia sin motivo aparente alguno.

Percy Driscoll, por su parte, se había esforzado en preservar lo que había invertido en grandes extensiones de terreno, pero murió sin conseguirlo. Apenas fue enterrado cuando la familia cayó en la bancarrota, dejando al, hasta entonces, envidiado y ruin heredero en la más absoluta pobreza. No obstante, aquello no le supuso demasiado, ya que su tío le comunicó que le legaría toda su fortuna cuando abandonara este mundo, algo que reconfortó a Tom enormemente.

En cuanto a Roxy, se había quedado sin hogar, de modo que resolvió despedirse de todas sus amistades y marcharse a ver mundo, es decir, trabajaría de doncella en algún gran barco de vapor, la anhelada ambición de su raza y sexo.

La última persona a la que visitó antes de partir fue a Jasper, el negro grandullón. Lo encontró partiendo la leña que Wilson Cabezahueca había conseguido para pasar el invierno. Los dos se encontraban charlando cuando Roxy apareció. Wilson le preguntó que cómo podía resistir abandonar a sus muchachos e irse a servir a otros y, bromeando, se ofreció a entregarle una copia de las huellas de estos hasta los doce años como recuerdo. Sin embargo, Roxy se puso seria para declinar la proposición, temerosa de que sospechara algo. Entonces, Wilson dijo para sus adentros:

—La gota de sangre negra que lleva en las venas la hace muy supersticiosa. Cree que hay algo diabólico, que existe brujería en mis cristales. Siempre que venía por aquí sostenía una herradura en la mano. Podría ser casualidad, aunque lo dudo.

Capítulo 5

La formación lo es todo. El melocotón fue una vez una almendra amarga; la coliflor no es más que un repollo con educación universitaria (*Almanaque de Wilson Cabezahueca*).

Comentario del doctor Baldwin a propósito de los advenedizos: No nos interesa comer setas venenosas que creen ser trufas (*Almanaque de Wilson Cabezahueca*).

La señora de York Driscoll gozó de dos años de felicidad con aquella joya, Tom, dicha con sus más y sus menos, pero dicha al fin y al cabo. Cuando murió, su marido y la solitaria hermana de éste, la señora Pratt, intentaron que no cambiara nada en la vieja morada. Lo mimaban y consentían a su antojo, o casi. Y así continuó hasta que, cumplidos los diecinueve, lo enviaron a Yale, donde llegó con cierto favoritismo, aunque, aparte de eso, no disfrutó de ningún otro privilegio especial. Permaneció allí dos años más y, después, abandonó. Volvió con sus modales un tanto más comedidos, no siendo tan visibles ahora ni su mal genio ni su tosquedad. Más bien, resultaba ciertamente agradable al trato. Se había vuelto sutilmente irónico, rasgo que a menudo también dejaba ver con claridad, de igual modo que había adquirido el don de dar siempre donde más dolía, si bien lo hacía con ese aire semiconsciente con el que salía del paso sin que esto llegara a causarle mayor problema.

Continuaba siendo, eso sí, tan indolente como antes, y sin mostrar ninguna intención de buscar nada en que ocupar su tiempo. Se decía que prefería que lo sustentara su tío y esperar

a ocupar el puesto de éste cuando llegara el momento. También regresó con un par de nuevos hábitos: uno que no disimulaba en absoluto, la bebida, y otro que escondía con recelo, el juego, práctica que mantenía alejada del conocimiento de su tío.

Las finas costumbres que Tom había adquirido en el Este no estaban bien consideradas por el resto de los jóvenes de Dawson's Landing. Podrían haberlo aceptado si hubiera sido simplemente eso, un toque, pero Tom llevaba la cosa hasta el extremo de llevar guantes, y por ahí aquellos lugareños no pasaban, con lo que pronto le hicieron el vacío y se quedó sin amigos. Había traído consigo un traje de un corte tan exquisito al estilo de la moda del Este, de la moda de la gran ciudad, que llegaba a molestar al resto por considerarlo una afrenta gratuita y malintencionada. A Tom le gustaba provocar, por lo que se exhibía tranquilamente por el pueblo, pavoneándose por doquier y durante todo el tiempo. Pero, un día, los mozos del pueblo hicieron trabajar a un sastre toda la noche y, a la mañana siguiente, cuando Tom se disponía a salir a dar su paseo diario, se encontró al contrahecho campanero negro caminando tras él ataviado con un llamativo traje de percal que imitaba su exagerada elegancia y reproducía los delicados gestos que el joven había aprendido en el Este como mejor sabía [53] .

Después de esto, Tom se rindió definitivamente y vistió a partir de entonces como el resto de sus conciudadanos [54] . Sin embargo, como la aburrida vida de pueblo le hastiaba cada vez más, sobre todo desde que había conocido lugares más atractivos, comenzó a hacer pequeñas escapadas a San Luis como entretenimiento. Allí encontró la compañía que más le complacía junto con pasatiempos acordes a sus gustos, además de mucha más libertad de la que podía gozar en su lugar natal. Así, durante los dos años siguientes, las visitas a la ciudad se fueron haciendo cada vez más frecuentes y sus estancias más largas.

Se estaba hundiendo sin saberlo en aguas pantanosas, arriesgándose demasiado sin decírselo a nadie, acciones que

con el tiempo acabarían irremediablemente por causarle sinsabores, como en efecto fue.

El juez Driscoll se había retirado de la judicatura en 1850 y llevaba unos tres años fuera de toda actividad laboral. Era el presidente de la Asociación de Librepensadores, de la que Wilson Cabezahueca era el otro miembro. Lo que se debatía en las reuniones semanales de la Asociación constituía la principal distracción del juez en la vida. Cabezahueca aún se encontraba relegado al fondo de la escala social por la amarga estela que había dejado el desafortunado comentario sobre el perro que había pronunciado veintitrés años atrás.

El juez Driscoll era su amigo y defendía que Wilson poseía una inteligencia por encima de la media, aunque aquello se consideraba parte de las excentricidades del juez y aquella opinión no conseguía cambiar el parecer de nadie. Mejor dicho, ésta era una de las razones por las que todo seguía igual, aunque había otra aún más importante. Si el juez se hubiera contentado con simplemente afirmar lo que sentía, dicha apreciación habría causado algún efecto, pero cometía el error de querer probar lo que decía. Durante algunos años, Wilson había estado trabajando discretamente en un almanaque por pura afición, unas sentencias con un toque filosófico e irónico adjudicadas a cada fecha. El juez pensaba que estas ocurrencias rezumaban ingenio, de modo que un buen día tomó unas cuantas y las leyó delante de unas personalidades del pueblo, pero la ironía no estaba hecha para esta gente; la visión mental que tenían de las cosas la excluía. Interpretaron las donosas observaciones al pie de la letra con toda seriedad, y decidieron de inmediato que aquello disipaba cualquier duda, aunque, en realidad, nunca la habían puesto en tela de juicio, sobre si Dave Wilson era un cabezahueca o no. Así es como funciona el mundo. Un enemigo puede destruir a un hombre en parte, pero es el amigo imprudente el que remata la faena. Después de este episodio, creció la estima que el juez Driscoll sentía por Wilson, más seguro que nunca de que aquel almanaque encerraba un gran mérito.

El juez podía ser un librepensador y, aún así, mantener su rango dentro de la sociedad porque era uno de los ciudadanos

más influyentes de la comunidad. Por tanto, podía atreverse a hacer las cosas a su manera y seguir sus convicciones. El otro miembro de su apreciada organización también podía permitirse la misma libertad, puesto que constituía un cero a la izquierda para todos y les traía sin cuidado lo que pensara o hiciera. Eso sí, era bien recibido, pero, lo dicho, no contaban con él para nada.

La viuda Cooper, a la que todo el mundo llamaba «tía Patsy», residía en una acogedora casita con su hija Rowena de diecinueve años, romántica, simpática y muy atractiva, sin nada más que se haya de añadir al respecto. Rowena tenía dos hermanos de corta edad, apunte incidental también para la historia que nos ocupa.

La viuda disponía de una habitación espaciosa para alquilar que ofrecía con pensión completa, siempre que encontrara algún inquilino, ya que, muy a su pesar, el cuarto llevaba un año vacío. Con sus ingresos andaba justa para abastecer de lo necesario a la familia, y necesitaba el dinero que le proporcionaba dicho alquiler para poder permitirse pequeños caprichos. Pero un caluroso día de junio la fortuna le sonrió y la tediosa espera llegó a su fin. Después de un largo año, el anuncio recibió respuesta, ¡y no de un lugareño! ¡Nada de eso! La carta procedía del recóndito norte, de San Luis. Entonces se sentó en el porche con la mirada perdida en los centelleantes confines del poderoso Mississippi, y pensó en lo afortunada que había sido. De hecho, lo era, ya que se trataba de dos inquilinos en vez de uno.

Leyó la misiva al resto de la familia y Rowena salió con premura a avisar a Nancy, una de las esclavas, para que limpiara y ventilara la estancia. Por su parte, los muchachos corrieron a dar a conocer la noticia por la ciudad, puesto que era un asunto de interés general y la gente se podría molestar si no se le informaba como era debido. Rowena regresó pronto con las mejillas sonrosadas por la emoción y suplicó para que alguien le leyera la carta de nuevo. Decía así:

> Distinguida señora:
>
> Mi hermano y yo hemos encontrado su anuncio por casualidad

> y le rogamos nos permita ocupar la habitación que ofrece. Somos un par de gemelos de veinticuatro años de edad. Aunque italianos de nacimiento, hemos residido largas temporadas en varios países de Europa y algunos años también en los Estados Unidos. Nos llamamos Luigi y Angelo Capello. Sabemos que es su deseo tener un solo huésped, pero, estimada señora, si nos permitiera alojamiento a los dos, por el que pagaríamos el doble, no la incomodaremos para nada. Es nuestra intención llegar el próximo jueves.

—¡Italianos! ¡Qué romántico! Piénsalo, madre. Nunca hemos tenido a ninguno en esta ciudad, por lo que todo el mundo se morirá de ganas por conocerlos. ¡Y son nuestros! ¡Piénsalo bien!

—Sí, supongo que causarán gran sensación.

—¡No lo dudes! ¡Causarán una revolución! ¡Han estado en Europa y en otros muchos lugares más! Jamás ha habido nadie de entre la gente del pueblo que haya viajado tanto. ¡Madre, no me extrañaría nada que hubieran conocido a reyes!

—¡Quién sabe, hija! Pero seguro que darán que hablar.

—Pues sí. Luigi, Angelo… son nombres preciosos, pomposos y exóticos, no como Jones, Robinson y otros así. Llegarán el jueves y hoy estamos aún a martes. Será una larga espera. Se acerca el juez Driscoll. Seguro que ya tiene noticias. Voy a abrirle la puerta.

El juez llegó con muchas ganas de felicitarlas y también con curiosidad. Leyeron la carta. Pronto acudió el juez Robinson con más felicitaciones y estudiaron el escrito otra vez, lo que llevó a una nueva conversación sobre el asunto. Y esto era sólo el comienzo. Vecino tras vecino, de ambos sexos, iban y venían, y la procesión continuó todo el día hasta bien entrada la tarde, y se prolongó hasta el miércoles e incluso el jueves. La carta fue leída y releída hasta casi desgastar el papel. A todo el mundo le encantaba el tono distinguido y el estilo versado y fluido con el que estaba redactada. Con todo, la ciudad entera estaba expectante y las Cooper no cabían en sí mismas de júbilo.

En aquellos tiempos, era difícil asegurar la llegada de un barco a la hora prevista cuando había marea baja. Esta vez, eran las diez de la noche y el barco del jueves todavía no había

llegado, por lo que la gente estuvo esperando en el muelle en vano todo el día. Al final, una fuerte tormenta los forzó a marcharse a casa sin haber visto a los ilustres personajes.

Dieron las once y la casa de las Cooper era la única en la que aún se divisaba luz. Todavía se podía oír el rugido de los truenos acompañados de lluvia, mientras la impaciente familia continuaba esperando sin perder la esperanza de que aparecieran en cualquier momento. Finalmente, llamaron a la puerta y todos a la vez se apresuraron a abrirla. Entraron en primer lugar dos negros que portaban sendos baúles y que fueron dirigidos directamente a la habitación de invitados. Y, tras éstos, aparecieron los gemelos, el par de jóvenes más atractivos, mejor vestidos y más elegantes que jamás hubiera visto el Oeste. Uno era sutilmente más rubio que el otro, pero, salvo este detalle, ambos eran exactamente idénticos [55] .

Capítulo 6

> Esforcémonos en vivir de tal manera que, cuando muramos, hasta la funeraria lo sienta (*Almanaque de Wilson Cabezahueca*).
>
> El hábito es el hábito y nadie puede deshacerse de él arrojándolo por la ventana, sino convenciéndolo para que, voluntariamente, descienda hacia la puerta pasito a pasito (*Almanaque de Wilson Cabezahueca*).

En el desayuno, el encanto y el ademán galante de los gemelos conquistaron de inmediato a la familia. Pronto se deshicieron de la formalidad con la que habían llegado a la casa y dejaron paso a una amistosa cordialidad. La tía Patsy los llamó por sus nombres de pila casi desde el principio. Sentía una tremenda curiosidad por ellos y los jóvenes respondían a todas sus preguntas con amabilidad, cosa que la complacía enormemente. Resultó que, durante su juventud, los hermanos habían conocido la pobreza y los infortunios. Mientras discurría la conversación, la entrañable mujer buscaba el momento oportuno para profundizar en aquella cuestión y, cuando al fin lo encontró, se dirigió al más rubio, quien ahora era el que se hallaba contando los pormenores de sus vidas mientras el otro, pasado su turno, permanecía en silencio:

—Sin querer parecer entrometida, señor Angelo, ¿cómo llegaron a encontrarse tan desamparados y con tantas contrariedades durante su infancia? ¿Le importa contárnoslo? No lo haga, si no quiere.

—Oh, no nos importa en absoluto, señora. En nuestro caso se trató simplemente de mala fortuna. No fue culpa de nadie. Nuestros padres eran personas de buena posición en Italia, y

nosotros, su única descendencia[56]. Pertenecíamos a la más rancia nobleza florentina —en este punto, a Rowena el corazón le dio un gran vuelco, las aletas de la nariz se le ensancharon y los ojos se le iluminaron— y al estallar la guerra, a mi padre, que estaba en el bando de los derrotados, no le quedó más remedio que huir para salvar la vida. Confiscaron todas sus tierras e incautaron sus bienes personales. De modo que acabamos en Alemania, forasteros, sin conocer a un alma allí y, de hecho, arruinados. Mi hermano y yo teníamos entonces diez años. Estábamos bien instruidos, éramos niños muy aplicados, nos encantaba estudiar y dominábamos el alemán, el francés, el español y el inglés. Además, aunque me esté mal decirlo, pero es la pura verdad, poseíamos un verdadero don para la música.

»Tantas calamidades acabaron con la salud de nuestro padre en un mes, y lo siguió nuestra madre en un breve espacio de tiempo, por lo que nos quedamos huérfanos en el mundo. Habríamos recuperado nuestra posición si nuestros progenitores hubieran explotado nuestro talento en público, no faltándoles ofertas, pero su orgullo se lo impidió siempre, prefiriendo morir de hambre primero antes que llegar a eso. Sin embargo, lo que ellos jamás consintieron tuvimos que hacerlo nosotros después a sabiendas de que no habríamos contado con su aceptación. Nos vimos obligados a tener que formar parte de las atracciones que ofrecía un museo de poca monta en Berlín para liquidar las deudas ocasionadas por las enfermedades y los funerales de nuestros padres. Durante dos años fuimos auténticos esclavos. Recorrimos toda Alemania sin recibir nada a cambio, ni siquiera sustento. Nos exhibían por nada y, encima, teníamos que mendigar el pan que comíamos[57].

»El resto, señora, no ofrece gran interés. Cuando conseguimos salir de aquella esclavitud a los doce años, en algunos aspectos ya nos podíamos considerar hombres hechos y derechos. Nuestras vivencias nos habían enseñado varias cosas importantes, entre otras, cómo cuidar de nosotros mismos, cómo evitar y poder defendernos de los explotadores y cómo llevar nuestros propios asuntos sacándoles el máximo

provecho sin la ayuda de nadie. Viajamos por todas partes durante años chapurreando idiomas extranjeros, intentando familiarizarnos con parajes y costumbres diferentes y adquiriendo una rica y variada cultura. Fue una etapa agradable. Fuimos a Venecia, Londres, París, Rusia, la India, China, Japón…

En aquel preciso instante, la esclava Nancy asomó la cabeza por la puerta y exclamó:

—¡Señora! ¡La casa está a reventar de gente que se muere por ver a estos caballeros! —Señaló con la cabeza a los gemelos y desapareció de inmediato.

Lo que estaba sucediendo era motivo de orgullo para la viuda Cooper, quien se había prometido la satisfacción de enseñar aquellos pájaros exóticos a sus convecinos y amistades, gente sencilla que apenas había conocido a forastero alguno, y menos con tanta clase. Con todo, mostraba un comedido entusiasmo comparado con el de su hija. Rowena estaba en una nube, puesto que aquel día constituía el episodio más romántico y grandioso de la historia de aquella anodina aldea. Era incuestionable que formaba parte de toda esa agitación, y sentía en ella y en su alrededor su efervescencia. Las otras muchachas sólo podían mirar y envidiarla, pero no compartir su gloria.

La viuda estaba preparada; Rowena estaba preparada; los recién llegados también. De este modo, el grupo avanzó por el vestíbulo con los gemelos a la cabeza y cruzaron la puerta abierta del salón, desde el que procedía un suave murmullo. Los anfitriones se quedaron cerca de la entrada, la viuda se colocó junto a Luigi, Rowena al lado de Angelo y, entonces, comenzó el desfile de personas con las presentaciones. La viuda era todo sonrisas y satisfacción. Ella se encargaba de recibir a los presentes y los dejaba después a cargo de Rowena.

—Buenos días, hermana Cooper —apretón de manos.

—Buenos días, hermano Higgins. El conde Luigi Capello, el señor Higgins —apretón de manos, seguido de una escrutadora mirada y un «encantando de conocerle» por parte de Higgins, y una cortés inclinación de la cabeza acompañada de un «el gusto es mío» del conde Luigi.

—Buenos días, Roweny —apretón de manos.

—Muy buenos días, señor Higgins. Le presento al conde Angelo Capello —apretón de manos, mirada de admiración, «encantado de conocerle», asentimiento cortés con la cabeza, sonriente «igualmente» y retirada de Higgins.

Ninguno de los visitantes actuaba con naturalidad, pero, siendo personas honestas como eran, tampoco pretendían tal cosa. No habían conocido antes a nadie que poseyera un título nobiliario, y tampoco lo esperaban ahora, con lo que el título les provocó una desconcertante sorpresa, pues les había cogido totalmente desprevenidos. Algunos intentaron estar a la altura del aprieto y balbuceaban un desatinado «excelencia» o «su señoría», o algo similar, pero la mayoría se vieron abrumados por la insólita palabra que asociaban con una corte pomposa, cortejo ceremonioso y monarquías ungidas, así que sólo acertaban a ofrecer un torpe estrujón de manos y se alejaban enmudecidos.

De vez en cuando, como siempre ocurre en toda recepción que se precie, aparecía un alma extraordinariamente afectuosa que obstaculizaba el trasiego de gente y hacía esperar al resto mientras investigaba si a los hermanos les gustaba aquel lugar, cuánto tiempo tenían pensado quedarse, si sus familias estaban bien, continuando con el tiempo, a la espera de que refrescara pronto y cosas así para, una vez de regreso a sus hogares, poder decir: «He mantenido una larga conversación con ellos». No obstante, nadie reprochaba aquella actitud, de manera que el gran acontecimiento transcurrió del modo más satisfactorio.

Después, todos los presentes se quedaron conversando de asuntos en general y los gemelos fueron de grupo en grupo charlando amistosamente con todos, ganando aceptación, suscitando su propio respeto y, en general, consiguiendo el favor de cuantos habían asistido. La viuda seguía el paso de aquella marcha victoriosa con gran gozo y, de vez en cuando, Rowena decía para sus adentros muy orgullosa:

—¡Y pensar que son nuestros! ¡Nuestros y de nadie más!

No hubo un momento de descanso para madre e hija, pues no dejaron de regalarles los oídos con incesantes preguntas sobre los gemelos. Ambas eran el centro de atención de un

absorto público que les hizo saborear por primera vez en sus vidas el significado y el valor verdadero de la palabra gloria. Ahora entendían por qué había habido a lo largo de la historia hombres que habían sacrificado otros placeres, tesoros, la vida misma, por recrearse un poco en la sublime naturaleza de aquella sensación. Napoleón y otros como él fueron buena prueba de ello, y justificado queda.

Cuando Rowena hubo cumplido con los reunidos en el salón, se dirigió al piso superior para satisfacer a otros tantos que aguardaban allí, ya que la estancia principal de la casa no era lo suficientemente grande para albergar a toda la multitud. De nuevo, se vio rodeada de numerosos curiosos que la interrogaban constantemente, y de nuevo volvió a darse un baño en el idílico mar de laureles que tanto le agradaba. Cuando la mañana fue llegando a su fin, una punzada le recorrió todo el cuerpo al darse cuenta de que la experiencia más fascinante de su vida estaba a punto de concluir, que jamás se volvería a repetir algo semejante y que no podía hacer nada para prolongar ese maravilloso momento. Pero no importaba. Había tenido suficiente. El acontecimiento descrito había ido ganando cuerpo hasta culminar en una vivencia de tal intensidad que la consideró un rotundo éxito. Llegados a ese punto, sólo faltaba que los gemelos pusieran la guinda con algo inusual para culminar la velada con grandiosidad, algo extraordinario que causara la más ferviente admiración, una sorpresa completamente electrizante…

De repente, algo comenzó a sonar con maestría en el piso de abajo y todo el mundo se apresuró a ver de qué se trataba. Eran los hermanos. Se habían arrancado con el piano tocando una pieza clásica para cuatro manos que ejecutaban con gran destreza. Y Rowena se sintió feliz, feliz y complacida hasta lo más profundo de su ser.

Los allí presentes quisieron que tocaran un buen rato, ya que estaban tan maravillados con la magnífica actuación que no deseaban que acabara. Toda melodía escuchada hasta entonces les parecía una insustancial obra de aprendiz, carente de espíritu si se comparaba con el embriagador torrente de armonía que inundaba sus oídos en aquel momento. Y supieron

que, por primera vez en sus vidas, tenían delante a verdaderos maestros.

Capítulo 7

Una de las diferencias sustanciales entre un gato y una mentira es que el gato sólo tiene siete vidas (*Almanaque de Wilson Cabezahueca*).

La multitud se dispersó con cierta renuencia mientras unos y otros, de camino a sus respectivos hogares, charlaban animados pensando que pasaría mucho tiempo hasta que volvieran a ser testigos de algo parecido. Los gemelos habían aceptado gustosos varias invitaciones durante la recepción, y también éstos se habían ofrecido voluntarios para tocar algunos dúos en un certamen para aficionados a beneficio de una institución local de caridad. La flor y nata del pueblo estaba impaciente por acogerlos en su seno. El juez Driscoll tuvo la buena fortuna de hacer que se comprometieran a dar un paseo con él y ser así el primero que apareciera con ellos en público. Lo acompañaron en su carruaje y los fue exhibiendo a lo largo de la calle mayor mientras todo el mundo se agolpaba en las ventanas y en los bordes de las aceras para poder verlos.

El juez les mostró el nuevo cementerio y la prisión, así como también dónde vivía el hombre más rico de la ciudad, la logia masónica, la iglesia metodista y la presbiteriana y el lugar donde, una vez hubieran reunido el dinero suficiente, construirían la iglesia baptista. Además, les enseñó el ayuntamiento y el matadero, e hizo que la brigada autónoma de bomberos, uniformada, extinguiera ante ellos un fuego imaginario. Después, les dejó que examinaran los mosquetes de la milicia, exhibiendo un extraordinario entusiasmo mientras les presentaba todo aquel derroche de magnificencia. El hombre parecía muy satisfecho con la respuesta de los

hermanos, ya que éstos, asombrados del fervor que emanaban sus explicaciones, intentaban corresponder a su pasión con enorme interés. No obstante, más habrían los visitantes exteriorizado su entusiasmo, si las cien mil veces que habían vivido experiencias como aquélla en otros países no hubieran deslucido una parte importante de la pretendida novedad.

El señor Driscoll desplegó toda su hospitalidad, desviviéndose para que se encontraran a gusto, y si algo no salió bien, desde luego, no fue culpa suya. Les contó anécdotas divertidas de las que apenas recordaba el final, aunque ya se encargaban ellos de ayudarle en tal tarea, puesto que se trataba de viejas historias conocidas que habían tenido la ocasión de escuchar con anterioridad. También les hizo una relación de todos los méritos conseguidos a lo largo de su vida, relatándoles cómo había llegado a desempeñar éste, ese o aquel otro honorable puesto, que había pertenecido a la asamblea legislativa y que en la actualidad era el presidente de la Asociación de Librepensadores. Les comentó que habían pasado unos cuatro años desde que se fundara dicha Asociación y que ya tenía dos miembros, por lo que podía considerarse como firmemente establecida. Asimismo, invitó a los hermanos a asistir, si así lo deseaban, a una de las reuniones que tenían lugar por la tarde.

De este modo, los recogió y, de camino al punto de encuentro, les habló de Wilson Cabezahueca para que tuvieran una opinión favorable de él antes de que lo conocieran en persona, predisponiéndolos así a que les cayera bien. El plan, pues, funcionó, y los gemelos se llevaron una buena impresión, apreciación que reafirmaron después cuando Wilson propuso que, por deferencia a los invitados, se dejaran a un lado los temas de los que se hablaba siempre y se dedicaran a conversar sobre cosas cotidianas, cultivando así las relaciones sociales y la amistad, propuesta que, una vez votada, salió adelante.

Con la charla distendida que mantuvieron, el tiempo pasó rápidamente y, al final, el solitario y relegado Wilson había ganado dos amigos más. Seguidamente, invitó a los gemelos a su casa una vez hubieran cumplido con sus compromisos pendientes, ofrecimiento que aceptaron encantados.

A mitad de tarde, los hermanos iniciaron su camino hacia la morada de Wilson Cabezahueca. Éste se encontraba esperándolos mientras cavilaba sobre algo que le había llamado poderosamente la atención esa misma mañana. El asunto era el siguiente: dio la casualidad de que ese día se había levantado muy temprano, de hecho, al amanecer. Cruzó el vestíbulo que dividía la casa en dos por el medio y entró en una estancia a buscar algo. La ventana de la habitación no tenía cortinas, puesto que aquella ala de la casa hacía tiempo que estaba desocupada, y fue entonces cuando vio algo que atrajo su curiosidad: una mujer joven. Había una mujer joven en un lugar donde no debería darse tal circunstancia, ya que estaba en casa del juez Driscoll, más concretamente, encima del estudio privado y sala de estar del juez. Aquel aposento era el dormitorio del joven Tom Driscoll, quien, junto con el juez, la hermana viuda del juez, la señora Pratt, y tres sirvientes negros eran las únicas personas que habitaban la casa. ¿Quién, entonces, era aquella mujer?

Las dos edificaciones estaban separadas por un patio que no tenía nada de especial, con una pequeña valla que lo recorría desde la calle de delante hasta el callejón de atrás. No había mucha distancia y, al estar la ventana de la habitación donde la mujer se encontraba abierta y la persiana subida, Wilson pudo ver a la joven con toda claridad. Llevaba puesto un agraciado y elegante vestido de verano de anchas rayas rosas y blancas, acompañado de un sombrero del que colgaba un velo rosado. Al parecer estaba practicando ciertos pasos, gestos y andares, algo que hacía con soltura, absorta como estaba en su labor. ¿Quién podría ser y cómo había llegado al aposento del joven Tom Driscoll?

Wilson pronto adoptó una posición desde la que poder observar la escena sin ser visto, y allí permaneció con la esperanza de que la muchacha en algún momento se levantara el velo y revelara su rostro. Pasados unos veinte minutos, la joven desapareció y, aunque Wilson aguardó media hora más, ya no volvió.

Al mediodía, se pasó por la casa del juez y habló con la señora Pratt del gran acontecimiento de la jornada, la

recepción de los distinguidos extranjeros en casa de la tía Patsy Cooper. Preguntó por su sobrino Tom, a lo que contestó que esperaba verlo de vuelta antes del anochecer, y añadió que ella y el juez estaban satisfechos de poder deducir de las cartas de su sobrino que éste llevaba una vida encomiable, algo que a Wilson le causó cierta incredulidad. Wilson no quiso indagar de forma directa si tenían algún invitado en la casa, pero le hizo preguntas que habrían arrojado luz sobre el asunto si la señora Pratt hubiera tenido algo que decir. De modo que se marchó de allí satisfecho de saber que estaba ocurriendo algo en su propia morada que ella misma ignoraba.

Cabezahueca se quedó esperando a los gemelos, todavía especulando sobre quién sería aquella mujer y qué es lo que hacía en la habitación del joven al despuntar el día.

Capítulo 8

El sacro fervor de la Amistad posee una naturaleza tan dulce, imperturbable, leal e imperecedera que puede durar toda la vida, mientras no se le pida dinero prestado (*Almanaque de Wilson Cabezahueca*).

Tengamos en cuenta la proporción de las cosas. Es mejor ser larva de escarabajo recién nacida que ave del paraíso vieja y consumida (*Almanaque de Wilson Cabezahueca*).

Es necesario ahora que volvamos a Roxy. Cuando fue emancipada y decidió marcharse a servir tenía treinta y cinco años. Consiguió un puesto como segunda doncella en un barco de Cincinnati que hacía la ruta comercial de Nueva Orleans, el Gran Mogol. Tras unos cuantos viajes, pronto se habituó a su nuevo trabajo, atrayéndole enormemente la agitación e independencia de la vida en un barco de vapor. Después, la ascendieron a primera doncella. Era una de las favoritas de los oficiales y se sentía muy pagada con el trato amistoso que le dedicaban.

Trabajó en aquel barco en periodos de nueve meses durante ocho años, pasando los inviernos a bordo de un paquebote de Vicksburg. Sin embargo, hacía dos meses que sufría de reumatismo en los brazos y ya no estaba para jofainas, de modo que dejó su puesto. No le había ido nada mal. Según ella, era rica, ya que había llevado siempre una vida frugal y había estado ahorrando cuatro dólares al mes en un banco de Nueva Orleans para la vejez. Decía que en una ocasión «le había puesto zapatos a un negro descalzo que después éste había utilizado para pisotearla», queriendo decir que había

confiado en alguien que la había traicionado, y que con aquel error ya tenía más que suficiente. Si el trabajo duro y una vida comedida así se lo permitían, desde entonces no dependería nunca más de la raza humana para nada. Así, cuando el barco llegó a puerto en Nueva Orleans, se despidió de sus compañeros del Gran Mogol y desembarcó con sus pertenencias.

Sin embargo, a la hora estuvo de vuelta. El banco donde tenía depositado su dinero había quebrado y Roxy había perdido sus cuatrocientos dólares. Era pobre, no tenía hogar y, además, acusaba serios achaques de salud. Los oficiales se compadecieron de ella e hicieron una pequeña colecta, tras lo que decidió regresar a su pueblo natal. Conservaba algunas amistades entre los negros de allí, y de sobra sabía que el desventurado siempre ayuda al desventurado, con lo que sus humildes amigos de la juventud nunca dejarían que se muriera de hambre.

Tomó el pequeño buque-correo en Cairo y emprendió el regreso a casa. El tiempo se había encargado de aplacar el resentimiento que antaño sentía contra su hijo, y ahora era capaz de pensar en él sin alterarse. Apartó de su recuerdo el lado vil del carácter de Tom y sólo procuró acordarse de los esporádicos y escasos momentos en los que la trató con amabilidad, muestras que ennobleció inmerecidamente y convirtió en agradables remembranzas. De hecho, llegó a impacientarse por verlo de nuevo. Se mostraría ante él aduladora, como una esclava, porque, desde luego, aquélla debía ser su actitud. Es muy posible que la edad lo hubiera cambiado e incluso se alegrara de ver a su desatendida niñera y la tratara ahora con cariño. Eso sería maravilloso y le haría olvidar toda su congoja y pobreza.

¡Su pobreza! Este pensamiento hizo que se le ocurriera otra idea que poder añadir a su quimera. Y es que tal vez quisiera también darle algo de dinero de vez en cuando, un dólar una vez al mes, digamos. Aquello, aunque poca cantidad, la ayudaría sobremanera.

Cuando llegó a Dawson's Landing se había recompuesto y sintió que volvía a ser la de otros tiempos. Se había

desvanecido la melancolía que la había asediado y le había vuelto su buen humor. Saldría adelante como fuese. Muchas eran las cocinas del pueblo donde los sirvientes estarían dispuestos a compartir su comida con ella y a robar azúcar, manzanas y otras pitanzas para que se las llevara a casa. O bien, dejarían que las hurtara ella misma, cosa que también serviría. También le quedaba el recurso de la iglesia. Se había convertido en una metodista más entregada y fervorosa que nunca, y su devoción era muy sincera. Sí, con sus pequeñas necesidades satisfechas y recuperado su antiguo puesto junto al púlpito, sería completamente feliz y gozaría de una gran paz interior hasta el final de sus días.

El primer lugar al que encaminó sus pasos fue la cocina del juez Driscoll, donde fue recibida con entusiasmo. Sus extraordinarios viajes, los exóticos países que había visitado, así como todas sus vivencias hicieron de ella el centro de atención, y parecía toda una heroína de novela. Los negros escuchaban embelesados las historias que contaba, interrumpiéndola constantemente con todo tipo de preguntas curiosas, con risas, aplausos y otras muestras de exaltado entusiasmo. Roxy se sintió obligada a confesarse que si había algo en el mundo mejor que viajar a bordo de un barco de vapor era, sin duda, la gloria de poder contarlo luego. Aquel entregado público llenó el estómago con sus respectivas cenas y, después, saquearon la despensa para colmarle la cesta de comida.

Tom se encontraba en San Luis y los criados le dijeron que había pasado gran parte del tiempo allí durante los dos últimos años. Roxy tomó la costumbre de ir todos los días y le contaban numerosos chismes de la familia. Una vez preguntó por qué Tom pasaba largas temporadas fuera y el falso Chambers le contestó:

—La cosa es que el viejo amo se las apaña mejor cuando el amo Tom está fuera que cuando está aquí. Y por los cincuenta dólares que le da al mes, casi diría yo que lo quiere más y todo así.

—¿No me digas? ¿Estás de broma, no?

—Por lo que más quiero que no, mama. Me lo dijo el amo

Tom él mismo. Pero da igual. No le da para nada.

—¡Vaya! ¿Y eso?

—Déjame y te lo cuento enseguida. Pues eso no le llega para mucho porque el amo Tom se lo juega todo.

Roxy se echó las manos a la cabeza mientras Chambers proseguía:

—El viejo amo se enteró porque tuvo que pagar doscientos dólares de una deuda que el amo Tom tenía de jugar. Mama, que me muera ahora mismo si es mentira.

—¡Doscientos dólares! ¿Pero qué estás diciendo, hombre? ¡Doscientos, ni más ni menos! Por el amor de Dios, si con eso se podría comprar un negro bastante pasable. ¿Seguro que no te lo estás inventando, hijo? No le estarás contando una trola a tu madre, ¿no?

—Te he contado la santa verdad. Doscientos dólares tal cual. Que me quede sin poder dar un paso más si no es así. Y, bueno, el viejo amo, ¡madre mía cómo se puso! ¡Se lo llevaban los demonios! Y cogió y lo desheredó.

Se relamió los labios justo después de pronunciar aquella solemne palabra, como si le produjera cierta satisfacción. Mientras tanto, Roxy se esforzaba por descifrar lo que acababa de escuchar y, cansada de no llegar a nada, preguntó:

—¿Lo deshequé?

—Lo desheredó.

—¿Y eso qué es?

—Viene a ser que lo dejó fuera del testamento.

—¡Que lo dejó fuera del testamento! ¡El juez *nunca* le haría eso! ¡Dime que es mentira, miserable negro de imitación que crié entre tanta amargura y calamidad[58]!.

El sueño de Roxy, esto es, el dólar que de vez en cuando le caería en las manos del bolsillo de Tom, se hizo pedazos ante sus ojos. No podía soportar tal desastre y se negaba a admitirlo. Su reacción, sin embargo, provocó la risa de Chambers:

—¡Ja, ja, ja! ¡Pero qué ocurrencias tienes! Si yo soy de imitación, entonces ¿qué eres tú, madre? Pues si nosotros dos somos *blancos* de imitación… Eso es lo que somos de verdad… Y una imitación muy buena de verdad… ¡Ja, ja, ja! Como

imitaciones de *negros* no valemos nada, pero como…

—Cierra el pico, desgraciado, antes de que te arree un guantazo en toda esa cara y cuéntame bien lo del testamento. Venga, pórtate bien y dime que no lo han dejado fuera del testamento.

—Bueno, en realidad *no* está todo perdido porque hay otro nuevo donde han vuelto a poner al amo Tom y todo se queda igual que antes. Pero ¿por qué te pones así, madre? A ti eso no te va ni te viene.

—¿Que ni me va ni me viene? Entonces, ¿a quién le va si no? Dime, ¿qué no hice yo de madre hasta que cumplió los quince? Venga, dímelo. Hablas como si me tuviera que dar igual verlo hecho un don nadie por la vida. Si fueras madre, Valet de Chambers, no hablarías así.

—Vale, pues que sepas que el viejo amo lo ha perdonado y que ya está en el testamento otra vez. ¿Contenta?

Sí, lo estaba, así como también se sentía satisfecha por cómo había acabado todo finalmente. Continuó acudiendo a la casa todos los días hasta que un día le dijeron que Tom había regresado de su viaje. Roxy se puso a temblar de la emoción y de inmediato mandó a decirle que «recibiera a su pobre mamaíta negra que se moría de ganas de verlo».

Tom se encontraba tumbado cómodamente en el sofá cuando Chambers le comunicó la petición. El tiempo no había aplacado la inflexible aversión que sentía por aquel humilde esclavo protector de su niñez. Se incorporó y observó con desdén el rostro de piel clara del joven de cuyo nombre se había apoderado sin saberlo, y de cuyos privilegios familiares disfrutaba. Mantuvo la mirada hasta que la víctima, como siempre, palideció de temor, tras lo cual, le espetó:

—¿Qué quiere esa vieja de mí?

Chambers repitió el recado con sumisión.

—¿Y quién te ha dado permiso para que vengas a molestarme con requerimientos de negros?

Tom se puso de pie. El otro joven comenzó a temblar y, previendo lo que se le venía encima, giró la cabeza y se la protegió con el brazo izquierdo, ahora levantado. Tom comenzó a propinarle puñetazos a diestro y siniestro sin

mediar palabra mientras la víctima recibía la embestida y suplicaba:

—¡Por favor, amo Tom! ¡Oh, por favor, amo Tom!

Tras unos cuantos golpes, Tom gritó:

—¡De cara a la puerta! ¡Venga, andando!

Lo siguió dándole una, dos y hasta tres contundentes patadas. Esta última sirvió para que el esclavo de pura sangre blanca alcanzara el umbral de la puerta y se marchara cojeando mientras se secaba las lágrimas con una de sus raídas mangas. Después, Tom vociferó: «¡Dile que venga!».

Entonces, se echó aún jadeante en el sofá y dijo para sus adentros: «Ha llegado en el momento justo. Estaba lleno de rabia y no tenía a nadie cerca con quien descargarla. Me siento aliviado y mucho mejor».

En ese momento entró la madre de Tom y cerró la puerta. Se acercó a su hijo con las lisonjas y servilismo que el miedo infunde a las palabras y gestos del esclavo. Se detuvo a cierta distancia de él e hizo un par de comentarios alabando su complexión viril y atractivo general. Tom, entre tanto, colocó uno de sus brazos debajo de la cabeza y pasó una pierna por el respaldo del sofá, para exteriorizar un intencionado aire de indiferencia.

—¡Cielo santo! ¡Cómo ha crecido mi bien! ¡Que no le hubiera conocido, vaya, amo Tom! Míreme bien. ¿No recuerda a la vieja Roxy? ¿No reconoce a su vieja tata negra, corazón? Bueno, ya puedo morir en paz porque le he visto…

—¡Déjate de monsergas! ¡Venga! ¿Qué quieres?

—¡Mira! El amo Tom que recordaba, siempre bromeando con su mamaíta negra. Pues es que acabo de desembarcar…

—¡Que al grano te digo! ¿Qué demonios quieres?

El reencuentro se convirtió en una amarga decepción. Roxy había albergado durante tanto tiempo la falsa esperanza de que Tom se alegraría de ver a su cana nodriza y que unas cuantas palabras amables de parte de éste la harían feliz hasta la médula que tuvo que sufrir un par de sus recurrentes desprecios para darse cuenta de que no estaba bromeando y de que su sueño era una mera falacia, un error lamentable. Estaba tan profundamente dolida y avergonzada a la vez que no sabía

cómo actuar. Se le aceleró la respiración, los ojos se le llenaron de lágrimas y, en su desesperación, sintió el impulso de intentar la última opción que le quedaba: apelar a la compasión de su hijo. Así, sin pensárselo dos veces, rogó:

—Oh, amo Tom, esta pobre nana no ha tenido suerte últimamente. Tengo los brazos tullidos y no puedo trabajar. Si pudiera darme un dólar, sólo un dólar…

Tom se levantó con tanta rapidez que ella misma se sobresaltó.

—¡Un dólar! ¡Que te dé un dólar! Me dan ganas de estrangularte. ¿Para eso has venido? ¡Esfúmate, rápido!

Roxy retrocedió lentamente hacia la puerta. A mitad de camino se detuvo y dijo apesadumbrada:

—Amo Tom, yo le cuidé cuando era un bebé y le crié hasta que se hizo un hombrecito. Ahora es joven y rico y yo soy pobre y me estoy haciendo vieja, así que he venido para ver si puede usted ayudar a su niñera mientras recorre el corto camino que la lleva a la tumba…

A Tom aún le disgustó más toda aquella letanía, puesto que el parlamento que escuchaba comenzaba a hacer mella en su conciencia. Por eso la interrumpió y, con decisión, replicó, aunque sin demasiada brusquedad, que no estaba en disposición de poder ayudar a nadie y que, de hecho, no pensaba hacerlo.

—¿No me va a ayudar, amo Tom?

—No. Márchate y no me molestes más.

En un principio, Roxy permaneció cabizbaja en señal de humildad. No obstante, el amargo recuerdo de toda injusticia acometida contra ella en el pasado comenzó a bullir en su pecho. Levantó el rostro lentamente y, ya bien alto, mientras su esbelta constitución adoptaba un porte imperioso que la majestuosidad de su cumplida juventud le confería, alargó un dedo y lo señaló con él:

—Usted se lo ha buscado. Le he dado una oportunidad y la ha pisoteado delante de mis narices. La próxima vez, se pondrá de rodillas y me *suplicará*.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Tom sin saber por qué. No cayó en la cuenta de que esas palabras, pese a venir de tan

inapropiada fuente y pronunciadas de aquella agorera manera, no podían sino provocar tal efecto. Sin embargo, él hizo como era natural en su persona, esto es, contestar con altanería y sorna:

—¿Que *tú* harás que me ponga de rodillas? ¿*Tú*? ¡Si quieres me pongo ahora mismo! Pero, por curiosidad, dime, si no lo hago, ¿qué va a pasar, eh?

—Lo que pasará es que iré tan deprisa como me dejen estas piernas a su tío a contarle todo lo que sé de usted.

El semblante de Tom palideció y Roxy se dio cuenta de ello. En aquel instante, todos sus pensamientos se agolparon en su cabeza: «¿Cómo es posible que lo sepa? Lo sabe, lo veo en ella. Hace sólo tres meses que mi tío me incluyó de nuevo en el testamento y ya estoy hasta el cuello de deudas, removiendo cielo y tierra para salvarme del escándalo y la perdición, y con alguna posibilidad de salir del paso si nada se interpone en mi camino, y ahora, no sé cómo, va y esta bruja lo ha averiguado todo. Me pregunto cuánto sabe en realidad. ¡Oh, oh, oh! ¡Esto puede acabar conmigo! Tengo que seguirle la corriente. No me queda otro remedio».

Entonces, forzó una carcajada y, junto a un impostado tono desenfadado, prosiguió:

—Bueno, bueno, querida Roxy, tú y yo somos viejos amigos y no está bien que discutamos. Ten, aquí tienes tu dólar y dime qué es eso que sabes.

Le ofreció el infecto billete. Ella, por su parte, permaneció inmóvil. Sabía que le había llegado ahora el turno de despreciar sus pamplinas y no lo desaprovechó. Con adusto encarnizamiento, tanto en la voz como en los gestos, que hacían a Tom darse cuenta de que un antiguo esclavo no olvida los insultos ni las injurias recibidas a cambio de ingenuas zalamerías, y que sabe vengarse en cuanto se le presenta la ocasión, Roxy contestó:

—¿Qué es lo que sé? Se lo diré. Sé lo suficiente como para hacer que el testamento acabe roto en mil pedazos. ¡Y escúcheme bien, mucho *más* aún!

Tom estaba aterrado.

—¿Más? ¿A qué te refieres? ¿Es que acaso hay algo más?

Roxy soltó una risotada y, burlándose, con las manos en la cintura, sacudió la cabeza, airosa, hacia atrás:

—¡Ya lo creo! ¿Y quiere saberlo por un mísero dólar? ¿Qué quiere que le cuente yo por eso? No tiene suficiente dinero. Se lo contaré a su tío ahora mismo. Él sí que me alargará cinco dólares por la información, y de buena gana, además.

Se dio la vuelta con desdén y se dispuso a marcharse de allí. Tom estaba horrorizado. La agarró por las faldas y le imploró que esperase. Ella se volvió y dijo con arrogancia:

—Mira, mira, mira. ¿Qué le he dicho?

—Tú… tú… No me acuerdo. ¿Qué es lo que me has dicho?

—Le he dicho que yo haría que se pusiera usted de rodillas.

Se quedó estupefacto por un momento. Con la respiración entrecortada, le replicó:

—Oh, Roxy, no querrás que tu joven amo haga algo tan horrible. No puedes hablar en serio.

—¡Verá si se lo digo en serio o no en un periquete! Me ofende, me escupe a la cara por venir a verle, pobre y humilde, para decirle lo guapo y bien criado que está, y cómo le atendía y cuidaba cuando estaba enfermo, habiendo sido yo lo más parecido a una madre que ha tenido en este cochino mundo, y le ruego que le dé un dólar a esta desgraciada negra para poder llevarme algo a la boca y me insulta, ¡me insulta! ¡Maldito sea! ¡Pues sí señor, le doy una última oportunidad para que lo haga, y es ahora, y no va a durar más que un segundo! ¿Me ha oído bien?

Dejándose caer de rodillas, Tom comenzó a implorar:

—¡Ya lo ves que te lo ruego! ¡Estoy siendo sincero! ¡Dime lo que sabes, Roxy, dímelo!

Entonces, la heredera de dos siglos de despiadados ultrajes y atrocidades lo miró regodeándose en la satisfacción que aquello le provocaba y exclamó:

—¡Todo un caballero blanco de buena casta arrodillado ante una desamparada negra! Era lo que quería ver antes de que me llegara la hora. San Gabriel, toca la trompeta que ya estoy preparada… ¡Levántese!

Tom obedeció y contestó con humildad:

—Roxy, no me castigues más. Me merecía lo que me has

hecho, pero ten piedad y déjalo estar. No le digas nada a mi tío. Cuéntamelo a mí y te daré los cinco dólares.

—¡Claro que me los dará, y más aún! Pero no se lo voy a decir aquí.

—¡Por Dios, no!

—¿Le da miedo la casa encantada?

—N… no.

—Bien, en ese caso acuda allí esta noche sobre las diez o las once y suba por la escalera de mano porque la principal está destrozada. Estaré esperándole. Me cobijo en la casa encantada porque no me puedo permitir vivir en ningún otro sitio.

Entonces se dirigió hacia la puerta. Antes de alcanzarla, se detuvo y dijo:

—Deme el dólar.

Así lo hizo Tom y ella lo examinó y comentó:

—Mm, no me extraña que el banco quebrara.

Anduvo unos pasos pero interrumpió la marcha para preguntarle:

—¿Tiene un poco de *whisky*?

—Sí, un poco.

—¡Tráigalo!

Tom corrió a su habitación al piso de arriba y pronto apareció con una botella de *whisky* casi llena. Roxy la levantó y dio un trago. Sus ojos brillaban de satisfacción y, escondiendo el licor bajo el chal que llevaba, manifestó: «Es de buena calidad. Me lo llevo».

Tom sostuvo la puerta abierta mientras Roxy, cual artillero, abandonaba marcial aquel lugar.

Capítulo 9

¿Por qué reímos ante un nacimiento y lloramos en un funeral? Será porque en ninguno de los dos casos nos ha tocado a nosotros (*Almanaque de Wilson Cabezahueca*).

Es fácil hallar defectos, si a ello estamos predispuestos. Hubo una vez un hombre que, no siendo capaz de encontrar ninguna falta al carbón, se quejaba de encontrar siempre demasiados batracios fósiles en él (*Almanaque de Wilson Cabezahueca*).

Tom se dejó caer en el sofá y, cogitabundo, se llevó las manos a la cabeza y apoyó los codos en las rodillas, balanceándose quejumbroso adelante y atrás.

—Me he arrodillado ante una criada negra —murmuró—. Pensaba que había vivido en mis carnes la degradación más absoluta, pero, vaya, nada comparado con esto. Sólo me queda un consuelo, y es que, habiendo tocado fondo, no se puede caer más bajo.

Sin embargo, aquélla era una conclusión precipitada.

A las diez de la noche subía por la escalera de mano pálido, débil y abatido. Roxy, que lo había oído llegar, lo esperaba en el umbral de uno de los cuartuchos.

Aquella casa estaba hecha de madera y tenía dos plantas. Años atrás se había ganado la reputación de estar embrujada y había sido abandonada. Nadie quería vivir allí, ni pasar por las cercanías de noche. De hecho, la mayoría de la gente la evitaba incluso a plena luz del día. Como no había otra, la llamaban *la* casa encantada y, puesto que nadie se ocupaba de ella, estaba ya prácticamente en ruinas. Se encontraba a unas trescientas yardas de la casa de Wilson Cabezahueca, sin nada más de por

medio. Era, pues, la última casa del pueblo por ese extremo.

Tom entró a una habitación siguiendo a Roxy. En una de las esquinas se veía un montón de paja a modo de camastro, ropa humilde que colgaba de las paredes, un farolillo de hojalata que iluminaba el suelo de forma irregular, así como varios cajones de velas y de jabón esparcidos por el cuarto que hacían las veces de sillas. Tomaron los dos asiento y Roxy comenzó:

—Bien, empezaré a contarle lo que sé y luego me da el dinero. No tengo tanta prisa. ¿Qué cree que le tengo que decir?

—Pues… que… ¡Oh, Roxy, no me hagas sufrir más! Suelta de una vez lo que sabes del embrollo en el que estoy por culpa de mis excesos y mi insensatez.

—¿Qué *obsesos* ni *insenseces*? No, señor, la cosa no va por ahí. Eso no es nada comparado con lo que *yo* sé.

Tom la miró confundido.

—Entonces, ¿a qué diablos te refieres?

Roxy se levantó y le dedicó la mirada sombría como si una parca si hubiera encarnado en ella.

—¡Me refiero a que, y *esto* es la verdad del Señor, es usted tan pariente del amo Driscoll como yo! ¡Ya está! —y sus ojos se encendieron victoriosos.

—¿Cómo?

—Sí, señor. Y *eso* no es todo. ¡Usted es *negro! ¡Nació* negro y *esclavo*, y lo continúa siendo, por lo que, si abro la boca y se lo cuento al amo Driscoll, lo venderá río abajo en menos que canta un gallo!

—¡Es una vil mentira, desgraciada cotarrera!

—No es mentira. Es la verdad y nada más que la verdad. Lo juro. Y, además, es usted… tú eres *hijo* mío.

—¡Demonio de mujer!

—¡Y el pobre muchacho al que has estado pateando hoy mismo es el verdadero hijo de Percy Driscoll, y sí, también tu *amo*!

—¡Bruja!

—¡Y *se llama* Tom Driscoll y tú *te llamas* Valet de Chambers sin más porque los negros *no tienen* apellido!

Tom se levantó a toda prisa, agarró un leño y lo levantó amenazante, pero sólo consiguió provocar la risa de su madre, quien continuó:

—¡Siéntate mocoso! ¿Crees que puedes asustarme? No te tengo miedo ni a ti ni a ninguno de los de tu ralea. Bien sé que eres de los que me atacaría por la espalda si pudiera. Ése es tu estilo. ¿Es que no sabes que te conozco como si te hubiera parido? ¡Ja, ja, ja! Además, no pasaría nada si me mataras porque todo lo que te he contado está escrito y en buenas manos, y esa persona sabe a quién buscar si me ocurre algo. ¡Ay, cenutrio! ¡Si te piensas que tu madre es tan majadera como tú estás muy equivocado! ¡Venga, siéntate, pórtate como un hombre y no te muevas hasta que te lo diga yo!

Tom, trastornado e indignado a la vez, permaneció sumido en aquel torbellino de emociones hasta que, finalmente, pudo decir con meditada convicción:

—Todo esto es una pantomima. Haz lo que te plazca. Tú y yo hemos terminado.

Roxy no contestó. Cogió el farol y se dirigió hacia la puerta. En ese momento, el pánico se apoderó de Tom.

—¡Vuelve, vuelve! —imploró—. ¡No lo decía en serio! ¡Lo retiro y no volveré a decirlo, lo prometo! ¡Por favor, vuelve!

La mujer se detuvo un momento y, entonces, contestó:

—Eso es lo primero que tiene que cambiar, Valet de Chambers. No me puedes llamar Roxy, como si fuéramos iguales. Los hijos no llaman a sus madres por el nombre. Me llamarás *mama* o madre siempre que no haya nadie delante. ¡Dilo!

Le costó hacerlo, pero, al final, lo dijo.

—Así me gusta. Y que no se te olvide, si es que sabes lo que te conviene. Te recuerdo que has dado tu palabra de que nunca más mentarás que lo que digo son sandeces. Te lo advierto: dilo otra vez y será la última que lo hagas. Iré a buscar al juez tan rápido como me dejen estas piernas y le contaré quién eres y, es más, se lo demostraré. ¿Crees lo que oyes, verdad?

—Oh —rezongó Tom—, no lo creo. Lo sé.

Roxy supo en aquel instante que su propósito se había cumplido. No habría podido probar nada a nadie, y era falso

también que lo tuviera todo escrito a buen recaudo, pero conocía bien a la persona que trataba, y había proferido tales amenazas a sabiendas del efecto que producirían.

Estaba sentada en uno de los cajones para velas, y el orgullo y la solemnidad de su actitud triunfal convirtieron aquel singular asiento en todo un trono. Quiso continuar:

—Chambers, hablemos de negocios y dejémonos de tonterías. En primer lugar, de los cincuenta dólares que recibes al mes me vas a dar la mitad. ¡Suelta los cuartos!

Pero Tom sólo disponía de seis dólares en total. Se los entregó y le prometió que cumpliría con aquella cantidad al mes siguiente.

—Dime, ¿cuánto debes?

Tom, estremeciéndose al pensar en la respuesta, reveló:

—Casi trescientos dólares.

—¿Y qué vas a hacer para devolverlos?

—¡Qué sé yo! —refunfuñó—. No me hagas esas preguntas.

Pero ella insistió hasta hacerlo confesar: disfrazado, había estado merodeando el pueblo con el propósito de robar pequeños objetos de valor de las casas. De hecho, había sacado una buena tajada de sus vecinos quince días antes, cuando se suponía que estaba en San Luis, pero no sabía si tenía lo suficiente como para liquidar la cantidad pendiente y no se atrevía a continuar con tales prácticas ahora por el estado de alarma en que se encontraba el lugar. Su madre no puso objeción al desesperado recurso de su hijo y se ofreció a echarle una mano, cosa que lo puso nervioso.

Tom se atrevió, no sin temor, a comentarle que se sentiría más cómodo y podría levantar de nuevo la cabeza si ella abandonaba el pueblo, y se disponía a argumentar esta opinión cuando ella lo interrumpió para darle la grata sorpresa de que así lo haría. No le importaba dónde vivir mientras obtuviera su dinero de forma regular. De modo que Roxy le comunicó que se marcharía, pero que no iría demasiado lejos para poder acudir a la casa encantada una vez al mes a recoger la cantidad establecida. Además, añadió:

—Hoy por hoy no te guardo demasiado odio, aunque durante un tiempo te aborrecí. Cualquiera lo hubiera hecho.

¿No decidí cambiarte y darte un buen nombre ofreciéndote una buena familia, haciéndote un hombre blanco y rico que viste ropa decente? ¿Y qué he tenido yo a cambio? Me has despreciado sin parar, siempre diciéndome cosas feas delante de todos y restregándome a la cara que era negra y…

Comenzó a llorar, derrumbándose. Tom le replicó:

—Pero sabes que yo ignoraba que eras mi madre. Además…

—No importa ya. Déjalo estar. —Luego agregó con brusquedad—: Y jamás me lo recuerdes otra vez o te arrepentirás, te lo advierto.

Al marcharse, Tom le preguntó de la forma más convincente que pudo:

—Madre, ¿te importaría decirme quién fue mi padre?

El joven suponía que había formulado una pregunta embarazosa, pero estaba equivocado. Roxy se recompuso con ademán altanero y añadió:

—¿Que si me importa? ¡Para nada! No hay nada de lo que avergonzarse de tu padre. Era de buena cuna, puro linaje de Virginia. Provenía de una familia de renombre, tan conocida como los Driscoll o los Howard. De lo mejorcito, vamos.

Continuó, si cabe, más envanecida aún:

—¿Te acuerdas del coronel Cecil Burleigh Essex que murió el mismo año que el padre del joven amo Tom Driscoll, y que acudieron todos los masones, viejos lugareños y representantes de las iglesias a su funeral, el más sonado que jamás haya visto este pueblo? Pues ése era tu padre.

Bajo la inspiración de tanta complacencia, recobró la mujer el encanto que el tiempo había echado a perder, y su porte adquirió esa dignidad de la que bien se habría podido extraer cierta traza real si el escenario hubiera acompañado.

—No hay negro en la región que tenga mejor estirpe que tú. Ahora, márchate. Y lleva la cabeza tan alta como quieras. Tienes todo el derecho, te lo garantizo.

Capítulo 10

> Todos dicen: «Qué desgracia que tengamos que morir». Extraño lamento este que proviene de quienes han tenido que vivir (*Almanaque de Wilson Cabezahueca*).

> Cuando estés enfadado, cuenta hasta diez; cuando estés muy enfadado, maldice todo lo que puedas (*Almanaque de Wilson Cabezahueca*).

De vez en cuando, ya dormido, Tom se despertaba súbitamente y su primer pensamiento era: «¡Oh Dios mío, todo ha sido un sueño!. —Después, se desplomaba sobre el lecho de nuevo y, entre sollozos, murmuraba—: ¡Negro! ¡Soy negro! ¡Ojalá me muriera ahora mismo!».

Ese día, ya al amanecer, volvió a sentir el horror de aquellos recurrentes pensamientos y decidió no entregarse más a su pesadilla traicionera. Comenzó a cavilar, y eran reflexiones como ésta las que le rondaban por la cabeza:

—¿Por qué unos son negros y otros blancos? ¿Qué delito cometió el primer negro antes de ser creado para que se le castigase desde el momento de nacer? ¿Por qué existe esa terrible diferencia entre negros y blancos?… ¡Qué duro me parece hoy el destino del negro! Y, sin embargo, hasta la noche pasada, jamás reparé en nada de esto.

Suspiró y gimoteó durante más de una hora. Después, «Chambers» entró para comunicarle que el desayuno estaba listo. «Tom» se ruborizó al ver a aquel aristocrático muchacho blanco en actitud servil ante él, un negro, llamándolo, además, «joven amo». En ese momento se dirigió al joven con malos modos:

—¡Fuera de mi vista! —y, cuando desapareció, continuó—: En realidad, el pobre desgraciado no me ha hecho nada, pero no puedo ni mirarlo. Él es un verdadero Driscoll, un joven caballero, y yo soy… ¡Ay, ojalá me muriera de una vez!

Una erupción descomunal, como la del Krakatoa [59] hace años, con los subsecuentes terremotos, nubes gigantescas de polvo volcánico y maremotos, cambian el aspecto del paisaje más allá de lo reconocible, allanando tierras encumbradas y elevando las bajas, convirtiendo en lagos lugares que antes eran desérticos, y en yermos verdes praderas. La tremebunda catástrofe que se cernía sobre Tom había cambiado su paisaje moral de manera similar a la descrita. Así, algunos de sus pensamientos más profundos se erigieron ahora como ideales a seguir, mientras que sus ideales anteriores se sumían en una oscura hondonada vestidos con el sayal y ceniza de pumita y coronados lastimosamente con el azufre.

Durante muchos días estuvo deambulando por lugares apartados con el propósito de pensar, pensar y pensar, intentando encontrar el norte. Todo era distinto. Si se cruzaba con alguien conocido, en vez de extender la mano para ofrecer un buen apretón casi de forma involuntaria, el brazo le colgaba inerte, insumiso ante el hábito de toda una vida que ahora, misteriosamente, había desaparecido. Era el *negro* que renacía en él el que le impulsaba a ser humilde, y le provocaba desconcierto y apocamiento. Y era el *negro* que llevaba dentro el que se sorprendía de la iniciativa del amigo de piel blanca que le ofrecía su mano. Era el *negro* que moraba en sus entrañas quien en las aceras cedía el paso al blanco holgazán y pendenciero. Cuando Rowena, su ser más querido, el centro de su más profunda y secreta adoración, lo invitaba cordialmente a su casa, era el *negro* que había en él el que no podía sino rechazar el ofrecimiento por miedo a tener que sentarse junto a los temibles blancos en una supuesta igualdad de condiciones. Era el *negro* de su interior el que hacía que anduviera rehuyendo ser visto casi de forma furtiva, creyendo detectar en la actitud, los rostros y gestos de la gente cierta suspicacia o, peor aún, que habían descubierto algo inesperado.

Su actitud se tornó tan extraña e impropia que la gente

acabó por darse cuenta de ello y volvían la cabeza a mirarlo al pasar por su lado. Cuando éste cruzaba la mirada con quienes lo observaban, ya que, a pesar de sus esfuerzos, no podía evitar hacerlo, y veía la expresión de perplejidad que alguien le dedicaba, se descomponía e intentaba desaparecer tan pronto como le era posible. Pronto comenzó a sentirse perseguido, por lo que decidió marcharse a las montañas en soledad. Se dijo a sí mismo entonces que la maldición de Cam había caído sobre él[60].

Incluso le horrorizaban los momentos de las comidas. El *negro* que habitaba en él se avergonzaba de compartir mesa con los blancos y temía ser descubierto todo el tiempo.

Una vez, el juez Driscoll le dijo:

—¿Pero qué es lo que te pasa? Esa actitud sumisa tuya me recuerda a un negro.

Al oír aquello, se sintió como el asesino cuando la voz acusadora le dice: «¡Culpable!». Con todo, Tom contestó que no se encontraba bien y abandonó la mesa.

El interés y la solicitud de su supuesta «tía» le producían estupor e intentaba evitarlos como podía. Además, poco a poco vio cómo crecía en él cierta aversión hacia el patriarca, pues se decía:

—Él es blanco y yo soy su mercancía, su propiedad. Me podría vender en cualquier momento como haría con un perro.

Transcurrida apenas una semana, Tom pensó que su carácter había sufrido un cambio extraordinario, pero eso se debía a que ni siquiera él mismo se conocía bien. De algún modo, sus convicciones habían experimentado un giro radical y jamás volverían a ser lo que un día fueron, pero la verdadera esencia de su personalidad no había cambiado ni lo haría nunca. Sin embargo, algunos aspectos de su naturaleza sí que se habían visto alterados, y el tiempo acabaría dando cuenta de las serias consecuencias de ello tarde o temprano.

Bajo la influencia de aquella gran agitación mental y moral, parecía que, efectivamente, se había producido una metamorfosis completa en sus modales y temperamento, pero, al tiempo, tras restaurarse una calma relativa, unos y otro volvieron a recobrar los rasgos característicos de antaño. Así,

poco a poco volvió a demostrar su insensible y frívola manera de actuar y hablar, de modo que ya nadie de su familia encontraba diferencia alguna entre éste y el Tom al que estaban acostumbrados.

Los robos que había estado perpetrando habían resultado más rentables de lo esperado, puesto que había conseguido reunir la cantidad suficiente para saldar la deuda que había contraído por el juego, evitando que se enterase su tío y que lo desheredase de nuevo. Por otra parte, su madre y él habían llegado a llevarse relativamente bien. Ésta no podía quererlo aún porque «no sentía nada», tal cual expresó ella misma, aunque su propia naturaleza necesitaba algo o a alguien a quien poder controlar, y tenerlo a él era mejor que no tener nada. El fuerte carácter y las formas un tanto autoritarias de su madre despertaban cierta admiración en Tom, si bien, en su opinión, abundaban en demasía.

En cualquier caso, las conversaciones de Roxy estaban repletas de animado chismorreo sobre la vida privada de las familias importantes de Dawson's Landing que le contaban los esclavos cuando se pasaba a recolectar todo lo que podía de las cocinas cada vez que iba al pueblo, y a Tom le divertía oírla. En realidad, se parecían. Siempre cobraba lo acordado de forma puntual, y él se quedaba un rato en la casa encantada con ella para charlar aprovechando la ocasión. También de tanto en tanto su madre le hacía una visita a él.

Esporádicamente, Tom hacía escapadas a San Luis durante unas semanas y, al final, volvió a caer en la tentación. Ganó mucho dinero, pero lo perdió todo y mucho más, y prometió devolverlo cuando pudiera. Es por esta razón por la que planeó nuevos saqueos en su propio pueblo. Nunca se aventuró a robar en otros lugares, ya que no se atrevía a irrumpir en hogares en los que desconocía las costumbres de quienes los habitaban ni tampoco sus entradas y salidas.

El miércoles anterior a la llegada de los gemelos, tras escribir a su tía Pratt para comunicarle que no regresaría hasta pasados dos días, llegó de incógnito a la casa encantada.

Permaneció allí, pues, escondido con su madre hasta un poco antes del amanecer del viernes, momento en el que se dirigió a casa de su tío y entró por la puerta de atrás con su propia llave, y subió sigilosamente hasta su habitación, donde disponía de un espejo y de artículos de tocador. Llevaba puesto un atuendo de su madre, con guantes negros y velo, pero tenía guardado un vestido de mujer en un fardo que traía con el objetivo de ir disfrazado durante su fechoría. Al alba ya se encontraba preparado para el asalto, pero vio a Wilson Cabezahueca al otro lado de la calle, y sabía que éste también había reparado en su presencia. De modo que entretuvo a Wilson con gestos y aspavientos durante un rato y, entonces, desapareció para ponerse el otro disfraz. Más tarde, se dispuso a abandonar la casa por la puerta de atrás y se adentró en el pueblo para hacer un reconocimiento del escenario de su inminente vileza.

Los nervios se habían apoderado de él. Había vuelto a ponerse el vestido de Roxy, añadiendo al atavío un cierto caminar encorvado propio de la vejez para que Wilson, en caso de que continuara espiando, no sospechara de una humilde anciana que salía de la casa del vecino por la puerta trasera a primera hora de la mañana. Pero ¿y si Wilson lo hubiera visto, conjeturara algo y lo hubiera seguido? Este pensamiento le produjo un escalofrío, por lo que cesó en su empeño aquel día y se dirigió a la casa encantada a toda prisa por el camino más lóbrego que encontró. Su madre no estaba en ese momento, pero llegó más tarde con la noticia de la gran recepción en el hogar de Patsy Cooper, y pronto lo convenció de que, de lo perfecta que se presentaba, la ocasión parecía un regalo del cielo. Así que, después de todo, se puso manos a la obra otra vez y cosechó un gran éxito ahora que todo el mundo se encontraba en casa de tan generosa anfitriona. Aquella victoria le infundió valor e incluso intrepidez, hasta el punto de que, después de compartir con su madre en un oscuro callejón todo lo acopiado en aquellos hogares, se presentó él también en la residencia de Patsy Cooper y añadió varios enseres valiosos de la casa a su colección de objetos sustraídos.

Después de esta larga digresión, hemos llegado al punto en

el que Wilson Cabezahueca, mientras esperaba la llegada de los gemelos el viernes por la noche, reflexionaba sobre la extraña aparición de la mañana, esto es, sobre la mujer de la habitación del joven Tom Driscoll. Y en estas cavilaciones se encontraba sumido, inquieto, curioso y desconcertado, preguntándose quién podría ser aquella descarada criatura.

Capítulo 11

Hay tres maneras infalibles de complacer a un autor, y las tres, en cuanto a elogios se refiere, conforman una escala ascendente. La primera es decirle que has leído uno de sus libros. La segunda, decirle que los has leído todos. La tercera, pedirle que te deje leer un esbozo del próximo. La número uno dejará ver que lo respetas; la dos, que lo admiras; y la número tres te llevará directamente a su corazón (*Almanaque de Wilson Cabezahueca*).

Y en cuanto al adjetivo, en caso de duda, elimínalo (*Almanaque de Wilson Cabezahueca*).

Los gemelos llegaron enseguida y la conversación comenzó. Se trataba de una charla distendida y, en estas circunstancias favorables, la nueva amistad fue tomando solidez. Bajo petición, Wilson sacó su almanaque y leyó un par de párrafos que los gemelos elogiaron cordialmente. Aquello complació al autor de tal manera que aceptó con gusto prestarles algo más de su trabajo para que lo leyeran en casa. Y es que en el transcurso de sus muchos viajes habían aprendido que hay tres maneras seguras de complacer a un escritor, y estaban poniendo en práctica la más eficaz de las tres.

Al momento, se produjo una interrupción. El joven Tom Driscoll hizo aparición y se unió al grupo. Fingió que era la primera vez que veía a los distinguidos invitados cuando se pusieron en pie para estrecharle la mano, pero era todo un ardid, ya que bien les había echado el ojo durante la recepción mientras arramblaba con todo lo que podía de la casa. Los gemelos se percataron de su rostro lampiño y ciertamente atractivo, así como de su gesto desenvuelto y moderado; una

persona agradable al trato, de hecho. Angelo pensaba que tenía una mirada avispada, pero Luigi, por su parte, detectó algo sombrío y malicioso en él. El primero consideraba que tenía una forma desenfadada de hablar que resultaba encantadora; el segundo, que era más descuidada que otra cosa. Angelo opinaba que era un tipo simpático, mientras que Luigi se reservaba su opinión. La primera contribución de Tom a la tertulia fue una pregunta para Wilson que ya le había formulado en otras muchas ocasiones. Siempre otorgaba a dicha cuestión un aire de ingenuidad, y siempre también había conseguido provocar esa pequeña punzada que se siente cuando se reabre una pequeña herida, aunque en este caso el dolor fue mucho más intenso, puesto que había desconocidos presentes.

—Bueno, y ¿qué tal la abogacía? ¿Lleva ya algún caso?

Wilson se mordió los labios y contestó con toda la indiferencia que pudo reunir:

—No, aún no.

El juez Driscoll había obviado el tema del derecho al hablar de Wilson con los gemelos. Tom soltó una carcajada y declaró:

—Caballeros, Wilson es abogado, aunque no ejerce en estos momentos.

El sarcasmo con el que se refería a él lo hirió profundamente, pero consiguió mantener el tipo para contestar sin alterarse:

—No ejerzo, es cierto. Y también es verdad que nunca he llevado ningún caso y que he tenido que ganarme la vida durante veinte años como contable en un pueblo donde tampoco me resulta fácil hacerme con libros de cuentas que desentrañar con la frecuencia que me gustaría. Sin embargo, es indiscutible que estoy bien preparado en el campo de las leyes. A tu edad, Tom, yo ya había escogido mi profesión, y muy pronto reuní los requisitos necesarios para dedicarme a ella. —Al oír esto, Tom hizo una mueca—. Nunca he tenido la oportunidad de demostrar mi valía, y puede que nunca la tenga. Pero, si algún día me llega la ocasión, estaré perfectamente capacitado, ya que he continuado estudiando todos estos años.

—¡Muy bien! ¡Qué agallas! Así me gusta. Estoy pensando en poner mis negocios en sus manos, ya que, con su sabiduría, haríamos un equipo invencible, Dave —y Tom se echó a reír de nuevo.

Wilson pensó en la muchacha de la habitación del joven y le hubiera gustado decir: «Si pusiera en mis manos sus subrepticios y desprestigiados negocios, algo podríamos sacar». Pero no lo hizo y, en cambio, contestó:

—Bueno, ese asunto no es para tratarlo ahora.

—Como quiera. Cambiemos de tema, pues. Supongo que estaba a punto de lanzarme otra pulla, así que no me vendrá mal que dejemos ahí la conversación. ¿Qué novedades tiene del Gran Misterio? Wilson tiene la intención de dejar al mercado sin cristalitos lisos para decorarlos con huellas grasientas y hacerse rico vendiéndolos a precios desorbitados a la realeza europea para que adornen con ellos sus palacios. Sáquelos, Dave.

Wilson mostró tres de sus láminas y comentó:

—Le pido al sujeto que se pase los dedos de la mano derecha por el pelo para que se impregnen de una fina capa de grasa natural y, después, que presione las yemas contra el cristal. Las huellas se quedan de este modo impresas, y así permanecen si no entran en contacto con nada que las borre. Comience usted, Tom.

—¿Por qué? Ya ha tomado muestras mías en otras ocasiones.

—Sí, pero era usted muy joven, tendría unos doce años.

—Así es. Desde luego, he cambiado bastante desde entonces y a los monarcas lo que les gusta es tener variedad, supongo.

Restregó ligeramente los dedos contra su corta cabellera y dejó una tras otra las marcas sobre un cristal, al igual que hicieron también Angelo y Luigi sobre los suyos. Seguidamente, Wilson escribió los nombres y la fecha en los ejemplares recogidos y los guardó. Tom, de nuevo entre risas, comenzó:

—No pensaba decir nada, pero si lo que busca es diversidad ha malgastado usted uno de sus cristalitos. Se supone que la huella de un gemelo es igual a la del otro.

—Bueno, ahora ya está hecho. De todos modos, prefiero tener ambas —replicó Wilson queriendo volver a sentarse.

—Pero espere, Dave —prosiguió Tom—. También leía la buenaventura si no me equivoco. Dave es muy versátil, un genio de primera, un gran sabio intentando labrarse fama en este pueblo; todo un profeta que goza del poco prestigio que se les da en su propia tierra, porque a los lugareños les tiene sin cuidado su ciencia, y consideran que su cabeza es una fábrica de majaderías. ¿No es así, Dave? Pero no importa. Un día dejará huella, huella digital, ya ven, ¡ja, ja! Deben dejarle echar un vistazo a sus manos. ¡Verán cómo vale la pena por el precio de la entrada o, de lo contrario, se les devolverá el dinero! Leerá sus palmas con la facilidad con la que se lee algo en papel, y no sólo les dirá cincuenta cosas que les van a ocurrir, sino que también les contará otras cincuenta mil que nunca verán. ¡Venga Dave, venga y demuestre a los señores qué lumbrera tienen en el pueblo por descubrir!

A Wilson se le notaba en el rostro el malestar que la persistente y desconsiderada guasa le provocaba, y los gemelos sufrían con y por él. Con reflejos, tuvieron a bien considerar que la mejor manera de protegerlo de tanto sarcasmo era tomarse aquel asunto en serio, tratándolo con respeto e ignorando la mofa manifiesta de Tom, de modo que Luigi apuntó:

—Hemos visto practicar la quiromancia durante nuestros viajes y conocemos las cosas asombrosas que encierra. Si no es pura ciencia, y una de las más sustanciales, además, no sé con qué otro nombre podríamos referirnos a ella. En Oriente…

Entonces, con ojos llenos de sorpresa e incredulidad, Tom inquirió:

—¿Esa mera distracción una ciencia? Debe estar usted de broma.

—Por supuesto que no. Hace unos cuatro años nos leyeron las manos como si de un libro abierto se tratase.

—¿Quiere decir que realmente esa persona tenía un don? —preguntó Tom al tiempo que decrecía su desconfianza.

—Ya lo creo —contestó Angelo—. Dio en el clavo con nuestra personalidad. Ni nosotros mismos habríamos sido tan

certeros. Después, sacó a la luz un par de acontecimientos trascendentales que nos habían ocurrido, cosas de las que, aparte de nosotros, nadie más podía tener conocimiento.

—¡Pura brujería! —exclamó Tom, cada vez más interesado—. ¿Y acertó con lo que iba a pasarles en el futuro también?

—En general, sí —respondió Luigi—. Algunas de las predicciones más reveladoras ya se han cumplido. De hecho, la más significativa de todas tuvo lugar ese mismo año. Otras de menor calado también, y algunas otras más o menos importantes aún están por ver y, desde luego, también cabe la posibilidad de que nunca lleguen a realizarse. Con todo, me sorprendería más si no llegaran a cumplirse que lo contrario.

Tom, que mantenía el semblante serio y estaba profundamente impresionado, añadió, disculpándose:

—Dave, no era mi intención menospreciar sus cualidades. Sólo bromeaba, bueno, cotorreaba, mejor dicho. Me gustaría de verdad que les leyese las manos. ¿Lo hará?

—Cómo no, si así lo desean. Pero recuerden que no soy un experto en esto ni lo pretendo ser. Cuando un acontecimiento pasado ha dejado una gran huella en forma de línea, normalmente puedo detectarlo, pero las menudencias se me pueden escapar, no siempre, eso es verdad, pero alguna vez sí. Sin embargo, no me encuentro cómodo leyendo el futuro. Quien me oiga hablar creerá que practico la quiromancia todos los días, pero no es así. No habré visto más de media docena de manos en los últimos años. Ya saben que la gente se lo suele tomar a chanza, por lo que preferí no continuar con esto para evitar habladurías innecesarias. Le diré lo que haremos, conde Luigi: lo intentaré primero con el pasado, y si va bien… No, mejor dejar el futuro en manos de un experto.

Tomó la mano de Luigi, pero de repente Tom exclamó:

—¡Espere! ¡No la mire aún! Conde Luigi, aquí tiene papel y lápiz. Anote aquí ese suceso tan señalado que nos ha contado que le ocurrió el mismo año en que se lo vaticinaron y deme la nota para ver si Dave es capaz de interpretarlo en su mano.

Luigi escribió algo en privado, dobló el papel y se lo entregó a Tom a la vez que le comentó:

—Le diré cuándo tiene que leerlo si lo adivina.

Wilson comenzó el estudio de la palma de Luigi, rastreando la línea de la vida, la del corazón, inteligencia y el resto, percatándose cuidadosamente de la relación que éstas mantenían con la maraña de otras más sutiles que las cruzaban en todas direcciones. Se detuvo en la mullida almohadilla de la base del pulgar, palpando su forma, y también reconoció el costado carnoso de la mano entre la muñeca y el nacimiento del meñique. Examinó los dedos de manera minuciosa, observando la forma, proporción y la caída natural de éstos cuando estaban en reposo. Entre tanto, sus tres espectadores, con las cabezas volcadas con gran interés sobre la mano de Luigi, seguían mudos. Entonces, Wilson se dispuso a estudiar la extremidad en cuestión con más detenimiento y empezó a pronunciarse. Esbozó el temperamento de Luigi, sus gustos, aversiones, aficiones, excentricidades y ambiciones con tal detalle que fue provocando a la vez el miedo y la risa del susodicho, y ambos gemelos declararon abiertamente que Wilson estaba realizando la demostración con gran maestría.

Lo siguiente fue inspeccionar el pasado de Luigi. Procedió a ello con cierta cautela, deslizando sus dedos a lo largo de las líneas más profundas que encontraba y parándose de vez en cuando en las llamadas «estrellas[61]» o marcas similares, para a continuación ponerse a escrutar los alrededores meticulosamente. En ese momento, describió un par de acontecimientos pasados que Luigi pasó a confirmar y reemprendió la búsqueda de nuevo. De pronto, Wilson levantó la mirada sorprendido:

—Aparece la señal de un incidente que quizá no quiera que yo…

—Dígalo —le animó Luigi con toda tranquilidad—. Sea lo que sea le aseguro que no me molestará.

Sin embargo, Wilson todavía se mostraba dubitativo, sin saber bien realmente qué hacer. Entonces, continuó:

—Creo que el asunto es demasiado delicado para que… Pienso que sería mejor que lo escribiese o que se lo dijese al oído y así usted podría valorar si quiere que lo diga en voz alta o no.

—Me parece bien —contestó Luigi—. Escríbalo.

Wilson apuntó unas palabras en un trozo de papel y se lo dio a Luigi, quien, tras haberlo leído, manifestó:

—Lea usted el suyo, señor Driscoll.

Y Tom procedió:

—«Me pronosticaron que mataría a un hombre, y así pasó en el transcurso de ese mismo año».

—¡Cielo Santo! —exclamó Tom.

Luigi pasó el papel de Wilson a Tom.

—Lea este ahora.

—«Ha matado a alguien, pero no acierto a decir si es hombre, mujer o niño».

—¡Por el espectro de César[62]! —soltó Tom esta vez—. ¡Esto supera cualquier cosa que haya oído antes! ¡Vaya, lo que uno menos espera es que su propia mano sea su más mortal enemigo! Piénsenlo. La palma guarda celosamente los secretos más inconfesables de un hombre y espera traicioneramente a poder delatarlo ante cualquier practicante de magia negra que aparezca. ¿Por qué se deja teniendo impreso en su mano tan terrible episodio?

—Oh —objetó Luigi con serenidad—, no me importa. Maté a aquel hombre por una buena razón y no me arrepiento.

—¿Y cuál fue?

—Bueno, era necesario que muriera.

—Yo les diré por qué lo hizo, ya que él no lo hará —saltó Angelo de forma afectuosa—. Lo mató para salvarme la vida. Ésa es la razón. De modo que se trata de un acto noble y no de algo que tenga que ocultarse.

—Sin ninguna duda —se apresuró a decir Wilson—. Hacer algo así para proteger a un hermano es un acto de gran valentía.

—Vamos a ver —continuó Luigi—. Agradezco sus comentarios, pero las circunstancias que acompañan al hecho no merecen estas grandes palabras de generosidad, heroísmo ni magnanimidad. En realidad, pasa usted por alto un detalle. Imagínese que yo no hubiera salvado la vida de Angelo, ¿qué hubiera pasado con la mía? Si hubiera dejado que aquel hombre lo matara, ¿no me habría él matado a mí también? Ya

ve que lo que hice en realidad fue salvar mi propia vida[63].

—Bueno, eso es lo que tú dices —salió al paso Angelo—. Te conozco de sobra, y bien sé que no pensaste en ti. Aún guardo el arma con el que Luigi acabó con aquel hombre y ya se la mostraré algún día. Por cierto, su procedencia acrecienta el interés que ésta pueda despertar tras lo sucedido. Se la regaló un gran príncipe indio, el Gaekwad de Baroda[64], a cuya familia había pertenecido por espacio de dos o tres siglos. Aquel arma había segado la vida de unos cuantos ingratos que osaron en su momento alterar la paz de tal hogar. En apariencia no tiene nada de especial, excepto que no es igual que otros cuchillos, o puñales, o como quiera que se les llame. Se la dibujaré para que lo comprendan mejor.

Tomó un trozo de papel e hizo un esbozo rápidamente.

—Con esto se pueden hacer una idea. Una hoja ancha y certera, de bordes tan afilados como una cuchilla. Los símbolos grabados en ella representan las iniciales o los nombres de su larga lista de poseedores. Mandé añadir el nombre de Luigi con letras del alfabeto latino y nuestro escudo de armas como puede ver. Vea qué mango tan curioso. Está fabricado con sólido marfil bruñido cual espejo, de unas cuatro o cinco pulgadas de longitud, redondo y tan grueso como la muñeca de un hombre corpulento, con el extremo plano para poder apoyar el pulgar. Así, se empuña con el pulgar sobre la punta lisa, de este modo, se levanta para coger impulso y se hunde con firmeza. El Gaekwad nos mostró cómo se hacía cuando se la entregó a Luigi y, antes de que amaneciera, ya lo había utilizado, y el Gaekwad contó con un hombre menos como resultado. La vaina está adornada con magníficas piedras preciosas de gran valor. De hecho, comprobarán que la funda misma tiene mucho más atractivo que el puñal.

Tras esto, Tom se dijo:

—Menos mal que he venido. Habría vendido la daga por casi nada. Supuse que las piedras eran meras baratijas.

—Continúe, continúe. No pare —se apresuró a decir Wilson—. Tenemos mucha curiosidad por oír qué pasó en el homicidio. Cuéntenoslo todo.

—Bueno, pues, brevemente, el machete fue el culpable en

todos los sentidos. Un sirviente nativo entró sigilosamente por la noche en nuestro aposento dentro de palacio para matarnos y robar el cuchillo por la fortuna incrustada en la vaina, sin duda. Luigi lo escondía bajo la almohada y ambos compartíamos el lecho. El cuarto estaba iluminado por una tenue luz proveniente de una lámpara encendida. Yo dormía, pero Luigi estaba despierto y creyó ver la silueta de alguien que se acercaba a la cama. Desenfundó el arma y se preparó. Tengan en cuenta que, como hacía calor y no era necesaria, no estábamos tapados por ninguna colcha. De pronto, el nativo apareció junto a nosotros y se abalanzó sobre mí mientras levantaba con su mano derecha un puñal que apuntaba a mi garganta. Luigi lo agarró por la muñeca, lo derribó al suelo y dirigió su propia daga al cuello de aquel desdichado. Ésa es la historia.

Wilson y Tom suspiraron entonces profundamente y, tras una larga conversación sobre lo ocurrido, Cabezahueca, tomando la mano de Tom, manifestó:

—Tom, la verdad es que nunca he tenido la ocasión de ver sus palmas. Quizá usted tenga también algún secretillo… ¡Vaya, vaya!

Tom retiró deprisa la mano y parecía confuso.

—¡Se está ruborizando! —saltó Luigi.

Tom lo fulminó con la mirada y contestó:

—¡Bueno, pero no porque sea un asesino!

El semblante de Luigi cambió y, antes de que pudiera articular palabra, Tom se apresuró a añadir:

—Oh, le pido mil perdones. No quería decir eso. Me ha salido sin pensarlo y lo siento profundamente, debe creerme. ¡Perdóneme!

Wilson se lanzó al rescate y apaciguó los ánimos como pudo. Su estrategia funcionó con respecto a los mellizos, ya que éstos sentían más la afrenta que le habían causado las malas maneras de Tom al anfitrión que el mismo insulto a Luigi. Sin embargo, con el ofensor no tuvo tanta fortuna. Tom parecía haberse quedado tranquilo, o por lo menos sus gestos así lo exteriorizaban, pero en el fondo sentía un profundo resentimiento hacia los tres testigos de su mal pronto. De

hecho, estaba tan irritado de que lo hubieran visto así que olvidó que con el único que habría de estar molesto por su actitud era consigo mismo.

Sea como fuere, acto seguido ocurrió algo que lo alivió, y que le hizo recuperar cierta afabilidad. Y es que surgió una pequeña discusión entre los mellizos. No era una gran disputa, pero sí una rencilla al fin y al cabo, con lo que pronto acabaron enojados el uno con el otro. Tom estaba tan encantado con la nueva situación que ya se cuidó de que no se notara que hacía lo posible por acrecentar el malestar entre ambos, aun fingiendo seguir los dictados de la más absoluta integridad. Su concurrencia avivó el fuego sobremanera, y habría acabado viendo cómo estallaba todo por los aires si no hubiera sido porque llamaron en ese momento a la puerta, una interrupción que a él le importunó tanto como a Wilson reconfortó. Fue éste quien acudió a abrir.

Se trataba de un gentil pero ramplón y nervioso irlandés de mediana edad que respondía al nombre de John Buckstone, un gran político, aunque no muy conocido, que siempre acababa entrometiéndose en temas de interés general cualesquiera que éstos fueran. En esos momentos, uno de los asuntos en el candelero estaba relacionado con el ron. Existía un gran grupo a favor del consumo del mencionado licor y otro en contra [65]. Buckstone militaba en el círculo defensor de la susodicha bebida, y lo habían mandado a invitar a los gemelos a una de las reuniones que mantenían los de su facción. De esta manera, les transmitió el mensaje y les comunicó que el resto ya estaba acudiendo al salón de actos que se encontraba encima del mercado. Luigi aceptó encantado, mientras que a Angelo, aunque también accedió a asistir, no le apetecía tanto, ya que no le agradaban las grandes aglomeraciones y tampoco era dado a los fuertes licores de los norteamericanos. De hecho, incluso algunas veces pasaba por abstemio total, esto es, sobre todo, cuando era prudente serlo.

Los gemelos, pues, acompañaron a Buckstone, y Tom Driscoll, sin que nadie lo invitara, se unió al grupo. Al acercarse al pueblo, divisaron a lo lejos una hilera fluctuante de antorchas que descendía por la calle mayor al tiempo que se

escuchaba el ensordecedor sonido que producían el bombo, los platillos y el chillido de un par de pífanos, complementado todo con el rugido de remotos vítores. La cola de la comitiva ya se encontraba subiendo las escaleras del mercado en el momento en que los gemelos la alcanzaron y, cuando llegaron a la sala, ésta se hallaba repleta de teas, humo, ruido y mucho entusiasmo. Buckstone los guió hasta la tribuna, con Tom detrás, y los presentó al presidente en medio de un enorme estallido de júbilo. Tras calmarse el bullicio, aquel dirigente propuso que los invitados fueran «aceptados, por clamor popular, como miembros de nuestra gloriosa organización, el paraíso de los libres, la perdición de los esclavos».

Esta expresiva locución dio paso de nuevo a un frenesí desmedido, produciéndose el nombramiento por votación unánime. La muchedumbre vociferó:

—¡Que se estrenen! ¡Que se estrenen! ¡Que beban algo!

Acto seguido, les pasaron dos vasos de *whisky*. Luigi levantó el suyo y después se lo acercó a los labios, pero Angelo lo dejó posar, lo que provocó un gran murmullo:

—¿Qué le pasa al otro? ¿Por qué el rubio no cumple con la tradición? ¡Que se explique! ¡Que se explique!

El presidente hizo sus pesquisas y, tras esto, se dirigió al público:

—Hemos cometido un grave error, caballeros. Me parece que el conde Angelo Capello no comulga con nuestro credo. De hecho, es abstemio, y no tenía la menor intención de unirse a nosotros. Es su deseo que se reconsidere la elección. ¿Cuál es la voluntad de los presentes?

Hubo carcajadas acompañadas de silbidos y abucheos, y sólo a golpe de mazo se pudo restablecer el orden. Entonces, salió al paso un hombre para decir que, si bien lamentaba el desliz, no era oportuno rectificar en aquel instante. De acuerdo con los estatutos, era preceptivo dejarlo para la siguiente asamblea ordinaria. No propuso ninguna moción, puesto que no fue necesario. Quiso disculparse ante el caballero en nombre de la congregación y le aseguró que los Hijos de la Libertad[66], por lo que a ellos respectaba, harían que su membresía temporal resultara lo más agradable posible.

Esta intervención fue recibida con una gran ovación entremezclada con gritos tales como: «¡Así se habla! ¡Es un buen tipo, aunque no beba nada! ¡Bebamos nosotros a su salud con un buen trago sin dejar ni una gota!».

Alzaron los vasos y los que se hallaban sobre el estrado le dedicaron un brindis mientras todos los asistentes entonaban con todas sus fuerzas:

Porque es un chico excelente.
Porque es un chico excelente.
Porque es un chico excelenteeeee,
Y siempre lo será.

Tom Driscoll también bebió. Y era su segunda copa, ya que se había bebido la de Angelo después de que éste la rechazara. Ambas lo achisparon, casi lo idiotizaron, y empezó a participar de forma activa en lo que allí acontecía, siguiendo la música e inmiscuyéndose en todo comentario y alboroto.

Quien parecía conducir aquel acto todavía se encontraba en el cadalso con los gemelos a su lado. El extraordinario parecido de los hermanos despertó la agudeza de Tom Driscoll y, justo en el momento en el que el presidente se disponía a decir unas palabras, Tom dio un salto al frente y manifestó con la confianza del beodo:

—Muchachos, propongo que se calle el presidente y que sea esta doble almendra humana [67] la que nos dé un discurso.

La imagen que aquella gráfica frase creó en la mente del público provocó un sinfín de risotadas.

La sangre meridional que corría por las venas de Luigi empezó a hervir ante la afrenta proferida delante de cuatrocientos desconocidos. No formaba parte de la naturaleza del joven dejar pasar agravios como éste o posponer un merecido ajuste de cuentas. De modo que se adelantó hasta ponerse detrás del desprevenido burlón. Entonces, se retiró para tomar impulso y le propinó una patada con tantas ganas que levantó a Tom por encima de las candilejas hasta enviarlo sobre las cabezas de los Hijos de la Libertad de la primera fila.

Si a alguien que no ha bebido ya no le hace gracia que le

caiga nadie encima, especialmente cuando no se ha hecho nada para merecer tal carga, menos aún le agrada a quien está bajo los efectos del alcohol. En el nido de los Hijos de la Libertad en el que Driscoll había caído, no quedaba ni un solo pajarillo sobrio. En realidad, no quedaba ni uno en toda la sala. De inmediato, se deshicieron de Driscoll y, con toda su furia, lo lanzaron sobre los que estaban en la fila siguiente, y éstos hicieron lo propio con los de más atrás, quienes se enzarzaron a puñetazos con los de la primera fila por el inesperado regalo. Esto fue lo que aconteció banco tras banco mientras Driscoll volaba literalmente por el aire hacia la puerta, dejando atrás a una muchedumbre iracunda peleándose e insultándose cada vez con más violencia.

Los contendientes trataban a golpes las antorchas encendidas y, de repente, por encima del atronador ruido del mazo sobre la mesa, el vocerío y el crujir de los maltrechos asientos, se pudo escuchar el grito paralizador de «¡
FUEGO
!».

La pelea se detuvo por completo y la batahola cesó. Durante un instante se hizo un silencio sepulcral donde segundos antes se desataba una tormenta. Entonces, fruto de un impulso, la multitud recobró la energía y todos empezaron a correr atropelladamente de aquí para allá, saliendo como podían por puertas y ventanas y despejando así aquel abarrotado lugar.

Nunca antes los bomberos habían estado tan a mano, pues apenas había unos metros entre el retén, que colindaba con el mercado a la parte de atrás, y el lugar de los hechos. Contaban con una unidad de carros bomba y otra de escaleras giratorias. La mitad de cada una de ellas estaba compuesta por partidarios del alcohol y la otra mitad por opositores, según el dictado ético y político del «por partes iguales» propio de los pueblos fronterizos de entonces. Unos cuantos abstemios empezaron a ocuparse sin demasiada prisa de equipar el carro con lo necesario. En unos minutos se pusieron las chaquetas rojas y los cascos, pues nunca actuaban de manera oficial sin el uniforme y, mientras la multitud salía por la hilera de ventanas

haciendo añicos los cristales y se tiraban al tejado de los soportales, los bomberos los fueron recibiendo con un buen chorro de agua que, o bien derribaba de los techados a algunos, o bien casi ahogaba a los otros.

No obstante, todos preferían el agua al fuego, y la estampida por las ventanas continuó, al igual que el implacable diluvio, hasta que el edificio quedó completamente vacío. Después, los bomberos se dirigieron al salón principal y lo inundaron con agua suficiente como para extinguir un fuego cuarenta veces mayor que el que se había producido allí. Y es que una brigada de pueblo no tiene muchas ocasiones de lucirse, de modo que, cuando la tienen, intentan dar lo mejor de sí mismos. Así, los ciudadanos de aquel lugar, sensatos y precavidos como eran, no contrataban seguros contra incendios, sino contra los mismos bomberos.

Capítulo 12

El valor es poder resistirse al miedo, dominarlo, y no la ausencia de éste. Si alguien no es un poco cobarde, decir que es valiente nunca será un cumplido, sino una mala interpretación del término. Consideremos a la pulga. Sin duda ni comparación, el ser más valiente que Dios creó, si valentía es ignorar el miedo. Tanto si dormimos como si no, siempre nos atacará, sin importarle lo más mínimo que en tamaño y fuerza seamos lo mismo que lo que un ejército armado es para un lactante. Vive noche y día abrazada al peligro, desafiando constantemente la presencia de la muerte y, no obstante, no siente más miedo que el hombre que pasea por una ciudad con la tranquilidad de saber que el último terremoto que allí ocurrió fue hace más de diez siglos. Cuando nos referimos a Clive, Nelson y Putnam [68] como hombres que «no sabían lo que era el miedo», deberíamos añadir también a la pulga, poniéndola, además, a la cabeza de la lista (*Almanaque de Wilson Cabezahueca*).

A las diez de la noche del viernes, el juez Driscoll ya estaba durmiendo en la cama para, antes del amanecer, ir a pescar con su amigo Pembroke Howard. Ambos habían crecido juntos en Virginia cuando ésta aún ostentaba el rango del estado más influyente de la Unión y le adjuntaban afectuosamente el adjetivo «antigua» cuando mencionaban su nombre. En Missouri, a cualquiera que procediera del Viejo Dominio [69] se le reconocía cierta superioridad, que se elevaba a supremacía cuando alguien de tal origen podía demostrar, a su vez, que descendía de las Primeras Familias de aquella distinguida comunidad. Los Howard y los Driscoll pertenecían a este destacado grupo. A sus ojos, eran pura nobleza, con sus leyes tácitas, tan estrictas y bien definidas como el resto de

ordenanzas que rigen nuestra tierra.

El descendiente de las Primeras Familias nacía caballero, y su principal objetivo en la vida era velar por aquel gran legado y alejarlo de todo ultraje. Su honor estaba por encima de todo. Aquel código de conducta era un oráculo y marcaba su vida. Una desviación de la aguja de bitácora de tan sólo medio grado conllevaba el naufragio de su honor, esto es, descender en la escala de su distinguido abolengo. Las leyes que dictaban sus pasos podrían fácilmente entrar en conflicto con sus principios, y éstos debían ceder. En tales proclamas no cabía relajación para dar cobijo a creencias de ningún tipo. La honra era lo primero y las reglas definían en qué consistía aquélla y de qué modo difería del honor que delimitaban los credos religiosos y las costumbres sociales de algunas facciones menores de la tierra que quedaron excluidas cuando se establecieron las sagradas fronteras de Virginia.

Si al juez Driscoll se le reconocía como el primer ciudadano ilustre de Dawson's Landing, Pembroke Howard era, sin duda, el segundo. Le llamaban «el gran legista»; un título que se había ganado a pulso. Ambos contaban la misma edad, un año o dos por encima de los sesenta. Aunque Driscoll era librepensador y Howard un convencido presbiteriano, la profunda amistad que los unía salvaba todas las diferencias. Eran hombres cuyas opiniones se sabían fundamentadas, y no admitían rectificación, crítica o matización alguna por parte de nadie, ni siquiera de sus amistades.

El día de pesca tocó a su fin. Regresaban río abajo en su esquife charlando sobre política nacional y otros asuntos de gran trascendencia cuando se cruzaron con otra barca procedente del pueblo que transportaba a un hombre que les dijo:

—Supongo que sabrá que uno de los gemelos agredió a su sobrino ayer por la noche, juez.

—¿Que hizo qué?

—Le arreó una buena patada.

Los labios del juez palidecieron y sus ojos comenzaron a

encenderse. La ira ahogaba sus palabras, pero, al final, logró contestar:

—Bien, bien. Siga. Cuénteme todos los detalles.

Así lo hizo el hombre y, cuando acabó, el juez permaneció en silencio durante un minuto, imaginándose la bochornosa escena con su sobrino volando por encima de las candilejas. Pasados unos segundos, y como si pensara en voz alta, manifestó:

—Hum… No lo entiendo. Estaba en casa durmiendo y no me despertó. Seguramente pensó que podía encargarse él mismo del asunto sin contar conmigo.

El orgullo que le provocaba aquel pensamiento recompuso su rostro, y continuó con cierta complacencia:

—Me gusta que haya sido así. Es la sangre de la familia, ¿eh, Pembroke?

Howard sonrió forzadamente asintiendo con la cabeza a la vez. Entonces, el confidente prosiguió:

—De todas maneras, Tom ganó el juicio contra el gemelo.

El juez se quedó mirando extrañado al sujeto y le preguntó:

—¿Juicio? ¿Qué juicio?

—Sí, hombre. Tom lo llevó ante el juez Robinson por agresión con lesiones.

El anciano se encogió como si hubiera recibido un golpe mortal. Howard se apresuro a socorrerle, ya que mostraba síntomas de desvanecimiento y se lo apoyó contra sí mismo para recostarlo finalmente en la embarcación. Le mojó la cara con agua y, tras esto, se dirigió al estupefacto cronista:

—Márchese antes de que vuelva en sí y lo vea aún aquí. Ya ve el efecto que le ha producido su insensata charlatanería. Debería haber tenido la consideración de no soltar tanta cruel calumnia.

—De veras que lo siento, señor Howard, y no habría dicho nada si hubiera sabido las consecuencias que mis palabras acarrearían, pero no son difamaciones. Todo lo que les he dicho es la pura verdad.

Se alejó remando. Instantes después, el juez se recuperó de su desmayo y observó apesadumbrado aquel rostro compasivo que se vencía sobre él.

—¡Dígame que no es cierto, Pembroke! ¡Dígamelo! —suplicó con debilidad.

La voz que le respondió lo hizo sin ninguna flaqueza:

—Amigo mío, sabe usted que es mentira tanto como yo. Tom lleva en sus venas una de las sangres más puras de Virginia.

—¡Que Dios lo bendiga por sus palabras! —exclamó el viejo caballero con fervor—. ¡Qué golpe tan duro habría sido!

Howard estuvo en todo momento al lado de su amigo y lo acompañó a casa y entró con él. Había pasado la hora de la cena y estaba todo oscuro, aunque el juez no pensaba en comer precisamente. Estaba ansioso por escuchar la refutación del oprobio en su propio hogar y deseaba que Howard fuera testigo. Por ello, mandó a buscar a Tom, quien apareció de inmediato. Estaba magullado, cojeaba y, en general, estaba desmejorado. Su tío hizo que se sentara y le dijo:

—Ha llegado a nuestros oídos tu discusión, Tom, junto con una elaborada insidia añadida. ¡Tienes que acabar con tal agravio! ¿Qué medidas has tomado? ¿En qué estado se encuentran las cosas?

Tom replicó con candor:

—En ninguno. El asunto está zanjado. Lo he llevado a juicio y he ganado. Cabezahueca ha sido quien lo ha defendido. Ha sido su primer caso y lo ha perdido. El juez ha condenado a ese miserable a una multa de cinco dólares por agresión.

Howard y el juez se pusieron en pie de un salto ya al oír la primera frase. No tenían conocimiento de nada. Ambos permanecieron mirándose uno al otro. Howard se quedó inmóvil. Más tarde, recuperó su asiento, apenado, sin mediar palabra, pero la ira fue adueñándose del juez hasta que estalló:

—¡Bellaco! ¡Escoria! ¡Sabandija! ¿Me quieres tú decir que alguien que lleva mi sangre ha sufrido un embiste de ese calibre y se ha ido arrastrando hasta los tribunales? ¡Contéstame!

Tom se mantuvo cabizbajo, ofreciéndole la respuesta a través de un significativo silencio. Su tío lo observó avergonzado con una mezcla de asombro e incredulidad en su expresión que producía congoja con sólo verlo. Al fin, pudo

preguntar:

—¿Cuál de los gemelos fue?

—El conde Luigi.

—¿Lo has retado?

—N… no —vaciló Tom, palideciendo.

—Lo harás esta misma noche. Howard se encargará de todo.

Tom se quedó descompuesto y se le vio la inquietud. Daba vueltas al sombrero que sostenía en las manos una y otra vez, y su tío, amenazante, no le quitaba ojo de encima mientras el tiempo parecía haberse detenido. Después, comenzó a tartamudear lastimero:

—¡Por favor, no me pidas que lo desafíe! ¡Tiene instinto asesino! ¡No podría! ¡Me… me… me da miedo!

La boca del viejo Driscoll se abrió varias veces antes de que pudiera pronunciar palabra. Tras esto, contestó hecho una furia:

—¡Un cobarde en mi familia! ¡Un Driscoll hecho un cobarde! ¡Qué he hecho yo para merecer este castigo!

Seguidamente, fue tambaleándose entre lamentos que profería con voz desgarrada hasta la esquina donde se encontraba su escritorio. De un cajón sacó un papel que hizo añicos, esparciendo los fragmentos como ausente mientras, desolado, deambulaba de un lado a otro de la estancia. Finalmente dijo:

—Aquí tienes mi testamento hecho trizas una vez más. ¡De nuevo me has obligado a desheredarte, vil vástago de noble padre! ¡Fuera de mi vista! ¡Largo antes de que te escupa!

El joven no prolongó su presencia allí ni un segundo más. Más tarde, el juez se dirigió a Howard:

—¿Será usted mi padrino en este asunto, viejo amigo?

—Por supuesto.

—Aquí hay papel y pluma. Redacte el cartel [70] sin perder más tiempo.

—El conde lo tendrá en sus manos en quince minutos —aseguró Howard.

Tom se encontraba muy angustiado. Había perdido el apetito junto con sus propiedades y el respeto de sí mismo.

Salió por la puerta de atrás y deambuló por la oscura calle quejándose de su mala fortuna y preguntándose si alguna acción futura, prudente y meditada con sensatez, podría devolverle el favor de su tío y lo convencería para que lo incluyera de nuevo en el generoso testamento que había destruido ante sus ojos. Y llegó a la conclusión de que así era. Se dijo a sí mismo que, si ya lo había podido conseguir una vez, también podría hacerlo ahora. Así que se puso manos a la obra. Haría acopio de todo su empeño y conseguiría su propósito sin escatimar esfuerzos, poniendo límites a los excesos de su frívola vida.

—Para empezar —se decía—, cuadraré mis cuentas con los beneficios de mis robos, y dejaré de jugar… definitivamente. Es el peor vicio que tengo, desde mi punto de vista, claro, porque es el que más fácilmente me puede delatar debido a la impaciencia de mis acreedores. Una vez ya pensó el juez que era demasiado tener que pagarles doscientos dólares. ¡Mucho, eso! A mí aquello me costó toda su fortuna, aunque a él le dio igual. Algunos sólo ven las cosas desde su perspectiva. Si se hubiera enterado en qué estoy metido ahora, el testamento habría ido a parar a la basura directamente sin tener que pasar por ningún duelo. ¡Trescientos dólares! ¡Eso ya es más! No obstante, nunca sabrá nada. En el momento en que cumpla con mis deudas estaré a salvo y jamás volveré a tocar una carta. O, en cualquier caso, mientras él siga vivo. Lo juro. Es mi última oportunidad para recobrar la normalidad y lo lograré. Si después de esto vuelvo a caer, estoy perdido para siempre.

Capítulo 13

Cuando pienso en el número de personas indeseables que conozco que han pasado a mejor vida, me veo en la necesidad de redirigir mis pasos (*Almanaque de Wilson Cabezahueca*).

Octubre. Éste es uno de los meses particularmente peligrosos para especular en los mercados. Los otros son julio, enero, septiembre, abril, noviembre, mayo, marzo, junio, diciembre, agosto y febrero (*Almanaque de Wilson Cabezahueca*).

Tom meditaba consigo mismo afligido y, de este modo, recorrió la calle dejando atrás la casa de Wilson Cabezahueca. Sin detenerse, continuó ade-lante entre las vallas que rodeaban varias parcelas a ambos lados hasta llegar a la casa encantada. Luego, regresó por el mismo camino entre suspiros y cavilaciones. Anhelaba buena compañía desesperadamente. ¡Rowena! Su corazón le dio un vuelco al recordarla, aunque el siguiente pensamiento se encargó de aplacar su emoción: los odiosos gemelos estarían allí.

Ahora se encontraba frente a la parte habitada de la casa de Wilson y, al acercarse, se dio cuenta de que había luz en la sala de estar. Bastaría. Otros no eran ciertamente hospitalarios con él, pero Cabezahueca siempre había sido muy amable, y la cortesía disimula de forma eficaz nuestro verdadero sentir aunque en ningún momento pretenda convertirse en un recibimiento sincero. Wilson oyó pasos junto a la puerta y cómo alguien se aclaraba la garganta.

—Es ese disoluto bobalicón. Pobre desgraciado, no tiene demasiados amigos en estos momentos. No es de extrañar, después de la deshonra de llevar una agresión personal a juicio.

Llamó a la puerta débilmente.

—¡Pase!

Tom entró y se dejó caer en una silla sin decir nada. Wilson se dirigió a él afectuosamente:

—Pero bueno, muchacho, no esté tan triste ni se lo tome así. Intente olvidar aquel puntapié.

—Oh, vaya —respondió Tom compungido—, no es eso, Cabezahueca, no es eso. Es algo mil veces peor, bueno, un millón de veces peor.

—¿Qué quiere decir? ¿Acaso Rowena le ha…?

—¿Rechazado? No, pero mi tío sí.

Wilson se dijo:

—Ajá… —y pensó en aquella mujer de la habitación—. Los Driscoll deben haber averiguado algo.

Entonces, manifestó con seriedad:

—Tom, hay ciertas libertades que…

—No, hombre, esto no tiene nada que ver con ningún vicio. Mi tío deseaba que desafiara al maldito salvaje italiano y yo no he querido.

—Normal por parte de su tío —respondió Wilson con su reflexiva forma natural—. Pero lo que me intriga en primer lugar es por qué no se ocupó de la cuestión anoche mismo y por qué no le impidió asistir a juicio, ya fuera antes o después del duelo. No es lugar para ello. No es su estilo. No lo consigo entender. ¿Cómo ha ocurrido?

—Ha sido así porque no sabía nada de nada. Estaba dormido cuando llegué a casa.

—¿Y no lo despertó? ¿Pero cómo no se le ocurre?

Tom empezó a incomodarse y, nervioso, prosiguió:

—Decidí no decirle nada. Eso es todo. Se iba de pesca antes de despuntar el día con Pembroke Howard y si, seguro como estaba de que así sucedería, conseguía poner entre rejas a los gemelos, éstos quedarían deshonrados, por lo que mi tío no permitiría ningún duelo con pillastres de esa calaña. Pero,

claro, nunca pensé que saldrían airosos de la situación con tal irrisoria multa por una ofensa como aquélla.

—¡Tom, me avergüenzo de usted! No entiendo cómo ha podido tratar a su tío de esa manera. Veo que tengo yo más confianza con el juez que usted, puesto que, de haber estado al tanto de las circunstancias, habría impedido la comparecencia en el juzgado hasta que hablara con él y ofrecerle así la posibilidad de zanjar el asunto como caballeros.

—¿En serio? —replicó Tom con sorpresa—. ¡Y eso que era su primer caso! Sabe perfectamente que no habría habido ningún proceso si mi tío se hubiera enterado antes, ¿verdad? Habría acabado sus días siendo un don nadie en vez de haber ganado cierto prestigio con todo esto. ¿De verdad lo habría hecho?

—Con toda seguridad.

Tom se quedó mirándolo por unos instantes, sacudió la cabeza apenado y siguió:

—Le creo. Le doy mi palabra. No sé por qué, pero le creo. Wilson Cabezahueca, creo que es usted la persona más necia que conozco.

—Gracias.

—No hay de qué.

—Bien, su tío ha querido que se enfrente al italiano y usted ha rechazado la petición. ¡Se convierte así en un inmundo vestigio de una honorable casta! ¡Me avergüenza horrorosamente, Tom!

—Me da lo mismo. Me trae todo sin cuidado ahora que ya no hay testamento.

—Tom, dígame sinceramente, ¿no es verdad que sólo hay dos cosas que han decepcionado a su tío, llevar el caso a los tribunales y negarse a un duelo cara a cara?

Wilson examinó el rostro tranquilo del joven con atención y respondió también con serenidad:

—En efecto, no hay nada más. Si hubiera habido algo más, con toda seguridad me lo habría echado en cara ayer mismo también. Era el momento. Sacó a pasear a ese par de borricos por el pueblo para enseñarles los lugares más característicos y, cuando regresó, no encontró el reloj de plata de su padre que

no funciona, pero que aprecia enormemente, ni tampoco fue capaz de recordar qué había hecho con él tres o cuatro días antes cuando lo vio por última vez. Así que, cuando llegué, estaba muy preocupado y, en el momento en el que le sugerí que probablemente no lo había perdido, sino que se lo habían robado, se enfadó y me dijo que era un majadero, cosa que me convenció de que, sin duda, era eso lo que él temía pero no quería ni imaginar, puesto que hay mucha más probabilidad de encontrar algo que se ha perdido que algo que se ha hurtado.

—¡Fiu! ¡Otro a la lista!

—¿Otro qué?

—¡Otro robo!

—¿Robo?

—Sí, robo. Ese reloj no ha sido extraviado, se lo han robado, tal y como sospechaba usted. Ha habido otra oleada de robos en el pueblo, ya sabe, el mismo misterio que la otra vez. Supongo que lo recuerda.

—¡No lo dirá en serio!

—¡Tan cierto como que estamos hablando ahora mismo! ¿No echa usted nada a faltar?

—No. Bueno, sí, un estuche de plata que la tía Mary Pratt me regaló por mi cumpleaños.

—Se lo habrán robado también. Ya lo verá.

—No y le diré por qué. Resulta que, después de que se me ocurriera decir que alguien había robado el reloj, por lo que me gané una buena reprimenda, busqué bien en mi habitación y, sí, el estuche no estaba donde antes, pero apareció en otro lugar.

—¿Y está seguro de que no le falta nada más?

—Pues nada demasiado importante. He perdido un pequeño anillo de oro, bastante sencillo, de unos dos o tres dólares de valor, pero estoy seguro de que aparecerá. Seguiré buscando.

—En mi opinión no lo encontrará. Ha habido robos, ya le digo.

Entonces alguien llamó a la puerta, interrumpiéndole.

—¡Adelante! —dijo Wilson.

Entró el juez Robinson seguido de Buckstone y del alguacil,

Jim Blake. Tomaron asiento y, tras una charla superficial sobre el tiempo, Wilson señaló:

—Por cierto, tenemos que añadir un objeto más a la lista de cosas sustraídas, quizás un par. El reloj de plata del juez Driscoll ha desaparecido y Tom tampoco encuentra una sortija de oro.

—Mal asunto —contestó el juez—. Y va a peor por momentos, veo. A los Hank, los Dobson, los Pilligrew, los Orton, los Granger, los Hale, los Fuller, los Holcomb, de hecho, a todos los que viven alrededor de Patsy Cooper les han quitado baratijas, cucharillas o cosas parecidas que se pueden sustraer con facilidad. Está claro que el ladrón aprovechó la recepción en casa de Patsy Cooper, cuando todos los vecinos se encontraban en su casa con sus negros deambulando por la verja para no perderse detalle del acontecimiento, para asaltar las casas deshabitadas con toda tranquilidad. Patsy se siente muy apenada por los afectados y, en especial, por los forasteros invitados, claro. Tan apesadumbrada que casi no ha reparado en sus propias pérdidas.

—Es el mismo ladrón que actuaba antes —se aventuró a decir Wilson—. Supongo que nadie tiene ninguna duda.

—El alguacil no piensa lo mismo.

—En efecto, está equivocado —salió al paso Blake—. En las demás ocasiones se trataba de un hombre. Había muchos indicios para pensarlo, algo que sabemos los que nos dedicamos a esta profesión, aunque nunca le echáramos el guante. Sin embargo, esta vez es una mujer.

Wilson pensó de inmediato en la misteriosa mujer. A estas alturas, era rara la vez que no la tuviera presente. No obstante, algo continuaba sin encajar. Blake prosiguió:

—Es una anciana encorvada que lleva una cesta cubierta en un brazo, vestida de luto y con velo negro. Vi cómo embarcaba en el *ferry* ayer. Creo que vive en Illinois, pero, en realidad, me da igual dónde viva. La atraparé, puede estar totalmente seguro de ello.

—¿Qué le hace pensar que es ella la ratera?

—Bueno, por una parte, no hay ningún otro sospechoso y, por otra, unos negros que pasaban por ahí, al frente de un

carromato, la vieron por casualidad entrar y salir de varias casas y me lo comunicaron. Justamente, se trataba de casas asaltadas todas ellas.

Parecía, pues, que había pruebas evidentes. Hubo un momento de silencio. Entonces, Wilson dijo:

—De todas maneras, hay algo bueno en todo esto. Ni puede empeñar ni vender la valiosa daga india del conde Luigi.

—¿Cómo? ¿Ha desaparecido también?

—En efecto.

—Vaya, pues eso sí que es un buen botín. Pero ¿por qué no puede empeñarla ni venderla?

—Porque cuando los gemelos regresaron de la reunión con los Hijos de la Libertad anoche ya todo el mundo hablaba por todas partes de los hurtos cometidos, y la tía Patsy empezó a preocuparse por si habían perdido algo. Se dieron cuenta de que la daga había desaparecido, por lo que lo notificaron a la policía y a todos los prestamistas de la zona. Es un gran trofeo, es cierto, pero no conseguirá nada porque la apresaremos antes.

—¿Han ofrecido alguna recompensa? —preguntó Buckstone.

—Sí. Quinientos dólares por el cuchillo y otros quinientos más por el ladrón.

—¡Qué idea tan descabellada! —exclamó el alguacil—. Quienquiera que sea no va a aparecer por allí ni va a enviar a nadie tampoco. Sería como acudir a la boca del lobo porque no habrá ningún prestador que no quiera…

Si alguien se hubiera percatado del color ceniciento del rostro de Tom, se habría extrañado, pero nadie lo hizo. Se dijo para sus adentros: «¡Estoy acabado! Nunca podré pagar mis deudas. El resto de lo desvalijado no me dará ni para la mitad de lo que debo. Lo sé, lo sé, estoy perdido. Y esta vez es para siempre. Esto es angustioso… ¡No sé qué hacer ni dónde acudir!».

—Calma, calma —indicó Wilson a Blake—. A media noche me puse a trazarles un plan y a las dos ya estaba todo listo. Recuperarán la daga y, entonces, se lo explicaré todo a ustedes.

Sus palabras provocaron gran expectación y Buckstone

contestó:

—Ha despertado nuestra curiosidad y creo que hablo en boca de todos si le pido que nos lo cuente en confianza.

—Oh, lo haría con gusto, Buckstone, de veras, pero los gemelos y yo acordamos no decir nada al respecto y así debe ser. Sin embargo, le doy mi palabra de que no tendrá que esperar ni tres días. Alguien reclamará la recompensa bien pronto y, entonces, muy poco después, les mostraré el puñal y al granuja.

El alguacil, que se quedó algo decepcionado y bastante perplejo a la vez, replicó de nuevo:

—Puede que salga bien, sí, ojalá, pero a un servidor le cuesta verlo.

La idea ya había sido expuesta y parecía que nadie tenía nada más que decir al respecto. Después de una pausa, el juez de paz informó a Wilson de que él, Buckstone y el alguacil habían ido en representación del partido demócrata para pedirle que se presentara a alcalde, ya que aquel pequeño pueblo iba camino de convertirse en ciudad y se acercaban las elecciones. Aquello constituía la primera atención que algún partido había tenido jamás con él, una proposición deferente que suponía el reconocimiento de su debut en la participación activa de la vida del pueblo. Era un gran paso adelante y Wilson se sintió enormemente satisfecho. Aceptó, tras lo cual la comisión se marchó seguida del joven Tom.

Capítulo 14

> La auténtica sandía del Sur es un manjar sin igual y no puede compararse con otros productos más corrientes. Constituye el mayor de los lujos, la soberana de todas las frutas de la faz de la tierra por la gracia de Dios. Cuando uno la ha probado, ya sabe lo que comen los ángeles del cielo. No fue una sandía sureña lo que Eva probó. Y lo sabemos porque se arrepintió (*Almanaque de Wilson Cabezahueca*).

Mientras Wilson despedía a las visitas, Pembroke Howard entraba en la casa de al lado con el propósito de informar. Encontró al viejo juez circunspecto y esperando sentado en una silla con la espalda bien erguida.

—¿Y bien, Howard? ¿Tiene noticias?

—Las mejores que uno pueda esperar.

—Acepta, ¿no es así? —y el fulgor de la batalla apareció de repente en su mirada.

—¿Que si acepta? ¡Y tanto! ¡No se lo pensó dos veces!

—¿De veras? Bien. Muy bien. Así me gusta. ¿Y cuándo se supone que tendrá lugar?

—¡Ya! ¡Ahora mismo! ¡Esta noche! Un tipo admirable, sí señor, ¡admirable!

—¿Admirable? ¡Es excepcional! Es un honor y un placer enfrentarse a un hombre como él. ¡Vamos, vaya y organícelo todo! Y salúdelo cordialmente de mi parte. Un caballero inusual, la verdad, ¡digno de admiración, como bien dice usted!

Howard salió a toda prisa diciendo:

—Lo conduciré al trecho que queda entre el domicilio de Wilson y la casa encantada a la hora prevista. Yo llevaré las armas.

El juez Driscoll comenzó a caminar por la habitación nervioso. De pronto, se detuvo y pensó en… Tom. Dos veces se dirigió hacia el escritorio y las dos veces se dio la vuelta sin llegar a él. Al final, se dijo:

—Ésta puede que sea la última noche que paso en este mundo. No debo arriesgarme. Tom es indigno y ruin, pero, en gran medida, es culpa mía. Mi hermano me lo confió a mí en el mismo lecho de muerte y lo he convertido en un muchacho consentido, en vez de disciplinarlo con firmeza para hacer de él un hombre hecho y derecho. No he cumplido con mi promesa y, por tanto, tampoco puedo ahora abandonarlo a su suerte. Ya lo perdoné una vez y lo sometería a una ardua prueba de confianza antes de perdonarlo de nuevo de continuar vivo, pero no puedo aventurarme. No, debo restituir el testamento. No obstante, si sobreviviera al duelo, lo pondría a buen recaudo, y no le diría nada hasta que se enmiende del todo y vea que ese cambio es para siempre.

Redactó el testamento otra vez, de modo que su supuesto sobrino volvía a ser el heredero de una gran fortuna. Mientras ultimaba su cometido, Tom, cansado de otra de sus muchas caminatas melancólicas en soledad, entró en la casa y pasó de puntillas por la puerta de la sala de estar. Echó un vistazo rápido al interior de la estancia y se apresuró a pasar de largo, ya que la idea de ver a su tío lo atormentaba aún más. ¡Pero su tío estaba escribiendo algo! Aquello era extraño a esas horas de la noche. ¿Qué podía llevarse entre manos? La inquietud recorría su cuerpo ahora. ¿Tendría que ver ese asunto con él? Eso se temía. Pensó que, cuando la mala suerte acecha, las desgracias no vienen solas. Se dijo que tenía que leer aquel papel para ver de qué se trataba. Entonces, oyó que alguien se acercaba y se ocultó para no ser visto. Era Pembroke Howard. ¿Qué tramaban?

Howard expresó con gran satisfacción:

—Todo está listo. Ha acudido al punto de encuentro con el padrino y el médico, también con su hermano. He arreglado el asunto con Wilson y éste será su padrino. Dispondrán de tres disparos cada uno.

—De acuerdo. ¿Cómo está la luna?

—Brilla como la luz del día, perfecto para la distancia, quince yardas. Nada de viento, ni un soplo. Noche cálida y tranquila.

—Estupendo. Venga, Pembroke, lea esto y firme como testigo.

Pembroke refrendó el testamento, tras lo cual le dedicó un buen apretón de manos y le dijo:

—No pasa nada, York. Sabía que acabaría haciéndolo. No podía dejar al pobre que se las arreglase sin oficio ni beneficio a merced del fracaso seguro. Sabía que no sería capaz, por su padre y por él también.

—Tiene usted razón. No podía hacerlo por la memoria de su difunto padre. Ya sabe usted lo que significaba Percy para mí. Pero escuche bien, Tom no debe averiguar nada a menos que yo muera esta noche.

—Comprendo. El secreto está a salvo conmigo.

El juez guardó el testamento y ambos se dirigieron al campo de batalla. Un minuto después, el documento estaba en manos de Tom. Su congoja desapareció al instante y su ánimo sufrió un cambio repentino. Después, lo volvió a colocar en su sitio, sonrió y le dio vueltas a su sombrero una, dos, y hasta tres veces por encima de la cabeza a modo de tres grandes hurras, sin que saliera sonido alguno de su boca. Hablaba para sus adentros arrebatado por la emoción, y soltaba de vez en cuando otra retahíla de silenciosas muestras de entusiasmo.

Se decía:

—Soy rico de nuevo, pero haré como si no supiera nada. Esta vez no se me escapa. Nada de riesgos. Dejaré de jugar y de beber porque… bueno, porque no pienso ir a la clase de sitios donde ofrecen a uno todo eso. Es la única forma. Podría haberlo pensado antes, claro, si hubiera querido. Vaya, me he pegado un buen susto y no pondré mi futuro en peligro nunca más. Nunca. ¡Tierra a la vista al fin! Quería convencerme de que podía ganarme su confianza sin hacer grandes esfuerzos, pero, conforme pasaba el tiempo, ya no las tenía todas conmigo. Si me lo cuenta él, bienvenido sea; y si no, pues lo dejaré estar así. Me… me gustaría decírselo a Wilson Cabezahueca, pero… no. Lo pensaré primero. Quizá será mejor

que no lo haga.

Lanzó otro mudo vítor y concluyó:

—¡He cambiado y esta vez será para siempre!

Estaba a punto de acabar con una sigilosa exclamación de júbilo cuando, de pronto, recordó que Wilson había echado a perder la posibilidad de empeñar o vender la daga hindú, por lo que corría el riesgo de que sus acreedores sacaran a la luz su situación. Su entusiasmo se quebró y, abatido, se dirigió hacia la puerta lamentando su mala fortuna. Subió desmarrido hasta su habitación, donde, desconsolado, permaneció sumido en amargos pensamientos largo tiempo con el cuchillo como protagonista.

Entre suspiros, manifestó:

—Cuando pensaba que estas piedras eran de vidrio y el marfil del mango, hueso, este trasto no despertaba el menor interés en mí porque carecía de valor y, por lo tanto, no podía servirme de ayuda. Pero ahora me importa tanto que se me parte el alma. Es como tener un saco lleno de oro que de repente se ha convertido en polvo y cenizas entre las manos. Me podría sacar de todos los apuros tan fácilmente y, sin embargo, estoy condenado en estos momentos a la ruina. Es como ahogarse teniendo un salvavidas al alcance de la mano [71] . Atraigo a la mala suerte, mientras que la buena va a parar a otros, como a Wilson Cabezahueca, por ejemplo. Incluso su carrera parece haber empezado al fin y ¿qué ha hecho él para merecérselo, querría saber yo? Sí, se ha abierto camino por su cuenta pero, no contento con eso, pone obstáculos en el mío. Éste es un mundo egoísta y mezquino. Ojalá no formara parte de él.

Dejó que la luz de una vela jugueteara caprichosamente sobre las joyas incrustadas en la vaina, pero aquellos destellos no le resultaban atractivos, sino que le punzaban el corazón.

—No debo decir nada a Roxy tampoco —pensó—. Es demasiado temeraria. Optaría por arrancar las piedras y venderlas y, entonces, la arrestarían y las encontrarían y…

Se estremecía sólo al pensar en lo que ocurriría, de modo que escondió el cuchillo, tembloroso y mirando furtivamente a su alrededor, como el delincuente que se sabe acechado.

¿Debería intentar dormir? No. No podría conciliar el sueño. Sus problemas lo asfixiaban demasiado. Debía desahogarse con alguien y pensó en confiar en Roxy.

Había escuchado disparos en la distancia, algo que era bastante común, con lo que no reparó más en ello. Salió por la puerta trasera en dirección a poniente. Pasó por la casa de Wilson y continuó por la misma calle. Inmediatamente divisó a varias personas que se acercaban a casa de Cabezahueca campo a través. Se trataba de parte de los duelistas que regresaban de la contienda. Creyó reconocerlos a todos, pero, al no tener ningunas ganas de estar en compañía de blancos, se escondió detrás de una cerca hasta que desaparecieron.

Roxy se encontraba bien, a pesar de todo. Comenzó la conversación así:

—Anda, ¿dónde te metes? ¿Que no estabas allí?

—¿Allí dónde?

—En el duelo.

—¿Duelo? ¿Ha habido un duelo?

—¡Pues claro! El viejo juez se ha batido en duelo con uno de los gemelos.

—¡Pero qué estás diciendo! —y, más tarde, se dijo en voz baja—: Por eso ha rehecho el testamento. Pensó que podía morir y se le ablandó el corazón. Eso es lo que Howard y él tramaban…Vaya, si el gemelo hubiera acabado con él mis problemas se habrían…

—¿Qué cuchicheas, Chambers? ¿Dónde andabas? ¿No sabías que había un duelo o qué?

—No, no sabía nada. Mi tío quería que nos enfrentáramos el conde Luigi y yo, pero no lo consiguió, aunque ya veo que decidió restaurar el honor de la familia él mismo.

Se mofaba de la idea y pasó a narrar con todo detalle la conversación mantenida con el juez, dando cuenta de lo avergonzado que éste se sentía al saber que había un cobarde en la familia. Tras su larga exposición, levantó la vista y se quedó sorprendido. Roxana respiraba agitadamente por la exasperación que a duras penas lograba contener, y acabó dedicándole una fulminante mirada despectiva.

—¿Y te has negado a desafiar a un hombre que te ha

pateado en vez de aceptar sin pensártelo? ¿Y no se te ocurre otra cosa que venir a decirme que lo que traje al mundo es un mísero gallina? ¡Brrr! ¡Me das asco! Es el negro que llevas dentro. Eso es lo que te pasa. Treinta y una partes de ti son blancas y sólo una es negra, y ese ridículo cacho es tu *alma*. No se merece que la salven, ni siquiera el esfuerzo de que la echen a una poza. Has deshonrado a tu sangre. ¿Qué pensaría tu padre de ti? Debe estar revolviéndose en su tumba.

Las últimas tres frases enfurecieron a Tom, quien pensó que, si su padre estuviera vivo, su madre pronto averiguaría qué deuda tenía él por saldar con aquel hombre, la cual pagaría gustoso con su asesinato aún a riesgo de perder su propia vida. Sin embargo, no se lo hizo saber, viendo el alterado estado de la progenitora.

—¿Qué ha sido de la sangre de los Essex? No lo entiendo. Y no sólo es sangre de los Essex la que llevas en tus venas, ni mucho menos. Mi tataratatarabuelo y tu tataratataratatarabuelo fue el capitán John Smith, la sangre más pura de la antigua Virginia, y su tatarabuela, o alguien de alguna otra generación más allá, era la reina india Pocahontas, y su marido fue un rey negro de África[72]… ¡Y aquí estás tú, escabulléndote de un duelo y ofendiendo a toda tu familia por tu falta de agallas! ¡Sí, es el negro que llevas dentro!

Tras decir esto, se sentó encima de su cajón de velas y se quedó pensativa. Tom no la molestó. Muchas veces le faltaba sensatez, pero no en ocasiones como aquélla. El disgusto de su madre fue disminuyendo muy lentamente y, cuando ya parecía que se le había pasado, aún se percibían resquicios de cierta indignación, por así decirlo, en forma de imprecaciones entre dientes. Una de éstas fue la siguiente:

—No hay negro suficiente en él para que se detecte ni en una uña siquiera. Y mira que es poco, pero sí lo bastante para teñirle el alma.

Después, añadió:

—Sí señor, lo que cabe en un dedal.

Al fin cesaron sus disquisiciones y comenzó a recuperar su talante habitual, una buena señal para Tom, quien bien conocía su carácter y sabía que estaba a punto de cambiarle el

humor. También se percató de que, de vez en cuando, se tocaba la nariz con el dedo. La miró de cerca y le dijo:

—Madre, tienes la punta pelada. ¿Qué te ha pasado?

Ésta soltó la sincera carcajada que Dios tuvo a bien conceder con tal perfección sólo a los ángeles del cielo y a los maltrechos esclavos de la tierra, y respondió:

—Digamos que me he visto en medio del embrollo.

—¡Vaya! ¿Te lo hizo una bala?

—¡Ya lo creo!

—¡Lo nunca visto! ¿Y cómo ha sido?

—Pues estaba sentada aquí en un rincón echando una cabezadita y se oyó un ¡pum! que venía de fuera. Fui corriendo a la otra parte de la casa para ver qué pasaba. Me paré al lado de la ventana rota que da a la fachada de Wilson Cabezahueca que no tiene cristales, bueno, ninguna tiene, que yo sepa, y me quedé observando. Y a la luz de la luna, allí debajo de mí, estaba uno de los gemelos maldiciendo, no mucho, pero algo sí. Era el moreno el que rabiaba porque estaba herido en un hombro. El doctor Claypool lo estaba curando, Wilson Cabezahueca ayudaba también y el viejo Driscoll y Pem Howard esperaban más allá a que todos estuvieran listos otra vez. De repente, se prepararon, se oyó un grito y ¡bang, bang!, las pistolas. Entonces el gemelo soltó: «¡Ay!», porque le habían dado en la mano esta vez, y se oyó la bala que hizo ¡*crack*! en la madera debajo de la ventana. Después del siguiente disparo, el gemelo dijo: «¡Ah!», y yo también, porque la bala le rozó la mejilla y llegó hasta el marco de la ventana y me vino directamente a la cara a desollarme la nariz. Bueno, que si hubiera estado una pulgada y poco más allá, me habría dado de lleno y habría acabado desfigurada y todo. Aquí está la bala. La busqué hasta encontrarla.

—¿Y te quedaste ahí mirando todo el tiempo?

—¡Vaya preguntita! ¿Y qué otra cosa podía hacer? ¿Acaso se ve un duelo todos los días?

—¡Pero estabas a tiro! ¿No tenías miedo?

La mujer resopló con desprecio.

—¿Miedo? Los Smith-Pocahontas no le tienen miedo a nada, y menos aún a las balas.

—Sí, supongo que tienen mucho valor. Lo que les falta es juicio. Yo no me habría quedado allí.

—¡Nadie te está diciendo nada!

—¿No hubo más heridos?

—Sí, hubo para todos menos para el gemelo rubio, el médico y los padrinos. Al juez no le pasó nada, pero oí a Cabezahueca decir que un disparo le arrancó un poco de pelo.

—¡Mira por dónde! —susurró Tom entre dientes—. Haber estado tan cerca de que se acabaran todos mis problemas y fallar por una pulgada. Algún día lo descubrirá todo y me venderá a un negrero… Además, lo hará sin pensárselo dos veces.

Entonces, declaró en voz alta:

—Madre, estamos en apuros.

Roxana, al oír esto, contuvo el aliento sobresaltada:

—¡Oye! ¿Por qué me asustas de esa manera? ¿Qué ocurre?

—Hay una cosa que no te he contado. Cuando me negué al enfrentamiento, rompió el testamento otra vez y…

Su madre, pálida, tomó la palabra:

—¡Estás acabado para siempre! Es el fin. Nos moriremos los dos de hambre.

—Deja que acabe. Supongo que, cuando decidió tomar cartas en el asunto él mismo, pensó que podría morir sin haber tenido la oportunidad de perdonarme en vida, de modo que recompuso el testamento. Lo he visto y está como debe ser.

—¡Gracias al cielo! ¡Estamos a salvo! ¡A salvo! Entonces, ¿qué es eso que querías decirme que era tan malo?

—Espera, espera y lo sabrás. Lo que he robado no llega ni para pagar la mitad de lo que debo, y mis acreedores… Bueno, ya sabes lo que pasará.

Roxana bajó la cabeza y pidió que la dejara sola. Debía pensar. De repente, dijo de forma sentenciosa:

—Tienes que andarte con mucho cuidado. ¡Te lo advierto! Te diré lo que vas a hacer. Has salido de rositas de ésta, y si le das un motivo, por pequeño que sea, te dejará en la estacada y sin herencia y esa vez no habrá vuelta atrás. ¿Me oyes? Así que, a partir de ahora, tienes que demostrarle de lo que eres capaz. Tienes que hacerte el bonachón, que crea en ti otra vez.

Sé cariñoso con la tía Pratt también. Tiene influencia sobre el juez y es una de las mejores amistades que puedes tener. Más tarde, te marcharás una temporada a San Luis. Seguro que no pondrá ninguna objeción. Después, negocia con esa gente. Diles que tu tío no vivirá demasiado, algo seguro, además, y convéncelos diciendo que les pagarás intereses con creces, un diez por ciento. ¿Qué me dices?

—¿Un diez por ciento, al mes?

—Así es. Entonces, vas vendiendo la mercancía poco a poco y les pagas los intereses. ¿Cuánto crees que podrás alargarlo?

—Habrá para pagarles durante unos cinco o seis meses.

—No está mal. Si no muere en seis meses, no pasa nada. La Divina Providencia al final se manifestará. Saldrá bien si haces lo que te digo —y le dedicó una desafiante mirada para añadir—: Porque me vas a hacer caso, ¿verdad?

Tom sonrió y dijo que lo intentaría. Ella, por su parte, mantuvo la compostura y siguió:

—Intentarlo no basta. Tienes que obedecerme. No puedes robar nada más porque ya no es seguro. Ni tampoco te volverás a juntar con malas compañías. ¿Me oyes? No beberás ni una gota de alcohol ni jugarás más tampoco. Todo esto no es lo que vas a *intentar* hacer, sino lo que *debes* hacer. Te diré por qué sé que lo harás. Voy a ir a San Luis yo también y nos veremos todos los santos días para saber cómo vas. Y si hay una sola cosa de las que te he dicho que dejas de cumplir, aunque sea una, te juro que vendré directa a decirle al juez que eres negro y esclavo. ¡Y se lo demostraré!

Hizo una pausa para asegurarse de que el mensaje llegaba a los oídos de su interlocutor. Tras esto, agregó:

—¿Me crees, verdad?

Tom comprendió la seriedad del asunto y contestó sin la menor fruslería:

—Sí, madre. Sé que he cambiado para siempre y ya no estoy al alcance de ninguna tentación mundana.

—¡Vete a casa entonces y ponte manos a la obra!

Capítulo 15

Nada necesita mayor reforma que los hábitos de los demás (*Almanaque de Wilson Cabezahueca*).

«Escuchad, —dijo el necio—. No pongáis todos los huevos en la misma cesta». Lo cual es una manera de decir: «Separa el dinero y multiplica tu atención. —Sin embargo, esto es lo que expresó el sabio—: Poned todos los huevos en una cesta y NO LE QUITÉIS OJO A LA CESTA». (*Almanaque de Wilson Cabezahueca*).

¡Vaya racha la de Dawson's Landing! Siempre había sido un pueblo adormilado, pero ahora apenas se podía echar una cabezadita de lo rápido que se sucedían los acontecimientos y las monumentales sorpresas. El viernes por la mañana, primer acercamiento de la nobleza real con gran celebración en casa de la tía Patsy Cooper y ola de robos. El viernes por la tarde, grave agresión al heredero del ciudadano más ilustre delante de cuatrocientas personas. El sábado por la mañana, el resurgir como abogado en activo del postergado Wilson Cabezahueca. Y el sábado por la noche, duelo entre el susodicho honorable lugareño y un forastero aristócrata.

Los habitantes quizá se vanagloriaban más del duelo que del resto de lances juntos. Era un orgullo que allí ocurrieran cosas así. A sus ojos, los participantes habían alcanzado la cima del honor. La gente respetaba escrupulosamente sus nombres y no había más que palabras de alabanza en boca de todos. Incluso los ayudantes de los duelistas recibieron cierto clamor del público, por lo que Wilson Cabezahueca pronto se convirtió en alguien relativamente importante. Cuando le ofrecieron la alcaldía el sábado por la noche, corría el riesgo de perder, pero el domingo por la mañana ya era un hombre influyente de

éxito asegurado.

Los gemelos eran considerados grandes personalidades, y el pueblo los acogió con entusiasmo. Día tras día, noche tras noche, iban a cenar de un hogar a otro haciendo amistades, afirmando y engrandeciendo su popularidad, mientras deleitaban y sorprendían a los presentes con sus dotes musicales. Incluso conseguían acrecentar la sensación que causaban añadiendo demostraciones de otras múltiples habilidades que conformaban su fascinante y desconocido bagaje de talentos. Estaban tan encantados de estar allí que, tras los treinta días de notificación previa que marcaba la ley, quisieron obtener la ciudadanía, y decidieron quedarse a vivir en aquel maravilloso lugar. Y eso puso la guinda. Toda la comunidad los aceptó unánimemente y, cuando se les pidió que se presentaran como concejales de la próxima corporación y aceptaron, la satisfacción del pueblo fue absoluta.

No obstante, Tom Driscoll no estaba nada contento. Todo lo que ocurría se le clavaba en lo más profundo de su ser. Odiaba al que le había dado la patada, y al otro también por ser su hermano.

De vez en cuando, la gente se preguntaba que por qué no se sabía nada del asaltante, ni de la daga, ni del resto del botín, pero nadie era capaz de dilucidar el asunto. Había pasado ya una semana y un desconcertante misterio parecía envolver la cuestión.

Un sábado, el alguacil Blake y Wilson Cabezahueca se encontraron en la calle, y Tom Driscoll llegó a tiempo para ser él quien empezara la conversación. Se dirigió al primero:

—No tiene buen aspecto, Blake. Parece que algo le preocupa. ¿Va todo bien en el trabajo? Sé que, no sin estar justificado, desde luego, tiene usted cierto renombre dentro de la profesión.

Este comentario hizo sentir bien a Blake a ojos vista, pero, más tarde, Tom añadió:

—Quiero decir, para ser un detective de pueblo —comentario que ya no le gustó, como así dejaron claro su rostro y su voz:

—Sí, señor, gozo de cierta reputación y es tan buena como

la de cualquier otro que ejerza la misma profesión, sea de pueblo o no.

—Bueno, perdone si le he ofendido. Tan sólo quería preguntarle por la mujer que hacía los saqueos, la encorvada anciana que dijo que atraparía. Nunca dudé que lo haría, porque tiene fama de no echarse faroles. Entonces… ¿La ha apresado ya?

—¡Al infierno con la mujer!

—¡Vaya, no me diga que aún no la ha detenido!

—No, todavía no. Si alguien lo hubiera podido hacer, ése soy yo. Pero no ha sido posible. Nadie, sea quien sea, ha logrado hacerlo.

—Lo siento de veras, porque cuando se corre la voz de que un detective se ha expresado con tal convencimiento y luego resulta que no…

—Déjelo ya y no se preocupe tanto usted. Y que el pueblo respire tranquilo también. Ya me encargo yo, puede estar seguro. La sigo de cerca. Tengo indicios de que…

—¡Bien! Ahora sólo le queda traer a un experimentado sabueso de San Luis para que le ayude a descifrar esas pistas y le diga a dónde le pueden llevar…

—¡Ya me basto yo solo y no necesito la ayuda de nadie! La atraparé en menos de una sema… de un mes. ¡Tiene mi palabra!

A lo que Tom contestó sin ningún tacto:

—Con eso basta, con eso basta. Sin embargo, creo que la mujer debe tener cierta edad y los ancianos normalmente no sobreviven al ritmo cauteloso del investigador profesional que se ha quedado enfrascado en las pruebas.

El inexpresivo Blake se ruborizó ante semejante comentario burlón y, antes de que tuviera ocasión de réplica, ya se había vuelto hacia Wilson para decirle con total indiferencia:

—¿Quién se ha llevado las recompensas, Cabezahueca?

Wilson, con gesto resignado, sabía que le había llegado el turno:

—¿Qué recompensas?

—Las recompensas por el ladrón y por el cuchillo.

Incomodado por la pregunta, a juzgar por el titubeo de su

respuesta, Wilson respondió:

—Ya, bueno… Bien, de hecho, nadie las ha reclamado aún.

Tom parecía sorprendido.

—¿Está usted seguro?

Wilson dejó entrever que estaba un poco molesto:

—¡Claro que lo estoy! ¿Por qué lo dice?

—Por nada. Simplemente pensaba que se le había ocurrido algo que iba a revolucionar los ineficaces y decrépitos métodos de…

Se detuvo y miró a Blake, quien se alegraba de que ahora estuviera otro en el punto de mira.

—Blake, ¿no cree que Wilson quiso dar a entender que no sería necesario que fuera usted tras la vieja?

—Desde luego que dijo que daría con el ladrón y recuperaría todo lo robado en tres días. ¡Vaya que si lo dijo! Ha pasado ya una semana. Yo añadí que no habría ladrón ni cómplice alguno que quisiera empeñar o vender nada a sabiendas de que el prestamista intentaría llevarse el pato al agua para conseguir las dos recompensas. ¡Era lo más absurdo que había oído en mi vida!

—Cambiaría pronto de opinión —indicó Wilson con brusquedad— si conociera el plan completo en vez de sólo una parte.

—Ya —salió al paso el alguacil, meditabundo—. Pensé que no funcionaría y, hasta ahora, tengo razón.

—Muy bien. Dejémoslo ahí y veamos qué ocurre. Únicamente decir que mis métodos han resultado tan eficaces como los suyos, que yo sepa.

El alguacil no se vio capaz de poder replicar, con lo que resolló con desaire y no pronunció ni una palabra más.

Después de la noche en que Wilson hubo revelado en su casa parte del plan que ideaba, Tom había intentado averiguar durante días en qué consistía el resto del mismo sin ningún éxito. Entonces, se le ocurrió comentárselo a Roxana, de mente más despierta que él. Le propuso un caso hipotético. Más tarde, ésta deliberó y, finalmente, dio su opinión, tras lo que Tom se dijo: «Ha dado en el clavo». Pensó en poner a prueba tal veredicto y observaría la reacción de Wilson, de modo que se

dirigió a él:

—Wilson, no es usted ningún memo, lo he descubierto recientemente. Cualquiera que fuera su plan, seguro que tenía sentido, a pesar de lo que piense Blake. No le pido que revele nada más, sino que le expondré yo un argumento que servirá de punto de partida para poder llegar a mi objetivo. Eso es todo. Usted ofreció quinientos dólares por el puñal y otros quinientos más por el ladrón. Pongamos por caso que la primera recompensa se hace pública, y la segunda se ofrece por carta privada a prestamistas y…

En este punto, Blake se dio una palmada en el muslo y dijo:

—¡Ajá! ¡Le ha pillado, Cabezahueca! ¿Cómo no se me ha ocurrido antes algo tan simple?

—Cualquiera con un poco de cabeza lo habría imaginado —susurró Wilson sin que nadie lo oyera—. No me sorprende que Blake no reparara en ello, pero que lo haya hecho Tom, sí. Me parece que lo he infravalorado —pensó, por supuesto, sin pronunciar nada de esto en voz alta.

Después, Tom prosiguió:

—Bien. El ladrón no podría sospechar que hay una trampa y llevaría el cuchillo, diciendo que lo había comprado por casi nada, que lo había encontrado por ahí o algo parecido, e intentaría cobrar la recompensa para ser arrestado acto seguido.

—Así es —corroboró Wilson.

—Eso creo yo también —contestó Tom—. No tengo la menor duda. ¿Ha visto usted el puñal alguna vez?

—No.

—¿Y algún conocido suyo?

—No, que yo sepa.

—Vale, pues creo que ya sé por qué ha fallado su plan.

—¿Qué quiere decir, Tom? ¿A dónde quiere llegar? —inquirió Wilson, sintiéndose cada vez más incómodo.

—Pues que no existe cuchillo que valga.

—Escuche Wilson —continuó Blake—. Tom tiene razón. Y si tuviera mil dólares, los apostaría por él.

Wilson comenzó a inquietarse, preguntándose si aquellos forasteros habían estado jugando con él. Desde luego, lo

parecía. Pero ¿qué ganaban con ello? De hecho, esto último fue lo que preguntó, a lo que Tom respondió:

—¿Ganar? Pues nada de valor real para usted, quizá. Tenga en cuenta que se trata de unos recién llegados que intentan hacerse un hueco en la comunidad. ¿Es que acaso no es nada aparecer como los protegidos de un príncipe de oriente o deslumbrar a este pequeño pueblo con recompensas de miles de dólares? Wilson, no se engañe, no existe tal puñal. De lo contrario, su misma treta lo habría sacado a la luz. En cualquier caso, si lo hubiere, lo tienen ellos aún. Creo sinceramente que sí que han visto una pieza como aquélla, ya que Angelo lo dibujó a lápiz con demasiada celeridad y gran detalle para inventárselo en el momento, y tampoco puedo jurar que nunca lo hayan tenido. Lo que sí que me atrevería a decir es que, si llegaron a este pueblo con él, aún está en sus manos.

Blake quiso opinar:

—Lo que dice Tom parece razonable, sin duda.

El joven, preparándose para su marcha, contestó:

—¡Encuentre a esa mujer, Blake, y, si ella no le proporciona la daga, vaya a por los gemelos entonces!

Tom se alejó tranquilamente después de su intervención, mientras que Wilson permanecía un tanto consternado. No sabía qué pensar. Era reticente a desconfiar de los hermanos y decidió no hacerlo a falta de pruebas concluyentes. De todas maneras, necesitaba reflexionar sobre el asunto y, después, ya decidiría.

—Blake, ¿qué piensa usted de todo esto?

—Pues verá, Cabezahueca, me veo obligado a opinar lo mismo que Tom. Esto es, o nunca tuvieron tal cuchillo o, si lo trajeron al pueblo desde el principio, aún lo conservan.

Tras despedirse, Wilson se quedó cavilando en voz alta:

—Creo que sí que lo trajeron con ellos. Si lo hubieran robado, el plan se lo habría devuelto con toda seguridad. Por lo tanto, deben tenerlo guardado.

La verdad es que Tom no tenía ningún objetivo en mente cuando se encontró con aquellos dos hombres. Al entablar conversación con ellos, sólo pretendía provocarlos

maliciosamente y divertirse así un rato a su costa. Sin embargo, al marcharse, se sentía mucho más satisfecho, ya que, de pura casualidad y sin apenas esfuerzo, había conseguido varias cosas a la vez. Por una parte, había tocado la fibra sensible de ambos y les había llevado a sentirse resentidos. Por otra, había hecho cambiar la opinión favorable que Wilson tenía de los gemelos, dejándole a éste un mal sabor de boca que le costaría aplacar. Por último, y lo mejor de todo, había quedado en entredicho la reputación de los hermanos frente al pueblo, puesto que Blake, cual detective, se encargaría de chismorrear allá por donde pisara, y en una semana todos se estarían burlando de ellos por ofrecer tal cifra por un cachivache extravagante que, o bien no habían poseído nunca, o bien no habían perdido. Por todo, Tom no podía sentirse más satisfecho consigo mismo.

Entre tanto, el joven había tenido un comportamiento ejemplar en casa toda la semana. Sus tíos no habían visto nada igual jamás. No había falta que se le pudiera sacar. Llegado el sábado por la tarde, explicó a su tío:

—Tengo algo rondándome la cabeza, tío, y, como es mi intención marcharme y puede que nunca vuelva a verle, no puedo guardármelo más. Le hice creer que temía a ese italiano trotamundos. Tenía que evitarlo bajo un pretexto u otro, y quizá me equivoqué en las formas, por sorpresa como me cogió, pero nadie respetable consentiría enfrentarse a él sabiendo lo que yo sé de su persona.

—Ya veo. ¿Y de qué se trata?

—El conde Luigi es un asesino confeso.

—¡Increíble!

—Es absolutamente cierto. Wilson lo vio cuando le leyó la mano y lo acusó de serlo. Después, lo acorraló tanto que no tuvo más remedio que confesar. Ambos hermanos nos rogaron de rodillas que no se lo contásemos a nadie, y juraron que siempre llevarían una vida intachable. Nos dieron tanta pena que les dimos nuestra palabra de que nunca diríamos nada mientras mantuvieran su promesa. Usted habría hecho lo mismo, tío.

—Estás en lo cierto. Yo habría hecho lo propio. El secreto

de alguien continúa perteneciendo a esa persona de manera sagrada cuando se ha descubierto de una forma como ésa. Hiciste bien y estoy orgulloso de ti. —Al instante, añadió, mohíno—: De todos modos, me habría gustado que me hubieses ahorrado la humillación de enfrentarme a un vulgar asesino en el campo del honor.

—No se pudo evitar, tío. Si hubiera sabido que iba a desafiarlo, me habría visto en la obligación de faltar a mi palabra para impedir el duelo, pero de Wilson no se podía esperar que hiciera otra cosa más que permanecer en silencio.

—Oh, no. Wilson hizo lo que debía y no hay que culparlo de nada. Tom, me has quitado un gran peso de encima. Me destrozaba el alma pensar que, a estas alturas de la vida, había descubierto a un cobarde en mi familia.

—Puede imaginarse lo que he pasado entonces, tío.

—Me lo imagino, muchacho, me lo imagino. Y comprendo lo que ha significado estar señalado con ese injusto estigma todo este tiempo. Pero se ha aclarado todo y ya queda olvidado. Me has devuelto la tranquilidad y, con ello, has recuperado la tuya también. Ya hemos tenido los dos suficiente.

El anciano se quedó sumido en sus pensamientos por unos instantes. De pronto, levantando la cabeza con la mirada clara, dijo:

—No se quedará así que ese asesino me haya hecho sufrir la afrenta de permitirme retarlo como si de un caballero se tratase, aunque lo deje estar por ahora. No acabaré con él del todo hasta después de las elecciones, pero sé cómo empezar a hundirlos antes y en ello irán mis esfuerzos. Ninguno de los dos saldrá elegido, te lo prometo. ¿Estás seguro de que nadie más sabe su secreto?

—Segurísimo, señor.

—Será una buena baza. Lo dejaré caer desde la tribuna el día de las elecciones. Se tambaleará la tierra bajo sus pies.

—Sin duda, eso los liquidará.

—Sí, junto con una buena campaña también. Quiero que vengas de vez en cuando y pinches al populacho. Te costará dinero, está claro, pero yo te lo proporcionaré.

¡Otro tanto en contra de los odiados gemelos! Realmente, aquél estaba siendo un gran día para Tom. Tenía la ocasión de propinar un golpe final y certero a su objetivo, y no la dejó escapar.

—¿Se acuerda, tío, de la maravillosa daga india que ha causado tanto revuelo? Bueno, pues aún no hay ni rastro de ella, por lo que el pueblo está empezando a murmurar. La mitad de la gente piensa que nunca ha existido ese puñal, y la otra cree que sí y que aún lo tienen los italianos. Por lo menos he escuchado a veinte personas distintas hablar del asunto hoy mismo.

En efecto, la actitud ejemplar de Tom durante esa semana le había devuelto el favor de su tío y su tía.

Su madre también estaba satisfecha. En su interior, pensaba que podría llegar a quererlo, aunque no lo dijera abiertamente. Le comentó que era el momento de que se marchara a San Luis y que ella lo seguiría de cerca. De repente, hizo añicos la botella de *whisky* que la acompañaba y exclamó:

—¡Se acabó! Te voy a enseñar el camino recto de las cosas, Chambers, y no quiero que tu madre sea una fatal influencia. Te dije que no quería que fueras con malas compañías, así que vas a tener la mía y voy a dar ejemplo. Ahora, ¡vete! ¡Vamos, vete!

Tom embarcó en uno de los bajeles de parada transitoria, llevando consigo un fardo lleno de la variada carga de sus saqueos y durmió el sueño del inmoral, curiosamente más impasible y profundo que otros, como sabemos por las historias que narran las horas previas de tantos rufianes condenados a la horca. No obstante, cuando despertó por la mañana, se dio cuenta de que la suerte volvía a estar en su contra, puesto que algún bellaco de su misma calaña le había robado mientras dormía y había huido a tierra aprovechando alguna parada intermedia durante el trayecto.

Capítulo 16

Si recoges a un perro hambriento y lo cuidas, no te morderá. Ésta es la principal diferencia entre el perro y el hombre sangria salta (*Almanaque de Wilson Cabezahueca*).

Lo sabemos todo de las costumbres de la hormiga, así como también de las de la abeja. Sin embargo, poco conocemos de la ostra. Parece obvio que no hemos encontrado el momento adecuado para estudiar a la ostra (*Almanaque de Wilson Cabezahueca*).

Cuando Roxana llegó, encontró a su hijo tan desesperado que, presa de la emoción, su instinto maternal resurgió con fuerza. Estaba totalmente acabado y sin esperanza alguna. Su destrucción era inminente y estaba condenado a convertirse en un menospreciado ser solitario. Aquello era razón suficiente para que una madre amara a un hijo más aún, y así se lo hizo saber. En el fondo, Tom se resentía de esas muestras de afecto, puesto que Roxana, a fin de cuentas, era negra. A pesar de serlo él también, no se resignaba a pertenecer a tan despreciada raza.

Roxana le demostró todo su cariño, devoción que correspondía en la medida de lo posible, pero con distante incomodidad. Intentó consolarlo, aunque sin éxito. La relación que ahora mantenía con su madre lo perturbaba y, pasado un rato, comenzó a reunir el valor suficiente como para pedirle que cesaran las carantoñas y los mimos que le profesaba o, en su defecto, que se mostrara más comedida. Sin embargo, le tenía miedo y, además, había parado de darle arrumacos y se había puesto a cavilar. Intentaba idear un plan salvador. Finalmente, volvió en sí y dijo que había dado con la solución

para salir de aquel mal paso, buenas noticias que colmaron a Tom de felicidad. Roxana le informó:

—Esto es lo que vamos a hacer. Saldrá bien seguro. Tengo sangre negra y eso lo sabe todo el mundo en cuanto abro la boca. Debo valer unos seiscientos dólares. Véndeme y paga tus deudas.

Tom se quedó confuso. No estaba seguro de haber oído bien. Se mantuvo en silencio unos segundos y, entonces, siguió él:

—¿Quieres decir que te dejarías vender como esclava para salvarme?

—¿Es que no eres mi hijo o qué? Una madre blanca haría cualquier cosa por su niño. ¿Y quién las creó? Pues el Señor. ¿Y quién hizo a los negros? El Señor también. Por dentro, todas las madres son iguales. Nuestro buen Dios las hizo así. Me vas a vender como esclava y en un año o así me compras y, hale, libre otra vez. Te diré cómo. Éste es el plan.

Tom empezó a ver cierta luz y, con ésta, su optimismo creció. Le contestó:

—Eres muy buena, madre, sólo que…

—¡Dilo otra vez! ¡Dilo muchas veces más! Es todo lo que puedo desear en este mundo. Es más que suficiente para mí. ¡Que Dios te bendiga, cariño! Si sé que lo sigues pensando mientras me maltratan por ahí como esclava, mi tormento será menor y lo podré aguantar todo.

—Lo diré una y mil veces más, madre. Pero ¿cómo te puedo vender si eres libre?

—¡Y qué! A los blancos eso les da igual. Total, según la ley, me pueden vender ahora mismo si me dicen que abandone el estado y no lo hago en seis meses. Tú haz la escritura de venta y pones que vengo de lejos, de algún sitio de Kentucky, plantas algunas firmas y dices que me vendes porque andas apurado de dinero. Ya verás cómo no tienes ningún problema. Me llevas al norte y me vendes por allí a una granja. Nadie preguntará nada si piensan que valgo la pena.

Tom falsificó la escritura y vendió a su madre a un algodonero de Arkansas por algo más de seiscientos dólares. No quería traicionarla de esa manera, pero el destino hizo que

se cruzara con aquel hombre, hecho que le ahorraba tener que ir más al norte en busca de un comprador y correr el riesgo de verse en la necesidad de contestar todo tipo de preguntas. Aquel plantador estaba tan encantado con Roxy que quiso saber muy poco más. Además, éste insistió en que, en un principio, la esclava no sabría dónde se ubicaba su nuevo hogar, y que, para cuando lo hubiera averiguado, ya se habría acostumbrado a su situación. Tom, por su parte, quería convencerse a sí mismo de que para Roxy era una enorme ventaja el hecho de que a su amo le hubiera entrado por el ojo con tanta facilidad, como así había ocurrido. Por todo, en poco tiempo su prolijo razonamiento lo llevó al punto de casi creer que, en realidad, le estaba haciendo un espléndido favor encubierto vendiéndola «río abajo. —Se decía continuamente —: Si sólo es por un año. Después será libre de nuevo. Que tenga esto siempre presente y, así, se consolará».

Sí, la pequeña encerrona no resultaría demasiado perjudicial, y todo volvería a la normalidad finalmente. Acordaron que, delante de ella, sólo hablarían de lo agradable que era la vida en la granja que aquel hombre poseía «en el norte» y de lo felices que los esclavos eran allí. De modo que engañó a Roxy sin gran esfuerzo. La negra no podía imaginarse que su propio hijo llegara a traicionarla de esa manera, cuando de forma voluntaria había aceptado la esclavitud, fuera del tipo que fuera, bien clemente o más severa, y durase lo que durase, siendo éste un sacrificio comparado con el cual incluso la muerte habría resultado banal. En privado, le dedicó sus más afectuosas caricias acompañadas de amargas lágrimas, tras lo que, rota de dolor, se marchó con su nuevo amo, orgullosa de lo que estaba haciendo y contenta de poder hacerlo.

Tom canceló sus deudas y decidió cumplir al pie de la letra con su promesa de cambio para no volver a poner en peligro el testamento. Le quedaron trescientos dólares. Según el plan de su madre, debía ahorrarlos y añadir la parte que le daba a ella a esa cantidad todos los meses. En un año, la suma de todo ello sería suficiente para comprar su libertad.

No fue capaz de dormir bien durante una semana del remordimiento de conciencia que sentía por la vileza en la que

había incurrido con su progenitora. A pesar de todo, pronto empezó a sentir cierta indiferencia y concilió el sueño otra vez como cualquier otro sinvergüenza.

El barco alejó a Roxy de San Luis a las cuatro de la tarde, quien, desde la barandilla que había a la altura de las paletas del vapor, observó a Tom con los ojos empañados por las lágrimas hasta que éste desapareció entre la multitud. Dejó entonces de mirar y se sentó en una bobina de cable, donde permaneció llorando desconsolada hasta bien entrada la noche. Más tarde, se dirigió a su inmundo camastro de la bodega entre ruidosas máquinas, no para dormir, sino a esperar, entre lamentos, a que llegara la mañana.

Era de suponer que no se percataría de nada y pensaría que viajaba río arriba. ¡Ella, que había viajado en barco durante años! Al amanecer, se levantó y acudió lánguida a sentarse sobre la bobina otra vez. Pasaron muchos troncos cuyo rumbo bien podría haberle revelado lo que más tarde le rompería el corazón en mil pedazos, ya que aquellos restos y el barco seguían el mismo curso. Sin embargo, estaba tan ensimismada en sus pensamientos que no se dio cuenta. Finalmente, el estruendo de un salto de agua mayor la sacó de su letargo, alzó la vista y su mirada experimentada cayó sobre el delatador sentido de la corriente. Durante unos instantes, se quedó petrificada con los ojos fijos en el río e, inmediatamente después, hundió el rostro sobre su pecho y exclamó:

—¡Que el señor tenga piedad de esta pobre pecadora! ¡Me ha vendido río abajo!

Capítulo 17

Incluso la fama puede incomodar. En Roma, al principio, uno siente profundamente que alguien como Miguel Ángel tuviera que morir, pero, después, sólo se lamenta de no haberle visto hacerlo (*Almanaque de Wilson Cabezahueca*).

4 de Julio. Las estadísticas demuestran que perdemos a más mequetrefes esta jornada que en el resto de los días del año todos juntos. Esto prueba que, por el número restante de memos, un 4 de Julio por año no basta para lo que ha crecido este país (*Almanaque de Wilson Cabezahueca*).

Los días de verano fueron transcurriendo hasta que comenzó la campaña política que se inició con gran entusiasmo y fue ganando frenesí día a día. Los gemelos se entregaron a ella en cuerpo y alma, pues estaba en juego su amor propio. Su popularidad, tan reconocida al principio, había disminuido un tanto, quizá porque habían alcanzado notoriedad demasiado rápidamente y parecía natural que se produjera ahora aquella reacción. Además, se había extendido el rumor de que era curioso, de hecho, *muy* curioso, que aquel maravilloso cuchillo no hubiera aparecido ya, si es que era de tan gran valor o si es que alguna vez había existido. Al cuchicheo lo acompañaban risitas, codazos y guiños, y ya se sabe que esas cosas producen su efecto.

Los hermanos pensaban que el éxito en las elecciones les haría recuperar su sitio, y que la derrota, por el contrario, les causaría un daño irreparable. De modo que trabajaron a conciencia, aunque no pusieron más empeño que el que el juez Driscoll y Tom dedicaron en contra suya durante los últimos

días de rebate. La conducta de Tom había sido tan impecable los dos meses anteriores que su tío no sólo le proporcionaba dinero con el que convencer a futuros votantes, sino que él mismo lo sacaba de la caja fuerte del salón privado del juez.

El señor Driscoll se encargó del discurso de cierre de campaña y aprovechó para arremeter con fuerza contra los forasteros. Y fue enormemente efectivo. Se mofó de ellos sin compasión, lo que provocó carcajadas y aplausos entre los congregados. Los ridiculizó llamándolos aventureros, charlatanes, gentuza y bichos de feria de tres al cuarto. Atacó sus títulos con escarnio desmedido y declaró que eran un par de ruines rapabarbas disfrazados de nobles, unos mercachifles ataviados como caballeros y una pareja de organilleros sin el mono. Al fin, cesó de hablar y permaneció callado un momento. Esperó inmóvil hasta que se hiciera un silencio absoluto y todos estuvieran expectantes y, entonces, lanzó la pulla más mortífera con frialdad, deliberación y especial énfasis en las tres últimas palabras: dijo que, en su opinión, la recompensa que ofrecían por la daga extraviada era una patraña y que su dueño sabría dónde encontrarla cuando tuviera la ocasión de *asesinar a alguien*.

Seguidamente, descendió de la tribuna, dejando un sepulcral silencio tras de sí en vez de la acostumbrada explosión de aplausos y aclamación pública.

El extraño comentario corrió como la pólvora por todo el pueblo, causando una extraordinaria conmoción. La gente, en vano, repetía una y otra vez la siguiente pregunta: «¿Qué quería decir con eso?». El juez sólo afirmó que sabía a lo que se refería, pero nada más. Tom dijo que no tenía ni idea de lo que significaban las palabras de su tío, y Wilson, por su parte, cuando alguien sacaba el tema, eludía la cuestión preguntando a quien lo interrogaba que qué le parecía a él.

En definitiva, Wilson salió elegido, los gemelos perdieron, fueron aplastados, de hecho, y se quedaron tremendamente decepcionados y sin amigos. Tom, entre tanto, regresó satisfecho a San Luis.

Después de todo, Dawson’s Landing disfrutó de una semana de relativa tranquilidad, algo que era necesario. Si bien, se

palpaba cierta expectación en el aire, ya que se comentaba que un nuevo duelo iba a acontecer. La intensa actividad de la vida política había dejado al juez Driscoll exhausto, pero todo el mundo sabía que, tan pronto como recuperara las fuerzas para aceptar un nuevo reto, éste le llegaría de parte del conde Luigi.

Ambos hermanos desaparecieron completamente de la vida social del pueblo e intentaron sobrellevar su humillación en solitario. Evitaban el contacto con toda persona y sólo salían a hacer algo de ejercicio bien entrada la noche, siempre cuando ya no quedaba ni un alma en la calle.

Capítulo 18

> La gratitud y la traición son simplemente los dos extremos del mismo desfile. Uno ha visto todo lo que vale la pena contemplar una vez la banda y los oficiales de vistosos uniformes han pasado ya (*Almanaque de Wilson Cabezahueca*).
>
> Día de Acción de Gracias. Manifestemos ahora todos, excepto los pavos, nuestro más humilde, afectuoso y sincero agradecimiento. En las islas Fiji, no comen pavos, sino fontaneros. No nos toca ni al lector ni a mí burlarnos de los habitantes de estas islas [73] (*Almanaque de Wilson Cabezahueca*).

El viernes siguiente a las elecciones fue un día muy lluvioso en San Luis. Cayó agua con fuerza todo el día como si el tiempo intentara a la desesperada limpiar, sin éxito, el hollín que cubría la ciudad. Hacia la medianoche y bajo el chaparrón, llegaba a su alojamiento, procedente del teatro, Tom Driscoll. Cerró el paraguas y entró, pero, entonces, oyó cómo otra persona entraba después de él en el edificio, sin duda, otro huésped, quien cerró de nuevo la puerta de la entrada y se dirigió al piso de arriba detrás de Tom. Éste dio con la puerta de su habitación a oscuras, entró en su aposento y encendió una lámpara. Cuando, mientras silbaba, echó un vistazo a su alrededor, vio a un hombre de espaldas que cerraba la puerta con llave por él. Dejó entonces de silbar y comenzó a ponerse nervioso. El extraño se dio la vuelta, todo hecho un fardel de harapos empapados que goteaban sin cesar, y mostró el rostro de un hombre negro bajo un sombrero de ala ancha. Tom estaba asustado. Intentó echarlo de la estancia, pero no le salían las palabras. Fue el otro quien, en voz baja, dijo:

—¡No te muevas! ¡Soy yo… tu madre!

Tom se dejó caer a plomo en una silla y balbuceó:

—Ha sido muy rastrero, lo sé, pero lo hice porque era lo mejor. Vaya que sí. Lo juro.

Roxana permaneció inmóvil observando cómo a su hijo le remordía la conciencia, mascullando acusaciones contra sí mismo, entremezcladas con lamentables justificaciones con el objetivo de excusar su vil decisión. Después, la mujer se sentó y, tras quitarse el sombrero, una desaliñada mata de pelo moreno se le derramó sobre los hombros.

—Si no se me ha vuelto gris, no será por ti, no —se lamentó afligida reparando en su cabellera.

—¡Lo sé! ¡Lo sé! ¡Soy un canalla! Pero te juro que creí que era lo mejor. Fue una equivocación, está claro, pero en su momento pensé que era lo que más convenía, te lo aseguro.

Roxana rompió en un suave llanto, pero pronto pudo pronunciar unas palabras entre sollozos. No era ira lo que desprendía su discurso, sino un profundísimo dolor:

—¡Vender a una persona río abajo! ¡Río abajo! ¡Que era lo mejor! ¡Ni a un perro se lo haría yo! Estoy deshecha y consumida, y ya no me quedan fuerzas para enrabiarme como cuando me pisoteaban sin piedad. No sé, debe de ser por eso. He sufrido tanto que llorar me parece más fácil que enfadarme.

Aquellas palabras debieron conmover a Tom Driscoll, pero, aunque así fuera, el efecto causado pronto fue sustituido por otro aún más poderoso, aquel que fue capaz de eliminar el miedo que en él habitaba y que le concedió una tregua a su quebrantado ánimo, ofreciendo a su huera alma el alivio que necesitaba. Prudentemente, no hizo ningún comentario. Se sucedió un intervalo silencioso de cierto tiempo, durante el que sólo se escuchaba el golpeteo de la lluvia contra los cristales, el sutil quejido del viento y, de vez en cuando, un ahogado suspiro de Roxana. Poco a poco, fue calmándose hasta que, finalmente, su berrinche cesó por completo. Luego, la forajida retomó el turno:

—Baja un poco esa luz. Más. Más aún. La luz no es buena si te andan buscando. Vale, ahí está bien. Puedo verte y con eso basta. Te voy a contar lo que ha pasado de la forma más corta

que pueda y, cuando acabe, te diré también lo que vas a hacer. El hombre que me compró no es tan malo, bastante bueno, diría yo, para ser plantador. Si hubiera sido por él habría servido en su casa y la mar de bien, pero su mujer era norteña y fea, y fue a por mí desde el principio. Así que me enviaron a los cobertizos con los otros esclavos. Pero aquello no fue suficiente para ella y malmetió al mayoral en mi contra de los celos y odio que me tenía. El hombre me sacaba antes del amanecer y me hacía trabajar todo el día, de sol a sol, hasta que ya no había luz. Y me daba un porrón de latigazos porque yo no podía trabajar como los otros más fuertes. El mayoral era del norte también, de Nueva Inglaterra. Todo el mundo en el Sur sabe lo que significa eso. Saben cómo matar a trabajar a un negro, y cómo azotarlo también, dándoles más palos que a una estera. Al principio, el amo le hablaba bien de mí, pero eso no me hizo ningún favor. La señora se enteró y, a partir de ahí, toda la leña me la cargaba yo. Ya nadie tuvo piedad de mi persona.

Tom estaba furioso con la mujer del plantador y se decía: «Si no hubiera sido por esa fisgona, todo habría ido como la seda». Después, la maldijo con contundencia. Su rostro revelaba sin tapujos tal sentimiento, algo de lo que también se percató Roxana gracias a un certero relámpago, que, por un momento, aportó a aquella lúgubre estancia la claridad de la luz del día. Se sentía pagada y agradecida, porque, ¿acaso no significaba aquella reacción que su hijo era capaz de sufrir por su madre y sentir rencor hacia los que la hostigaban? Y es que, hasta ese momento, lo había puesto en duda. Por desgracia, aquel atisbo de felicidad fue efímero y, tras desaparecer, quedó sumida en la desazón de nuevo, repitiéndose a sí misma: «Me vendió río abajo. No siente nada por nadie. Este espejismo no durará». Tras dicho pensamiento, retomó su relato:

—Hace unos diez días o así me dije que no resistiría mucho más de lo molida que estaba con el trabajo que hacía y de los latigazos. Me sentía muy desgraciada. Me daba todo igual. La vida ya no significaba nada si es que todo iba a ser siempre como era. Cuando alguien está en una situación así, ¿qué más da lo que pueda pasar? En la plantación había una negrita

enclenque de unos diez años que era buena conmigo. No tenía madre, la pobre, y yo le daba todo el cariño que podía y ella a mí. Un día vino a donde yo estaba trabajando a traerme una patata asada sin que la vieran, de su propia ración, claro está, porque sabía que me mataban de hambre. El mayoral la pilló y le arreó en todo el espinazo con una vara gorda como el palo de una escoba. Se cayó al suelo gritando y retorciéndose como una araña a la que le han arrancado las patas. Fue la gota que colmó el vaso. Todo el odio que llevaba acumulado dentro se encendió de repente y le arrebaté el bastón y tiré al cobarde al suelo del porrazo que le di. Se quedó ahí tendido, quejándose y maldiciendo como un loco, y los negros estaban muertos de miedo. Se acercaron a ayudarlo y, mientras tanto, me monté en su caballo y salí escapada hacia el río. Sabía lo que me haría si me cogían. En cuanto se pusiera bien me haría trabajar sin descanso hasta matarme y, si no, me venderían río abajo aún más lejos, que sería lo mismo. Prefería ahogarme y acabar así con todas mis calamidades.

»Llegué al río en un santiamén. Se estaba haciendo de noche. Entonces, vi una canoa y me dije que no tenía por qué ahogarme hasta que no llegara el momento de verdad, y até el caballo a un poste y me eché al río, intentando quedarme lo más pegada posible a la orilla para estar mejor resguardada y rezando para que oscureciera del todo pronto. Empecé con buen pie porque la casa del patrono quedaba a tres millas del río y sólo tenían mulas de carga que montaban únicamente los negros, con lo que sabía que no se iban a sofocar de la prisa y me darían toda la ventaja que pudieran. Entre llegar a la casa y volver sería demasiado de noche ya y no podrían encontrar el caballo ni averiguar qué camino había tomado hasta la mañana y, aún así, los negros mentirían todo lo que pudieran.

»Bueno, pues se puso todo oscuro y yo seguía sin parar río abajo. Remé y remé durante dos horas y, entonces, paré, y me dejé llevar por la corriente mientras pensaba en lo que iba a hacer si es que no me ahogaba al final. Pensé un plan y le di mil vueltas. Cuando creí que pasaba un poco de medianoche y había recorrido, más o menos, unas quince o veinte millas, vi las luces de un barco en la orilla donde no había ni pueblo ni

aserradero tampoco donde repostar, y pronto divisé la silueta de las chimeneas con las estrellas al fondo y, ¡Dios mío!, ¡casi pego un salto de alegría! ¡Era el Gran Mogol! Había trabajado en él como doncella durante ocho años en las rutas de Cincinnati y Orleans. Pasé por el costado y no vi a nadie. Tan sólo se oían martillazos a lo lejos en la sala de máquinas. Fue entonces cuando supe lo que pasaba: tenía una avería.

»Me arrimé al borde dejando atrás al Mogol, abandoné la canoa y volví hacia el barco. Habían sacado un tablón hasta la orilla y subí por él para embarcar. Hacía mucho calor y los marineros y braceros estaban durmiendo desparramados por la proa. El segundo de abordo, Jim Bangs, estaba sentado en las bitas con la cabeza gacha, dormido también. ¡Porque es así como hace la guardia el segundo oficial! Y también vi al viejo vigía, Billy Hatch, echando una cabezada en la escalerilla de los camarotes. Los conocía a todos. ¡Y vaya, sí que tenían buen aspecto y todo! Deseaba que el amo se hubiera atrevido a aparecer en ese momento para llevarme con él. Bendito sea Dios, estaba entre amigos. Ya lo creo. Pasé esquivándolos y subí a la cubierta de calderas hacia popa, que es donde estaba el camarote de las mujeres, y me dejé caer en la silla en la que me había sentado un millón de veces antes. Era como volver a casa, créeme.

»Una hora más tarde se oyó la campana que anunciaba que el barco estaba listo y empezó a notarse jaleo. También se oyó el gong.

»—¡Atrás a estribor! —y yo pensé: “Me suena esa cantinela”. Y otra vez el gong.

»—¡Avante babor! —adelanté yo—. El gong de nuevo.

»—¡Alto estribor! —Y el gong.

»—¡Avante estribor! —y partimos a toda máquina hacia San Luis, alejándonos de tierra firme y sin necesidad de tener que acabar con mi vida.

»Sabía que el Mogol hacía la ruta de San Luis, ya ves. Era plena luz del día cuando pasamos por la plantación, y pude ver a un montón de negros y blancos buscándome con ganas por la orilla, pero a mí ya me daba igual. Entonces Sally Jackson, que antes era la segunda doncella y que había ascendido a primera,

acudió al camarote y se alegró muchísimo de verme, igual que el resto. Les conté que me habían secuestrado y vendido río abajo. Juntaron veinte dólares y me los dieron, y Sally me dio ropa buena también. Cuando llegué aquí vine directamente a donde vivías y me dijeron que estabas fuera pero que estarías de vuelta en cualquier momento. No me atreví a volver a Dawson's Landing por si no te encontraba ya.

»Entonces el lunes pasé por al lado de esos sitios en la calle Fourth donde ponen listas con los negros fugitivos para que la gente ayude a dar con ellos y… ¡vi a mi amo! Casi me desmayo del susto. Estaba de espaldas a mí. Hablaba con un hombre y le dio unos carteles con el nombre de algún negro, que supongo que era el mío y que le estaría ofreciendo una recompensa, ¿no te parece?

El pánico se había ido apoderando de Tom, quien ahora se decía: «Esto es el fin, sea cual sea la dirección que tome el asunto. Este hombre me ha dicho que el plantador cree que hay algo sospechoso en la venta. Dice que le llegó una carta de un pasajero del Gran Mogol que decía que Roxy había llegado aquí a bordo del barco y que todo el mundo conocía su caso. También sostiene que el hecho de que acudiera a este lugar en vez de fugarse a un estado libre le hace pensar mal de mí, y que, si no la encuentro más bien pronto, tendré serios problemas. Nunca habría creído que pudiera apartar su instinto maternal de tal manera como para aparecer así, sabiendo el riesgo que esto supone para mí. A pesar de todo… ¡aquí está! Fui estúpido al jurarle que le ayudaría a encontrarla pensando que podría cumplirlo sin más. Si me atrevo a entregarla, ella… ¿Qué alternativa tengo? He de hacerlo o pagar lo que debo. ¿Y de dónde saco yo el dinero? Si… si… me prometiera que la va a tratar bien de ahora en adelante… Ella misma admite que no es tan mal hombre. Me tendría que dar su palabra de que nunca la explotaría trabajando y que no la tendría mal alimentada o…».

Un relámpago dejó entrever la palidez del rostro de Tom, reflejo de la angustia que aquellos pensamientos le provocaban. Roxana habló de forma brusca ahora,

detectándose en sus palabras cierta desconfianza.

—¡Sube el candil! Quiero verte la cara mejor. Así. Déjame echarte un vistazo. Chambers, ¡estás más blanco que la camisa que llevas! ¿Has visto a ese hombre? ¿Ha estado aquí?

—S… sí.

—¿Cuándo?

—El lunes a mediodía.

—¡El lunes a mediodía! ¿Me estaba buscando?

—Bueno, pensaba encontrarte, sí. Es decir, tenía esa esperanza. Éste es el cartel que viste —y lo sacó del bolsillo.

—¡Léemelo!

Roxy respiraba agitada y tenía un enigmático brillo en la mirada que Tom no supo interpretar con certeza, aunque sí que descubrió el halo amenazador que desprendía. La octavilla ofrecía la típica ilustración burda de una mujer negra con turbante corriendo, con el hatillo apoyado en uno de los hombros y un encabezamiento en letras grandes que rezaba: «RECOMPENSA DE 100$». Tom lo leyó todo en voz alta, por lo menos la parte que describía a Roxana, el nombre del amo, la dirección de éste en San Luis y la ubicación de la agencia de la calle Fourth. No obstante, omitió el fragmento en el que se indicaba que los interesados en obtener el dinero también podían dirigirse al señor Thomas Driscoll.

—¡Trae para acá el anuncio!

Tom ya lo había doblado y se lo estaba guardando en el bolsillo. Sintió que un escalofrío le recorría todo el cuerpo y dijo, tan indiferente como pudo:

—¿El anuncio? No es de ninguna utilidad para ti. No sabes leer. ¿Para qué lo quieres?

—¡Dámelo!

Tom accedió, pero con una reticencia que le resultaba difícil disimular.

—¿Me lo has leído *entero*?

—Por supuesto que sí.

—Levanta la mano y júramelo.

Tom lo juró. Roxana se guardó el papel sin dejar de mirar fijamente a su hijo. Después, añadió:

—¡Estás mintiendo!

—¿Y por qué habría de hacerlo?

—No lo sé, pero lo noto. Eso es lo que pienso, pero déjalo. Cuando vi al amo, tuve tanto miedo que casi se me paralizaron las piernas. Le di a un negro un dólar por esta ropa y no he estado bajo un techo decente desde entonces, ni de noche ni de día, hasta ahora. Me ennegrecí la cara y he tenido que estar escondida durante el día en el sótano de una casa vieja y quemada y, por la noche, he tenido que robar tarros de azúcar y sacos de grano en el muelle para llevarme algo a la boca. No me he atrevido a comprar nada, muerta de hambre como estoy. Y tampoco he podido acercarme a esta casa antes, nada más que esta noche de perros, cuando no hay casi nadie por la calle. He estado esperando a oscuras en el callejón hasta que llegaras, y aquí estoy.

Se quedó algo pensativa y, al final, preguntó:

—¿Dices que viste a ese hombre el lunes a mediodía?

—Sí.

—Yo me topé con él a media tarde. Consiguió localizarte, ¿verdad?

—Sí.

—¿Te dio el cartel en ese momento?

—No, aún no lo tenía.

Roxana le lanzó una mirada suspicaz.

—¿Le ayudaste a escribirlo?

Tom se maldijo por aquella metedura de pata e intentó rectificar diciendo que ahora recordaba que sí que había sido a mediodía cuando le había proporcionado el anuncio. Roxana contestó:

—¡Mientes otra vez! —Entonces, erguida, con un dedo levantado, declaró:

—¡Escúchame! Te voy a hacer una pregunta y quiero que pienses bien lo que vas a contestar. Sabías que andaba detrás de mí. Si huías en vez de quedarte a ayudarle, se habría dado cuenta de que hay algo sucio en todo este asunto e indagaría sobre ti. Eso lo llevaría a tu tío, que leería el cartel y vería que has vendido a una negra libre río abajo, y ya lo conoces. Haría añicos el testamento y te echaría a patadas de la casa. Ahora, contéstame: ¿No le has dicho a ese hombre que seguramente

yo aparecería por aquí y que lo arreglarías para que pudiera tenderme una trampa y atraparme?

En ese momento, Tom se percató de que ninguna otra mentira o argumento alguno podían ser ya de ayuda. Sumido en una villanía de tal calibre, estaba entre la espada y la pared y no tenía escapatoria. Su semblante comenzó a adoptar un aire sombrío y, al momento, dijo refunfuñando:

—Bueno, ¿y qué podía hacer? Ya has visto que me tenía atado de pies y manos.

Roxy lo fulminó con sus ojos de una mirada y prosiguió:

—¿Que qué podías hacer? ¡Te has portado como un Judas con tu propia madre para salvar tu pellejo! ¿Es posible creérselo? ¡Ni a la peor sabandija se le pasaría por la cabeza! ¡Eres el perro sarnoso más despreciable que haya pisado este mundo! ¡Y la responsable soy yo! —y acabó escupiéndole a la cara.

Ni se esforzó en ofenderse por ello. Roxy permaneció reflexiva unos momentos para de inmediato proseguir:

—Harás lo siguiente. Le vas a dar a mi amo el dinero que tienes guardado y le dirás que se espere hasta que veas al juez y consigas el resto para comprar mi libertad.

—¿Pero qué dices? ¿En qué estás pensando? ¿Quieres que vaya y le pida más de trescientos dólares? ¿Y para qué le digo que los necesito, eh?

Esta vez, Roxy le replicó con voz serena:

—Le dirás que me vendiste para poder pagarte tus deudas de juego, que me mentiste y te portaste como un canalla y que te he pedido que reúnas el dinero para comprarme otra vez.

—¿Te has vuelto loca? Romperá el testamento al instante. ¿Es que no lo sabes?

—Claro que lo sé.

—Entonces, no pensarás que soy tan idiota como para acudir a mi tío, ¿no?

—No es que dude. Lo sé cierto. Y lo sé porque sabes bien que, si no consigues el dinero, yo misma iré a contárselo todo, y entonces él será quien te venderá a ti río abajo y ya me dirás qué te parece.

Tom, temblando, se puso en pie mientras despertaba en él

una profunda cólera. Se dirigió con prisa hacia la puerta diciendo que necesitaba salir de aquel asfixiante lugar durante unos instantes para tomar el aire y poder decidir qué hacer. Sin embargo, la puerta no se abría. Roxy sonreía maliciosamente:

—Tengo la llave yo, cariño. Siéntate. No necesitas aclarar nada de nada para saber cuál es tu obligación. Bien sé yo ya lo que vas a hacer.

Tom se sentó, hundiendo las manos entre sus cabellos en un gesto de desesperación. Roxy preguntó:

—¿Está ese tipo en esta casa?

Tom levantó la vista sorprendido y dijo:

—¿Qué te hace pensar eso?

—Tú mismo. ¡Salir a tomar el aire! En primer lugar, no hay nada más que decidir y, en segundo, tus ojos te han delatado. Eres el perro más… Pero eso te lo he dicho ya antes. A ver, hoy es viernes. Habla con él. Dile que tienes que marcharte para buscar el resto del dinero y que volverás con la cantidad necesaria el martes o el miércoles como mucho. ¿Me has entendido?

Tom replicó con un parco «sí».

—Cuando tengas la nueva escritura por la que me compro a mí misma, envíasela al señor Wilson Cabezahueca y le escribes detrás que la guarde hasta que yo llegue. ¿Está claro?

—Sí.

—Pues ya está. Coge el paraguas y ponte el sombrero.

—¿Por qué?

—Porque me vas a acompañar al muelle. ¿Ves este cuchillo? Lo llevo desde el día que vi a ese hombre. Lo compré a la vez que esta ropa. Si me cogía, me iba a matar con él. Vamos, empieza a andar. Y con calma. Ve delante de mí. Si haces alguna señal mientras estemos en esta casa o si alguien se acerca a ti en la calle, te lo clavo sin pensármelo. Chambers, ¿crees lo que te digo, no?

—No hace falta que me preguntes nada. Ya sé que cumples tu palabra.

—¡Sí, en eso somos muy distintos! Apaga la luz y muévete. Toma la llave.

Nadie los siguió. Tom se ponía a temblar cada vez que

algún rezagado nocturno pasaba por su lado y casi creía sentir el frío acero en la espalda. Roxy lo seguía pegada a sus talones ojo avizor. Tras recorrer aproximadamente una milla, llegaron a un claro en medio de los desolados muelles, y fue en aquel oscuro y lluvioso emplazamiento donde se separaron.

Tom volvió a casa caminando pesadamente, absorto en pensamientos descarnados y propósitos impracticables. Finalmente, se dijo vencido: «Sólo hay una salida. Debo seguir su plan, pero introduciré una pequeña variación: no le pediré el dinero a ese viejo tacaño para arruinarme la vida, sino que se lo robaré».

Capítulo 19

Pocas cosas son tan insoportables como un irritante buen ejemplo (*Almanaque de Wilson Cabezahueca*).

No sería bueno que pensásemos todos igual. Es la diferencia de opinión lo que sustenta las carreras de caballos (*Almanaque de Wilson Cabezahueca*).

Dawson’s Landing apuraba plácidamente la temporada de aburrida calma y esperaba apacible el duelo venidero. El conde Luigi también lo esperaba, pero con impaciencia, según las habladurías. Llegó el domingo y Luigi insistía en que se consumara el desafío. Wilson se encargó de transmitir su petición, pero el juez Driscoll se negaba a enfrentarse a un asesino, «es decir, en el campo del honor», añadió de forma muy significativa.

En cualquier otro terreno, desde luego, sí que estaría dispuesto. Wilson intentó convencerlo de que, si hubiera estado presente en el momento en que Angelo explicó las circunstancias en las que se produjo el homicidio cometido por Luigi, no habría considerado aquello como un acto deshonroso para éste, pero el obstinado anciano no cambió de opinión.

Wilson regresó a comunicar al otro contendiente el fracaso de su misión. Luigi estaba indignado, y se preguntaba cómo era posible que un caballero como él, que no era ningún pánfilo, tuviera más en cuenta las banales suposiciones de su sobrino que la opinión de Wilson. Por su parte, Cabezahueca se echó a reír y manifestó:

—Es muy sencillo y tiene fácil explicación. Yo no soy su muñeco, su niñito o su capricho. Su sobrino, sí. El juez y su

difunta esposa nunca tuvieron descendencia. Ambos sobrepasaban la mediana edad cuando les cayó el regalito. Debemos ser indulgentes con el instinto paternal que ha sido postergado durante veinticinco o treinta años. A esas alturas, dicho instinto, ya famélico, se conforma con lo primero que le llega a las manos. Así de atrofiado está su entendimiento que no sabe apartar el grano de la paja. Cuando una pareja joven da vida a un pequeño demonio, lo detectan como tal más bien pronto que tarde, pero ese mismo diablo adoptado por un anciano matrimonio se convierte en un ángel, y siempre lo será contra viento y marea. Tom es el ángel de este pobre hombre. Lo tiene obnubilado. El muchacho tiene un poder de convicción sobre su tío que otros no poseen, no para todo, claro está, pero para muchas cosas sí, particularmente a la hora de provocar o destruir ciertas opiniones personales en la mente del anciano. El juez les aprecia a usted y a su hermano, pero Tom los tiene atragantados, y eso es más que suficiente para que el buen hombre haya acabado pensando lo mismo. Así es como una sólida amistad acaba desparramada por el suelo en el momento en que uno de estos tardíos retoños decide apedrearla.

—Curiosa filosofía la suya —dijo Luigi.

—No es filosofía. Es un hecho. Y tiene algo de lamentable y hermoso también. Creo que no hay nada más patético que ver cómo una de estas pobres parejas mayores sin hijos acoge con todo su cariño a una manada de gruñidores perros callejeros para añadir después unos loros maleducados y chillones, un guacamayo con voz de burro, un par de cientos de estrepitosos pájaros cantores y algunos fétidos conejos y cobayas junto a una colección de gatos. Se trata, pues, de un torpe y desmañado esfuerzo de construir con metales nobles y escobina de latón, por así decirlo, algo que reemplace ese tesoro que la Naturaleza les ha negado: un hijo. Pero estoy divagando. La ley tácita de la región requiere que mate al juez Driscoll en cuanto lo vea, y él y toda la comunidad así lo esperan, aunque, desde luego, la muerte de usted por una bala de su contrincante también serviría. ¡Así que ándese con ojo! ¿Tiene un arma? Quiero decir, ¿va preparado?

—Sí. Él verá pronto su ocasión y, cuando ataque, responderé como debo.

Antes de marcharse, Wilson le comentó:

—El juez aún se encuentra cansado por la campaña y no saldrá en un par de días. En el momento que lo haga, debe estar atento.

Sobre las once de la noche, los gemelos salieron a hacer ejercicio, comenzando por un largo paseo bajo una velada luz de luna. Tom Driscoll había desembarcado en Hackett's Store, dos millas al sur de Dawson's Landing, apenas media hora antes, siendo el único pasajero en apearse en aquel solitario lugar. Había tomado el camino junto al río hasta llegar a la casa del juez Driscoll, y no se topó con nadie ni durante el trayecto ni en la casa.

Bajó las persianas de su estancia y encendió una vela. Entonces, se quitó el abrigo y el sombrero, y comenzó con los preparativos. Abrió el baúl y sacó la ropa de mujer que traía escondida debajo del resto y la dejó encima de la cama. Después, se ennegreció el rostro con corcho quemado [74] y se guardó las sobras. La idea era deslizarse hasta el estudio de su tío en el piso de abajo, de ahí al dormitorio, robar la llave de algún bolsillo y, entonces, ir a desvalijar la caja fuerte. Cogió la vela. Su seguridad y arrojo, hasta ahora bien alimentados, comenzaron a flaquear. Supongamos que, sin querer, hiciera algún ruido y lo vieran, digamos, justo en el momento de abrir la caja. Quizá por esa razón sería buena idea ir armado. Sacó la daga india de su escondrijo y creyó recobrar de nuevo la entereza perdida. Bajó sigilosamente por la estrecha escalera y, a cada leve crujido de la madera, el pelo se le erizaba y el corazón parecía detenérsele. Cuando estaba a medio camino, se dio cuenta de que llegaba algo de luz al descansillo inferior. ¿Qué podía significar aquello? ¿Estaba el juez despierto aún? No, no era probable. Debió de haberse dejado encendida la lámpara al marcharse a dormir. Siguió descendiendo sigilosamente, deteniéndose en cada peldaño a escuchar. Encontró la puerta abierta y se asomó. Lo que vio le causó una

enorme satisfacción. Su tío dormía plácidamente en el sofá. Sobre una mesa pequeña, junto a la cabecera del sofá, brillaba una lámpara que emitía una mortecina luz y, a su lado, se encontraba, cerrada, la pequeña caja de caudales de metal del anciano. Cerca, vio un fajo de billetes y un trozo de papel lleno de números anotados con lápiz. La caja fuerte no estaba abierta. Evidentemente, había caído exhausto en un profundo sueño mientras repasaba sus cuentas.

Tom dejó la vela en las escaleras y se dirigió hacia el montón de dinero, encorvándose a medida que avanzaba. Al pasar al lado de su tío, éste comenzó a moverse y Tom se detuvo. Acto seguido, muy despacio, desenvainó el cuchillo, con el corazón latiéndole cada vez más fuerte y los ojos clavados en el rostro de su benefactor. Pasados unos segundos, se atrevió a proseguir con su cometido, dio un paso, alcanzó el premio y, al cogerlo, se le cayó la funda del cuchillo al suelo. En ese momento, notó cómo el hombre lo asía con fuerza mientras gritaba «¡Socorro, socorro!». Sin pensárselo dos veces, le asestó una puñalada y, de este modo, quedó liberado. Se le escurrieron de la mano izquierda algunos billetes y cayeron en el charco de sangre que se estaba formando en el suelo. Soltó el arma y recuperó los que pudo antes de abandonar la escena a toda velocidad. Entonces se pasó el dinero otra vez a la mano izquierda y recuperó el cuchillo, preso del pánico y la confusión. De inmediato, cayó en la cuenta de lo que había hecho y se deshizo del arma asesina, ya que constituía un peligroso testimonio para llevarlo encima.

Dio un salto hacia la escalera y cerró la puerta a su paso. Al tiempo que cogía la vela otra vez y corría hacia el piso de arriba, pudo oír cómo unos apresurados pasos se acercaban a la casa rompiendo el silencio de la noche. Unos instantes después, mientras se encontraba en su habitación, los gemelos, ya en el interior de la casa, veían horrorizados el cuerpo del asesinado.

Tom se puso el abrigo ocultando el sombrero debajo y se atavió con la ropa de mujer como pudo. Se bajó el velo, apagó la luz, cerró con llave la puerta que acababa de atravesar y se la guardó, cruzó la puerta siguiente hacia el salón trasero y le

echó la llave también a ésta. Entonces, continuó su huida a oscuras y bajó por las escaleras de atrás. No esperaba encontrarse con nadie, puesto que todo el interés se concentraba ahora en otra parte de la casa. Y no erró en sus cálculos. Cuando ya atravesaba el patio posterior, la señora Pratt, sus sirvientes y una docena más de otros vecinos a medio vestir se encontraban junto a los gemelos y el fallecido, al tiempo que seguía acercándose gente a la puerta principal.

Mientras cruzaba la verja, aún tembloroso, vio que tres mujeres se aproximaban a toda prisa procedentes de la casa de enfrente. Pasaron por su lado y entraron como una exhalación, preguntándole qué había ocurrido, aunque no se esperaron a escuchar una respuesta. Tom pensó: «A estas remolonas solteronas sí que les ha dado tiempo a vestirse del todo. Hicieron exactamente lo mismo la noche que se quemó la casa de Steven justo aquí al lado». Instantes después, se encontraba en la casa encantada. Encendió una vela y se despojó de la vestimenta que llevaba. Tenía todo el costado izquierdo manchado de sangre, y la mano derecha la tenía teñida de rojo por los billetes ensangrentados que había estrujado. Aparte de esto, no había más pruebas que lo incriminaran. Se limpió la mano en la paja y se quitó prácticamente la totalidad del tizne del rostro. Más tarde, quemó todas las ropas, de hombre y de mujer, esparció las cenizas y se atavió como un vagabundo. Apagó la vela, bajó y se dispuso a recorrer la senda a lo largo del río con el propósito de utilizar los mismos recursos que Roxy.

Encontró una canoa y remó río abajo, dejando el bote a la deriva al amanecer una vez hubo retomado el camino por tierra hasta el pueblo colindante, donde se ocultó hábilmente hasta que llegó un vapor con destino a San Luis, para el que consiguió un pasaje de cubierta. No cesó de sentirse intranquilo hasta que no dejó Dawson’s Landing bien atrás. Después, se dijo: «Ni todos los detectives del mundo podrían dar conmigo. No hay pista alguna que seguir. Este homicidio pasará a engrosar la lista de misterios sin resolver, y así seguirá durante los próximos cincuenta

años».

A la mañana siguiente, en San Luis, pudo leer la siguiente reseña en los periódicos, fechada en
Dawson's
Landing:

> El juez Driscoll, un anciano y respetable ciudadano, fue asesinado alrededor de la medida noche por un libertino noble italiano o, simplemente, un mero fígaro, con motivo de una disputa surgida durante las recientes elecciones. Con toda probabilidad, el culpable será linchado.

«¡Uno de los gemelos!, —se dijo Tom—. ¡Qué suerte la mía! El favor se lo debe al puñal. Nunca sabemos cuando la fortuna nos sonríe. Yo mismo maldije a Wilson Cabezahueca con todas mis fuerzas por boicotearme la venta de la daga. Lo retiro todo».

Tom era ahora rico y gozaba de total independencia. Lo arregló todo con el plantador y envió a Wilson el nuevo contrato de compraventa por el que Roxana se compraba a sí misma. Tras esto, le mandó también un telegrama a su tía Pratt:

> Enterado de la terrible noticia por periódicos y estoy roto de dolor. Partiré en primer paquebote hoy mismo. Intente sobreponerse, querida tía, hasta mi llegada.

Cuando Wilson llegó a la enlutada morada y hubo recopilado tantos detalles como la señora Pratt y el resto de los presentes pudieron darle, tomó el mando en calidad de alcalde y ordenó que no se tocara absolutamente nada y que se quedara todo como estaba hasta que llegara el juez Robinson y tomara las medidas oportunas como instructor del caso. Hizo salir a todo el mundo de la estancia a excepción de los gemelos, con quienes se quedó. Pronto llegó el *sheriff* y se los llevó a la cárcel. Wilson les dijo que no se desanimaran y les prometió que haría todo cuanto pudiera en su defensa cuando el caso llegara a juicio.

El juez Robinson no tardó en aparecer y, con él, llegó también el alguacil Blake. Ambos inspeccionaron la habitación

minuciosamente. Encontraron la daga y la vaina. Wilson se percató de que había huellas en el mango. Aquello lo complació, ya que los gemelos habían pedido expresamente a los primeros en llegar que examinaran sus manos y ropa, y nadie, incluido Wilson, encontró rastro de sangre en ellos. ¿Cabía la posibilidad de que los hermanos estuvieran diciendo la verdad cuando aseguraban que habían encontrado al anciano ya difunto cuando irrumpieron en la casa alertados por los gritos de socorro? De repente, Cabezahueca se acordó de la misteriosa dama. No obstante, aquel crimen no parecía haber sido perpetrado por una mujer. De todos modos, estaba claro que debían reconocer la habitación de Tom Driscoll.

Una vez la comisión del instructor hubo visto el cuerpo y la escena del asesinato, Wilson sugirió que continuaran la búsqueda en la planta superior, y él los siguió. Forzaron la entrada del aposento de Tom, pero no encontraron nada, naturalmente.

El tribunal no pudo sino dictaminar que el homicidio había sido cometido por Luigi y que Angelo era su cómplice. El pueblo se quedó muy resentido contra los desafortunados hermanos por lo que, durante los días siguientes al suceso, éstos corrieron constante peligro de ser linchados. Seguidamente, el gran jurado acusó a Luigi de asesinato en primer grado y a Angelo de instigador y, de este modo, los gemelos fueron trasladados del calabozo del pueblo a la cárcel del condado a la espera del juicio.

Por su parte, Wilson estudió las huellas de la empuñadura de la daga y concluyó para sus adentros: «Ninguno de los dos gemelos ha dejado estas marcas». Evidentemente, pues, había otra persona implicada que actuó, bien por propio interés, o bien porque se trataba de un asesino a sueldo.

¿Quién podía ser? Debía averiguarlo. La caja fuerte no estaba abierta, al igual que la de caudales, que contenía unos tres mil dólares. El robo no podía ser el móvil, sino la venganza. ¿Qué enemigo tenía el fallecido que no fuera Luigi? Sólo el italiano en el mundo podía tenerle tanta inquina como para asesinarlo.

¡La misteriosa mujer! Ésta constituía un reto en toda regla

para Wilson. Si el motivo era el mero robo, aquélla podría proporcionar las respuestas que buscaba, pero, por otra parte, no había mujer que quisiera arrebatarle la vida al anciano por despecho. No discutía con el sexo opuesto: era todo un caballero.

Wilson tenía calcos perfectos de las marcas encontradas en el cuchillo y, entre sus muestras, poseía un sinfín de huellas de mujeres de todas las edades que había ido recogiendo durante, por lo menos, los últimos quince o dieciocho años. Las comparó sin obtener ningún resultado, puesto que todas pasaron la prueba sin que hubiera similitud con los trazos hallados en el arma.

La aparición del cuchillo en la escena del crimen preocupaba mucho a Wilson. Tan sólo una semana antes, casi había admitido que creía que Luigi había tenido en sus manos una daga como aquélla y que aún la poseía, a pesar de que el gemelo insistía en que se la habían robado. Pero ahí estaba el artilugio y, junto a él, los hermanos. Medio pueblo había defendido la idea de que éstos estaban tomándole el pelo a todos al decir que habían perdido el puñal, y ahora la gente se regocijaba y decía: «¡Ya se lo advertimos!».

Si las huellas de los forasteros hubieran quedado impresas en el cuchillo… Pero era inútil preocuparse por eso a esas alturas. De una cosa estaba bien seguro: las huellas encontradas no pertenecían a los gemelos.

Wilson descartó toda sospecha sobre Tom. En primer lugar, Tom no podría matar a nadie. No poseía valor suficiente como para hacerlo. Y en segundo, si fuera capaz, no elegiría a su queridito bienhechor y pariente más cercano. Además, nunca lo haría, simplemente, por propio interés, ya que, mientras aquel hombre viviera, Tom tenía asegurada una vida cómoda. Además, existía la posibilidad de que rehiciera el maltrecho testamento. Con el anciano muerto, esta posibilidad perecía también. Era cierto que el juez había redactado de nuevo el testamento, tal y como se había acabado de descubrir, pero Tom no debía de saberlo. De lo contrario, habría hecho alguna mención al respecto, fruto de su incauta personalidad lenguaraz. Por último, Tom se encontraba en San Luis en el

momento del crimen y supo la noticia a través de los periódicos, según el telegrama que había enviado a su tía. Todas estas hipótesis eran meras impresiones abstrusas más que pensamientos coherentes, ya que Wilson era incapaz de ver la conexión que podía existir entre Tom y los hechos acontecidos.

El abogado consideraba que el de los gemelos era un caso muy complicado. De hecho, imposible. Suponía que, si no hallaban a otro cómplice, un ilustre jurado de Missouri los ahorcaría con toda seguridad. Si lo encontraban, en realidad la situación tampoco mejoraría en demasía, sólo que el *sheriff* tendría una persona más que añadir a la lista de los ajusticiados. Nada salvaría a los gemelos salvo el descubrimiento de que alguien había cometido el asesinato en solitario, algo que parecía muy poco probable que ocurriera. Aún así, se debía encontrar al individuo que había dejado las huellas en la empuñadura. Nadie era capaz de asegurar que los hermanos podrían salvarse si esta persona apareciera, pero lo cierto era que, sin ella, no había ninguna posibilidad en absoluto.

Así que Wilson pensó, caviló y deliberó día y noche sin llegar a ninguna conclusión. Dondequiera que se cruzara con una muchacha o dama que desconocía, les pedía una muestra de sus yemas bajo un pretexto u otro, y su esperanza siempre se esfumaba en forma de suspiro al comprobar que nunca se correspondían con las halladas en la daga.

En cuanto a la misteriosa mujer, Tom juró que no la conocía y que no recordaba haber visto jamás a nadie llevar un vestido como el que Wilson describía. Admitió que no siempre cerraba su habitación con llave, y también mencionó que incluso los sirvientes a veces tampoco cerraban las puertas de la casa con cerrojo. Con todo, en su opinión, la doncella en cuestión debió de haberles hecho muy pocas visitas o alguien se habría percatado de su presencia. Cuando Wilson intentó encontrar una conexión entre ésta y los robos porque pensaba que podría haber sido la compinche de la anciana, si no la mismísima ladrona disfrazada de vieja, Tom pareció sorprendido y también interesado, y comentó que estaría al

tanto de esa o esas personas, aunque se temía que ella o ellas fueran lo suficientemente listas como para aventurarse de nuevo en un pueblo donde los ciudadanos se mantendrían vigilantes durante largo tiempo.

Todo el mundo se compadecía de Tom. Se mostraba taciturno y apesadumbrado y parecía sentir la pérdida profundamente. Estaba actuando, aunque no del todo. La imagen de su supuesto tío, que es como lo consideraba a última hora, se le aparecía en la oscuridad frecuentemente mientras aún estaba despierto, reapareciendo después esa visión en sus sueños. No se atrevía a entrar en la habitación donde había ocurrido el infortunio y esto emocionaba a la tierna señora Pratt, quien decía haberse dado cuenta, en sus propias palabras, «como nunca antes», de la sensibilidad de su retoño y de cómo éste adoraba a su malogrado pariente.

Capítulo 20

> Incluso la prueba circunstancial más evidente y perfecta puede que tenga algún fallo después de todo y, por consiguiente, debe tomarse con cautela. Pongamos el caso de un lápiz al que le ha sacado punta una mujer: si hay testigos, concluiremos que lo ha hecho con un cuchillo, pero, si nos ceñimos estrictamente al aspecto del lápiz, bien podríamos decir que lo ha afilado con los dientes (*Almanaque de Wilson Cabezahueca*).

Las semanas pasaron lentamente y nadie visitó a los gemelos encarcelados a excepción de su abogado y la tía Patsy Cooper. Por fin, llegó la fecha del juicio, el día más duro de la vida de Wilson, ya que, pese a sus extenuantes esfuerzos, no había sido capaz de encontrar a ningún secuaz. En realidad, el término que hacía tiempo había adoptado personalmente para referirse a esa persona era «cómplice», no porque fuera la palabra apropiada al caso, sino porque quizá era la que más se acercaba al concepto. Con todo, nunca logró entender por qué los gemelos no se esfumaron como el supuesto colaborador, y se quedaron junto al cadáver para ser apresados irremediablemente.

La sala de audiencia estaba abarrotada de gente, claro está, y así permanecería hasta el final, puesto que, no sólo en el pueblo, sino en millas a la redonda, aquel juicio era el principal tema de conversación. La señora Pratt, de luto riguroso, y Tom, con un crespón negro en el sombrero, se sentaron cerca de Pembroke Howard, el fiscal, y detrás de ellos se colocó un gran número de amigos de la familia. Los gemelos, por el contrario, sólo contaban con una persona que pudiera apoyar su defensa, y ésta era la contrariada casera. Se sentó junto a Wilson y parecía muy servicial. En el rincón de

los negros se colocó Chambers y también Roxy, bien arreglada y con el contrato de compraventa en el bolsillo, lo que constituía su posesión más preciada y de la que nunca se separaba, ni de día ni de noche.

Tom le había asignado treinta y cinco dólares al mes desde el momento en que heredó su fortuna, y mantenía que ambos deberían estar agradecidos a los hermanos por haberlos hecho ricos. Sin embargo, tal comentario molestó tanto a su madre que jamás se atrevió a mencionar nada parecido de nuevo. La madre sostenía que el juez había tratado a su hijo mil veces mejor de lo que se merecía y que, por lo que a ella respectaba, nunca la había tratado con desconsideración. Ésa era la razón por la que Roxy despreciaba a aquellas sabandijas por acabar con su vida, y afirmaba que nunca conciliaría un sueño profundo hasta que los viera colgados. Había acudido a presenciar el proceso y estaba decidida a soltar un sonoro «¡hurra!», aunque el juez la metiera en la cárcel un año por ello. Sacudió la cabeza, turbante incluido, y dijo:

—En cuanto oiga el veredicto, voy a dar tal salto que llegaré al techo, ya te lo digo yo.

Pembroke Howard expuso brevemente el caso que llevaba el Estado. Aseveró que demostraría, a través de un cúmulo de pruebas circunstanciales que no adolecían de inconsistencia alguna, que el principal acusado del banquillo fue quien cometió el crimen; que el motivo fue, en parte, la venganza, y en parte, el deseo de acabar con la amenaza que el juez suponía para él; que su gemelo, con su presencia, se convertía en cómplice de un delito que suponía el hecho más rastrero de entre todas las fechorías posibles que un humano puede llevar a cabo, el asesinato, y que fue gestado con alevosía y traición, y consumado por un ser insidiosamente cobarde. También manifestó que se trataba de un golpe que había roto el corazón de una entregada hermana y que había dejado completamente desolado a un sobrino que era como un hijo para él, provocando, a su vez, un sufrimiento inhumano a sus conocidos, y una pérdida irreparable para toda la comunidad. Se pediría, pues, la máxima pena posible, deseando que todo el peso de la ley cayera sobre el acusado allí presente. Quiso

dejar alguna otra invocación más para su alegato final.

Se sentía conmovido, sentimiento que compartía la mayoría de los congregados. La señora Pratt y otras mujeres presentes no pudieron evitar las lágrimas al acabar su intervención y un gran número de miradas resentidas cayeron sobre los infelices inculpados.

El Estado fue llamando a un testigo tras otro para hacerles algunas preguntas, si bien el contrainterrogatorio de la defensa fue breve. Wilson sabía que había poco de donde sacar a su favor. La gente se compadecía de Cabezahueca, ya que todo apuntaba a que su incipiente carrera acabaría despedazada.

Varios testigos juraron haber oído decir al juez Driscoll en público que los gemelos acabarían encontrando el puñal en cuanto se vieran en la tesitura de tener que matar a alguien con él. No era nada nuevo, la verdad, pero ahora se consideraba que aquellas palabras habían sido proféticas, y una extraña sensación se apoderó de la silenciosa sala al escucharlas de nuevo.

El fiscal se levantó y manifestó que era de su conocimiento, a través de una conversación mantenida con el juez el último día de su vida, que la defensa le había ofrecido el reto de batirse con la persona sentada en el banquillo de los acusados. Continuó diciendo que el fallecido se negó a enfrentarse a un asesino confeso, esto es, «en el campo del honor», y que el señor Driscoll había puntualizado que se encararía con él, eso sí, pero de cualquier otra forma. Supuestamente, se advirtió al acusado que, en el primer encuentro que tuvieran, uno de los dos resultaría muerto fruto del agravio pendiente. Tras esto, si el abogado de la defensa no deseaba alegar nada en contra de dicha afirmación, éste no sería llamado al estrado. Cabezahueca declaró que no ponía objeción. (Murmullo en la sala: «Esto se pone cada vez peor para Wilson»).

La señora Pratt testificó que no recordaba ningún grito y que no sabía qué había sido lo que la despertó, a no ser que fueran los pasos de alguien que se acercaba a la casa a toda prisa. Después, dijo que se levantó rápidamente y corrió hacia el vestíbulo, donde oyó cómo subían las escaleras de la entrada y la seguían mientras ella, de manera precipitada, se dirigía a

la sala de estar. Allí encontró al acusado, al lado de su difunto hermano. (Se derrumbó en llanto. Sensación en la sala). Cuando pudo continuar, comentó que las personas que venían tras ella eran el señor Rogers y el señor Buckstone.

Durante el interrogatorio de Wilson, la señora Pratt manifestó que los gemelos proclamaron su inocencia entonces y explicó que se encontraban dando un paseo cuando, alertados por un grito de socorro, tan penetrante y desgarrador que lo pudieron oír a una distancia considerable, salieron disparados en dirección a la casa. Prosiguió diciendo que éstos le rogaron a ella y a los caballeros antes mencionados que les examinaran las manos y la ropa, cosa que hicieron, sin encontrar rastro de sangre. Por su parte, Rogers y Buckstone corroboraron este testimonio.

Asimismo, se verificó el hallazgo del puñal y se aportó como prueba el anuncio que lo describía al detalle y que ofrecía una recompensa por él, tras lo que se confirmó la correspondencia entre dicha descripción y la daga. Siguieron a estas actuaciones algunos otros pormenores sin más trascendencia y el Estado concluyó su turno.

Wilson expuso que tenía tres testigos, las señoritas Clarkson, quienes declararían haberse cruzado con una mujer con el rostro cubierto que salía de la casa del juez Driscoll por la puerta de atrás instantes después de que se pudieran oír los gritos de auxilio. Según Cabezahueca, aquella información, junto con otros indicios que presentaría después, convencerían al tribunal de que existía otra persona involucrada en el asunto que ni siquiera habían encontrado aún, por lo que, hasta que diera con ella, debería producirse la suspensión del procedimiento para ser completamente justos con sus clientes. Como ya era tarde, pidió permiso para posponer el interrogatorio de las tres mujeres hasta la mañana siguiente.

Los presentes desalojaron el lugar por parejas o en grupos envueltos en agitadas conversaciones, comentando lo acontecido en aquella sesión con ardiente interés, y todos parecían haber tenido un día de lo más entretenido excepto el acusado, su abogado y aquella vieja amiga. Para ellos, no había motivo de algarabía, ni esperanza tampoco. Antes de

marcharse, la tía Patsy intentó ofrecer a los hermanos una despedida alentadora, pero ni siquiera pudo terminar.

Aunque Tom pensaba que estaba todo bajo control, la solemnidad del juicio le había provocado cierta inseguridad, siendo de naturaleza especialmente sensible a cualquier mínimo imprevisto. No obstante, desde el momento en el que el endeble argumento de Wilson se hizo manifiesto, se sintió mucho más tranquilo, incluso alborozado. Abandonó la sala burlándose de Cabezahueca. «Las Clarkson se toparon con una desconocida en la parte trasera, —se decía a sí mismo—. ¡Vaya caso tiene! Le doy un siglo para encontrarla. Un par, si me apura. Alguien que ya no existe y cuyas ropas, que le conferían el aspecto de mujer, fueron quemadas y las cenizas esparcidas por ahí. ¡*La* encontrará con facilidad! ¡Ya lo creo!». Tras estas deliberaciones acabó admirando, por enésima vez, el ingenio del que se servía para pasar inadvertido o, mejor aún, eludir cualquier sospecha.

«En casi todos los casos hay siempre un pequeño detalle que se pasa por alto, alguna pequeña pista a la que poderse aferrar, pero en éste no hay ni el más mínimo rastro que pueda delatar nada, por lo menos que sea más evidente que el que deja un pájaro al volar, además, por la noche. El que pueda seguir a ese pájaro en la oscuridad y dar con él es quien encontrará a la persona que acabó con el juez, y no otro. ¡Y ése es el trabajo que le ha tocado al pobre Wilson Cabezahueca de entre el resto de los mortales! ¡Señor, será endemoniadamente divertido verlo dando palos de ciego en busca de una persona que no existe, dándose la circunstancia de que a quien busca lo tiene delante de sus narices!».

Cuanto más lo pensaba, más gracia le hacía. Finalmente musitó: «No dejaré que se olvide de esa mujer. Cada vez que me lo encuentre con alguien, hasta el fin de sus días, le preguntaré con la ingenuidad que tanto le molestaba cuando lo interrogaba sobre su atascada abogacía: "¿Ya la ha encontrado, Cabezahueca?"». Le hubiera gustado soltar una carcajada, pero no habría resultado apropiado, puesto que había personas alrededor y, además, guardaba luto por su tío. Decidió que sería entretenido observar a Wilson esa noche y comprobar

cómo se devanaba los sesos intentando esclarecer el infructuoso caso que se llevaba entre manos mientras lo pinchaba de vez en cuando con algún exasperante comentario conmiserativo.

Wilson no quiso cenar. Había perdido el apetito. Sacó todas las huellas de mujeres de todas las edades que poseía en su colección y estuvo estudiándolas, abatido, más de una hora, intentando convencerse de que en algún momento aparecerían las dichosas improntas de la enigmática muchacha que, hasta entonces, había pasado por alto. Pero no era así. Se apoyó en el respaldo de la silla, colocó las manos entrelazadas en la nuca y se entregó a una larga y profunda meditación.

Tom Driscoll se pasó por allí ya entrada la noche y fue él quien comenzó la conversación:

—Vaya, hemos vuelto a las distracciones de nuestros días de exclusión para consolarnos. ¿No es así? —y cogió una de las láminas y la puso al trasluz para inspeccionarla—. Vamos, ánimo, viejo camarada, no hay que perder la compostura y de primeras regresar a este juego de niños sólo porque hay un punto negro en medio de su flamante estrella. Pasará y todo volverá a ser como antes —y dejó la pieza donde estaba—. ¿Acaso pensó que podía ganar?

—Para nada —contestó Wilson suspirando—. No esperaba hacerlo, pero tampoco creo que Luigi haya matado a su tío y siento de veras lo que le está pasando. Me entristece. Y usted sentiría lo mismo si no tuviera ningún prejuicio contra ellos.

—No sé, no sé —y se le demudó el rostro al recordar el puntapié recibido—. No les tengo mucha estima, considerando cómo me trató el moreno aquella noche. Con prejuicio o sin él, no me gustan y, cuando reciban lo que se merecen, no me encontrará sentado en el banco de los gemebundos.

Tomó otro cristalito y exclamó:

—¡Anda, si aquí pone que es de Roxy! ¿Piensa adornar los palacios reales con las zarpas de los negros también? Según la fecha que pone, yo tenía siete meses cuando le tomó esta muestra. Por entonces me cuidaba a mí y a su tostado cachorro a la vez. Hay una línea que cruza la huella. ¿Y eso? —tras lo que le acercó el ejemplar a Wilson.

—Es bastante común —replicó, aburrido—. Se debe normalmente a la marca de algún corte o cicatriz —y agarró el cristal indiferente para aproximarlo a la luz.

De pronto, Wilson se quedó totalmente pálido, con pulso tembloroso, observando aquella lisa superficie con la mirada vidriosa de un cadáver.

—¡Santo cielo! ¿Qué le ocurre? ¿Se va a desmayar?

Tom corrió en busca de un vaso de agua para ofrecerle, pero Wilson retrocedió sobrecogido y exclamó:

—¡No, no! ¡Lléveselo!

Respiraba alterado y movía la cabeza de un lado a otro desmañado, como si estuviese aturdido. Después, dijo:

—Me encontraré mejor en la cama. Ha sido un día agotador y he trabajado demasiado durante muchos días seguidos.

—En ese caso, le dejo descansar. Buenas noches, viejo amigo.

Sin embargo, Tom no pudo evitar lanzar una pulla de las suyas cuando se marchaba:

—No se lo tome así. No se puede ganar siempre. Algún día logrará colgar a alguien.

Y Wilson susurró para sí mismo: «No miento si digo que siento que tenga que ser usted el primero, aunque sea un perro miserable».

Entonces, se sirvió una copa de *whisky* con hielo y se puso a trabajar. No comparó las nuevas huellas que Tom había dejado inintencionadamente momentos antes en la lámina de Roxy con las encontradas en la empuñadura del cuchillo, ya que, para su ojo experto, no había necesidad de hacerlo, sino que quiso ocuparse de otro asunto entre bisbiseos de: «¡Qué idiota he sido creyendo que se trataba de una mujer a toda costa. Nunca se me ocurrió que pudiera ser un hombre disfrazado!».

En primer lugar, buscó la sección que contenía las huellas que había tomado de Tom cuando tenía unos doce años. Más tarde, sacó las que guardaba de los diminutos dedos de éste cuando era un lactante de no más de siete meses y las colocó todas junto a las que habían sido recientemente regaladas por el mismo sujeto de forma involuntaria.

—Ahora la serie está completa —pronunció con satisfacción, tras lo que se sentó para inspeccionarlas y, sobre todo, disfrutarlas.

Sin embargo, su gozo fue efímero. Observó detenidamente las tres láminas y se quedó estupefacto. Al fin, las dejó sobre la mesa y dijo:

—No entiendo nada de nada. ¡Rayos! ¡Las de cuando era bebé no coinciden con el resto!

Estuvo merodeando por la estancia durante media hora mientras intentaba resolver el enigma. Después, extrajo otras dos placas de cristal más. Del mismo modo, tomó asiento de nuevo descalabazándose un buen rato más y confesando para sus adentros:

—No tiene sentido. No lo comprendo. No se corresponden, pero juraría que los nombres y las fechas están bien colocados, con lo que *deberían* concordar. Siempre he procurado tener mucho cuidado a la hora de etiquetar todas las huellas. Un misterio extraordinario lo envuelve todo.

Estaba realmente cansado ya y su mente no daba más de sí. Decidió que lo mejor era intentar dormir un poco para despejarse y ver qué podía hacer con tal enigma. Durante apenas una hora, se rindió a un inquieto descanso. Poco a poco, recobró la consciencia e, inmediatamente, se incorporó soñoliento hasta quedar sentado en la cama.

—¿Qué clase de sueño he tenido? —se preguntó, intentando recordarlo—. ¿Qué ocurría en él? Me pareció que se resolvía todo el miste…

Sin acabar la frase, de un salto se plantó en medio de la habitación y corrió a subir la intensidad del candil para poder buscar sus muestras. Tras un rápido vistazo, gritó:

—¡Ya lo tengo! ¡Dios mío, qué descubrimiento! ¡Y que durante veintitrés años nadie haya sospechado nada!

Capítulo 21

El hombre es un ser inútil sobre la superficie de la tierra. Debería estar bajo ella, custodiando los repollos (*Almanaque de Wilson Cabezahueca*).

1 de abril. Éste es el día en el que se nos recuerda lo que somos durante los otros trescientos sesenta y cuatro restantes [75] (*Almanaque de Wilson Cabezahueca*).

Wilson se puso ropa de trabajo y se enzarzó en su tarea muy exaltado, algo que, sin duda, lo mantenía bien despierto. El estimulante y, a su vez, esperanzador descubrimiento con el que se había topado hizo que desapareciera todo signo de cansancio. Hizo fidedignas reproducciones de un número determinado de sus «muestras», aumentándolas con el pantógrafo a una escala de diez a uno. Realizó dichas ampliaciones sobre cartulina blanca, sin dejarse ni una sola línea del tremendo laberinto de espirales, curvas y bucles que conformaban el «diseño» de cada «ejemplar», utilizando siempre tinta negra para resaltarlos. Para el ojo inexperto, todas aquellas delicadas formas del dedo humano en las láminas de cristal se asemejaban entre sí, pero, una vez amplificadas diez veces, se parecían a las vetas del tronco de un árbol cortado, y hasta la persona más negada, de un vistazo e incluso a mucha distancia, podría detectar que no había dos iguales.

Cuando Wilson hubo terminado su ardua labor, dispuso los resultados en un orden determinado atendiendo a la secuencia temporal de las tomas, añadiendo al conjunto algunas ampliaciones más que había realizado tiempo atrás. Había

pasado la noche y, bien entrado el día, sobre las nueve, ya se había echado a la boca algo para desayunar, mientras el juzgado se hallaba preparado para una nueva sesión. Tan sólo doce minutos después, allí se presentó con su «material».

Tom Driscoll vio las «muestras» y, con un codazo, llamó la atención de un amigo que tenía al lado al que dijo con un guiño:

—Cabezahueca tiene buen ojo para los negocios, ya que piensa que, aunque no gane el caso, por lo menos ve en él la posibilidad de hacer publicidad de sus adornos para ventanas palaciegas sin gasto alguno.

Informaron a Wilson de que sus testigos no habían llegado aún, pero que lo harían de un momento a otro. Sin embargo, por su parte, dijo que probablemente no necesitaría sus declaraciones. (Y un murmullo se extendió por toda la sala: «¡Es una clara retirada! ¡Abandona sin haber pegado ni golpe!»).

—Tengo otro testimonio… y mucho mejor —declaró, provocando ahora un gran interés, así como exclamaciones que denotaban sorpresa y a la vez cierta decepción—. Con este gesto inesperado parece que lo que busco es un golpe de efecto, pero me justificaré diciendo que fue anoche cuando di con estas pruebas. He estado examinándolas y clasificándolas desde entonces hasta hace escasamente media hora. Se las ofreceré en breve, aunque antes me gustaría decir unas palabras.

»Con la venia del tribunal, el alegato principal del fiscal, el que se ha respaldado con más vehemencia, el manifiesto sobre el que más se ha insistido de forma desafiante, e incluso agresiva, es éste: la persona que dejó sus ensangrentadas huellas en la empuñadura de la daga india es la misma que cometió el asesinato.

Wilson se detuvo unos instantes, dando más solemnidad a lo que estaba a punto de revelar, y añadió, flemático:

—*Estamos de acuerdo todos con esa afirmación*.

Dicho anuncio causó una conmoción descomunal. Nadie estaba preparado para tal reconocimiento. La estupefacción se adueñó de los presentes en forma de alboroto y hasta se

pensaba que el consumido abogado había perdido la cabeza. Incluso el veterano juez, acostumbrado como estaba a todo tipo de triquiñuelas legales y artimañas subrepticias en el procedimiento criminal, no estaba seguro de haber oído bien, y le preguntó al fiscal qué era lo que había dicho. El rostro impasible de Howard no aclaró mucho, pero, de algún modo, su porte sí que perdió por un momento esa despreocupada serenidad que lo caracterizaba. Wilson continuó:

—No sólo admitimos ese alegato, sino que lo apoyamos firmemente. Pero dejaremos ese asunto por el momento. Consideremos otros aspectos que conciernen al caso que pretendemos fundamentar con pruebas, de modo que éstas queden ubicadas en el lugar que les corresponda en la cadena de los hechos.

Estaba decidido a tantear unas cuantas suposiciones para elaborar su teoría sobre el origen y el móvil del crimen, postulados encaminados a atar cabos que, por una parte, serían de gran ayuda en caso de ser confirmados y que, por otra, no empeorarían tampoco las cosas si no lo fueran.

—A mi modo de ver —prosiguió Wilson—, hay circunstancias en el caso que nos ocupa que apuntan a que la motivación del homicidio difiere un tanto de la que sostiene la acusación. Pienso que la razón principal no fue la venganza, sino el robo. Se ha insistido mucho en que la presencia de los acusados en la estancia justo después de notificarse que uno de ellos debía acabar con la vida del juez Driscoll o perder la suya propia en el momento en que las partes se encontraran deja ver claramente que el instinto natural de supervivencia llevó a mis clientes a presentarse allí para matar a su adversario cautelosamente y salvar así al conde Luigi.

»Entonces, ¿por qué permanecieron en el lugar después de haber cometido el hecho? La señora Pratt tuvo tiempo, a pesar de que no oyó el grito de socorro, sino que se despertó momentos después, de salir corriendo hacia las habitaciones hasta encontrar a los gemelos allí de pie sin ninguna intención de escaparse. Si fueran culpables, habrían salido de la casa a toda prisa al mismo tiempo que ella se dirigía a la habitación. Si su mencionado instinto los hubiera llevado realmente al

extremo de matar a un hombre desarmado, ¿qué era de esa inclinación entonces, cuando se suponía que debía de estar más en guardia que nunca? ¿Nos habríamos quedado alguno de nosotros? Señores, no insultemos a nuestra inteligencia hasta ese punto.

»Se ha puesto mucho énfasis en el hecho de que los acusados ofrecían una gran recompensa por el puñal con el que se perpetró el asesinato; que ningún ladrón reclamó tal extraordinaria cantidad, y que esto último era prueba suficiente de que era incierto que les hubieran robado; que todos estos detalles, junto con el célebre y aparentemente agorero discurso del fallecido sobre la daga y el hallazgo final del arma en la escena del crimen, donde no había nadie más acompañando a la víctima aparte del dueño del cuchillo y su hermano, constituyen una concatenación innegable de pruebas que señalan como culpables a los desafortunados forasteros.

»Pero pediré de inmediato que me tomen juramento para testificar que también se ofrecía una suculenta recompensa por el ladrón, algo que no se anunció públicamente; que este hecho se produjo en un contexto que se presumía fiable, pero que pudo no serlo tanto, ya que el ladrón pudo haber estado presente. (Tom Driscoll, que hasta aquel momento había observado fijamente al orador, bajó la mirada de repente). De este modo, se quedaría con el cuchillo, sin atreverse a venderlo o empeñarlo. (Los presentes asentían con la cabeza en señal de reconocimiento de que aquél era un buen argumento). Demostraré al jurado que había una persona en la habitación donde se encontraba el juez Driscoll minutos antes de que llegaran los acusados. (Esto produjo tal alboroto en la sala que hasta el más aletargado se incorporó en el asiento para escuchar con atención). Por tanto, si se considera necesario, demostraré que las señoras Clarkson se toparon con alguien con velo, aparentemente una mujer, que salía por la puerta de atrás instantes después de que se oyeran los gritos de auxilio. Pues bien, esta persona no era una mujer, sino un hombre disfrazado. (Gran sensación. Wilson buscó el rostro de Tom al lanzar semejante dardo para comprobar el efecto que había producido en él. Lo que vio le satisfizo, y se dijo para sí: “Lo

sabía. Le he dado de lleno”).

»El propósito de aquel individuo en la casa era robar, no matar a nadie. Es verdad que la caja fuerte estaba cerrada, pero había una pequeña caja de caudales de metal sobre la mesa con tres mil dólares. Puede suponerse fácilmente que el ladrón estaba escondido en algún lugar de la casa, que sabía de la existencia de la cajita, así como de las costumbres del juez de contar el dinero y repasar las cuentas al llegar la noche, si es que es eso lo que hacía, que yo no lo puedo asegurar, desde luego. Después, intentó llevarse la susodicha caja mientras el dueño dormía, pero hizo ruido y fue descubierto, de modo que tuvo que usar el cuchillo para librarse de ser capturado, y tuvo que huir precipitadamente sin el botín porque oyó que acudía alguien.

»Ésta es mi teoría, y ahora procederé a exponer las pruebas con el fin de ratificar su solidez.

Wilson sacó algunas de sus láminas de cristal. Cuando los presentes reconocieron los familiares trofeos de lo que consideraban los viejos tiempos de chifladura y chiquillería de Wilson, el circunspecto interés que hasta el momento habían reflejado sus rostros desapareció y todos irrumpieron a reír aliviados, tras lo que Tom se recompuso, uniéndose al regodeo. Wilson se mantuvo impertérrito. Colocó las muestras en orden delante de él y expuso:

—Apelo a la paciencia del tribunal mientras hago una breve introducción a las pruebas que seguidamente presentaré y que después rogaré se me permita cotejarlas bajo juramento en el banquillo de los testigos. Todo ser humano lleva consigo desde su nacimiento hasta la muerte ciertas marcas físicas que no cambian jamás y por las que puede ser identificado en todo momento, siendo esto último algo incuestionable. Dichas señales son una firma, una rúbrica fisiológica, por así decirlo, que no se puede falsificar u ocultar de manera alguna. Tampoco el paso del tiempo afecta a su legibilidad. Este sello no es el rostro, puesto que la edad lo puede trastocar hasta hacerlo irreconocible, ni tampoco el pelo, que puede desaparecer, ni la altura, ya que mucha gente comparte la misma, así como la complexión. Aquello a lo que me refiero es

único en cada uno de nosotros, sin que exista duplicado entre toda la población del mundo. (El público comenzó a mostrar interés de nuevo).

»La mencionada firma la constituyen las delicadas líneas con las que la Naturaleza imprime su estela en las palmas de las manos y en las suelas de los pies. Si miran las yemas de sus dedos, los que tengan buena vista observarán que estas finas líneas curvas aparecen muy juntas, como las que indican las fronteras de los océanos en los mapas, las cuales forman un definido patrón a base de círculos, arcos, espirales,
etc.
, siendo lo más importante que el dibujo que queda bosquejado es distinto en cada uno de los dedos. (Todos habían levantado una de las manos de forma que le diera la luz y, con la cabeza ladeada, examinaban las yemas de sus dedos. Se podían oír ciertas expresiones como: "¡Vaya, es verdad! ¡Nunca me había dado cuenta!). —El diseño de la mano derecha es distinto al de la izquierda. (Y continuaban exclamando—: ¡Sí, también es cierto!"). Dedo a dedo, verán que los patrones que se delinean son distintos de los de la persona que tienen al lado. (No había nadie que no hiciera comparaciones. Incluso el juez y el jurado estaban absortos en aquella curiosa tarea). Los trazos de la mano derecha de un gemelo no son iguales que los de su mano izquierda, de igual modo que el esquema que siguen las líneas de uno de los hermanos tampoco coincide con el del otro. El jurado podrá comprobar que el dibujo de las yemas del acusado sigue este criterio. (Inmediatamente después, comenzó el examen de las manos de los hermanos). Habrán oído ustedes hablar de gemelos cuyo parecido es tan exacto que, cuando llevan ropa similar, ni siquiera los padres pueden distinguirlos. Sin embargo, nunca se ha dado el caso de gemelo alguno que no llevara consigo desde su nacimiento hasta el fin de sus días la exclusiva identificación que proporciona esta misteriosa signatura. Una vez se sabe esto, el otro hermano nunca podrá reemplazarlo para engañar a nadie.

Wilson se detuvo y permaneció en silencio. Cuando quien da un discurso hace lo que él, provoca que toda distracción existente desaparezca de repente. El silencio augura que algo

importante se avecina. Todas las manos y yemas de los dedos descansaron en sus regazos, el público se incorporó en sus asientos y las miradas se dirigieron al rostro de Wilson. Esperó un poco más, dejando que el mutismo impregnara con su efecto embelesador a los congregados. Entonces, cuando ya sólo se podía escuchar el sonido del reloj de la pared, alargó la mano asiendo el puñal indio por el filo y lo sostuvo en el aire para que todos pudieran contemplar las siniestras manchas en la empuñadura de marfil. Tras esto, pronunció con tono contenido:

—Sobre el mango que ven se encuentra la íntima firma del asesino, impresa con la sangre del indefenso e inocente anciano que tanto amaba a su pueblo y a quien éste correspondía. Sólo hay un hombre sobre la faz de la tierra cuya huella coincide con la marca color carmesí de la empuñadura —hizo una pausa y miró al péndulo que oscilaba de un lado a otro—. ¡Y Dios sabe que señalaremos a ese hombre en este lugar antes del mediodía!

Estupefactos, consternados, inconscientes de sus movimientos, los concurrentes quisieron levantarse como si esperaran ver aparecer al asesino por la puerta al tiempo que una agitación general se apoderó de la escena.

—¡Orden en la sala! ¡Siéntense! —vociferó el *sheriff*.

Obedeciéndolo, reinó de nuevo la paz. Wilson miró de reojo a Tom y se dijo: «Da muestras de angustia. Incluso los que lo desprecian se compadecen ahora de él. Piensan que es un mal trago para un joven que ha perdido a su benefactor de manera tan cruel, y tienen razón». Seguidamente, retomó la palabra:

—Durante veinte años de mi vida, he dedicado el tiempo que mi inevitable desocupación me proporcionaba a coleccionar estas curiosas marcas de gente del pueblo. En mi casa tengo cientos y cientos más. Cada una de ellas tiene nombre y fecha. Nunca las he etiquetado al día siguiente, ni siquiera una hora más tarde, sino en el mismo momento en que fueron tomadas. Cuando suba al estrado de los testigos repetiré bajo juramento lo que estoy diciendo. Poseo las huellas del tribunal, del *sheriff* y de todos los miembros del jurado. Apenas habrá alguien aquí, blanco o negro, cuya estampa de

nacimiento no tenga. Nadie, pues, puede pasar desapercibido sin que pueda identificarlo por las manos entre la multitud de sus congéneres sin equivocarme. Y todavía hay más: si ambos llegáramos a vivir hasta los cien años, ¡aún entonces también podría hacerlo! (El interés de los espectadores iba en aumento).

»He estudiado algunas de estas composiciones tantas veces que las conozco del mismo modo que el cajero de un banco conoce la firma de su primer cliente. En el momento en el que me dé la vuelta, ruego que varias personas tengan la amabilidad de pasarse los dedos por el pelo y que luego presionen las yemas sobre uno de los cristales de la ventana junto al jurado. Del mismo modo, que los acusados hagan lo propio. Además, también pido a dichos colaboradores u otras personas cualesquiera que dejen sus huellas en otro cristal diferente y que se añadan también de nuevo las de los acusados entre las demás, pero en distinto orden que en el turno anterior. Y todo porque existe una posibilidad entre un millón de que alguien diera con las huellas en cuestión de manera fortuita *una vez*, por eso yo deseo hacerlo dos.

Se dio la vuelta y en cuestión de segundos los dos cristales quedaron llenos de pequeños borrones ovalados repletos de líneas, sólo visibles cuando se contemplaban sobre un fondo oscuro, como, por ejemplo, las ramas de un árbol del exterior. Llamaron a Wilson y éste se acercó al ventanal, lo observó todo y dijo:

—Ésta pertenece a la mano derecha del conde Luigi. Y esta otra de aquí, tres huellas hacia abajo, a la izquierda. Ahora vayamos al otro cristal. Esta y ésta son de Luigi, y esa y aquella de su hermano —miró a su alrededor—. ¿Es correcto?

Recibió por respuesta un atronador aplauso.

—¡Es algo casi milagroso!

Wilson se dirigió de nuevo hacia los cristales y, señalando con el dedo, declaró:

—Aquí tenemos la del juez Robinson. (Aplausos). Ésta es la del alguacil Blake. (Aplausos). Aquélla, la de John Mason, miembro del jurado. (Aplausos). Ésa, la del *sheriff*. (Aplausos). No puedo decir a quiénes pertenecen las demás, pero tengo las

copias en casa, con nombre y fecha, y podría identificar todas las que hay aquí comparándolas con las mías.

Volvió a su sitio aún entre aplausos que el *sheriff* acalló poco a poco, intentando que el gentío se sentara de nuevo, ya que se habían levantado todos para poder ver mejor. El tribunal, el jurado, el *sheriff* y los demás habían estado tan concentrados en el trabajo de Wilson que no habían prestado demasiada atención al resto de los presentes.

—Bien —continuó Cabezahueca—. Tengo conmigo las huellas de dos niños aumentadas diez veces con el pantógrafo, de modo que alguien con vista normal puede distinguirlas fácilmente de un vistazo. Los llamaremos niño A y niño B.

Aquí pueden observar las del niño A cuando tenía cinco meses de edad. Y aquí a los siete. (Tom se sobresaltó). Son idénticas, como pueden comprobar. Por otra parte, ahora les presento las del niño B a los cinco y siete meses respectivamente. También son idénticas entre ellas, pero los trazos difieren mucho de los de A, como ven. Enseguida volveré a ellas. Por el momento, dejémoslas boca abajo.

»Como les comentaba, éstas son las huellas, hasta diez veces su tamaño normal, de las dos personas aquí presentes acusadas de haber asesinado al juez Driscoll. Hice las copias anoche con el pantógrafo, y así lo juraré en cuanto pise el banquillo. Ahora debo pedir al jurado que las compare con las marcas que los susodichos han dejado en las ventanas y que le digan al tribunal si son iguales o no.

Le proporcionó al presidente del jurado una potente lupa y, uno por uno, el resto de los componentes se fueron pasando la cartulina y la lupa. Acto seguido, el presidente se dirigió al juez:

—Señoría, estamos de acuerdo en que son idénticas.

Wilson continuó diciendo al portavoz:

—Por favor, ponga la cartulina a un lado, tomen esta otra y cotejen lo que allí vean minuciosamente con la huella encontrada en la empuñadura. Luego, comuniquen al tribunal su opinión.

De nuevo, el jurado hizo un examen exhaustivo y contestó:

—Pensamos que son idénticas, señoría.

Wilson se dio la vuelta hacia el fiscal con un, cuanto menos, inquietante timbre de voz y le dijo:

—Con la venia, el Estado insiste enérgicamente en que las yemas ensangrentadas de la empuñadura pertenecen al asesino del juez Driscoll. Todos nos han oído aceptar tal afirmación —se volvió al jurado—. Comparen entonces las huellas de los acusados con las del asesino y expongan sus conclusiones.

Comenzó la exploración. En ese momento, no hubo movimiento ni sonido alguno y el absoluto silencio de un tenso suspense se instauró en la sala. Finalmente, la frase «Ni siquiera se parecen» dio paso a una ensordecedora aclamación general que los oficiales se encargaron de apaciguar hasta restaurar el orden. Tom no paraba de moverse en su sitio, pero ninguna posición le proporcionaba la más mínima sensación de comodidad. Cuando recobró la atención de la sala, Wilson señaló a los gemelos y pronunció solemnemente:

—Estos hombres son inocentes, y ya no tengo nada más que decir de ellos. (Surgió otra breve ovación momentánea). Ahora continuaremos hasta dar con el verdadero culpable. (Parecía que a Tom se le salían los ojos de las órbitas. Efectivamente, lo que pensaba todo el mundo era que estaba siendo un día negro para el joven afligido). Volvamos a las huellas de los niños
A y
B.
Me gustaría pedir al jurado que observe estas copias ampliadas de A cuando contaba con cinco y siete meses de edad. ¿Se corresponden?

El presidente replicó:

—Totalmente.

—Bien, pues ahora inspeccionen esta otra, tomada a los ocho meses, también perteneciente al niño
A.
¿Coincide con las otras dos?

Y la sorprendente respuesta fue:

—No, de hecho, son bien distintas.

—Tienen toda la razón. Ahora vean estas muestras del pantógrafo del niño B a los cinco y siete meses. ¿Concuerdan?

—Sí, perfectamente.

—Presten atención a la tercera muestra de B a los ocho meses. ¿Se corresponde con las otras dos de B?

—¡En absoluto!

—¿Saben, pues, cuál es la explicación de estas extrañas discrepancias? Yo se la daré. Obedeciendo a un propósito que desconocemos, pero probablemente egoísta, alguien cambió a esos niños en sus cunas.

Dicho anuncio provocó una enorme turbación. Roxana se quedó estupefacta ante tal admirable conclusión, pero no se alteró. Conjeturar sobre el cambio era una cosa, pero otra bien distinta era averiguar quién había sido. Cabezahueca podía lograr cosas extraordinarias, a la vista estaba, pero no algo imposible. ¿A salvo? Lo estaba con toda seguridad, por lo que se sonreía de lo que acontecía en su interior.

—Alguien cambió a los niños en sus respectivas cunas cuando tenían entre siete y ocho meses —realizó una de sus efectistas pausas. Después, añadió—: ¡Y la persona que lo hizo se encuentra en esta sala!

A Roxy se le paralizó el pulso. Los presentes no salían de su asombro, de nuevo levantándose para observar a su alrededor e intentar detectar de quién se trataba. Tom se estaba poniendo enfermo por momentos. Parecía que la vida misma lo abandonaba de forma gradual. Wilson continuó:

—Al niño A lo pusieron en la cuna del niño B en el cuarto donde dormía, y a éste lo llevaron a la cocina y lo convirtieron, así, en negro y en esclavo. (Escándalo, confusión y exclamaciones encolerizadas). ¡Pero en breves instantes aparecerá ante ustedes de nuevo como blanco y libre! (Estallido de aplausos moderado por los oficiales). Desde los siete meses hasta la actualidad, A ha sido un mero usurpador, y en mis muestras conserva el nombre de
B.
Aquí tienen la ficha del pantógrafo a los doce años. Compárenla con la huella que dejó el culpable en el puñal. ¿Coinciden?

Y el presidente declaró:

—¡Hasta el último detalle!

Wilson retomó la palabra:

—El asesino de nuestro amigo York Driscoll, de mano generosa y gesto amable, está sentado entre nosotros en esta sala. ¡Valet de Chambre, negro y esclavo, que responde de forma impropia al nombre de Thomas à Becket Driscoll! ¡Deja ahora mismo en la ventana las huellas que te llevarán a la horca!

Tom dirigió su cadavérico rostro con gesto suplicante hacia el abogado, intentó en vano mover siquiera sus pálidos labios y, finalmente, se desplomó inerte al suelo.

Después, Wilson rompió el espeluznante silencio:

—No es necesario ya. Ha confesado.

Roxy, por su parte, cayó de rodillas, se cubrió el rostro con las manos y, entre sollozos, salieron de su garganta las siguientes palabras:

—¡Que Dios se apiade de esta pobre y miserable pecadora!

El reloj dio las doce.

El tribunal se levantó mientras se llevaban de allí, esposado, al nuevo prisionero.

Conclusión

Se da a menudo la circunstancia de que aquel que no sabe decir mentiras cree que es el mejor en detectarlas (*Almanaque de Wilson Cabezahueca*).

12 de octubre. El Descubrimiento. Fue maravilloso descubrir América, pero habría sido mejor aún pasar de largo (*Almanaque de Wilson Cabezahueca*).

El pueblo entero permaneció despierto toda la noche para hablar de los sorprendentes acontecimientos, cambiando impresiones sobre cuándo comenzaría el juicio de Tom. Los ciudadanos acudían en tropel a agasajar a Wilson y pedirle que diera algún otro discurso, gritando entusiasmados a cada frase que pronunciaba, ya que toda máxima que salía por su boca era incontestable, oro puro. Se habían acabado, pues, los días de mala suerte y escarnio. Ahora sería un ciudadano respetable para siempre.

Al tiempo que las cuadrillas de bulliciosos entusiastas se marchaban, había siempre alguno que, pesaroso, alzaba la voz para decir:

—¡Y es a este hombre al que gente como nosotros ha llamado Cabezahueca durante más de veinte años! Estaremos de acuerdo en que ya ha dejado de llevar tal título, señores.

—Sí, pero el nombre no se queda sin dueño. Sin duda, nos toca heredarlo a nosotros.

Los gemelos, ahora con sus reputaciones restituidas, se convirtieron en auténticos héroes. Cansados como estaban de aventuras del Oeste, se marcharon sin tardar a Europa.

Roxy estaba destrozada. El joven a quien había condenado a veintitrés años de esclavitud continuó dándole la pensión de

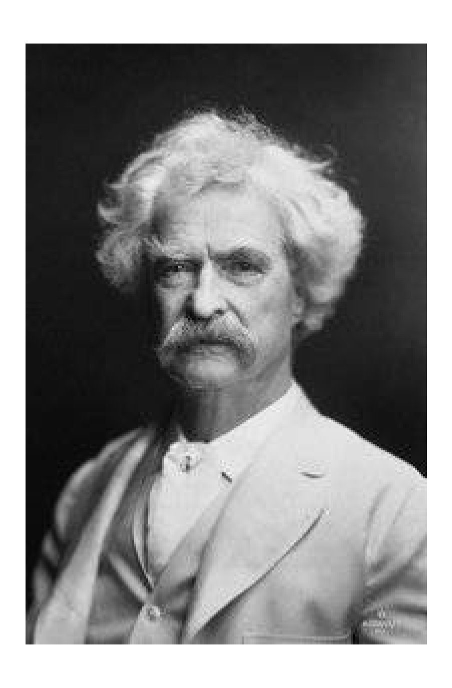
treinta y cinco dólares al mes que había dispuesto el falso heredero, pero sus heridas eran demasiado profundas como para que las curase el dinero. Tenía la mirada apagada, el porte marcial que la caracterizaba había desaparecido y su risa quedó silenciada para siempre, encontrando consuelo únicamente en la iglesia.

El verdadero legatario se convirtió de repente en alguien rico y libre, aunque se encontraba en una situación ciertamente embarazosa. No sabía leer ni escribir y su manera de hablar reflejaba el burdo dialecto de los negros. Sus andares, modos, gestos, presencia, carcajada… todo en él era vulgar y zafio, siendo sus modales los de un auténtico esclavo. El dinero y la ropa ostentosa no podían corregir o disimular estos defectos, sino que los hacían aún más visibles y lastimosos. El pobre muchacho no soportaba el terror que le suponía estar en los salones donde se reunían los blancos, y en el único lugar donde se sentía verdaderamente cómodo era en la cocina. Sentarse en el banco de la familia en la iglesia era una tortura para él, pero tampoco podía colocarse nunca más en el reconfortante refugio que le proporcionaba el «rincón de los negros» dentro del templo. No obstante, no podemos ahondar más en lo que su curioso destino le tenía preparado. Sería una larga historia.

El falso heredero lo confesó todo y fue condenado a cadena perpetua. Sin embargo, surgió una nueva complicación. Y es que el patrimonio de Percy Driscoll, el hermano del juez, se hallaba en una situación tan precaria a su muerte que sólo se pudo pagar un sesenta por ciento de todo lo que debía, cantidad con la que, en principio, se saldó el adeudo. Pero los acreedores reaparecieron, argumentando que, por un error ajeno a su responsabilidad, el falso heredero no fue inventariado en su momento junto con el resto de las propiedades, lo que les había causado un gran perjuicio. Con todo el derecho, reclamaban que Tom era de su propiedad y que así había sido durante ocho años; que ya habían perdido lo suficiente al prescindir de sus servicios todo ese largo tiempo y que no estaban dispuestos a seguir así. Alegaron que, de haber sido suyo desde el principio, lo habrían vendido y no habría

podido asesinar al juez Driscoll, con lo que el culpable no era él, sino que la verdadera responsabilidad recaía sobre un inventario erróneo. Todo el mundo estaba de acuerdo. Se decía que, si Tom fuera blanco y libre, no habría razón para no castigarlo y, en ese caso, su condena no supondría una pérdida para nadie, pero encerrar a un esclavo de por vida era otro asunto.

Por lo tanto, en cuanto el caso llegó a conocimiento del gobernador, éste lo condonó de inmediato y los acreedores pudieron venderlo río abajo.



MARK TWAIN, seudónimo de Samuel Langhorne Clemens, nació en Florida, Missouri, en 1835. Pasó su infancia y adolescencia en Hannibal, a orillas del río Misisipi. En 1861 viajó a Nevada como ayudante personal de su hermano, que acababa de ser nombrado secretario del gobernador. Más tarde, en San Francisco, trabajó en *The Morning Call*. En 1866 realizó un viaje de seis meses por las islas Hawái y al año siguiente embarcó hacia Europa. Resultado de este último viaje fue uno de sus primeros éxitos editoriales, *Inocentes en el extranjero*, publicado en 1869. En 1876 publicó su segunda obra de gran éxito, *Las aventuras de Tom Sawyer*, y en 1885 la que los críticos consideran su mejor obra, *Las aventuras de Huckleberry Finn*. Murió en 1910 en Redding, Connecticut.

Notas

[1] Albion W. Tourgée, «The South as a Field for Fiction», *Forum*, VI (diciembre de 1888), págs. 404-413. Sigo la reedición del artículo realizada por L. Moody Simms, Jr., «Albion W. Tourgée on the Fictional Use of the *Post*-Civil War South», *Southern Studies*, XVII (invierno de 1978), págs. 400-407. < <

[2] Stephen Railton explica cómo la obra de teatro basada en la novela se distanció de cualquier tinte de tragedia y cuestionamiento de la situación racial, y fue entendida como el triunfo del protagonista David Wilson contra los prejuicios de Dawson's Landing. Véase Railton, págs. 539-541. Una de las primeras reacciones negativas a la obra procede de la ensayista afroamericana Victoria Earle Matthews, autora de *The Value of Race Literature*, quien el 30 de julio de 1895 escribe que, contrariamente a la favorable opinión expresada por el crítico Beaumount Fletcher en *Magazine Godey's*, «en esta historia vemos cómo la educación y un entorno adecuados dan unos resultados de lo más deplorables ya que hacen de un ochavón educado el villano más deleznable y cobarde que jamás haya existido». Matthews ironiza sobre la acogida que la crítica dispensó a la obra de teatro, ya que de ella se dijo que se encontraba «entre las mejores producciones que nos ofrecen la esperanza de encontrar un auténtico drama norteamericano» (cit. McHenry, 193). < <

[3] La novela encajaba dentro del proyecto editorial del director de la revista Richard Watson Gilder, quien se proponía como objetivo principal de la publicación el rehermanamiento de los estados sureños y norteños, lo que hizo que *Century Magazine* representara un papel decisivo en la carrera literaria de muchos autores de postguerra sureños al convertirse en su plataforma de lanzamiento al mercado literario nacional de posguerra. < <

[4] Para Henry B. Wonham, las ilustraciones de Senior y Warren están en consonancia con las imágenes más racistas y estereotipadas de la época que circulaban sobre los negros, y corroboran la idea de que «la tragedia» de la novela es precisamente el hecho de que se ajuste perfectamente a la representación más deplorable de los afroamericanos. Estos dibujos, en blanco y negro, destruyen cualquier ambigüedad étnica y contradicen el espíritu que encierra el texto, y hacen que esta novela de Twain sea «su concesión más completa y más amarga al nuevo orden de una manipulada representación étnica» (2001, 132-133).

Por lo que se refiere a la edición inglesa, ésta corrió a cargo de Chatto & Windus, pero sólo contenía el texto de la novela y apareció con el título *Wilson, A Tale*
Pudd'nhead
, y con las seis ilustraciones originales de Louis Loeb que publicó *Century Magazine*. En 1899 American Publishing Company volvería a publicar una nueva edición, pero ahora con el título de *Wilson and Those Extraordinary Twins*
Pudd'nhead
. < <

[5] En «Racial Identity in *Wilson and Those Extraordinary Twins* *Pudd’nhead*» (1987), Susan Gillman analiza el desarrollo del interés de Twain por el tema del doble desde la narración «Personal Habits of the Siamese Twins» hasta *The Tragedy of Wilson* *Pudd’nhead*, es decir, de 1869 a 1894. Para el escritor, «la igualdad de los siameses representaba, tanto de manera literal como humorística, una serie de cuestiones difíciles y abstractas a la hora de definir la individualidad y asignar la responsabilidad legal, temas espinosos cuando se aplicaban en un contexto racial» (1987, 69). < <

[6] Otra pareja de siameses, esta vez mujeres y afroamericanas, muy célebres en la época fue la de Millie y Christine McKoy (1851-1912).

Nacidas esclavas en Columbus County, Carolina del Norte, estaban unidas por la parte inferior de la columna y compartían la pelvis, si bien cada una tenía los dos brazos y las dos piernas. Pertenecían a un herrero, Jabez McKoy, que las vendió a los diez meses de vida y de quien adoptaron el nombre ligeramente modificado. Tras varios cambios de propietario, acabaron en manos de Joseph Pearson Smith quien firmó varios contratos para que fueran exhibidas con el apelativo de «Las gemelas de Carolina». A la edad de tres años aparecieron en el famoso American Museum de P. T. Barnum en Nueva York. Tras ser raptadas, Smith las recuperó y su esposa les enseñó a leer y escribir, cantar, bailar y tocar el piano, y pasaron a ser conocidas como «El ruiseñor de dos cabezas» o «La muchacha de dos cabezas». Tras la abolición de la esclavitud, las hermanas decidieron seguir con Smith y en 1871 actuaron para la reina Victoria de Inglaterra. En 1912, Millie falleció de tuberculosis y fue seguida a las pocas horas por su gemela. Es muy posible que Twain conociera la existencia de estas siamesas. Entre 1902 y 1912, se publicó de autoría anónima *Biographical* Sketch *of Millie Christine, the Carolina Twin, Surnamed the Nightingale and the Eighth Wonder of the World Two-Headed*. Véase el artículo de Sarah E. Gold, «Millie-Christine McKoy and the American Freak *Show*: Race, Gender, and Freedom in the Postbellum Era, 1851-1912» (2010). < <

[7] «Personal Habits of the Siamese Twins» puede entenderse, pues, como una parodia de cómo los famosos Chang y Eng, debido a un reverso económico, se vieron forzados a exhibirse de nuevo. Kaplan, sin embargo, opina que el tema del doble fue uno de los preferidos de Mark Twain hasta el fin de sus días y también una de sus tentaciones más nefastas, y que lo abordó tanto desde la farsa como desde el melodrama, porque le proporcionó una manera de atajar los conflictos internos que vivía como parecen indicar los términos casi homónimos de «twain/twins» y «clemens/claimant» (110). < <

[8] Como explican Susan K. Gillman y Robert L. Patten, a pesar de que Twain escribió de una manera obsesiva sobre el tema de los gemelos, este motivo del doble fue siempre una cuestión más social que literaria. De hecho, resulta más apropiado hablar del problema de la impostura porque, hacia esta década de 1890, Twain empezó a alejarse de los personajes con identidades cambiadas o legítimamente confundidas que había utilizado en su narrativa de las décadas de 1870 y 1880, y se centró en la figura del impostor, un personaje con una identidad indeterminada e ilegítima. A ello hay que sumar la distinción entre la impostura inconsciente y la consciente. Los impostores conscientes —poseedores, además, del control de esta nueva identidad que han asumido (el Duque y el Rey en *Huckleberry Finn*, por ejemplo)— se transforman durante la década de 1890 en personajes ignorantes de su propia duplicidad, ya que esta doblez les viene impuesta por la categorización equivocada que les otorga la propia sociedad (el mulato blanco al que se considera noble) (449-450). Andrea K. Newlyn explica que los textos en los que un personaje negro se hace pasar por blanco cuestionan, además de la categoría de raza, las de género, clase y sexualidad, y denomina textos «transraciales» a aquellos que describen cómo un personaje asume de forma total una identidad racial, normalmente la blanca, sin considerar si esa identidad es aquélla a la que «realmente» pertenece. Estos personajes pasan gran parte de su vida viviendo como blancos y por lo general no son conscientes de su «verdadera» identidad racial hasta el momento en que se les reasigna la que es su «auténtica» raza (43). *Wilson*

Pudd’nhead pertenece a esta categoría y como tal texto transracial es capaz de cuestionar las ideologías raciales gracias a la manipulación de las formas narrativas (44), puesto que su objetivo es «llamar la atención sobre la manera en que se construyen las identidades raciales y de género» (45). < <

[9] Véase el capítulo «The Tocci Brothers, and Other Dicephali», en *The Boy, and Other Medical Marvels* *Two-Headed*, de Jan Bonderson, págs. 160-188. Este experto en cuestiones teratológicas opina lo siguiente de *Wilson* *Pudd'nhead* y *Those Extraordinary Twins*: «Personalmente me parecen dos historias muy aburridas, y la de los gemelos también algo repulsiva porque conozco los detalles de la auténtica vida de los hermanos Tocci» (180). Por su parte, Marc Shell explica cómo en la segunda mitad del siglo XIX la cultura norteamericana sentía fascinación por los siameses ya que se les veía como imagen de la inseguridad que sentían por las cuestiones relacionadas con el parentesco. De ahí que los estadounidenses «exhibieran a siameses en espacios de ocio y recreo destinados a la familia […] Su existencia desmentía la falta de certeza que se experimentaba respecto a ese parentesco que amenazaba la seguridad ideológica de la familia consanguínea nacional» (33). Esto es así debido a la importancia que se otorgaba a determinar la raza de los individuos en una sociedad en que «una gota de sangre» era la regla que se seguía para identificarlos racialmente. < <

[10] El artículo y las ilustraciones pueden verse en http://etext.virginia.edu/railton/wilson/toccitwn.xhtml < <

[11] El capítulo es el XXXI y se titula «A Thumb-Print and What Came of It». <<

[12] Anne P. Wigger compara la semejanza de los métodos utilizados por Galton y los que usa Wilson en el juicio que cierra la novela, y llega a la conclusión de que tanto uno como otro declaran que las huellas dactilares son las mismas a lo largo de la vida y que expresan la unicidad de los individuos. Galton incluye una descripción de las diferencias entre las huellas de los gemelos que servirá también a Wilson y a su «autógrafo natal». Además, ambos recogen muestras durante la vida de los sujetos, hacen uso de un pantógrafo para ampliar las huellas y subrayan la eficacia del método a la hora de identificar a criminales. Lo único que los diferencia es la utilización, por parte de Galton, de un papel para conservar las huellas, mientras que Wilson se sirve de un cristal tras obligar al individuo a tocarse el pelo para que los dedos se impregnen de una pátina grasienta que facilita la impresión dactilar (1957, 519). Dos años después de la publicación de *Wilson Pudd'nhead*, en 1896, la reunión en Chicago de la International Association of Chiefs of Police decidió establecer un Bureau of Criminal Identification, y estudiar cómo el uso de estas huellas podría complementar o reemplazar el sistema antropométrico de identificación personal ideado por Louis-Adolphe Bertillon en 1880. Este sistema estaba basado en un cuadro de medidas corporales (brazos, cuerpo, cabeza, longitud del dedo medio, etc.) que facilitaban la clasificación de los delincuentes. Al parecer, Twain se adelantó a los criminalistas ideando un sistema que luego sería ampliamente utilizado. < <

[13] Susan Gillman, como algunos otros críticos, apunta que, a pesar de la opinión de Twain sobre la separación de estos dos textos, las dos obras están ligadas por una serie de temas. En primer lugar, por las relaciones existentes entre la unión por los lazos de familia y los lazos de la esclavitud en los siameses y entre blancos y negros, respectivamente; por las clasificaciones legalistas que intentan determinar la responsabilidad de cada miembro de la pareja de siameses a la hora de definir su posición, al igual que ocurre con los hijos del mestizaje; y por la demostración del autor de que existen unos problemas de autoría que relacionan las dos obras a través de los prefacios y de los comentarios finales que explican el proceso de composición. En cuanto a los factores culturales que comparten destacan la polémica cuestión de cómo las diferencias biológicas determinan las capacidades culturales de los grupos raciales y de cómo la clasificación racial por porcentajes de sangres refleja los problemas a los que se enfrentaba la Norteamérica de finales del siglo XIX (1987, 54-55).

Por su parte, Derek Parker Royal declara que, si se le hace caso a Twain respecto a que no existe ninguna relación entre los dos textos, «la lectura de *Wilson Pudd'nhead* acabará siendo un trágico aborto», puesto que comparten el tema del doble (414). Para John Bird, los dos textos constituyen una historia y son inseparables, puesto que *The Comedy of Those Extraordinary Twins* es «parte integral de su novela hermana», y revelan al mismo tiempo «la fragmentación de la identidad de Twain, como hombre y artista» (155). < <

[14] Para algunos críticos, la inseparabilidad de los dos textos es primordial a la hora de entender ambos. Véase, por ejemplo, el artículo de Catharine O'Connell (2002), para quien las dos obras forman una sola novela y las múltiples imágenes y ejemplos de división reiteran la preocupación de Twain por la esclavitud y la segregación, y las nefastas consecuencias que de ambas se derivan. < <

[15] Entre los investigadores que primero señalaron los errores o gazapos que Twain cometió al no contrastar con precisión los cambios necesarios a la hora de publicar *Wilson* *Pudd'nhead* se encuentran: George Feinstein, «Vestigia in *Wilson,* — *Twainian* *Pudd'nhead* , 1 (1942), págs. 1-3, y Daniel Morley McKeithan—, The Morgan Manuscript of Mark Twain's *Wilson», Essays and Studies On American Language and Literature* *Pudd'nhead* , 12 (1961), págs. 1-64. Mientras la mayoría de los estudios condenan los descuidos de Twain, John Bird es el único crítico que declara con gran vehemencia lo siguiente: «Defiendo el hecho de que Twain, lejos de ser un escritor desaliñado o descuidado, dejó intencionadamente estos escasos vestigios de la historia de los siameses en *Wilson* *Pudd'nhead* para que los lectores pudieran entender cuál era su verdadera relación» (156). < <

[16] Leslie Fiedler (1955) piensa que esto se debe a la renuencia de Twain a separar las dos historias. < <

[17] Las anomalías derivadas de la composición son estudiadas por Cohen, quien analiza cómo algunos pasajes insertados por Twain con una intención parecen adquirir otra nueva y diferente en el texto final de la novela. Véase Cohen, págs. 57-68. < <

[18] Brook Thomas explica cómo la aprobación de la ley *Plessy contra Ferguson* (1896) inspiró la reacción de una serie de autores, entre los que se encontraban, además de Twain, el abogado blanco Albion W. Tourgée y el afroamericano Charles W. Chesnutt. En su novela de 1890 *Pactolus Prime*, Tourgée —que participó en el proceso judicial del caso— adelanta los argumentos que más tarde utilizaría en jurisprudencia. La novela trata de unos personajes «negros» que pueden pasar por «blancos». Para Tourgée, lo peor de la esclavitud no es la reducción que hace de los seres humanos a la condición de propiedad, sino el racismo implícito que continúa etiquetando a los negros libres como seres inferiores. De ahí que la finalización del sistema esclavista no signifique la desaparición de esta infamia (1997, 57). La diferencia, para Thomas, entre Tourgée y Twain es que tanto *Huckleberry Finn* como *Wilson Pudd'nhead* son «comentarios alegóricos sobre la condición de los negros durante el periodo de la Reconstrucción, pero no relacionan explícitamente la condición de los esclavos con la de los negros libres» (1997, 56). Para Twain, la esclavitud reduce al negro al estatus de propiedad y le niega un derecho: la libertad. Además, su posición es capaz de arrancar al lector una reacción emocional muy potente porque muestra cómo el sistema viola las relaciones familiares debido a la lógica del mercantilismo. Sin embargo, una vez el negro se convierte en hombre libre y deja de ser propiedad, según Thomas, la fuerza de los argumentos de Twain desaparece (1997, 56). < <

[19] En 1910, William D. Howells hablaba de este aspecto del carácter de Twain en los siguientes términos: «No he conocido a nadie que aborreciera tanto la esclavitud, ni que despreciara de una manera tan visceral el ideal pseudocaballeresco sureño. Él se sentía responsable por el mal que la raza blanca había infligido a la negra durante la eslavitud, y decía que, al pagar los estudios de un estudiante negro en la Universidad de Yale, estaba reparando el daño que todo blanco cargaba sobre los hombros por lo que debía a los negros» (903). <<

[20] Eric Sundquist explica cómo los escritores afroamericanos Charles W. Chesnutt, Pauline E. Hopkins, James Weldon Johnson y George Schuyler respondieron a Twain (1993, 226-227). Sinéad Moynihan estudia la influencia de la obra en *The Daughter President's* (1994), una novela de Barbara Chase-Riboud, en su artículo «History Repeating Itself: Passing, *Wilson Pudd'nhead*, and *The Daughter President's*» (2009), y apunta hacia las posibles concomitancias, alusiones y paralelismos entre la novela de Twain y otras obras como *The White Boy Shuffle* (1996) de Paul Beatty, *Caucasia* (1998) de Danzy Senna, *The Human Stain* (2000) de Philip Roth y *Erasure* (2006) de Percival Everett. < <

[21] Para Marvin Fisher y Michael Elliott, este diálogo absurdo y grotesco con el que arranca *The Tragedy of Wilson Pudd'nhead* es «la clave iconográfica más importante a la hora de desentrañar el significado de la novela (304), —puesto que destaca la aberración que existe en la misma idea de la separación—: Para el hombre o para la sociedad la unidad del ser es el organismo en su totalidad, y cualquier división arbitraria o cuantificación artificial al servicio de la conveniencia, provecho o castigo sólo puede llevar a la muerte […] La "ocurrencia" de Wilson describe, entonces, el efecto destructivo inherente a la división y la rotura de la unidad sobre algunas relaciones naturales simbólicamente representadas en el ideal del organismo viviente» (311). < <

[22] Robert Bridgman opina que, si el pesimismo de Twain y su crítica a la explotación de la gente de color no quedan claros en este libro, sólo hace falta leer estos epígrafes a los capítulos. Utilizados con anterioridad en *The Tragedy of Wilson Pudd'nhead*, donde aparecen como comentarios mordaces, pesimistas y cínicos de la realidad, en *Following the Equator* hacen referencia a la desconfianza que inspiran las amistades, la criminalidad de los abogados y representantes legislativos, la naturaleza contradictoria del hombre, la amargura de la vida y la bondad de la muerte. A veces estas máximas encajan con lo que se relata a continuación, pero en la gran mayoría de ocasiones se apartan de lo narrado y simplemente nublan la actitud humorística que el escritor despliega en el capítulo. Para Bridgman, «resumen el nihilismo creciente que sentía Twain, un nihilismo al que se estaba rindiendo a pesar de su carácter y naturaleza optimistas» (123). < <

[23] Nancy Fredricks opina que los habitantes de Dawson’s Landing no entienden la ironía porque «han invertido demasiado en la infalibilidad de los símbolos. Su concepción del lenguaje hace que exista una continuidad sin fisuras entre el lenguaje y la experiencia. Para ellos, el lenguaje funciona simbólicamente como medio transparente, capaz de revelar la verdad del mundo» (490). < <

[24] Algunos críticos, al minimizar la importancia de David Wilson, también dudan si atribuirle o no los aforismos que encabezan los distintos capítulos del libro, aforismos que al parecer tienen poco que ver con el argumento del libro (F. R. Leavis, Richard Chase, James M. Cox, Clark Griffith, Marvin Fisher, Michael Elliott, George M. Spangler, etc.). Otros, por el contrario, los utilizan para demostrar la sagacidad del personaje y su importancia dentro de la narración (Eberhard Alsen, Leslie Fiedler, Henry Nash Smith, Anne P. Wigger, Stanley Brodwin, James E. Caron, etc.). Así, por ejemplo, Fiedler cree que el Almanaque muestra la ironía con la que se protegen tanto Wilson como el mismo Twain, y lo describe como autobiográfico. Como Wilson, Twain también quiere lograr dos cosas contradictorias a la vez: por una parte criticar a la sociedad sureña y, al mismo tiempo, que se le celebre como héroe al descubrir lo que nadie quiere realmente saber (Fiedler, 1960, 467). James E. Caron, por su parte, piensa que los aforismos tienen relación con la historia, que sirven de comentario a la acción y que amplían los temas, hecho que hace destacar el papel de Wilson en la novela. Este Almanaque, además, evidencia la integridad de la visión artística de Twain y el acierto del título del libro, *The Tragedy of Wilson Pudd'nhead*

. Caron piensa que, dada la universalidad del contenido y su función como marco moral, la relación de los aforismos con Wilson es difícil de percibir. Pero la narración demuestra que el humor, inteligencia e ironía del abogado son las bases de la visión satírica y pesimista que se despliega en el Almanaque. Para Caron, la presentación del personaje se halla unida con el pensamiento y tono del Almanaque (1982, 453). < <

[25] Para Eric Sundquist, la reunificación y reconciliación nacionales necesitaban del apoyo de figuras como Pudd’nhead Wilson, hombres que pueden interpretarse como extraños que llegan al Sur y que, al final, se convierten en sus más rendidos admiradores y defensores a ultranza de los códigos y valores raciales. Wilson se convierte en «un portavoz elocuente de Jim Crow […], la voz cada vez más potente de la segregación». Cuando revela a la comunidad la verdadera identidad de Tom, Wilson restaura el orden aristocrático que había sido anulado, de la misma manera que la revocación de los derechos civiles y de la Reconstrucción significó la restauración de la jerarquía racial de preguerra, vigente ahora bajo la forma de las leyes segregacionistas. Para Sundquist, en esta novela, la ficción y la ley se imitan una a otra, y el desafío mayor, al final, consiste en saber cómo separar el racismo de su crítica paródica (1988, 124). < <

[26] En el original inglés, este texto es el siguiente: «In his *broodings* in the solitudes, he searched himself for the reasons of certain *things*, & in
toil & pain
he worked out the answers: Why was he a coward? It was the "nigger" in him. The nigger *blood*? Yes, the nigger blood degraded from original courage to cowardice by
decades & generations
of
insult & outrage
inflicted in circumstances which forbade
reprisals & made
mute & meek
endurance (acceptance, palabra tachada) the only
refuge & defence.
Whence came that in him which was
high, & whence
that which was base? That which was high came from either
blood, & was
the monopoly of neither color; but that which was base was the white blood in him debased by the *brutalizing* effects of (a
long-descended,
tachado) a
long-drawn
heredity of slavery *owning*, with the habit of abuse which the possession of irresponsible power always creates & perpetuates, by a law of human nature. So he argued». Shelley
F.
Fishkin, teniendo presente este párrafo que Twain no incluye en la versión final, se pregunta si se tomaba en serio las ideas de que lo noble procedía de cualquiera de las dos sangres o si era monopolio de alguna de ellas, o si pensaba que los seres humanos tenían diferentes grados de virtud y talento, pero que la raza era una cuestión irrelevante. Estas ideas suyas «iban en

contra de la inferioridad racial que defendía la ideología dominante dentro de su sociedad», e incluso más subversiva aún era la idea de que «los negros podían ser superiores a los blancos» (1993, 123). Esta idea no sólo desafiaba la jerarquía racial que los norteamericanos defendían en aquel momento, sino que la cambiaba de arriba a abajo (123). Según Fishkin, varios comentarios en los escritos no publicados de la década de 1890 y principios de siglo indican que Twain meditaba seriamente sobre estas ideas. < <

[27] Muchos críticos piensan que la descripción de Tom refuerza el estereotipo racista, hecho que pone en entredicho que la novela sea una crítica de la esclavitud. Así, por ejemplo, Myra Jehlen observa que la explicación de esta doble vertiente del carácter de Tom como consecuencia del entorno aparece cuando es bebé, pero que, como adulto, surge revestido de toda la negatividad intrínseca a la imagen de la masculinidad negra de la década de 1890. Estos rasgos en su personalidad son esenciales a la herencia negra del personaje y no accidentales. Michael Rogin, por su parte, declara sin rodeos que la ínfima parte de sangre negra de Tom es «el signo y la explicación de su culpa. Esto no es porque lo diga Roxana, sino porque es lo que dice la novela (74). —Además—, la fuerza de la novela no reside en el distanciamiento del autor del mundo que describe, sino en su participación en los valores del mismo» (74). Dentro de esta misma línea, Sandra Gunning piensa que *The Tragedy of Wilson Pudd'nhead* es «un tratamiento complicado de la violencia blanca de finales del siglo XIX y de las ansiedades de los blancos respecto a la pureza racial» (52). A pesar de que la novela expone la actitud hipócrita de los blancos en torno a la cuestión de raza y reunificación nacional, esta crítica queda minimizada al exponer a Tom y a su madre como únicas alternativas a la corrupción blanca. Esto es así, piensa Gunning, porque Twain no logra que estos personajes negros provoquen la misma simpatía en el lector que los blancos con sus características de familia tradicional legítima (57). Por otra parte, Roxana aparece como una «representación monstruosa de la feminidad negra» (58), que se aprovecha de la vulnerabilidad de la familia blanca, amenazándola de la misma manera que la figura del violador negro, símbolo racial por excelencia de la degradación negra. De esta manera, al tiempo que Twain presenta una crítica del mestizaje iniciado por los blancos, ofrece «una imagen de la violencia y degradación moral afroamericanas que, sea cual sea su origen y su papel como

castigo a los blancos, continúa construyendo la negritud —y en concreto, la familia negra— como símbolos de muerte para los blancos» (60). < <

[28] Linda A. Morris analiza *The Tragedy of Wilson Pudd’nhead* comparándola con *Personal Recollections of Joan of Arc*, puesto que las dos obras comparten una serie de características que las unen: en ambas el tema del travestismo representa un papel importante y ambas están protagonizadas por dos heroínas de gran carácter que desafían, cada una a su manera, la ley del patriarcado, si bien en las dos novelas al final será esta ley la que continúe triunfando. < <

[29] Linda A. Morris es la investigadora que ofrece un análisis más pormenorizado de las diferentes escenas en que Roxana y Tom se disfrazan, y llega a la conclusión de que en la novela el disfrazarse del sexo contrario es tan difícil de interpretar como el disfrazarse de la raza a la que no se pertenece, y tanto una cosa como la otra refuerzan la forma en que género y raza son capaces de deconstruirse (84). < <

[30] Véase Eric Sundquist (1988, 120-121; 1993, 47 y 69) y Louis J. Budd (2001, 155-156).

< <

[31] Los estudios sobre este incidentes son varios: Richard Gambino, *Vendetta: The True Story of the Largest Lynching inS. History*
U.
(Toronto, Guernica, 1998); Marco Rimanelli y Sheryl
L.
Postman (eds.), *The 1891 New Orleans Lynching andS.-Italian Relations: A Look Back*
U.
(Nueva York, Peter Lang, 1992); James
R.
Barrett and David Roediger, «Inbetween Peoples: Race, Nationality and the "New Immigrant". Working Class», *Journal of American Ethnic History*, 16 (primavera de 1997), págs. 3-44; y Jerre Mangione y Ben Morreale, *La Storia: Five Centuries of the Italian American Experience* (Nueva York, HarperCollins Publishers, 1992). < <

[32] Twain se preocupó del tema en el artículo «The United States of Lyncherdom» (1901), escrito con la intención de ser publicado en *North American Review*, y que sólo apareció tras la muerte del escritor y en lo que debería haber sido la introducción para un libro sobre los linchamientos, proyecto que abandonó a instancias de su editor por lo mucho que hubiera hecho peligrar sus ventas en el sur (Cosco, 202). < <

[33] Para un estudio de la obra como perteneciente al género de novela de detectives, en la tradición de Poe, véase el capítulo de James M. Cox *Wilson* *«Pudd'nhead* Revisited» (1990) y el artículo de Lawrence Howe (1992). Para un estudio que analiza el texto como «parodia trágica del género detectivesco», véase John S. Whitley (1987). < <

[34] El 6 de junio de 1891 Mark Twain y su familia zarparon para Francia a bordo del *Gascoigne*. En Europa vivirían ocho años. El escritor completó el manuscrito de la novela en Florencia en diciembre de 1892, texto que se encuentra depositado en la Biblioteca Pierpont Morgan. El 2 de enero de 1893 escribió a Laurence Hutton para decirle: «He terminado el libro y lo he revisado. Escribirlo no me ha costado mucho trabajo, pero revisarlo ha acabado casi matándome. Revisar libros es un error» (cit. Parker 1984, 119). La novela apareció por entregas de diciembre de 1893 a junio de 1894 en la revista *Century*, y el escritor recibió 6500 dólares por los derechos de autor. < <

[35] El Almanaque es una colección de dichos, parecida a la escrita por Benjamin Franklin en *Poor Almanac* *Richard's*. John S. Whitley explica que son lo contrario a los aforismos optimistas de la obra de Franklin y que tienen mucho en común con el pesimismo propio de *Diccionario del diablo* de Ambrose Bierce, una obra surgida durante el periodo en que triunfó el darwinismo social, y de la que aparecieron algunos fragmentos durante 1880. Estas sentencias parecen reflejar la ironía del autor explícito y no la del protagonista David Wilson, aunque ésta es una cuestión polémica para muchos críticos. < <

[36] Comentario sobre la conveniencia de saber mentir que, como inicio de la novela, recalca la importancia de un tema que irá adquiriendo relevancia a lo largo del argumento. Para James Caron, este aforismo podría reescribirse como «di la verdad o invéntate un tropo», para indicar el lado de fantasía que posee el relato y que es una alternativa poética a los meros hechos (1982, 456). < <

[37] La ciudad de San Luis fue fundada en 1764 por los comerciantes franceses Pierre Laclède y René-Auguste Chouteau, en la confluencia entre los ríos Missouri y Mississippi. A partir de principios del siglo XIX, se convirtió en el punto de partida de exploradores, tramperos y pobladores que emigraban hacia el oeste del territorio norteamericano, así como puerto importante para el tráfico fluvial por el río Mississippi. <<

[38] Mark Twain sitúa Dawson’s Landing en Missouri, territorio incluido en la Luisiana que Thomas Jefferson compró a Napoleón en 1803, que fue admitido como estado esclavista de la Unión en 1820. En ese mismo año el Compromiso de Missouri fijó el equilibrio entre los estados libres y esclavistas al aceptar este estado como esclavista pero prohibir el sistema en los territorios situados al norte de la latitud 36º 30’. Según Leland Krauth, el nombre de Dawson’s Landing se refiere al nombre de un maestro que Twain tuvo en su niñez, John D. Dawson. De esta manera, el nombre indica que el pueblo no es simplemente un puerto fluvial de carga y descarga sino también «la llegada de un maestro» o «la palestra del maestro». Al volver a imaginarse su niñez, Twain la recrea esta vez como «un lugar de instrucción» (203), en el que David Wilson, el protagonista que da nombre a la narración, es un escritor de aforismos y donde funciona como «iluminado o sabio» que tendrá que discernir «una verdad escondida a través de una constante vigilancia» (203). < <

[39] La colonia de Virginia fue el primer territorio colonizado de la Norteamérica inglesa y una de las trece colonias que participaría en la Revolución americana o guerra de Independencia. Durante la guerra civil se convirtió en centro de la Confederación. Sus orígenes se remontan a 1607, año en que fue fundada la colonia por la Compañía de Virginia de Londres. El estado de Virginia es conocido también como el *Old Dominion* por su solera aristocrática y orgullo como origen de la nación. Las Primeras Familias o familias fundadoras son aquellas que pueden remontar sus orígenes a los primeros pobladores de la colonia de Jamestown, en 1607. <<

[40] El narrador utiliza la ironía y éste es uno de los muchos ejemplos que surgen en la novela. Como explica Catherine O’Connell,

«Essex existe únicamente como un nombre dentro del texto, pero es esta misma ausencia del nombre lo que, irónicamente, lo hace significativo. Él es quien engendra al hijo de Roxy, el falso Tom, pero precisamente no le da su nombre al niño y no representa ningún papel en su vida [...] De hecho una de las principales preocupaciones de la novela gira en torno a la violencia oculta que desata el sistema esclavista y Essex representa un papel importante aquí. La invisibilidad textual de este personaje contribuye al comentario de la obra sobre las implicaciones sociales de la esclavitud» (112). < <

[41] Como explica
K.
Patrick Ober en *Mark Twain and Medicine: Any Mummery Will Cure*, Twain se hace eco del atraso médico de la época, ya que, a pesar de que intentaron hacerse oír algunas voces que clamaban por una modernización de la medicina, el uso de drogas perniciosas, los sangrados y demás medidas terapéuticas fueron las normales para tratar la gran mayoría de enfermedades desde aproximadamente finales del siglo XVIII hasta bien entrada la segunda mitad del XIX. Las prácticas médicas se moderaron en el Sur a partir de la década de 1840, donde la quinina empezó a reemplazar al calomel como paliativo para una amplia gama de enfermedades. < <

[42] Martha CcCulloch Williams, la escritora sureña que respondió con un artículo incendiario a la publicación de las dos primeras entregas (ocho capítulos) del libro en la revista *Century* en febrero de 1894, manifestaba lo siguiente respecto a esta ocurrencia, supuestamente graciosa, de Wilson: «Esto es humor, tal y como los grandes hombres de letras lo entienden, pero, para quien esté acostumbrado a la forma de hablar del pueblo que se cree gracioso, parece justamente lo contrario, una expresión corriente y vulgar. En todo el territorio del suroeste, desde hace por lo menos más de setenta y cinco años, "I'd like to own that dog — and kill my half" (ojalá ese perro fuera mío para matar la mitad mía) ha sido un dicho corriente al que se responde con una risa sólo para cumplir con quien lo dice. Los que ahora lo utilizan como si fuera una expresión original suya deberían ser tachados de algo más que de "cabezahuecas", pero nadie, ni los más ignorantes, encontrarían en el dicho ninguna idea de rareza. Más de una vez algún que otro niño me ha dicho divertido: "Mi madre no ha querido que la mitad suya de mí vaya a la escuela". ("Ma has stopped her half of me from *going* to school")».

Por su parte, Neilson Graham en «Sanity, Madness and Alice» compara la afirmación de Wilson con los sentimientos de Alicia cuando se encuentra tomando té con el Sombrero y los comentarios de este que la dejan confusa. Graham califica las palabras de Wilson de «nonsensical», y explica que molestan a los ciudadanos de Dawson's Landing porque el comentario no encaja con el modelo de pensamiento al que están acostumbrados. Además, el motivo por el que realiza tal afirmación es desconocido y cuando no se puede entender la motivación que impulsa a los demás esto nos hace sentir enfadados, ansiosos o divertidos (82). Wilson podría estar haciendo un chiste, pero el que no parece darse cuenta de ello lleva a sus oyentes a no poder asimilar sus

palabras y a considerarlo loco. La diferencia entre el gracioso y el loco es que el primero puede separarse del papel de chistoso cuando quiere, mientras que el segundo no (83). Los ciudadanos de Dawson's Landing no encuentran ninguna pista en el rostro de Wilson que les permita reírse, por lo que lo tildan de «idiota» o «tonto», siendo ésta la forma que tienen de «defenderse de la amenaza presentada por su, en apariencia, utilización sin motivo de lo irracional» (83). Los que utilizan el lenguaje en una forma lo suficientemente inconformista en cualquier sociedad son marginados, bien de una manera amistosa, como ocurre en el caso de Pudd'nhead, o de otra más cruel como sucede con los lunáticos (83). Esto es así porque «la sociedad únicamente puede tolerar un mínimo de disconformidad en cuestiones lingüísticas, como ocurre con todo lo demás, porque una base de conformidad semántica es el prerrequisito imprescindible para que exista una comunicación significativa entre la gente».

Para Emory Elliott, la ocurrencia de Wilson recuerda a la escena de *Huckleberry Finn* en que Jim se queja de la sinrazón del rey Salomón al intentar zanjar la disputa entre las dos presuntas madres del niño, troceando a éste en dos, y lo compara con un billete de dólar. Salomón se puede permitir el lujo de actuar así porque, debido a sus riquezas, no es capaz de valorar lo que vale un niño. «El paralelismo entre las dos alegorías, —argumenta Elliott—, destaca el problema que subyace a la aparente riqueza de recursos humanos que implicaba el sistema esclavista», y que lleva a despreciar el valor de la vida humana (111). Shelley Fisher Fishkin (1990, 26) apunta que es posible que Twain se inspirara en la historia de H. Bailey quien, al no pagársele la parte que le correspondía por exhibir a un elefante que tenía a medias con otro individuo, dijo: «I am fully determined to shoot my half». Esto aparece en

The Life of Barnum, Written by Himself *P. T.* (Nueva York, Rebfield, 1855, págs. 114-115). Twain guardaba el libro de Barnum en la mesita de noche. Otra variante que apunta Fishkin para la anécdota apareció en un artículo titulado «Yankee Humor» en la revista inglesa *Quarterly Review*, 122 (enero-abril de 1867, pág. 221). En este relato un ministro ruega que se bendiga la mitad del negro que es suyo. < <

[43] Shelley Fisher Fishkin cataloga la conversación como ejemplo del juego verbal «*playing* the dozens», el duelo amistoso entre dos conversadores que se enzarzan en un ritual de virtuosismo lingüístico. Fishkin manifiesta que «no queda claro si Twain comparte o no el punto de vista del narrador». A pesar de que el dialecto negro era menospreciado en su época, Twain «se esforzó por recoger ejemplos y trasladarlos a sus diarios. Esto sugiere que, mientras el narrador puede estar expresando lo que se pensaba de manera convencional sobre este tipo de lenguaje, Twain se sienta intrigado y aprecie la energía creativa y vital que encierra» (1993, 196-197).

Por su parte, Robert Moss señala el contraste existente entre la caracterización de Jasper en el manuscrito original y la que aparece en la versión publicada, donde aparecerá en este capítulo 2, en el que Wilson le oye hablar con Roxy en una conversión de tintes sexuales, y en el capítulo 4 donde Roxy se dispone a marcharse en el barco de vapor con el propósito de iniciar una nueva vida y se despide de él, mientras este parte leña para Wilson. La desaparición de Jasper de la versión publicada, para Moss, «refleja los cambios de actitud experimentados por Twain durante la composición de la novela» (50). En la primera versión, Twain describe las diferentes religiones que profesan Roxy y Jasper, e incluye, además, un largo pasaje, en el que cuenta la historia de cómo se convirtió el esclavo en todo un héroe al parar con su propia fuerza el envite de un caballo desbocado y salvar al ama y a su hijito, logrando así la libertad. Twain recrea así un incidente similar protagonizado por John Lewis, un empleado negro de la familia, el 25 de agosto de 1877. Para Moss, tras el personaje de Jim, Twain fue incapaz de imaginar un negro heroico y cuando lo hizo fue en 1899 en el relato inacabado «Which Was It?», pero con otra caracterización. Convencido de que la reconciliación entre las dos razas era imposible, este último personaje negro aparece como un conspirador contra la

raza blanca y, curiosamente, se llama Jasper (51). < <

[44] «Valet de chambre» es un nombre francés que significa ayuda de cámara. < <

[45] En inglés, *irruption*. El OED menciona que varios autores confunden este término con *eruption*, como es el caso, entre otros, de Walt Whitman. (Nota de Sergio Saiz). < <

[46] Linda A. Morris explica que «Twain hace que la ropa y la vestimenta lleven el peso de la raza tal y como funcionan (y son deconstruidas) en la novela. Las marcas esperadas y, en consecuencia, “indelebles” de la raza, tanto blanca como negra (los rasgos faciales, el color de piel), no son merecedoras de confianza desde el principio de la obra. Dado que las supuestamente fronteras naturales entre las razas se ven amenazadas por el mestizaje racial, la sociedad exige que se refuercen con otras nuevas construidas socialmente y que estas marquen con más contundencia si cabe. Ahora bien, los actos de Roxana demuestran que estas nuevas demarcaciones también son inseguras, incluso engañosas. Los habitantes de Dawson’s Landing son desconocedores de que su comunidad se encuentra en mitad de una crisis cultural: los códigos sociales que han erigido están siendo vulnerados delante de sus propios ojos» (75). < <

[47] Earl
F.
Briden explica lo siguiente de esta escena: «Detrás del temerario intercambio de tintes casi divinos que realiza Roxy de los niños, existe un precedente que se remonta a la historia del calvinismo: la elección divina. La identidad del individuo aquí es esencialmente fortuita, ya que deriva de una autoridad humana arbitraria que se ha enseñoreado de la autoridad del Dios calvinista» (174). < <

[48] Los gemelos proporcionaban a Twain una oportunidad para comprobar hasta qué punto incidían en su carácter el determinismo y la historia genética, o los factores ambientales. Es muy posible que Twain estuviera familiarizado con los escritos de *Sir* Francis Galton, anteriores a leer su *Finger Prints* en noviembre de 1892, porque en «The History of Twins, as a Criterion of the Relative Powers of Nature and Nurture» (1876). Galton había escrito que los gemelos «poseen los medios para que se distingan los efectos de las influencias recibidas al nacer y las impuestas por las circunstancias de la vida que les toca vivir». En otras palabras, entre los efectos que describía la dicotomía entre herencia y entorno, es decir, entre innatismo y aprendizaje (nature/nurture) (391). Esto es lo que trata de investigar la novela al cambiar Roxy a los bebés a los pocos meses de nacimiento. Pero, en la novela, Twain no da solución ni a una parte ni a la otra. La ironía de la utilización de Galton, como explica Sundquist (1993, 251-252), es que Galton acabaría siendo conocido principalmente por ser el máximo promotor de la eugenesia, es decir, de las teorías filosóficas que defendían la mejora de los rasgos hereditarios humanos mediante alguna forma de intervención, una filosofía social que acabaría siendo usada, entre otros muchos casos, para discriminar a las denominadas razas inferiores, los afroamericanos, en los Estados Unidos de finales del siglo XIX, y que formaría el centro de las teorías nativistas para la protección contra el mestizaje y la inmigración. Para Sundquist, el uso de las huellas dactilares en *Wilson Pudd'nhead* parece «mofarse de la teoría que declaraba que la segregación se hallaba sujeta a una serie de leyes orgánicas que se podían verificar a través del estudio científico y sociológico de las leyes de la herencia» (1993, 252). < <

[49] Referencia al profeta Eliseo en el Libro Segundo de los Reyes (2, 23-25), donde unos muchachos se burlan de él y reciben su maldición en nombre del Señor en forma de osos que los descuartiza: «De allí subió a Betel. Iba subiendo por el camino, cuando unos niños pequeños salieron de la ciudad y se burlaban de él diciendo: “¡Sube, calvo, sube, calvo!”. Él se volvió, los vio y los maldijo en nombre de Yahveh. Salieron dos osos del bosque y destrozaron a cuarenta y dos de ellos. De allí se fue al monte Carmelo, de donde se volvió a Samaria». < <

[50] Earl F. Briden dice de este párrafo que es «una muestra indirecta aunque cáustica de la casi omnipotencia de las costumbres sociales. Por la manera en que utiliza los nombres, el narrador acepta la misma ficción que es tema del relato. Sin embargo, da la impresión de que el narrador se ha adaptado a la manera de pensar y al lenguaje de esta comunidad desde el principio. Su intención es representar una sociedad que esclaviza a una serie de ficciones legales sobre la identidad racial y personal» (178). < <

[51] *Sir* Kay, personaje de la leyenda artúrica. Es el hermanastro de Arturo y se convierte en su senescal. Twain hace aquí una referencia al capítulo introductorio de su *Un yanqui en la corte del rey Arturo* (1889), «De cómo *sir* Lanzarote acabó con dos gigantes y liberó un castillo», en el que Lanzarote a la mañana siguiente de haber ordenado a los tres gigantes que se rindan a *sir* Kay el Senescal, acudan a la corte del rey Arturo y se rindan ante la reina Ginebra diciendo que los envía *sir* Kay como prisioneros suyos, se levanta temprano dejando a *sir* Kay durmiendo, se lleva la armadura y escudo de éste, y parte. «Poco después *sir* Kay se levantó y se dio cuenta de que *sir* Lanzarote no estaba; entonces vio que le había dejado su armadura y su caballo. "A fe que hará desgraciados a algunos en la corte del rey Arturo, —se dijo *sir* Kay—, pues los caballeros, pensando que soy yo, se atreverán con él y los engañará: y gracias a su armadura y su escudo, yo estoy seguro de que no me molestarán en el camino". Poco después, *sir* Kay se marchó tras despedirse de su anfitriona». (*Un yanqui en la corte del rey Arturo*, trad. Elizabeth Powers, Madrid, Cátedra, 1999, págs. 95-96). Asimismo, este capítulo es una referencia al capítulo homónimo de *Morte d'Arthur* (VI, xi) de *sir* Thomas Malory. < <

[52] La manumisión de esclavos a la muerte del amo era posible. < <

[53] Esta imitación parece estar inspirada en los *minstrels*, es decir, en aquellos espectáculos en que los blancos se disfrazaban de negros, pero al revés, puesto que aquí es un negro el que imita a un «supuesto blanco». Para un estudio de la fascinación que los *minstrels* ejercieron en la vida y obra de Twain ver el artículo de Eric Lott, los dos de Henry Wonham y el de Sharon
D.
McCoy. < <

[54] Myra Jehlen opina que «no está claro lo que se está satirizando aquí: si son las pretensiones de *dandy* o las pretensiones de los negros como *dandys*. Dado que los personajes no son conscientes de esta dimensión añadida a la parodia de Tom, ésta se convierte en una mofa que sólo es compartida por el narrador y el lector» (44-45).

Eric Lott interpreta el incidente como «una especie de escena de *minstrel* a la inversa en la que el negro se burla de las gracias que ha aprendido Tom y lo hace a petición del público blanco del pueblo… Asimismo indica que la blancura de Tom es en sí misma un acto, cosa que ni el campanero ni Tom saben puesto que la identidad de éste es precisamente la de un negro que actúa con la cara pintada de blanco (145). —Para Linda A. Morris—, nos quedamos con la imagen del campanero negro siguiendo a Tom, como si de un reflejo distorsionado suyo se tratara, por las calles de Dawson’s Landing, imitando sus modales y su vestimenta» (76-77).

El que Tom sea percibido como blanco es acto de representación y, en consecuencia, abierto a la exageración y la imitación. < <

[55] En el original «exact duplicates», comentario que es una anomalía y resto de la caracterización de los gemelos como siameses en *Those Extraordinary Twins*. < <

[56] En el original dice: «we were their only child», un comentario que es una anomalía, puesto que se refiere a la caracterización de los gemelos como siameses que aparece en *Those Extraordinary Twins*. < <

[57] Este comentario es también una anomalía, que se corresponde con la caracterización de los gemelos como siameses en *Those Extraordinary Twins*. < <

[58] Escena que recuerda a las de los espectáculos de *minstrel*. Para Eric Sundquist (1988, 103), a pesar de que no es la primera de este tipo de escenas que aparecen en la novela, este intercambio es la prueba más fehaciente de que Roxy, una esclava en cuerpo y en alma en este momento de la obra, se ha acostumbrado a olvidar que Chambers no es realmente su hijo sino su amo legal condenado gracias a sus maquinaciones a una vida de esclavitud. De ella, sin embargo, todavía dice más la manera en que identifica a Chambers con una doble frase irónica llamándole «imitation nigger», puesto que Chambers *es* un hombre blanco que sin saberlo está imitando a un esclavo. Como doble blanco virtual de Tom, es, como si dijéramos, un negro de pega, y en su lenguaje y acciones él, como Roxy, imita el papel de «negro» que el mundo blanco de la esclavitud ha definido para él (1988, 103, 104). Roxy, una negra de apariencia blanca, y Chambers, presuntamente negro con cara blanca, representan papeles del *minstrel* como «negros de pega»: Roxy por ley y Chambers, irónicamente, gracias al acto de rebelión de Roxy por el que Tom, el negro según la ley, pasa por su aspecto blanco por uno de los amos hasta que sea desenmascarado por Wilson. Según Sundquist, «imitation, —para Twain, significaba muchas cosas—: destacaba las ironías que el mestizaje insertaba dentro de la doctrina de la igualdad; controlaba el terreno oscuro que existía entre la naturaleza (la genética) y el entorno en el que Twain proyectó su estudio de los comportamientos de amos y esclavos; y definió el territorio que compartía la "ficción" de su propia novela con el de la "ficción" racial de las leyes y costumbres constitucionales norteamericanas» (1993, 229). El cambio de identidades, pues, va más allá del paso de negro a blanco y viceversa. Como explica Susan Gillman, el engaño visual creado por el sistema de clasificación racial norteamericano se halla ejemplificado en Roxana, blanca en apariencia, pero esclava y, por lo tanto, objeto de posible venta. El hecho de que tanto ella como Tom, su hijo, asuman roles falsos es la manera con que pueden responder a esta sociedad esclavista, como víctimas de una

tradición que define la identidad racial «por ficción legal y derecho consuetudinario» (1989, 77). El pasaje que los críticos destacan para mostrar este cruce de fronteras es el que describe el momento en que Roxana y Chambers hablan sobre si son «imitation nigger» o «imitation white». Cuando Roxy acusa a Chambers, su supuesto hijo, de que es un «misable imitation nigger», éste le responde que los dos son «‘pow’ *full* good imitation. —Para Twain—, imitation nigger» tiene sentido porque los mulatos son el reflejo pálido de aquellos que son negros como el azabache, como Jasper. De ahí que, como explica Gillman, Dawson’s Landing esté poblado por “imitation whites” (blancos de imitación), cuyos nombres, costumbres y valores son una mera copia de los derivados de un arcaico sistema feudal que poco tienen que ver con la realidad que les rodea» (1989, 78). < <

[59] Volcán de Indonesia, cuya última erupción se había producido en 1883, y había causado gran devastación y muertes. <<

[60] Las justificaciones de la esclavitud desde el punto de vista teológico giraban en torno a la interpretación de la Biblia. Según estas lecturas, las Sagradas Escrituras legitimaban la esclavitud del negro, puesto que Dios lo había creado para trabajar. Así, se subraya que en Génesis 9,
22-27
Noé maldijo a Cam y lo condenó junto con su descendencia a ser siervo de siervos, por haberse reído de él cuando se hallaba desnudo. Si bien el texto bíblico no lo menciona, los exégetas y las tradiciones geográficas de la Edad Media afirmaban que los hijos de Cam habrían sido los africanos. Según Terrell Dempsey, entre los libros publicados en el Sur que destacaban cómo la maldición de la esclavitud había caído sobre los africanos tras el diluvio universal destacaba *Bible Defense of Slavery; or the Origin, History, and Fortunes of the Negro Race* (1851) de Josiah Priest. Estas argumentaciones justificaban la actitud de explotación de los blancos hacia los negros porque así había sido dictaminado no por ninguna ley humana sino por el mismo Dios. Véase Dempsey,
69-73.
<<

[61] Generalmente, en quiromancia, un símbolo en forma de estrella denota fortuna o éxito. (Nota de Sergio Saiz). <<

[62] En el original: «Caesar’s ghost!», una referencia a la escena de Julio César de Shakespeare donde Bruto ve al fantasma de César, a quien él había asesinado. < <

[63] Este comentario es una anomalía, ya que se corresponde con la caracterización de los gemelos como siameses en *Those Extraordinary Twins*. < <

[64] Referencia a la dinastía de Gaekwar (Gaekwad) que reinó en Baroda (India) desde la mitad del siglo XVIII hasta la década de 1940. < <

[65] Mark Twain se hace eco aquí de la reforma antialcohólica que recorrió el país desde las primeras décadas del siglo XIX hasta los inicios del siglo XX. Hacia principios de la década de 1850 se comprobó que las estrategias basadas en la persuasión moral, seguidas hasta entonces por el movimiento por la temperancia, no habían surgido tanto efecto como se creía por lo que se pasó a defender una serie de métodos coercitivos que cristalizaron en la aprobación en 1851 de unas leyes prohibicionistas por parte del estado de Maine (Act for the Suppression of Drinking Houses and Tippling Shops) y que fueron imitadas por otros once estados que vetaron la venta de licores hacia 1855. Neal Dow, el padre de la ley de Maine, declaró que el índice de criminalidad se había reducido drásticamente tras la aplicación de la ley. Las leyes prohibicionistas se encontraron con una enorme resistencia por parte no sólo de los fabricantes, comerciantes y consumidores, sino también de muchos norteamericanos abstemios o que hacían un uso moderado de la bebida puesto que consideraban que las medidas eran demasiado radicales y que abusaban del poder del gobierno a interferir en los derechos de libertad que tenía el individuo respecto a asuntos de índole estrictamente privada. De hecho, la oposición desencadenó unos trágicos disturbios en 1855 en Portland, cuando se intentó aplicar la ley con toda su dureza. Hacia la década de 1860 un número de estados rechazó las llamadas leyes de Maine y hacia finales de 1870 sólo Vermont y Maine continuaban siendo lo que se llamó «estados secos». < <

[66] Los Hijos de la Libertad fue una organización radical y secreta, compuesta por menestrales y obreros, creada en el verano de 1765 para protestar por los derechos de los colonos norteamericanos durante el periodo anterior al estallido de la guerra de Independencia americana y, en concreto, contra la Ley del Timbre, cuyo objetivo fue boicotear las mercancías inglesas. Como ingleses nacidos libres, se sentían oprimidos por estar obligados a pagar impuestos al Parlamento británico sin tener representación política en él. Twain parece utilizar el nombre de manera irónica puesto que en el otoño de 1842 apareció una organización llamada Orden de los Hijos de la Temperancia (Order of the Sons of Temperance) en Nueva York, impulsada por el movimiento antialcohólico. < <

[67] En el original «this human philopena». Este comentario sobre los dos gemelos que son una «philopena» humana es una anomalía, ya que es un resto de su caracterización como siameses en *Those Extraordinary Twins*. «Philopena» se refiere a una almendra con dos semillas. También significa un juego en el que dos personas comparten las dos semillas de una almendra. Llamadas también «fillipeens», si la almendra doble es encontrada por una señora, ésta dará una semilla a un caballero que se la comerá. Cuando se vuelvan a encontrar, quien primero grite «Fillipeen!» gana y el otro tendrá que darle un regalo. «Philopena» proviene de «philopoena», un término utilizado en la literatura popular en inglés antes de 1894. Posiblemente corrupción del término alemán «vielliebchen», literalmente «muy amado», pena, castigo, multa. Da idea de que el regalo era una pena de amistad o amor. < <

[68] Robert Clive (1725-1774), militar británico, destacado por su papel en la política colonial británica y por sus victorias en la India. Horatio Nelson (1758-1805), militar inglés, conocido como Almirante Nelson, destacó durante las guerras napoleónicas y obtuvo su mayor victoria en la batalla de Trafalgar en la que murió. Israel Putnam (1718-1790), héroe norteamericano que se distinguió en la batalla de Bunker Hill (1775) durante la Revolución americana. < <

[69] «Old Dominion», en el original, se refiere al estado de Virginia, nombre acuñado por el rey Carlos II de Inglaterra para este territorio, tras haber permanecido la colonia fiel a la monarquía inglesa durante la guerra civil en el siglo XVII. < <

[70] Cartel: Escrito que se hacía público y en que alguien desafiaba a otra persona para reñir con ella (DRAE). (Nota de Sergio Saiz). < <

[71] Emory Elliott señala cómo Twain hace alusión a dos grandes textos que profundizan en la ambición: la manzana que se convierte en cenizas en la boca de Satanás en *El Paraíso perdido* de Milton (Libro 10, vv. 565-567) y el puñal que Macbeth se imagina antes del magnicidio y que es símbolo de sus remordimientos (Acto II, escena 1, v. 33). Para Elliott, este pasaje es muy misterioso y sugerente, y esconde significados (115). < <

[72] John Smith (1579-1631), quien antes de emprender viaje rumbo a las Américas había ejercido ya como soldado mercenario en varios países de Europa, ha sido calificado como el autor del primer libro escrito en tierras norteamericanas y primero en el que se puede encontrar una visión del Nuevo Mundo como espacio en el que ha de forjarse una identidad propia y como territorio en el que se funden historia personal y nacional. De ahí también su clasificación como primer escritor de la tradición literaria norteamericana. La obra que escribió mientras se encontraba en la colonia es *A True Relation of Such Occurrences and Accidents of Note as Hath Happened at Virginia since the First Planting of that Colonie which is now Resident in the South Part thereof, till the Last Return from Thence* (Londres, 1608). A ésta le siguieron otras crónicas: *A Map of Virginia with a Description of the Country* (1612), *Descriptions of New England* (1616), *Advertisements for the Unexperienced Planters of New England, or Anywhere: or The Pathway to Erect a Plantation* (1631). Sin embargo, la obra que más reconocimiento le ha reportado es *The Generall Historie of Virginia, and the Summer Isles New-England,* (1624), puesto que es aquí donde aparece por primera vez Pocahontas, la hija del jefe indio Powhatan, quien salva la vida al capitán Smith desafiando la voluntad de su padre. Es en estas crónicas donde Smith, deudor de la tradición de literatura de viajes popularizada por Hakluyt y Purchas, describe las maravillas de estas nuevas tierras, en un intento de impulsar su exploración y el asentamiento colonial. Además de estos modelos literarios, el autor también bebe de las fuentes del *romance* o novela medieval y de la historiografía renacentista. Smith quiere deleitar al lector con sus aventuras caballerescas, mostrándose como prototipo digno de admiración e imitación, pero asimismo ofrece unas razones contundentes a favor de la colonización que van desde el patriotismo y la importancia de la cristianización hasta las riquezas que atesoran los nuevos

territorios. Ahora bien, estos beneficios sólo están al alcance de aquellos que unan a la ambición esfuerzo y disciplina. A pesar de ser malentendido y rechazado por los ingleses, Smith parece haber comprendido la naturaleza del experimento americano y aprovechó sus experiencias para crear una imagen de sí mismo que se acerca más a la del héroe caballeresco que a la del explorador sin escrúpulos, en especial en *The Generall Historie of Virginia* (1624). Es ésta la primera crónica de exploración inglesa en la que se intenta establecer una historia que dé cuenta de unos orígenes fundacionales de estas nuevas tierras. Su crónica de 1608, *A True Relation*, es una obra de viajes y acción, mientras que en la de 1624 (escrita dieciséis años más tarde) existe un claro propósito de legitimar el proyecto colonial inglés y de reconstruir textualmente el significado de la experiencia americana. Para ello Smith se vale de una estrategia clásica: el romance entre el conquistador y la nativa que desde la *Eneida* de Virgilio había servido como recurso inventivo y nexo estructurador de los relatos de orígenes. Esto explicaría en parte la aparición de la princesa india en este texto de 1624.

La Pocahontas histórica, hija del jefe indio Powhatan, cuyo nombre original era Matoaka, nació hacia 1596. La leyenda de su valiente acción, el rescate del capitán John Smith, se fija en 1607. En 1609, después de que Smith regresase a Inglaterra, las relaciones entre Powhatan y los ingleses empezaron a deteriorarse y en 1612 fue raptada por el capitán Argall, y hecha india cautiva en Jamestown cuando se produjo un intento de negociar la paz. Al año siguiente se convirtió al cristianismo y recibió el nombre de Rebeca; en 1614 contrajo matrimonio con John Rolfe y dio a luz a su hijo un año después. En 1616 viajó a Inglaterra, fue presentada en la corte de Jacobo I y la reina Ana como la princesa india y murió allí en 1617. Su único hijo, Thomas Rolfe, fue educado en Inglaterra y emigró con posterioridad a Virginia, donde llegó a ser miembro destacado de la colonia. Smith se aprovechó en 1624 de la fama que Pocahontas había alcanzado en Inglaterra —puesto que se había convertido en el símbolo de lo que la Corona podía obtener en Virginia— e hizo de su vida la

primera leyenda norteamericana. Sin embargo, contrariamente a los *romances* en los que se inspira, el John Smith de la crónica, convertido ya en prototipo del hombre hecho a sí mismo, no es protagonista de ninguna aventura amorosa con la princesa india, puesto que su objetivo es enfatizar su propio papel como héroe único del texto.

Roxy, en un intento de comparar su linaje con el de las grandes familias de Dawson's Landing, descendientes de los primeros colonos llegados a Virginia, inventa una genealogía llena de flagrantes errores históricos entre el que destaca que Pocahontas, en vez de contemporánea de John Smith, fuera su tatarabuela y se hubiera casado con un rey negro africano. Sin embargo, como explica Barbara A. Chellis, aquí Roxy muestra su preocupación con la realeza, de la misma manera que cuando recurre a la historia de los blancos e incluso de mulatos tan blancos como ella pueda justificar el intercambio de bebés en el capítulo 3, o su orgullo por ser superior al negro Jasper. Es la obsesión sureña por el linaje aristocrático. < <

[73] Este críptico aforismo parece encontrar explicación en el desagrado que Mark Twain sentía hacia los fontaneros, un sentimiento nacido de su experiencia con los profesionales del ramo, como propietario de una enorme mansión con los problemas tradicionales de cualquier casa. La noticia que apareció en *The New York Times* el 27 de julio de 1886 y que recoge una carta publicada en el *Boston Saturday Globe* da pistas sobre los escrúpulos del sureño. La nota, titulada «El doctor, el fontanero y Twain, —dice lo siguiente—: A propósito, he de contarles una historia sobre un contratiempo que al final acabó en broma pesada para ese gran bromista que es Mark Twain. No se ha contado por escrito antes, pero yo la sé de buena tinta. Todo el mundo ha oído hablar de la mansión de la avenida Farmington de Hartford, tan peculiar y pintoresca que hasta los turistas van a verla por ser la casa de un escritor norteamericano. Se dice que es una mezcla arquitectónica entre el estilo a lo Twain y a lo reina Ana, pero lo cierto es que es una vivienda cómoda y atractiva. Hace algunos años, cuando el señor Clemens se encontraba de viaje durante algunos meses, la señora Clemens, que es una dama de gustos refinados y madre devota, pensó que sus hijitas estaban enfermando por días. Preocupada, llamó al médico de la familia, quien, siendo un reputado galeno, estaba por entonces muy obsesionado con una cosa llamada "gas mefítico" o gas cloacal. El especialista dijo a la señora que sus criaturas estaban sufriendo alguna enfermedad relacionada con la malaria, producida por el mal drenaje y que la instalación de fontanería de la casa debía de estar estropeada o en muy malas condiciones. La señora se alarmó sobremanera, hallándose como se hallaba sin su querido esposo y más aún cuando sabía lo mucho que él se había preocupado de que la casa contara con un buen sistema de cañerías. Buscó entonces a un fontanero, naturalmente diferente del que había realizado la primera instalación y le pidió opinión. El hombre se horrorizó ante la condición en que encontró la plomería y declaró que toda estaba defectuosa, por lo que se le concedió carta blanca

para que arrancara las cañerías y las reemplazara por otras nuevas, con el fin de asegurar la salud de las inquilinas. Como es de esperar, los gastos fueron enormes, pero el doctor dijo que aquel dispendio era más que justificado y el pocero se mostró indignado ante la labor que había realizado su predecesor y rival en el oficio. Para cuando la faena estuvo a punto de finalizar, se presentó Clemens en casa. Su esposa se le echó a los brazos para contarle cómo habían escapado por los pelos de la enfermedad y quizás de la misma muerte. Fue entonces cuando el esposo bromista se puso hecho una furia y se cuenta que la manera en que maldijo el gas mefítico, al matasanos y al fontanero fue una auténtica lección en las posibilidades de expresión que encierra la lengua inglesa. El hecho es que, con el fin de evitar cualquier riesgo o peligro, Clemens había mandado hacer que el sistema de fontanería de la casa desaguara directamente en el río que pasa más abajo de sus terrenos, por lo que las cañerías no estaban conectadas con ninguna alcantarilla. Lo que había ocurrido entonces es que habían arrancado la óptima instalación realizada por el mejor fontanero de Hartford y la habían ahora sustituido por una chapuza con el fin de calmar los temores de una madre amantísima, de satisfacer el capricho de un matasanos demasiado dado a los cientificismos y de colmar la codicia de un fontanero de tres al cuarto con más de 1500 dólares». < <

[74] Esta novela es ejemplo de la fascinación que Twain sentía hacia los espectáculos de *minstrel*. Henry Wohham opina que puede considerarse su «coon novel», porque la confusión de identidades raciales en la historia se centra en los esfuerzos criminales para esconder la negritud, más que en el tema tradicional de pintarse de negro para pasar por negro. Cuando el falso «Tom» se disfraza aquí, antes de asesinar a su tío, está revelando en realidad cuál es su identidad racial. La ropa elegante que lleva, los aires de caballero que se da, al igual que la afición compulsiva al juego y su cobardía a la hora de apuñalar a Chambers hacen de él un «coon», es decir, un individuo que casa con el estereotipo del negro ridículo y despreciable de la época (2001, 130). < <

[75] El 1 de abril es el día en que en algunos países (Francia, Alemania, Italia, Bélgica, Gran Bretaña, Portugal y Estados Unidos, Brasil, México, entre otros) se celebra el día de los Santos Inocentes o también «día de los tontos». < <